

# El Sinsentido



I Concurso Editorial Zenù de  
Cuentos





# **EL SINSENTIDO**

**I Concurso Editorial Zenú de Cuentos**

El sinsentido

100 cuentos seleccionados  
Concurso Editorial Zenú de Cuentos

Editorial Zenú  
[www.editorialzenu.com](http://www.editorialzenu.com)

Primera edición: 2017.

Dirección editorial  
Henry Andrés Ballesteros Leal

Diseño de carátula  
Alex Quiñonez Carvajal

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquileres o préstamos públicos.

*Agradecimiento especial a los jurados del concurso:  
Gudiela Paternina Pautt,  
Enrique Morales Guerrero,  
Guillermo Quijano Rueda,  
Nelson Castillo Pérez;  
y a todas aquellas personas que decidieron  
el resultado final del concurso.*



## ÍNDICE

CUENTO GANADOR DEL CONCURSO	17
Autor: Nabonazar Cogollo Ayala	17
EL SINSENTIDO	17
Autor: Luca Moratal Roméu	20
A LA CHICA DE PRIMERO	20
Autor: Carlos de Olmo Gasco	22
ADIÓS, POCHOLO	22
Autor: Carlos Alberto Sierra	24
EL AGUA SOBRE EL TEJADO	24
Autor: Carlos Ovejero	26
AMANECER	26
Autor: Hernando Echeverri	28
AMOR EN LA PENUMBRA	28
Autor: Luis Fernando Mahecha Castillo	31
ANA	31
Autor: Luis Esteban Torres	34
ANTE EL PAREDÓN	34
Autor: Daniel Piedrahita Cárdenas	37
ARROJO	37
Autor: Carlos Alberto Ramírez Beltrán	39
ASCENSO	39

Autor: Alfredo Domínguez Fernández	41
ASÍ ES LA VIDA	41
Autor: Miguel Ángel Pérez Ordóñez	44
AZORA 35	44
Autor: Andrés Fernando Lancheros Aranda	46
BOMBA	46
Autor: David Llorente Cortez	49
CAMINANTE NO HAY CAMINO	49
Autor: Tannia Maruja García Guzmán	52
CAPÍTULO 11801	52
Autor: Mónica Carrizo	54
CINESTESIA	54
Autor: Felipe Montalva	57
COLADOR	57
Autor: Hernán Ruiz	59
COMPRO VENDO PERMUTO	59
Autor: Pedro Mezquida Peñafiel	62
CONTEMPLACIÓN	62
Autor: Mario Valdizón	63
CRISÁLIDAS	63
Autor: Belinda Roca Navarro	66
DE ESTE LADO DEL PRECIPICIO	66
Autor: Rusvelt Nivia Castellanos	69
DE LA SOMBRA A LA ESPERANZA	69



Autor: Nadim Marmolejo Sevilla	72
DE LOS EVENTOS ACAECIDOS A NESFRAN EN LA CARRETERA	72
Autor: Diego Niño	75
DEBERÍAS LLAMARTE ESPERANZA	75
Autor: Santi Clement	78
DESEOS DEL MAR	78
Autor: Adalberto Agudelo Cardona	80
EJERCICIO CREATIVO	80
Autor: Rafael Blasco López	81
EL ÁRBOL	81
Autor: Tere Hernández Gómez	84
EL ÁRBOL DE LA VIDA	84
Autor: Nidesca Suárez	86
EL DESAYUNO PERFECTO	86
Autor: Juan De Jesús Hánsum de León	89
EL ESPÍRITU LEGIONARIO	89
Autor: Betsy Balestrini	92
EL FOLLETO	92
Autor: Daniela Rocío Rodríguez Gonzáles	95
EL FRÍO DE LAS CADENAS	95
Autor: Irvin Ríos Gracia	97
EL HOMBRE INVENTADO O PARÁBOLA DE LOS ESPEJOS	97

Autor: Enrique Gabriel Figueredo	99
EL MAGO Y EL CAMINO	99
Autor: Abraham VanHelsing	100
EL MES DE ZAVALA	100
Autor: Luis Adolfo Soto Hoyos	103
EL OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO	103
Autor: Reynel Ramón Díaz Herazo	106
EL OLOR DEL MIEDO	106
Autor: Ariel Oscar Garriga	109
EL PERRO ROBERTSON	109
Autor: Marta Cristina F. Padrós	112
EL PREMIO	112
Autor: Daz Medrano	115
EL SOL	115
Autor: Juan Rodríguez	118
EL SUELDO DE PRESIDENTE	118
Autor: Jonis Rincón de la Hoz	122
EL ÚLTIMO VISITANTE	122
Autor: Guelmis Buelvas Brito	125
EL VIAJE DE LAS FLORES	125
Autor: La Nave De Papel	128
EN EL RÍO DORMÍA LA CANCIÓN	128
Autor: Mónica Druetta	131
EN LA OSCURIDAD	131

Autor: Pedro Hesiquio	133
EN LAS MANOS	133
Autor: Miriam Del Carmen Delgado García	135
ESCLAVOS FELICES	135
Autor: Laura Coll Rigo	138
ESPECTÁCULO DE FUEGO Y SANGRE	138
Autor: Fabián Coniglio	141
EVOLUCIÓN	141
Autor: Luis Elías Duarte Vásquez	143
IN CRESCENDO	143
Autor: Pedro Fonseca	145
INFERTILIDAD LITERARIA	145
Autor: Yecenia Ramírez Sosa	147
INTUICIÓN	147
Autor: Mauricio Vargas Herrera	150
LA BESTIA	150
Autor: Rodolfo Camacho	151
LA CALLE DE LOS CUENTEROS	151
Autor: George Barahona	153
LA CÁMARA	153
Autor: Alejandro Schiappacasse	156
LA CAPTURA	156
Autor: María Yolanda Restrepo	160
LA DANZA DE LAS LUNAS	160

Autor: Andrés Gonzalo Galante	161
LA DESOLACIÓN NO TIENE NOMBRE	161
Autor: Cristina Armunia Berges	164
LA ERA DEL ASFALTO	164
Autor: Pablo Andrés Castro H	168
LA HISTORIA DE JUAN CLÍMACO	168
Autor: Maite Sasía Vergara	171
LA LETRA OLVIDADA	171
Autor: Sofía Silva	173
LA MAGIA DEL CATATUMBO	173
Autor: Jim Robinson Medina	174
LA MÁQUINA DE ESCRIBIR	174
Autor: Francisco Bautista Gutiérrez	176
LA MIRADA PERDIDA	176
Autor: Hugo Badel Pacheco	178
LA NOCHE	178
Autor: Héctor Alejo Rodríguez	180
LA PROMESA DE LORD COLLINGWOOD	180
Autor: Unicentral Colombia	182
LA RUTINA O EL ENCUENTRO CON LA MUERTE	182
Autor: Mariano Gallego	184
LOS HIJOS DEL CARNAVAL	184
Autor: Andrea Tatiana Rojas Arevalo	187
MAJESTUOSA CATHERINE	187

Autor: Irene Selvaggi	190
MARGA ESTÁ DE CUMPLEAÑOS	190
Autor: Graciela Burrueco Mansilla	191
MEMORIA DE LA ÚLTIMA ESCENA	191
Autor: Bastian Jhosep	195
MI ÚLTIMA FOTOGRAFÍA	195
Autor: Eduardo Toro Gutiérrez	198
MIRANDO AL SUR	198
Autor: Milton Viquendi	201
NUESTRO DINOSAURIO	201
Autor: Nicolás Bianchi	204
PÁJAROS DE LA NOCHE	204
Autor: Ana Lucia Reyna Vera	207
PARECE QUE VA A LLOVER	207
Autor: Rodolfo Villa V.	210
PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN	210
Autor: Teresa González	211
POR EL ADIÓS DE UNA MADRE	211
Autor: María Cristina Martínez	213
PREMONICIÓN	213
Autor: José Ignacio Montes Berrocal	215
REBELIÓN	215
Autor: Daniel Álvaro Paz Vélez	219
RETRATO	219

Autor: Jesús Urango Vilorio	220
SALA DE ESPERA	220
Autor: Federico Pera	223
¿SERÁ CAPAZ?	223
Autor: Gisse Jiménez Alfaro	225
SIGA DERECHO, POR FAVOR	225
Autor: Damaris Zamora Escanell	227
SIRAMÁ	227
Autor: Carlos Arango	229
SOLEDADES COMPLETAS	229
Autor: Yuri Marisol Ortéz	231
TALITHA Y KUMI	231
Autor: Roberth Fabris	234
TEZUKA SOUSA: SUSPIROS DE IMAGINACIÓN CREATIVA	234
Autor: Andrea Amosson	237
TIPOGRAFÍA DE BARRIO	237
Autor: Joel Ayala Alicea	239
UMBRAL	239
Autor: Georgina Cuartas	244
UN CIGARRILLO	244
Autor: Naiver Urango	247
UN DÍA DE ESTOS	247
Autor: Nicolás Saldivia	249
UN FINAL INEVITABLE	249

Autor: María Olivia Ruiz Valencia	250
UN FUTURO NO LEJANO... MENSAJE ENTRE SUEÑOS	250
Autor: Carlos Javier Martínez Moncaleano	253
UN HOMBRE DE ÉXITO	253
Autor: José Luis Rivas Morales	255
UN HOMBRE DE PERFIL	255
Autor: Nedy Cristina Varela Cetani	257
UN VIAJE INESPERADO	257
Autor: Iván Camilo Herrera	261
UNA ESPECIE DE TIENDA DE BOCAS	261
Autor: Viviana Talavera	264
VIDAS VIOLENTAS	264
Autor: Miguel Ángel Lara	267
ZEKION, EL BARDO	267





## CUENTO GANADOR DEL CONCURSO

**Autor: Nabonazar Cogollo Ayala**

### EL SINSENTIDO

Era extraño. ¿Cómo podía pensarse en aquello sin incurrir en la más flagrante de las contradicciones? La mente se extraviaba por laberintos insondables y entonces se caía en el abismo de la sinrazón, de lo que no es pero parece ser, de lo que se escucha sin escucharse, de lo que abarca sin magnitud... Mis ojos parecían desorbitarse, mis dedos se crispaban pulsátiles y el hechizo traicionero de las carontinas aguas pugnaba contra mis obcecados recuerdos, en aras de recordar lo irrecordable, de salvaguardar la nada de la existencia y de ser sí mismo en el absurdo inenarrable del nunca haber sido. Por ello insisto, era extraño...

—¿Quién es? —Preguntó una voz a medio camino entre infantil e ingenua... Quizás no sabía lo que preguntaba pero insistía en ello...

—No se podría ser, —respondí entonces yo— ... la manigua se ha tragado los últimos rezagos de la existencia...

—¿Quién es? —insistió la voz ahora con un tono más determinativo...

Una mano se levanta timorata para decir “yo soy”, cuando la voz de la experticia indaga por respuestas. Los oídos oyen pero el alma deja escapar las fibrillas de la conciencia. Unos ecos fono-acústicos dejan oír entonces su sibilante voz, pero... ¿qué sabe el alma de respuestas? El ser no se aprehende cuando la mente se vuelve sobre sí misma y se torna en un ovillo vacío y ayuno de respuestas. ¡Qué más da! Mi mano se desliza entonces por la vieja y enmohecida madera de aquel ducto de entrada. Lo que pálidamente es, palpa la contingencia. La voz no volvió a insistir, los ecos sobre la lignina tampoco... Lo que sea que es está ahí, enhiesto, yerto y frío.

Y la luna brilla redonda y pura en el firmamento, como un bezante de alabastro que se recorta contra un dosel de zafiro intenso. La voz distante de la selva habla, pero ya nada es. Ser que se devora en el confín de lo inasible... Un emplasto negro brillante salpica la entrada, entreverado con destellos carmesí... Los dedos se crispan en el marasmo de la existencia que se escapa, la plata selenita besa las heridas, ya nada se podía hacer. El río cálido de la vida en fuga aflora por un pecho que se abre como la victoria regia sobre las aguas del río de los ríos... Las descargas habían escupido su mortífero y contundente mensaje. Los micos se asustaron y a su modo protestaron. Chillidos aturdidores que asustan a los más bravos. Ya nada se podía hacer. Un silencio profundo, negro y aturridor se dejó sentir. La conciencia se extraviaba entre las aguas de Caronte. Mi mano se extendió en un último afán por asir algo... ¿qué? no sé, el algo de la nada que jamás llegó. Se derrumbaron las fuerzas y el fusil cayó a mi lado, con su estrépito ensordecedor. Ya nada se podía hacer. El emplasto de azabache untó ahora la madera, con la forma desvanecida de mis dedos. Y todo fue sopor, negrura infinita y una conciencia evadida de sí. ¿Cuánto tiempo transcurrió? no sé. La nada es atemporal y también lo es el río del olvido. Sus aguas se revolvían amenazadoras, pero iban de la furia a la calma y del fragor al silencio. Voces de personas, chasquidos metálicos, imprecaciones y gritos... Luz, luz intensa, hiriente e insolente.

—Bip, bip, bip...

Choques violentos, mortificantes. Lapo de fuego que me azota inmisericorde. Mi cuerpo se revuelve y los músculos se encogen. Salto, dolor y grito. Lágrimas opacan mi débil campo de visión. Era mejor volverse a sumir en la fría oscuridad que desafiar el escalpelo acerado de la luz. El río carontino parece devolver lo que creía suyo. Lucha, la vida que renace, la nada que se anonada en la existencia, que se salva con ingentes esfuerzos. Dextrosa. Palpo uno de mis brazos y está como picado ahora por enredaderas punzantes... ¿quizá bejucos del monte? Me los quiero quitar, una voz lo impide...

—¡No, no haga eso!

Es una voz de mujer, dulce aunque imperativa. Las enredaderas quedan en su sitio. El sueño hace de las suyas, sopor, desvanecimiento. Con un empañado campo de visión abro mis trémulos ojos, ignoro cuánto tiempo transcurrió. La cabeza me da vueltas. La fría habitación de lo que parece ser una clínica o quizás un hospital. Me palpo el pecho, siento entonces un agudo dolor en el tórax. Palpo con timidez, hay una enorme herida suturada. Me han salvado. Ahora evoco aquello, han pasado ya tres meses y en mi diario dejo constancia de ello. Estuve al borde mismo de la muerte, una experiencia castrense más, quizás la última. ¿Cómo recuerdo lo que no se recuerda? ¿Cómo aprehendo aquello de lo que fui un testigo ausente? La nada de la nada devino en el todo, que al intentar reconstruirse, cayó en el absurdo de lo extraño, de lo que no tiene sentido, de lo que no es, pero acabó siendo. Mi ser extracorpóreo fue testigo de todo, solo que recordaba como instantáneas fugaces.

He pedido la baja y me la han concedido. El sol canicular me da de lleno en el rostro, salgo de aquel sitio con mi tula y unos pocos bártulos al hombro. Cojeo un poco, el pecho aún se resiente de las enormes heridas propinadas, pero ahora está sano. Besos, abrazos apretados y lágrimas de mi madre, de mi novia y hermanos. Ofrecimientos de iniciar una nueva vida. Sobrevivir de un ataque guerrillero contra un oleoducto no es cosa fácil. Ahora lo narro en mi diario.

Día séptimo del séptimo mes

**Autor: Luca Moratal Roméu**

## **A LA CHICA DE PRIMERO**

Decidiste no jugar.

No cambiar las reglas. No hacer trampa. No cambiar de contrincantes. No fue jugar de otra manera lo que decidiste; escuetamente decidiste no jugar. No seguir jugando. Qué pocos los que dejan de jugar, los que se atreven... A medio camino entre la vida y la noche, con un pie en tierra firme y otro en el vacío, muchos meditan, premeditan, deciden y revocan, desisten y recaen, juegan a pensar-selo, una y otra vez, juegan a jugar que dejan de jugar; terminan enloqueciendo. Pero son tan pocos los que osan. Y ante tu silenciosa audacia no logro reprimir una ligera pero desatada admiración. Debe de ser que sólo por hacerlo no podemos ser completamente ajenos al mundo que nos sostiene. Lo odiamos hasta el extremo y en el zénit de nuestra aversión, cuando es definitivo el desprecio, ciega la resolución... una incomprensible ternura vuelve a florecer. Como de niños. Pero tú fuiste más fuerte que sus embustes: decidiste no jugar. Y no me siento capaz de condenarte; no sé si por no ser tú, no sé si por ser yo, no sé si por la aplastante superioridad con que te reíste de todos nuestros miedos, de nuestra hipocresía y de nuestra inseguridad; como un fugitivo preguntándose por qué no huirán con él sus viejos compañeros de celda a quienes deja atrás. Sé que no te hablo desde entonces, consumido por la rabia y por las lágrimas. Pero he entendido que no soy yo quien ha de perdonarte, y aquí estoy. Vivimos rodeados de sabios de todas las disciplinas instruyéndonos contradictoria y ensordecedoramente en cómo vivir la vida; todos ellos eludiendo la mayúscula cuestión a la que urgiría dar antes respuesta, si merece la pena vivirla. Tú concluiste que no —un escalofrío me atraviesa al recordarlo—. Pero por una vez te equivocaste. Sobre quienes te indujimos a errar pesará siempre esta culpa inextinguible... Pero te equivocaste, me repito

cada día, o ese eco solemne de las grandes disyuntivas que nunca me traiciona. Para que el convencimiento de que te equivocaste me permita continuar.

**Autor: Carlos de Olmo Gasco**

## **ADIÓS, POCHOLO**

Ya se mató Pocholo. Una tarde turbia me llamó por teléfono y me habló de su inapelable decisión. Quedamos en vernos al día siguiente en la Plaza de España y arregló esa noche todas sus cosas, las despedidas y demás formalidades.

Acudí a la plaza antes de la hora, de modo que, cuando llegué, estaba sentado tranquilamente en un banco, viéndome venir, siguiendo aquella costumbre suya, adoptada sin duda en los tiempos de clandestinidad, de nunca ir directamente a la cita, sino justo enfrente y, desde luego, no dejarse sorprender jamás.

Anduvimos un rato como montando guardia a la sombra de Sancho Panza y luego enfilamos la calle de Bailén.

No hacía falta que me contase una vez más sus razones, y por eso empleó aquel último paseo en hablarme de cómo había pasado la noche, y encargarme —maldición— que fuese yo quien tratase de explicárselo a Lola. Había roto cinco folios en su imposible justificación.

Estaba sereno, hablaba con una entereza que parecía ya del otro lado de la vida, como si su próximo fin no sólo fuera inevitable, sino que ya hubiera ocurrido. Llegó hasta el primer balconcillo del Viaducto, se tumbó en el suelo y pasó, y me hizo pasar, por debajo del paramento de protección. Se volvió hacia mí y cogiéndome del brazo me llevó un poco más adelante:

—Es que desde aquí me doy la leche contra el césped. Y lo mismo me quedo paralítico.

Cuando estuvo sobre la vertical de la acera se detuvo y me sonrió.

—Avísame —me dijo— cuando sean las cinco de la tarde en todos los relojes.

Yo diría que había desterrado el miedo. Me estaba diciendo que prefería tirarse mirando hacia el río, hacia el oeste, porque además de estar más alto, podría mirar al sol. Prometía contarme si había otra vida después de ésta. Y era yo quien sentía miedo, yo quien miraba con angustia la calle, tantos metros allí abajo, y la dramática concreción del antepecho donde habría que apoyar las manos y trepar, en ese segundo vertiginoso en que se resolvería toda una vida.

Habría sido inútil tratar de detenerlo, de torcer una determinación tan firme. La voz me tembló cuando le dije son las cinco. Dejó su chaqueta blandamente sobre mi brazo, se quitó los zapatos y me miró con gratitud. Luego saltó.

Ni un solo ruido. Nadie pareció advertirlo hasta que aquella loca vino hacia mí llamándome asesino. Tuve que echar a correr para que no me detuviesen. Entré en el metro de Puerta de Toledo vomitando y al llegar a casa puse a Mahler. El teléfono sonó durante toda la tarde. Sabía que era él, no descolgué.

**Autor: Carlos Alberto Sierra**

## **EL AGUA SOBRE EL TEJADO**

*“Puedo decirme del amor (que tuve):  
que no sea inmortal puesto que es llama,  
pero sea infinito mientras dure...”*

*Vinicius de Moraes*

Seguramente pensaste que no iba a venir. Quizás temas que trato de huir de ti. Amor, no sabes cuán equivocada estás, el fuego de tus besos todavía arde en mis labios, mi cama reclama tu cuerpo cada mañana y aunque no lo creas aún te amo.

Sí, ya sé que creíste que me había olvidado de nuestro aniversario. ¿Cómo crees que me voy a olvidar de algo tan importante? Si son 10 años. Los mismos de Pedrito.

Él está bien.

Por supuesto que le haces falta.

Claro que vive con tu mamá, pero de vez en cuando me visita. Todavía me dice tío.

Disculpa que no haya traído vino, sé cuánto te gustaba.

No, no le he contado a nadie, ese ha sido uno de nuestros secretos.

Sí, sé que gracias al vino nuestras vidas se cruzaron y claro, también está el agua sobre el tejado. Te reías y cantabas mientras escuchabas la lluvia caer y terminamos entonando con mi guitarra viejas canciones de Roberto Carlos. Créeme, nunca fue una estrategia para llevarte a la cama, simplemente fue algo muy romántico. Y también muy chistoso. No, nena, no me burlo de ti, jamás lo haría. Pero cómo olvidar tu cara asustada. Tus ojos como platos cuando te despertaste al otro día desnuda a mi lado. Quisiste huir, pero te lo impedí. Desde ese día marcaste mi vida con tu amor.



Claro que sigo trabajando, ¿por qué no lo iba a hacer? Además nadie se enteró. Para todos simplemente fue un fatal accidente.

Es duro estar sin ti. Pero es más duro recordar la mirada que tenías ese día. La última navidad. Nuestro día más triste. Procuero no pensar en ello.

No dices nada, pero sé en lo que estás pensando y así no lo quieras aceptar, no todo fue culpa mía.

Sí, Pedrito ya estaba grande y era hora de que entrara al colegio y necesitaba documentos. Creo que hubiéramos podido sobrellevar juntos las cosas, en la soledad de nuestro secreto, pero tenías que dejarte llevar por esa tonta idea de “la familia”... no olvides que yo prometí que no les faltaría nada.

Así es la vida, y los sacrificios duelen. El nuestro lo siento muy dentro, muy profundo, en mi alma.

Del jardín me encargo personalmente. ¡Las rosas están tan bonitas! Como cuando tú las cuidabas.

No, amor, no estoy cambiando la conversación. Hoy es nuestro aniversario y no quiero estar triste. Además ya pronto tengo que irme a trabajar. Escucha el primer llamado de las campanas, es nuestra despedida.

No estés triste que yo volveré. Cuando caiga nuevamente el agua sobre el tejado, te acordarás de mí, de esas viejas baladas que nos hablaban de amor. Quizás entonces me perdones y comprendas. Tú eras la única que podía hacerlo. Ni siquiera yo puedo.

¿Que qué es lo que no puedo? Pues perdonarme, amor. A pesar de que la sociedad no nos comprendiera nunca; tú valías más de mil que dirán. Pero yo no soy nadie para cambiar la posición del sol y del viento.

¿Escuchas las campanas nuevamente? Es el segundo llamado y ya la gente está llegando. Es mi destino, es mi trabajo. Por él te cambié.

No me voy. Simplemente me alejo un instante, ya que mi corazón te pertenece y mi mente siempre está contigo. Anhele el momento de sentir el mismo frío que sientes ahora. Tomarte de la mano y caminar hacia la inmensidad. Hacia la nada.

**Autor: Carlos Ovejero**

## **AMANECER**

El sol se filtraba tímidamente a través de la cortina de encaje y comenzaba a iluminar la habitación. Perezosamente fue arrastrando su luz por el suelo hasta encontrar la cama, y comenzó a trepar por la frazada que se descolgaba abandonada hasta el piso de parqué. Su lento pero seguro andar no podía ser detenido y así llegó hasta la parte superior de la cama donde se topó con unos pequeños y delicados pies, dueños de unas uñas carmesí en las que produjo un breve pero bello destello. Pero no se conformó con eso, siguió subiendo, descubriendo poco a poco en su andar una figura hermosa. Primero acarició el contorno torneado de sus piernas suaves y nacaradas, para después crear un claroscuro entre sus firmes muslos. Invadió decidido a conquistar el valle de su pubis, se ciñó a la redondez de sus glúteos y estrechó su fina cintura. Transitó despreocupado por su abdomen jugueteando con las sombras que creaba en su ombligo. Escaló una a una sus costillas hasta llegar a la cima de sus pechos firmes e imponentes. Los acarició suavemente, como si de un amante se tratase, observando cada detalle, cada peca y cada lunar que encontraba en ellos, prestando especial atención a sus areolas rosadas, dueñas de un delicado pezón que invitaba a ser mimado. Pero no se detuvo ahí, siguió ascendiendo, ahora por su delicado cuello, besándolo en todo su recorrido, arrancando minúsculos destellos de luz en las pequeñas gotas de sudor que empezaban a formarse en la suave piel. Y así llegó hasta su boca, una hendidura de color rojo fresa deliciosamente entreabierta. Se regocijó zambulléndose en sus labios y notando casi extasiado la aceleración de la respiración y los pequeños gemidos que producía su paso. Notó, desbordante de felicidad, como sus fosas nasales se dilataban y contraían en sonoros jadeos. Siguió avanzando por unas sonrosadas mejillas hasta llegar a sus ojos, a

los que encontró cerrados placidamente. Pero justo cuando creía que iba a perderse lo que seguro sería el más bello espectáculo, sus párpados se abrieron y dejaron al descubierto unos iris color miel con destellos verdes. Casi inmediatamente los jadeos cesaron, los leves gemidos se transformaron en una única exhalación sonora. Se incorporó violentamente y miró hacia su derecha e izquierda mientras la luz la bañaba completamente y poco a poco inundaba toda la habitación. Miro hacia el sol naciente, y le regaló una dulce sonrisa y un último destello de sus ojos antes de abandonar la cama.

**Autor: Hernando Echeverri**

## **AMOR EN LA PENUMBRA**

Siempre abandonas la habitación en esa hora ingravida y ausente de ruido humano. Así continuamente desapareces de mi lado a través de la luz tenue del baño de mi alcoba, después de saciar tu desesperada soledad sexual con mi cuerpo y con mis labios, abandonándote en el deseo y la lascivia de tu propia imaginación, lo que solo dura un par de horas o si estoy de suerte una noche sin amanecer, porque siempre renuncias a mi lecho en las tinieblas de mi propia oscuridad. Si pudieras tan solo entender que el tiempo de amantes no tiene final, ni los días poseen noches cuando se ama en lo profundo. He hasta llegado a pensar que no hay frontera entre morir o vivir cuando se ama, y me atrevo a decir que mi estado sentimental ha alcanzado ese zénit.

Tan pronto como tu cuerpo deja la vecindad del mío, entonces dejo que mis sentidos palpen y escuchen el rastro de tu partida. Las sábanas de mi lecho aun poseen el rumor de tu cuerpo, y yo dejo que mis manos acaricien y sientan el calor que dejas en tu ausencia. Mis oídos escuchan cuando abres el grifo del lavamanos y enseguida el agua cae en tus manos para tu empezar a deshacerte del perfume y el sudor de nuestros cuerpos, mas yo, solo deseo que tu sudor nunca desvanezca en el mío, y es en ese aroma de amantes que aún sigo viéndote por entre las sombras cuando te vistes y acomodas tu cabello para emprender tu despedida.

Alcanzo a percibir tus pasos indecisos alejándose de mi habitación, y enseguida escucho como tus zapatos de tacón alto crujen la madera cuando caminas allá afuera en el corredor del edificio, alejándote más y más de mí, hacia ese silencio sepulcral de una ciudad que duerme y no advierte mi dolor. Así siempre departes, entre una luna de amantes que aún no abandona la divinidad de la noche.

Entonces yo me quedo vagando en la penumbra por entre las horas inquietas de aquella oscuridad, recreando las circunstancias que nos han conllevado a nuestro encuentro con el absurdo de este amor ciego, y fundo en lo incoherente el por qué la infamia siempre acecha entre nosotras.

Todo ha vuelto a enmudecer alrededor de mí, y aunque afuera de mí todo se apaga, adentro de mí, nuestro amor raya en lo intenso y toma todo mi sentir, un amor que solo se desvanece entre las riendas de mis propias ilusiones. No existe sonrisa donde tu ausencia ha marcado y dejado la huella de tu propia incapacidad de amar en lo insondable.

La luz desciende por entre las tinieblas de la oscuridad esta mañana, en una aurora que poco a poco da forma y color a cada cosa que me rodea, el diván donde nuestro coqueteo siempre comienza, lentamente deja ver las rosas rojas que me has traído y aún permanecen en el papel de celofán que las protege mientras ellas esperan esta mañana que yo las deposite en un jarrón. La prisa siempre será nuestro enemigo, al igual que este secreto tan sigilosamente guardado por nosotras dos, y que yo te he dicho muchas veces que amar en el rincón escondido de nuestras vidas es como nadar a tientas en un mar de dudas y frustraciones sin nunca alcanzar la orilla de la felicidad. Te amo como la noche mustia y oscura venera el resplandor de la luna que se refleja en el arroyo, mas todo este enigma de vida entre las dos ha empezado a romper mi alma como el lucero fugaz rompe con el firmamento lejano y extraño, cayendo en el sin fin de lo vacío. Yo, aún permanezco aquí acostada, arrullándome en el consuelo de mis propias sábanas mientras espero que el astro rey arrulle la soledad de mi delirio. Mas este es un amanecer en el que he decidido que también se defina el comienzo de mi despedida a estos sentimientos sin razón de tu parte, el final de mi amor, como respuesta a tu desdén por lo que sea que tu pienses que existe entre las dos. He decidido que debo proceder sin ti de ahora en adelante, por entre lo cotidiano y lo mundano, y esperar por otros labios, o buscar por un deseo en el cual mi cuerpo lo acaricien otras manos, y que mi mirada se

pierda en otros ojos, porque un amor como el nuestro puede desviarse en laberintos de la nada y conllevar a desiertos de nuestra propia soledad, y eso es lo que siento en este ahora, y en esta madrugada.

Te dejo Adíela, por entre las sombras del abandono y no acuso ausencia en los rincones de mi alma de nada que sea o se parezca a ti. Mis sentimientos erran por el camino de lo desconocido, pero pienso que es mejor eso, ya que entre las sombras venideras, un tal o un alguien ha de poseer la afinidad del sentimiento y emociones que toquen aquella melodía de amor, y mi corazón baile el vals de amar al compás de esa o ese otro amar. Porque el amor profundo no discrimina ni la apariencia ni la vejez, ni lo triste ni lo alegre, solo entiende, comparte y vive en son y sinfonía con las cuerdas del alma de quien retribuye, te entiende y en últimas: te ama sin fronteras en el infinito laberinto de su alma.

Adiós Adíela,  
tu amante, Feodora

**Autor: Luis Fernando Mahecha Castillo**

## **ANA**

Todos los días después de salir del colegio en la tarde salíamos a jugar fútbol al parque ubicado frente al apartamento con varios vecinos, casi todos de la misma edad, con quienes correteaba el balón por cerca de dos horas, al cabo de las cuales nos sentábamos a un lado de la cancha a tomar gaseosa, a contar chistes y a hablar de cosas sin fundamento. Una tarde calurosa terminado el juego la observé por primera vez en el balcón del apartamento ubicado en el segundo piso. Sus grandes ojos claros casi inexpresivos me sorprendieron, aunque me sorprendió más su extrema delgadez y su cabeza rapada.

—Tiene cáncer —comentó Santiago, uno de los compañeros de juego— dicen que le queda poco tiempo de vida.

—Oh, pobre mujer —exclamé— ¡debe ser muy duro para ella!

—Se llama Ana —volvió a decir Santiago.

A los pocos días la volví a ver nuevamente en el balcón, esta vez un aura de alegría iluminaba sus ojos, parecía más joven, menos enferma. Dirigió su mirada hacia donde nos encontrábamos y esbozó una leve sonrisa a la cual le contesté igualmente con una sonrisa y un movimiento de cabeza. Enseguida se despidió con la mano, todos de forma simultánea levantamos las manos y le dijimos adiós. Los siguientes días estuve pensando en ella, cada vez que jugábamos esperaba que saliera al balcón para saludarla y tratar de adivinar su estado de ánimo pero pasaron quince días y no la veía por lo que me atreví a ir hasta su apartamento; toqué la puerta con timidez y nadie apareció, toqué un poco más fuerte y escuché pasos al interior del apartamento.

—¿Quién es? —preguntó una voz bastante débil.

—Soy yo —respondí— tu vecino del quinto piso.

Escuché el sonido de la chapa y enseguida se abrió la puerta.

—¿Qué se te ofrece? —dijo.

Por el momento no supe que decir, sentí enrojecidas las mejillas.

—Quería saber... cómo estabas —balbuceé—, es que hace días que no te veo y quería...

—Saber cómo estoy, ya lo dijiste.

Me miró con cierta rabia mientras se acomodaba la pañoleta sobre su cabeza.

—Ya lo ves, algo cansada, estuve hospitalizada por varios días, me siento casi muerta, pero... que pena, es que me coges de sorpresa.

Me sentí incómodo.

—Pues ya sé que estás bien, así que me marchó, debo hacer mis tareas, otro día paso a saludarte, si no te molesta claro está.

Esperé por su respuesta.

—Pues como quieras, aunque la verdad no suelo recibir visitas y no soy muy buena compañía que digamos... ¡ah y gracias por pasar a saludarme! Chao.

—Chao —dije mientras la veía cerrar la puerta.

Al día siguiente a la misma hora pasé a saludarla y me invitó a seguir. El apartamento era agradable aunque se sentía un poco frío y no tenía muchos muebles ni decoración. Hablamos cerca de dos horas, me contó acerca de su vida y su familia; había nacido en un pueblo lejano pero había llegado a la ciudad hacía cerca de quince años con el sueño de estudiar medicina y viajar alrededor del mundo, y si bien logró iniciar los estudios de medicina se había retirado a la mitad de la carrera porque entendió que no era lo suyo, y se dedicó a estudiar diseño industrial porque realmente le parecía más interesante crear cosas que tratar de reparar organismos deteriorados que se resistían a fallecer, y muchas veces tratar de revivir a quien ya no quería seguir viviendo o a quien ya no tenía salvación, eso, según ella, era algo deprimente. Y luego surgió la enfermedad. Todo se volvió complicado en su vida, unos pocos amigos la seguían frecuentando, otros se olvidaron de ella; mientras que la gente en la calle y los mismos vecinos la veían con lástima y hasta con desprecio. Y lo peor de todo era asistir a esos tratamientos, era un



parto de mula, según ella. De un momento a otro, se sintió molesta por algo y me pidió que la dejara sola, yo entendí la situación. A partir de ese día me propuse visitarla siquiera dos veces a la semana. A los tres meses salí de vacaciones con la familia. Estuve pensando en ella, realmente era una persona agradable, buscaría la manera de acompañarla a las quimioterapias y compartir más tiempo a su lado. Había aprendido muchas cosas que con paciencia me enseñaba, y lograba cumplir con todas mis tareas para el colegio. Ana era muy inteligente y con un talento artístico sorprendente, me agradaba verla pintar.

El día que regresé del viaje pasé a buscarla al apartamento, una señora de avanzada edad abrió la puerta, bastante confundido le pregunté por Ana. La anciana me miró con indulgencia exclamando: —pero... es que ¿acaso no sabes?

Sentí que las piernas me temblaron.

—No señora, soy Alejandro, el vecino del quinto piso, me encontraba de viaje y... —dije con voz entrecortada— ¿otra vez está hospitalizada?

Hubo un silencio sepulcral, sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se limpió suavemente las lágrimas, me hizo señas para que la esperara un momento; a los pocos minutos regresó con una pintura fresca, era un hermoso autorretrato, con la firma: ANA. Con mano temblorosa me lo entregó; solo acertó a decir: esto es para ti, me recomendó entregártelo... Ella falleció hace unos días, mañana es la misa de las nueve noches en el salón de eventos, estás cordialmente invitado.

**Autor: Luis Esteban Torres**

## **ANTE EL PAREDÓN**

No me mira a los ojos, seguramente me está diciendo mentiras. “Qué sí, que yo iba a venir pero que unos gitanos muy convincentes me embriagaron; que cuando yo salí de mi transe de bohemia, me iba a venir como un rayo adiestrado pero con tanta bruma y eco muerto no sabía ni en donde estaba...” ¡Ah! Tan sólo en la cara se le ve la argucia, es que puedo olerla, es que puedo verla, ¡mírenla ahí!, paseándose con su bisutería barata a través de esos ojos que parecen como de moribundo. “Y que créame, señor, que casi me voy al río tratando de atraparle las gracias a una musa vieja que me encontré...” ¡Ah, bribón! Qué mirada tan desorientada, tan desorbitada, como si estuviera buscando estrellas en el aire seco que lo rodea o como si temiera enfrentarme. ¡Ah! Sí que está mintiendo, si hasta usa ropa de mentiroso. “¡Ay, señor! Con decirle que una mano se me paralizó y cuando me percaté, era que chula se había quedado dormida sobre ella. Y yo que me incorporo de súbito, asustado hasta la médula, créame, señor, créame, con decirle que hasta pensé que estaba envenenado con tanta ambrosía mala que venden, créame, señor, créame, y en mi terrible confusión y terror, me gasté todo el dinero que tenía en más botellas de ambrosía, porque por ahí dicen los sabios, ¡y a esos sí que hay que creerles!, que el remedio para el mal se encuentra en la propia enfermedad...” ¡Ah! Tiene el mismo pelo enmarañado de esos locos de antaño, de esos esbirros del sofisma precario, de esos lacayos muertos de hambre, de esos heraldos de la falacia voraz; miren como tuerce las manos lívidas, como si fuera un poseído o un epiléptico o un mentiroso empedernido. “¡Ay, señor! Si le dijera más se pondría a llorar o llamaría al manicomio o llamaría a mi santa madre, la cual seguramente llamaría al manicomio... Si ve, señor, es que uno se confunde después de tanta voráGINE; y es que cuando uno está a

punto de caerse a un río se piensan muchas cosas: sobre la vida... sobre la muerte... ¡Ah, creo que tan sólo esas dos! Pues a la final no son ni tantas. Pero ese instante, señor, en el cual uno está como suspendido por telarañas ante un insondable abismo de espejos de olvido y recuerdo o sobre las cruentas fauces de alguna bestia infernal o sobre el pozo más profundo de aguas de rosas negras del empolvado y frío universo, se alarga y se alarga hasta tornarse como perpetuo, como punzante. Quizás, uno en la cabeza tan sólo tiene esos dos anhelos; quizás, por eso es que uno es como una espantosa contradicción, como un incierto, como una atroz desventura..." ¡Ah, a mí que no me venga con filosofías muertas!, con enredos y fárragos de dolor y tristeza. Como si yo no supiera que el silencio es la respuesta para ese di mi nombre y no existo más. "Sí, señor, espero que me esté creyendo, me está creyendo, ¿verdad? Lo que pasa es que ustedes piensan que todo es muy fácil, que aprete un botón y cambie de página, que póngase las botas y que cavile sobre el amor, que contemple al tuerto más feo que puede existir y que escriba un poema sobre los bellos pechos de Laura... Pero la verdad, aquí entre nosotros, porque usted me cae bien y me cree, ¿verdad?, a mí me toca duro; pues eso de estar buscando algo que uno nunca ha visto es como triste y complejo, y termina uno extraviado en algún fangal olvidado de la vida, sucio, con frío, con sed, sin lujuria, con los ojos vagos y un brazo entumido, cual recién nacido. Como cuando comprendí que había estado nadando en una piscina vacía durante una noche que cabía en un instante o en un rocío, y cuando me estaba saliendo se me vino la sangre por la nariz, yo me puse a contemplarla como contemplando mi propio nacimiento y cómo es que se me iluminan los ojos negros y desorbitados y me pongo a escribir un poema sobre lo escarlata de los labios de Virginia con mi propia sangre... ¡Comprende, señor, comprende! Pero no llore ni llame al manicomio ni llame a mi santa madre, porque ninguno de ellos entiende de estas cosas tan místicas. Y es que el finado Jesús se demoró tres días en ir y venir del trasmundo, y yo hago eso en uno sólo, y sin tanta polémica; y eso que voy y vengo, voy y vengo, y así varias veces, y ahí sí puede ser

testigo chula y un par de gitanas; pero yo sé que usted me cree, ¿verdad, señor, verdad?...". ¡Ah, basta de tanta cháchara! Está bien, regrese a su puesto. ¡Ah, bribón! Miren cómo se retira, con ese andar descarado y desatinado de los mentirosos...

**Autor: Daniel Piedrahita Cárdenas**

## **ARROJO**

Despertaba siempre por lentas pesadillas. La misma pesadilla en formas distintas. Me quedaba enredado en las sabanas de seda, pegadas por el sudor, esperando a que saliera el sol, rindiéndome al sueño.

Y a lo lejos el immaculado cielo, que como una cortina cae en el horizonte y se arruga en forma de oleaje. Lento; fuerte y constante, el mar arremetía con pasiva furia la arena de aquella remota playa en la que me fui a olvidar.

Ahora que el elusivo sueño me evitó como siempre, me tendí en la arena. Mirando el cielo, de inmenso y virginal azul. Despoblado de nubes o si quiera vida, daba la abrumadora sensación de si mirabas lo suficiente caerías en él.

Solía intentar sumergir pensamientos en el mar. Me encantaba verlo, sus extraños y erráticos movimientos, realmente nunca antes me detuve a ver tales cosas, ahora me resultaban fascinantes y entretenidas, quizás porque me liberaba, lanzando mis pensamientos en éste. Me venía a la mente con bastante frecuencia la idea de que tal vez, no siendo el único que decidió arrojar sus penas al mar para que se ahogasen, le dimos un inmenso peso que nunca deseó arrastrar, que tras tantos suspiros y lágrimas en él, tornamos sus movimientos en lentos y nostálgicos. Un noble gigante que se tornó azul por las penas que ahora debía arrastrar por todo el mundo.

Y entretenido temporalmente por esta serie de pensamientos miraba como el mar, con inmensa paciencia pero inagotable fuerza azotaba la playa, tan fuerte que tornaba ese cristalino azul en un crispante blanco, una y otra vez, volviéndose lentamente para ir de nuevo con renovada fuerza. Y es que tal vez intentaba librarse de su carga, de su indeseado e inmenso peso.

Y entre aflicción y admiración lo miraba, ¿cómo era capaz de continuar él con tantas penas en su espalda, si yo con solo una había visto como rápidamente mi vida se desmoronaba?

Todo lo que alguna vez fue, nunca volvería a serlo, ¿Cómo podría?

Y de todos los lugares que pude haberme ido a deshacerme, a tirarme en el olvido para siempre. Que el tiempo se olvidara de mí y continuase. Hubiese elegido aquel, un lugar donde el azul se desbordaba de todo, el pasto que crecía por allí en pequeños bultos, altos y fuertes, tenía ese mismo color azul, verdoso, pero azul en iguales partes.

Y es que había sido eso lo que me había quebrado, un par de ojos azules, que nunca me mirarían de nuevo, me habían tirado al mar para ser cargado como una pena más.

**Autor: Carlos Alberto Ramírez Beltrán**

## **ASCENSO**

### *Primer piso*

Una luz tenue se aproxima lentamente hasta dejarse colar por la rendija de una de las ventanas nunca antes abierta. El reflejo ante el oscuro y lúgubre lugar deja entrever dos cuerpos sudorosos que minutos antes se desvanecieron en un trueque ancestral de deseos mundanos que hoy, rigen la vida de hombres y mujeres.

Todo se observa con la claridad pertinente, un cenicero atiborrado de colillas, tres botellas de vino tinto Carbernet Sauvignon de los Valles del Maipo, tres preservativos en el suelo de la habitación, dos aún con la savia del trabajo cumplido y uno destruido por los molares enardecidos de la desesperación. Un olor gris y sepia incomoda lo existente, el caos persiste mientras en cada rincón del precario sitio se dejan percibir los colores penetrantes de la ropa interior.

Una mueca de descontento despierta a la plácida pareja que se integra con la misma rapidez con la que se desbordaron de placer. Prueban un sorbo del licor abandonado y encienden un cigarro mientras sus cabezas explotan ante la llegada inoportuna de la resaca moral.

### *Segundo piso*

*Si soy honesto me encantan sus gestos.* Dos jóvenes seudo liberales se aproximan demasiado con la vibración que generan las cornetas de su reproductor de sonido. La nueva era musical sirve para ajustar lo que antes costaba meses enteros conseguir. La divinidad prohibida está allí, presente en cada sonrisa, en cada mirada, la pareja desea entregarse pero el temor implícito los detiene. Una suave caricia los desvanece en besos encontrados que no llegan a cumplir la misión. Luego un portazo, un padre con labios desordenados y la cólera invadiendo sus palabras golpea con

certeza las cabezas de los jóvenes ávidos de ternura y novatos en la sodomía.

#### *Tercer piso*

Una mujer se disuelve entre las calles que se aprecian desde su balcón. No hay una lágrima donde debería existir un torrente caudaloso. Su tristeza, es mezquina y constante. En el día no la deja vivir y las noches son mortandades de suspiros que desintegran las estrellas. El recuerdo perdura en su cuerpo mientras aprisiona a su corazón la fotografía de su hijo, desaparecido y enterrado en una fosa común junto a la nada.

Sólo espera la muerte con un cuchillo que penetra su corazón hasta hacerla sonreír. Un hilo de sangre recorre la casa y comienza a gotear lentamente hasta detenerse. En la víspera de su despedida ve al hijo, perdido y enterrado abriendo la puerta.

#### *Cuarto piso*

Un grito despavorido lo despierta. Se levanta de su cama. Prueba un trozo de pizza olvidado la noche anterior y se sienta frente a su computadora. Comienza a escribir sobre los amantes furtivos del primer piso a quienes unió la noche anterior con marihuana y licor. Siente el morbo en los roces desconocidos de los jóvenes en el segundo piso a quienes alienta todos los días a través de sus correos sodomitas. Tiembla de pavor al ser partícipe de las cartas de desconsuelo que envió mintiendo a su amante del tercer piso. Se desconcierta un segundo, pero continúa escribiendo, es su pasión, es su tarea, es su destino buscar o hacer que existan las historias que pagan la cuenta.



**Autor: Alfredo Domínguez Fernández**

## **ASÍ ES LA VIDA**

“Que suerte de vida la mía”, Rodrigo no dejaba de repetir esta frase, una y otra vez en su mente, mientras se dirigía a la delegación de policía donde una nueva orden de desahucio lo esperaba para que la ejecutase de manera diligente y sin el menor resquicio de protesta.

Rodrigo no dejaba de pensar en su mala suerte y la dura vida que le tocaba vivir, él no tenía la fortuna del ricachón bancario que ordenaba el desahucio, ni tenía el poder del juez que le daba “forma judicial” a tamaña injusticia, ni tenía la posición de su capitán que impartía las órdenes, las macabras órdenes a todos sus subalternos, no, él solo era el garrote que debería caer sobre el lomo de otro par de ancianos que se negaban a abandonar el único medio de subsistencia que les quedaba: su techo.

Rodrigo no era más que el músculo que el sistema tenía para portar la guadaña con la cual la muy selectiva ceguera de la justicia impartía su sacrosanto reglamento de convivencia. Rodrigo era un simple peón desechable, un simple instrumento de represión y él lo sabía, pero al igual que ese pobre par de ancianos que hoy él mandaba a la calle, él no era más que un pobre ser intentando subsistir en un estanque lleno de pirañas y tratando de llevar a su familia una vida decente y lo más alejada posible de la patética existencia de aquellos seres que él, día a día, golpeaba y desahuciaba en nombre de la todopoderosa justicia.

Llegaba Rodrigo a la delegación y en la puerta estaba Bernardo, su inseparable compañero de andanzas y desventuras desde hacía más de una década. Bernardo tenía esa mirada, la misma mirada de Rodrigo y de tantos otros que eran el frente, la fachada, la cara que los oprimidos le ponían al inhumano sistema que de golpe y porrazo les arrebatava los sueños, las esperanzas, la vida misma,

tenía esa mirada sombría, la mirada de aquel que hacía muchos años había vendido su conciencia y su moral al sistema que los alimentaba.

Marchaban ya Rodrigo y Bernardo con su grupo de tarea, con la orden de desahucio en la mano, hacia el edificio en cuestión. Subían las escaleras, golpeaban la puerta y se colocaban la venda, esa venda especial que la academia les proveía, luego de un largo entrenamiento, para que no pudiesen ver las caras de sus víctimas, para que en vez de rostros grises y muy humanos vieses cartelones de color rojo de alarma anunciando a viles criminales, para que vieses las ordenes de ejecución perfectamente coloreadas por un juez con menos moral y conciencia que ellos que les pintaba un panorama lleno de un peligro inminente para la sociedad en la que vivían y por ende un gran peligro para ellos y sus familias, esa venda que era el inequívoco somnífero para lo poco de conciencia que aún les quedaba.

Cuando la puerta por fin cedió ante los inclementes golpes de Rodrigo y Bernardo estos ya tenían la venda colocada, entraban al que hasta ese momento era el hogar de una familia como la de ellos pero que su venda solo les permitía ver a una guarida de peligrosos criminales, tampoco podían ver la cara de Magda, la cara de tristeza y abandono final de aquella viejecita de 82 años que perdía su última tabla de salvación en aquel mar de pirañas en el cual Rodrigo y Bernardo eran los ejecutores finales, no, la venda les pintaba el rostro de una vieja vividora y jugadora del sistema que había jugado al azar todo su bienestar y que al perder se negaba a pagar.

Regresó a la casa, fin de la coraza y de la venda, unión en familia, alegrías mundanas y por sobre todas las cosas el cable en la TV, ese pequeño artilugio que le permitía a Rodrigo, a Bernardo y tantos otros no tener que ver en los noticieros algún destello de esa realidad que se escapase a la muy protectora oscuridad de su venda y que a la vez les llenaba sus vacías almas con el dolor y sufrimiento ajenos, foráneos, de lugares muy distantes, o colmaba su cuota de total banalidad con programas basura con lo cual les era posible

subsistir, sobrevivir, seguir transitando aquella vida que le tocó vivir sin pensar, sin reflexionar y sobre todo sin cuestionar al sistema.

Rodrigo duerme en paz, y sí, duerme en paz ya que su alma hace rato escuchó el réquiem final del abandono total de toda posible humanidad por poder pertenecer a una sociedad, por poder pertenecer a ese rebaño de borregos que come el duro, seco y amargo pasto para engordar día tras día y para que unos pocos coman de su carne, de sus entrañas, pero como él mismo sabe y lo sabe muy bien, por lo menos él y su familia tienen algo que comer, aunque solo sea pasto y en el fondo le gusta, o cree que le gusta...o tal vez no.

**Autor: Miguel Ángel Pérez Ordóñez**

### **AZORA 35**

La vida es un extraño privilegio, debió decirse el anciano pintor Omar-al Nemán, esa tarde de otoño, cuando el pincel se le desprendía, irremediadamente, de su mano sin fuerza. Conocedor de lo inevitable, le imploró a Alláh cinco segundos, y Él, el Misericordioso, se los concedió. Dos trazos magistrales ocuparon ese tiempo cósmico y un brazaletes, único regalo agregado al retrato de su discípulo, fue dibujado sobre su brazo derecho. Kanmakán, al verlo caer, corrió para recostarlo en su lecho, y siguiendo una vieja tradición tomó el Libro Sagrado para leerle un Azora que lo ayudara a su buen morir. El discípulo lo abrió, y ya sea por la visión distorsionada de sus ojos llorosos, o por la perfección de la letra de su maestro, recitó una inesperada sentencia, escrita al margen derecho por Omar-al Nemán: "El mensajero de Alláh (SAW), ha dicho: Los pintores de pinturas serán castigados en el Día de la Resurrección y será dicho para ellos: Haz que viva lo que tú creaste". Medroso, Kanmakán comprendió la exigencia que su maestro le reclamaba para su arte, pues según su decir: "de lograrlo, el elegido permanecerá a la diestra del Todopoderoso; de lo contrario, llorará, a su siniestra, en una perenne eternidad, su atrevimiento".

Mas, comprendiendo que no podía demorarse en elucubraciones, abrió el libro en el Azora 35, y leyó, apresurado: " Quién recita el Libro..., practica oración y hace caridad ingresará en los Jardines del Edén, allí serán engalanados con brazaletes de oro...". Calló en en el instante en que su maestro estaba como una mariposa desorientada, y su sonrisa dibujaba los mil y un rostro de Alláh. Kanmakán, confuso, trataba de explicarse todo aquello, en el instante en que una luz, que penetraba por la ventana del estudio, lo encegueció. Instante, a su vez, en que su doble perfecto, des-

prendido del bastidor, venía a su encuentro luciendo un brazalete de oro, en tanto que sus vestiduras eran de seda, tal y como El Libro viste a los elegidos en el Edén de Alláh.

**Autor: Andrés Fernando Lancheros Aranda**

## **BOMBA**

Se oye una puerta que se abre.

—Viene alguien —dice Jake quien cierra un compartimiento del escritorio del director—, apresúrate Louis, será mejor dejar esto y volver a nuestras vidas normalmente.

—No te vayas a dar por vencido Jake, tenemos que borrar nuestras calificaciones —dice Louis, quien empieza a cerrar el cajón de un archivador—. ¡Eureka!

Louis quien saca dos carpetas del archivador.

—Estos son nuestros expedientes del último año —explica Louis quien los abre encima de una mesa.

—¿Quién anda ahí? —pregunta una voz muy grave para ser un chico.

De la nada se enciende una luz de una linterna.

—Salgan de una vez por todas.

La puerta de la oficina se abre, solo se ve una sombra de la que no se distinguen sus rasgos, ya está muy tarde, más o menos son las once y media de la noche, la hora perfecta para infiltrarte a tu escuela y cambiar tus calificaciones. La sombra se empieza a hacer-car al escritorio, Jake está debajo de él, Louis esta postrado entre el archivador y una pared.

—Pueden pasar, dejen el cajón encima del escritorio —dice la voz.

Otros dos hombres entran a la oficina, se escucha el golpe de una caja, al parecer muy pesada, que la dejan encima de una mesa muy enclenque de madera.

—Salgamos rápido antes de que nos encuentren —exclama la voz, y desde allí solo se escucha el cerrar de la puerta.

—Pero, ¿qué han dejado encima de la mesa? —pregunta Jake mientras sale del escritorio— ¿Qué hago? ¿La abro?

Después de esto, Louis logra salir del estrecho espacio entre la pared y el archivador.

—Pues sí —le responde Louis.

Ya la incertidumbre se está haciendo presente.

Al ellos dos abrir la caja, encuentran un reloj en cuenta regresiva.

“¿Qué es esto?”, exclaman los dos en unísono mientras sacan el artefacto de la caja.

—Parece una bomba —responde Jake mientras la examina más de cerca—. Me acuerdo cuando mi padre me enseñó sobre esto, recuerdo que siempre decía que entre más se acabe el tiempo, más difícil es desarmarla.

—¿Y qué necesitas? —pregunta Louis que ya empieza a buscar en los cajones, como si supiera que va a decir Jake.

—Tijeras, un lápiz, un bolígrafo y un alfiler —dice Jake y con la uña de su pulgar empieza a pelar un cable.

—Está hecho —dice Louis y saca todos los elementos que menciona Jake.

—Solo con las tijeras cortó esto, luego con el alfiler agujereo esto, como el lápiz tiene grafito sirve para esto, y con el bolígrafo chuzo esto —dice Jake—, y luego de esto, solo queda una cosa por hacer. Listo, ahora sigamos con nuestro plan principal.

—Excelente —dice Louis y empieza con un borrador a quitar números de los boletines y con el lápiz cambia las notas—. ¿Cuánto quieres en biología Jake?

—Un cuatro punto cinco —le responde Jake a mucho orgullo.

—Ok, yo me pondré un cuatro en matemáticas al igual que en inglés —dice Louis mientras empieza a cambiar sus notas.

El reloj del pasillo central empieza a dar doce campanadas, ya inicia un nuevo día, la media noche, mientras estos dos chicos, que deberían estar durmiendo en sus casas, están cambiando sus notas para tener un beneficio muy pronto. Para ellos la bomba ya está desactivada, pero empieza a sonar un chillido proveniente de la caja.

—¿Pero qué pasó, ya no estaba desactivada? —pregunta Jake y se acerca a la bomba. En el reloj de ella, solo se ve un número, 0:01, luego de eso, nada se vuelve a escuchar.



**Autor: David Llorente Cortez**

## **CAMINANTE NO HAY CAMINO**

Había una vez un hombre que se dirigía hacia la ciudad en un agradable día de finales de primavera. El hombre cargaba un hatillo sobre el hombro y sonreía con amabilidad y alegría a cuantos viajeros se encontraba a su paso. Caminaba todos los días desde la salida del sol, parando a descansar a intervalos regulares, y terminaba su jornada en alguna hospedería antes que se escondiese el sol.

Cierto día, como una hora después de haber hecho uno de sus descansos, el hombre se encontró el camino bloqueado por decenas de lechugas, apios y calabazas. Parado junto al camino había un carro con una rueda rota y medio volcado, y un borrico que debía haber estado tirando del carro se entretenía comiendo de las verduras tiradas por el suelo. Una joven campesina se afanaba por recoger la carga desparramada.

—Buenas tardes —dijo el hombre al pasar junto a la campesina, inclinando la cabeza y tocándose el ala del sombrero.

—¡Ay! —exclamó la campesina—. No tan buenas para mí. Se rompió la rueda de mi carro y ahora toda mi carga está tirada por el camino. Necesito recogerla y encontrar el modo de transportarla hasta el pueblo antes que se haga de noche. ¿Sería usted tan amable de ayudarme?

—No puedo, no. Lo siento mucho pero tengo algo urgente que hacer y no me puedo retrasar.

Y así el hombre continuó su camino, saltando sobre las lechugas y las calabazas y dejando atrás a la campesina y a su borrico. Antes de que se pusiese el sol llegó hasta el pueblo y pudo descansar cómodamente para continuar su camino otro día más.

Durante el día siguiente, el hombre volvió a ser testigo de un extraño encuentro. Esta vez lo primero que vio fue un cerdo cru-

zando el camino a la carrera. Un poco más adelante, tras una curva, el hombre encontró otros dos cerdos corriendo en círculos alrededor de una pequeña granja, y un granjero corriendo tras ellos, ora persiguiendo a uno, ora persiguiendo al otro, sin ser capaz de atrapar a ninguno.

El hombre sonrió ante la escena y el granjero, al verlo, le llamó gesticulando.

—Buenas tardes tenga usted, viajero. ¿Sería tan amable de ayudarme? Mis cerdos han escapado del corral y temo que yo sólo nunca seré capaz de atraparlos.

—No puedo, no —respondió el hombre—. Lo siento mucho pero tengo algo urgente que hacer y no me puedo retrasar.

Y llevándose la mano al ala de su sombrero el hombre pasó de largo y dejó atrás al granjero y sus cerdos, y continuó por el camino hasta que el sol ya estaba bajo y encontró una agradable posada donde descansar.

Al día siguiente, el hombre caminaba a media mañana y distinguió una pequeña colina junto al camino, coronada por un enorme roble. Pensó qué agradable sería detenerse allí a almorzar antes de continuar y sin dudarlo se encaminó hacia la colina. A través de un estrecho sendero pasó junto a una cabaña donde se escuchaba el martilleo de alguien trabajando. Tras inspeccionar con la mirada a un lado y otro de la cabaña, el hombre descubrió que los golpes provenían del tejado, donde un mancebo se afanaba en clavar listones sobre los que colocar tejas nuevas en su tejado. De repente se escuchó un crujido y las tejas cedieron ante parte del techado roto. El mancebo las sujetó desde arriba, sosteniendo en su sitio las más bajas desde las más altas.

—Por favor, ayúdeme, buen hombre —gritó el mancebo—, si no todas las tejas caerán al suelo y tendré que comenzar de nuevo.

—No puedo, no. Lo siento mucho pero tengo algo urgente que hacer y no me puedo retrasar.

El hombre continuó así por el sendero, llegó al roble justo para la hora de su almuerzo y descansó bajo su sombra antes de retornar al camino principal. Al final del día llegó a una casa de huéspedes y descansó cómodamente.

Dos días después llegó por fin a la ciudad. Sin perder ni un minuto, el hombre se dirigió a la casa de un terrateniente del que le habían hablado, quien tenía en venta una pequeña parcela junto al camino, muy cerca de la ciudad, por un precio muy razonable. En su hatillo el hombre llevaba todo lo que tenía de valor, y fue justo lo que necesitaba para comprar la parcela, que contenía una pequeña cabaña, un huerto, un corral con algunas gallinas, y un perro.

A continuación el hombre se instaló en su nueva casa y pasó todo el verano trabajando para adecuarla, pues la cabaña estaba vieja y destaralada, el huerto descuidado y lleno de malas hierbas, y las gallinas pasaban tanta hambre que ni siquiera ponían huevos. Para cuando llegó el otoño y los primeros fríos, el hombre tenía una hermosa casa calentada por un gran fuego, un bonito gallinero donde recogía huevos todos los días y un enorme huerto que le daría verduras y hortalizas.

Cierto día a comienzos del invierno el hombre se despertó al alba con los ladridos del perro y un gran alboroto en el corral. Muy apresurado se levantó, tirando una silla y varios muebles a su paso para salir a ver qué ocurría. Afuera descubrió que un zorro se había colado en el gallinero y corría con su presa entre los dientes mientras el perro le perseguía dando voces. El zorro rodeó el gallinero y después lo atravesó por debajo en su huida, y el perro lo imitó, aunque por su mayor tamaño sacudió todo el gallinero e hizo salir despavoridas a las gallinas. El zorro corrió después hacia el huerto, y el perro le siguió, saltando y arremetiendo contra las verduras y hortalizas allí plantadas y causando un gran destrozo.

El hombre se llevó las manos a la cabeza al ver el gran jaleo que se estaba armando. Entonces se dio la vuelta y su espanto creció, pues en su salida apresurada había tumbado una silla sobre los rescoldos del fuego y aquella había prendido, iniciando un incendio que rápidamente se extendió por todos los muebles de la cabaña. El hombre corrió hacia el camino buscando ayuda, buscando algún viajero temprano que pudiese ayudarle a salvar su casa, su huerto y sus animales, pero no encontró a nadie, y al final la cabaña ardió hasta los cimientos y el hombre quedó solo con una finca vacía.

**Autor: Tannia Maruja García Guzmán**

## **CAPÍTULO 11801**

*Para Joan*

Era fácil adivinar que leía de forma voraz. Un carnet de biblioteca amarillento, y las uñas comidas de tanto esperar el final, le delataban. Sus ojos nadaban a través de las páginas, y siempre se tornaban vidriosos con alguna lágrima oculta. Sufría cada línea. Argumentaba con los párrafos el destino de los personajes. La muerte de Werther le afectó especialmente.

Entre lectura y lectura, nos habíamos conocido de forma frugal. Sus visitas a la biblioteca eran asiduas, y pasaba horas allí, incluso cuando llevaba sus propios libros. Me gustaba apreciar el eco de sus pisadas cuando leía algo emocionante y no podía quedarse pegada a la silla. A veces la veía completamente sola, absorta, y más de una vez, inconsolable. Supongo que fue su forma particular de pasar las páginas, la delicadeza de la lectura o el ritmo de su respiración lo que me hizo pensar en mis posibles sentimientos hacia ella.

No tenía un plan, no había nada que hacer. Tal vez, algún día nos encontraríamos de frente, y podría ser que algo se gestara, pero hasta ese momento, con uno que otro encuentro casual a la luz de la curiosidad, no albergaba la mínima esperanza. Entonces, un día nublado cualquiera, entró por la puerta de la biblioteca. Alguien le sugirió desempolvar un mustio lomo verde y dorado. Se notaba que buscaba algo que la sacara de su amargura con Castell, el de Sábado, ese señor la angustió muchísimo.

El diálogo fue tímido al principio. Levantó la pesada portada con la mano izquierda y enderezó las páginas con la derecha. Leyó: CAPÍTULO 1 1801. Me aceleré, me hice un poco ininteligible al principio. A medida que avanzaba se me hacía más difícil con-

centrarme. Ella podía ver perfectamente a través de mi rudeza, entendía mi amargura. Producía pensamientos en mí, conjuraba acciones por adelantado y justificaba mi razonamiento. No era una lectora fácil. Antes de llegar a la mitad del libro ya había augurado que sobre Catherine reposaba un sino aciago, que la venganza acabaría con los Linton y los Earnshaw.

Para mí era todo lo que se podía pedir de una lectora, fue gratificante verla moverse con ligereza entre los capítulos, anunciar con miradas una sorpresa, observar sus retrocesos entre líneas cuando incrédula conspiraba en contra de lo que leía. Me había enamorado, y pasé a ser todo lo que ella necesitaba. No abandonó las páginas durante toda esa semana. La última vez vino durante el almuerzo y finalizó por la tarde. Escribió en su pequeña libreta: si todo pereciera y él se salvara, yo podría seguir existiendo, y si todo quedara y él desapareciera, el mundo me sería del todo extraño. Amó esa frase, aunque consideraba a Cathy una tonta sin remedio. Sentía que más que una lectura, ella había estado contemplando conmigo el empedrado y gris paisaje, que habíamos estado allí, en el silencio adoquinado de la Granja de los Tordos, y fue la primera vez que me sentí acompañado en la muerte de Cathy. Ella sintió real tristeza por mí cuando la locura acabó con casi todo, cuando a dientes me vengué del destino, cuando la soledad y estatismo del bucólico horizonte de piedras y musgos me arrancó la sensatez y volví a una forma extrañamente primaria. Me regaló un par de lágrimas de despedida. No hubo mejor que ella. De todas las miradas que recibí en esa biblioteca ninguna fue más hermosa y sensible, y aun en las manos de otros lectores recuerdo la redención que me ofreciera escucharla susurrar mi nombre, que tanto le costaba pronunciar en inglés.

Mucho tiempo después, nos encontramos en un bazar de artículos usados. El roce de sus manos me era conocido. Al abrir la pesada portada leyó: CLÁSICOS INMORTALES CUMBRES BORRASCOSAS por Emily Brontë Derechos reservados CAPÍTULO 1 1801. Vio el sello de la biblioteca, y supo que éramos viejos amigos.

**Autor: Mónica Carrizo**

## **CINESTESIA**

Por segunda vez en lo que va de la noche, Martín llora y se tumba en el sofá masticando la bronca. Si bien no habían quedado, daba por sentado que esas horas libres, Meme las pasaría con él. Era la última noche que tenían para estar juntos hasta finales del verano que recién comenzaba, al día siguiente cada cual comenzaría la actividad estival con un ritmo carcelario. Al atenderle por teléfono, no dio muestras de entusiasmo, más aún, pareció que le molestaba, dijo que estaba cansada y colgó. Últimamente se habían ido espaciando los encuentros en un ir y venir de actividades dispares.

Ella tiene un plan estupendo para esa noche, comer una piña a punto que espera en la nevera, y el hecho de quedar con él aplazaría ese festín, o bien tendría que compartirla y no le apetece. Mientras estaba en el despacho frente al ordenador, podía sentir el intenso olor a selva húmeda que la recibiría al entrar en la cocina, podía escuchar el crujido de la pulpa al ser rasgada por el cuchillo, ha estado esperando toda la jornada el momento de sentarse en la terracita con el plato de piña jugosa, mojarse con ésta los dedos y saborearla mientras los sonidos del atardecer llegan apagados entre el canto de los pájaros y las voces de los niños del vecindario. Ansiaba sentir la fruta deshilacharse entre los dientes, una aspereza dulce que invade las paredes de la boca y late bajo la lengua. Devorar el ananá convertida en autista, disfrutar de los labios pegajosos sin tener que moverse de la hamaca ni vestirse para él, sin tener que proponer un trago, o preocuparse por lo que vendrá después. Dejarse llevar por el ritmo del sol que se desliza hacia abajo. Jugar con los libros y revistas dispersos a su lado, una novela negra, un libro de relatos, otro de poesía. No podría imaginar un momento más pleno.

Mientras abre la puerta de su casa suena el teléfono, le respon-

de a Martín con la bolsa aún colgando del hombro mientras arrojaba los zapatos al fondo del pasillo, él pretende quedar, pero ella hoy prefiere la fruta. Le dice que está cansada, que necesita un baño, le llamará más tarde.

La casa huele a verano y palmeras y la terraza es más acogedora que nunca. Apaga el móvil y pone a llenar la bañera. Mientras el agua crece pone música y va arrojando la ropa al son de la bossa nova, vienen a su mente imágenes de un viaje a Brasil realizado con Martín tiempo atrás, caminatas por la playa, las danzas de Bahía.

Entra en el agua y deja que la empapen los momentos vividos durante los últimos años. Vuelve a ver a Martín erguido ante ella, con su rizo negro desparramado sobre la frente, imponente, como cuando se enamoraron, antes de que el gran contenedor del tiempo lo fuera desdibujando. Aunque a veces se ha sentido agobiada por el peso del amor del otro, ahora está convencida de que la relación ha ido creciendo, han logrado algo importante. No entiende por qué no ha querido verlo.

Este disfrutar en solitario la lleva a reconocer las ganas de hacerlo de a dos, a echar de menos la complicidad con él, sin duda, ese atardecer era para ambos.

Como ella no lo llama tal como le prometió, Martín insiste, responde el contestador. Tiene la certeza de que está evadiéndolo, de que hay algo más allá de la excusa. No es cansancio, o tal vez lo sea sí, de él, de la relación. Tendría que entender que ella se resista a herirlo y no le pida abiertamente cortar, su actitud distante habla por sí misma. Siempre ha sostenido que la química del amor dura cuatro años, ya han pasado seis. Seis años de relación comfortable donde desde el inicio ha estado establecido (por ella) que no habría más allá, no vivir juntos, no boda, ni hablar de hijos.

Cae en la cuenta de los límites a los que ha estado sujeto, creía que esos eran también sus deseos, pero ha sido llevado de una oreja a ese punto muerto. Una inmersión hedonista que, si bien le complace, no lo es todo.

Quizás este súbito enfado propio se deba al hastío. De pronto le urge arrojar a la cara de Meme todo esto que siente, se pone una

camiseta y sale a buscarla.

Le abre la puerta encantada de verlo, le abraza diciéndole que hay algo que quiere decirle, él le responde que también necesita hablarle, por eso está ahí. La sigue al baño donde seguía instalada, la mira mientras se pone el albornoz y se enrosca la toalla en la cabeza, como siempre, nada parece interesarle más que sus nimiedades, ni siquiera esta visita sorpresiva. La coge con fuerza por detrás y la penetra sin preámbulos, se enlazan en una coreografía furiosa de manos y bocas que buscan, hurgan, susurran, lamen, donde el encuentro es un vehículo hacia destinos inversos. Por fin quedan sobre las cuadrículas de cerámica, revueltos en una maleza de extremidades.

Ella siente, agradecida y temblorosa, que regresa después de un largo viaje, bajo los párpados cerrados persisten aún las imágenes de Brasil.

Martín va juntando la ropa y le pide que lo escuche, tiene los ojos brillantes, hay calma y un tono seco en su voz. A su entender, dice, la relación ya no da para más, continuarla sería abandonarse a la lasitud, al punto donde sólo la sostendría el hábito, no hay un proyecto genuino entre ellos, será mejor dejarlo.

Meme se sienta en el borde de la bañera y lo mira mientras él va vistiéndose, coge las llaves, sale y la puerta se cierra detrás de él. La sangre corriendo acelerada le hace arder la cara. Siente los jugos de ambos deslizarse por sus piernas, el dolor que llega y la aspereza de la piña que aún no ha comido, abrasándole la boca, los espinosos filamentos clavados en la lengua, la garganta, el esófago.



**Autor: Felipe Montalva**

## **COLADOR**

Algo en sus ojos indicaba que su origen estaba muy lejos de estos pagos. No sé bien cómo explicarlo... Era como si la línea del horizonte la tuviera dentro, en algún punto del interior de su cabeza, y eso le permitía una libertad que era desconocida para nosotros. Supongo que fuera donde fuera, el mundo se iba a constreñir a ese pedazo de tierra donde llegase.

Apareció una media tarde por Santa Marta. Nadie lo vio llegar caminando por la carretera; tampoco lo divisaron descender de algún camión. Sus botas, chamuscadas por la incandescencia de la caminata, eran prueba de que el hombre era más bien un engendro de eso que veíamos más allá, y que denominábamos de una sola forma: el campo. Así, con el tono que se usa para hablar del cielo, del fuego y del mal. Cosas sin fondo.

¿Cuántos años tenía? Ni idea. El aparecido no hablaba. Lo que llevaba en la mirada se lo había devorado por dentro. A nuestras interrogaciones respondía con el profundo de sus ojos negros. En el almacén de Ayala, observando su manta tan gruesa y sucia que parecía hecha de adobe, aprendimos a conocerlo. Si estaba agrado abría la boca y hacía una mueca que recomponía, fugazmente, las arrugas de su cara. Ese remedo de sonrisa lo acompañaba con unos ruiditos agudos desde su garganta. *Dice que sí, ¿no lo entendés?*, exclamaba entonces la mujer de Ayala, alzando la voz en medio del grupo y le allegaba la cachimba humeante del mate. Ocurrió lo mismo con el vaso de grapa, con el pedazo de asado, con la frazada y el establo para que pasara la noche.

Una mañana, el movimiento se reunió en Santa Marta y llegaron los delegados de varios pueblos. La asamblea sería en la escuela. Como no se nos despegaba, encaminamos para allá con él. En un momento de la reunión, mientras un delegado hablaba de esto y

aquello, el aparecido se puso a un costado de dos tipos que venían en mochilados y que nadie sabía bien a qué organización pertenecían. Abrió mucho los ojos y comenzó a respirar agitadamente mientras los apuntaba con su dedo enterrado. Cada jadeo era como un gruñido; cada gruñido como trozos de material sólido cayendo en su interior; imaginé barro y piedras, puestos a girar, en una betonera. Nadie entendía nada y los dos en mochilados se reían.

Algunos días después lo comprendimos.

Cuando intentamos cortar la ruta que lleva a Pozo Hondo, aún no aclaraba cuando la policía provincial nos estaba esperando.

Furiosos, desconcertados, volvimos a Santa Marta y nos encontramos con los ojos del aparecido; con su silencio que, lentamente, nos fue ganando a nosotros también. En esa inmensidad, se realizó el bautizo.

Lo llevamos cada vez que el movimiento se volvió a juntar en algún pago. En todas, acertó con los soplones, los infiltrados y los policías de franco.

A partir de una de esas asambleas, ya no recuerdo en cuál, lo comenzamos a llamar Colador, y su mueca, sus ruiditos agudos, sus ojos de campo y silencio, nos confirmaban que no nos habíamos equivocado.

**Autor: Hernán Ruiz**

## **COMPRO VENDO PERMUTO**

Hace dos días se acabó el arroz. La cena de ayer, un café con leche. Mientras cenaba pensé en mi abuela que siempre me contaba cuando allá en Italia, después de la guerra, había tanta pobreza que comían puré de papas todos los días. Pensé en la nonna y sus cinco hermanos comiendo puré de papas y yo ni papas tenía. También pensé en Sofía, que no me contestó cuando la llamé. Necesito un trabajo urgente. La valija con rueditas está impecable. El estuche rígido de guitarra lo usé una vez sola. El reloj de bolsillo, me dá pena, era del abuelo, pero cuesta un huevo así que también se suma al combo. Abuelito perdóname. La campera que "encontré" en casa de mis viejos tampoco importa, tienen muchas. Lo que más me duele, son los tres tomos de Las Mil y Una Noches, edición Aguilar, tapa dura, traducción imperdible, que robé de la biblioteca de mi escuela secundaria. El primer libro que tuve en mi vida fue robado, libro de tres tomos vale por tres libros, un comienzo a lo grande. Pero la miseria reduce todo eso, a un instante, como el de hoy, cuando el panadero casi no acepta mis últimos quince pesos en monedas de diez centavos. ¿Tres sanguchitos de miga, quince pesos? Muchas gracias, y le dejé las quince montañitas de monedas embaladas de a diez y el tipo me miraba por encima de sus lentes con vergüenza ajena. Las monedas le servían, lo que no le servía, al parecer, era que gente como yo existiera. Comí uno y guardé dos para más tarde. A la noche completé con un café con leche. Después de unos días, un llamado de número desconocido, era Sofía. Me dijo que no la llamara más, y yo que necesitaba verla, hablar con ella, que tenía ganas de cocinarle algo rico como en los viejos tiempos le dije y me arrepentí al instante de esa frase. Aceptó cenar conmigo, apenas sale de la facultad viene para casa, a eso de las diez. Miro la billetera sobre el escritorio y sé muy bien que está

vacía. Al lado de la billetera, las boletas de alumbrado, barrido y limpieza sobre las otras cuatro boletas de luz, gas, teléfono y agua. “Compro Vendo Permuto”. Indica esperanzador un cartel en la puerta. En el fondo un tipo lee el diario, ni se inmuta con mi presencia. El lugar, repleto de muebles antiguos, sillones, instrumentos musicales, vasijas, bijouteria barata, todo con un cartelito y un precio, adornos extraños, muñecas de porcelana, relojes, electrodomésticos usados, fotografías en blanco y negro. Todo recubierto por una delgada película de polvo. Entonces escucho: “¿Que tenés ahí?”. El sujeto me acecha con mirada sigilosa y escruta las cosas que le muestro, cuando ve el reloj del abuelo, solo atina a levantar sus cejas y en un ademán desinteresado lo separa del resto. Ahora mira la valija con un énfasis distinto al de hace unos segundos y me dice: “¿Por ésta cuánto pedís?” La frase, por un instante y de alguna extraña manera significa que todavía existe una chance, que esa cena puede llegar a ser un éxito y que junto a Sofía podría ser feliz. La veo sentada a la mesa, detrás de una copa de vino tinto, prueba un bocado y sonrío. Esta imagen circula por mi cabeza mientras pienso una cifra aproximativa y me cuestiono por no haberlo premeditado, por inexperto, por ingenuo o por pura urgencia, le digo el primer número que viene a mi cabeza: “Doscientos cincuenta”. El tipo se aleja y en el fondo aparece alguien más, un nuevo personaje que hasta entonces aguardaba oculto en las sombras del local, miran la valija, la manosean, abren sus cierres, mueven sus manijas y de pronto parecen ponerse de acuerdo. Ciento ochenta pesos por la valija, el reloj y el estuche me dijo que no le interesaban, que de eso tenía mucho y no vendía nada. Los libros ni los saqué de la mochila y la campera me la puse como si no la hubiera ido a vender. Ahora, todo parece ordenarse. Pagar al menos una de las boletas y después pasar por el chino. La satisfacción se reduce a esto, hacer las compras. Un instante efímero en el que los productos no son elegidos por su precio sino por su calidad, o por los colores de sus envases, pero no por estar en oferta. Los veo caer en el canasto, acumularse unos encima de otros. Las pastas frescas, la crema, las verduras, el queso parmesano, el pan casero, dos botellas de buen

vino tinto, un chocolate con pasas de uva para el postre. Eso es la felicidad. De pronto todo cobra sentido y creo en la certeza de poder ofrecerle algo distinto, ni mejor, ni peor que antes, algo que quizás no se parezca en nada al progreso pero sea lo suficientemente bueno como para que, al menos esta noche, se quede a dormir conmigo.

**Autor: Pedro Mezquida Peñafiel**

## CONTEMPLACIÓN

Aquella mañana, el cielo era de un hermoso gris aplomado. Las aguas del mar estaban de un turquesa profundo, lucía calmado, excelso y ancho en su plenitud, y ahí estaba Santiago, contemplando a Javier, que tenía el agua hasta las rodillas. Él le hacía la invitación para que también se metiera al agua. Como de la nada apareció la majestuosa y osada orca que se abalanzó sobre Javier de un ramalazo. Santiago contempló cómo el gigante pez chapoteaba con su hermano en la boca, gritaba desesperadamente, pero nada se escuchaba. El tiempo se hizo lento y comestible, pesado, cargado de la brisa del mar. Pudo divisar cómo Javier era arrastrado hasta el fondo por el animal. Sin poder hacer nada por él, cerró los ojos, y pateó la arena con desesperación. Cuando los abrió, ya no estaba el mar, ni aquella espantosa escena. Ahora, sobre su cabeza, colgaban tres aspas que realizaban una circunferencia continua. Tampoco estaba la arena, sino un piso frío matinal. Y, ahí, nuevamente estaba Javier devorando a la orca con la mirada desde este lado de la realidad.

—Qué curioso Javier, que te encuentre viendo un documental de esos peces asesinos. Acabo de contemplar como uno de ellos te devoraba en alguna playa, lejos de aquí. Lastimosamente no pude hacer nada para salvarte.

Javier sonrió, y le dijo:

—¿Qué? Cada día estás más loco. De todas maneras gracias por presentarme mi muerte.

—De nada. Fue un placer —dijo, mientras estiraba los brazos—. Javier, ¿ya hicieron café?

—Sí, claro, siempre lo hacen.

**Autor: Mario Valdizón**

## **CRISÁLIDAS**

El día que falleció Andrea yo no me encontraba en casa, pero cuando me llegó la noticia dos días después, cierta convicción mía no permitió que lo experimentara como la mayoría de allegados que tenía Andrea. Seguramente porque no eran totalmente apegados a ella de la misma forma en la cual lo éramos ella y yo, al menos dos semanas antes del sospechoso suceso. No pretendo destacar la singularidad de Andrea, ni su posible forma ordinaria que la caracterizaba, para que quien lea esto se proyecte en ella, porque somos diferentes e iguales, cada uno de nosotros, y no de esa forma cursi y ya masticada que nos desean vender a cada momento con el fin de una falsa unión entre los grupos. No le veo el sentido de querer engrandecer la imagen de un muerto con elementos básicos ya gastados por quienes buscan ganarse renombre con la obra de alguien más durante su paso por los vivos, pero me es difícil buscar alguna otra forma de poder escribir de Andrea que no sea parecida a aquella que tantas veces me asqueó y me pareció propio de un ser desagradable y aprovechado. Sí me preguntan si quería a Andrea, les contestaría que absolutamente no, porque la conocía tan bien en aquello posible de conocer que me hizo darme cuenta que no la quería. La estimaba, por supuesto, pero solamente. Era un ser agradable con el cual poder pasar las tardes, por su honestidad íntima, su falsedad grupal, por sus sueños impuestos y sus anhelos aún en estado de gestación, y como muchos que no lo aceptamos, una fascinación por lo trascendental, por la metafísica y el arte pop. Ocasionalmente hacíamos el amor, luego de nuestras charlas de literatura, de música o de cualquier otra pendejada que se nos ocurriera durante el estado de relajación que solamente un joint nos podía dar. Era dulce conmigo y con la cama, y con el contexto en general; no hablábamos, ya habíamos hablado mucho

durante el preámbulo, pero nos comunicábamos muy bien por medio del roce, y la sentía más mía como yo de ella. Su cabello oscuro enceguecía mis ojos con pequeños bocados de noche, y la sentía tan real como real se nos presentan los sueños mucho antes del alba, con más vida. Eventualmente la observaba a los ojos, especialmente durante la materialización de los besos primeros de cada encuentro, y me entregaba un poco de ella, tan concentrado y natural, tan su esencia, y lo sabía, esa era verdaderamente ella, ese universo que la ventana de sus ojos me permitía visitar con sus planetas y sus demás astros, estrellas, cometas, nebulosas, enanas blancas, y ella tan pequeña pero importante al encontrarme con su tierra, su pequeña porción de tierra sobre las grandes porciones de mares. En parte era una niña, pero todos lo somos. Nos abrazábamos totalmente desnudos con la sábana cubriéndonos conservando la calidez corpórea y retomábamos la conversación, como una especie de protocolo para sumergirnos nuevamente en ese pantano de cotidianidad, pero sabiendo que lo que acabábamos de vivir no fue durante el estado de sueño. Llegué a su casa el mismo día que me informaron que había muerto, la familia no esperó mucho, la velaron el mismo día de su muerte y la enterraron a eso de las cinco de la tarde del día siguiente, era su hora favorita por la manera en la que se presentaba el sol a la humanidad. Les pedí si me permitían estar un momento en su cuarto, no sé por qué, pero accedieron muy cortésmente. Me recosté una última vez en su cama, logrando sentir su fragancia que emanaba de las sábanas, donde tantas veces se encontraron las almas y se fusionaron las sombras, al pensar esto me recordé de Silva y su poema: Y eran una / y era una / ¡y eran una sola gran sombra! Y recordé igualmente que a Andrea le había prestado mi libro de José Asunción Silva con sus Poemas y Prosas. Me pregunté que por dónde podría estar. Abrí el cajón de su mesa de noche y ahí se encontraba, durmiendo. Recuerdo que la última vez que hablamos me dijo que le había encantado, especialmente Crisálidas. Busqué Crisálidas en el libro para leerla una vez más y encontré una nota pequeña, era de Andrea: *Qué tal, Esteban, en verdad lamento la situación, pero las ansias fueron muchas y la*



*incertidumbre mayor.* Al desprenderlo leí el último verso del poema de Silva: Y pensé ¿si al dejar su cárcel triste / la mariposa alada / la luz encuentra y el espacio inmenso, / y las campestres auras, / al dejar la prisión que las encierra / qué encontrarán las almas? No se lo mostré a sus padres, no lo entenderían. ¿Cómo explicarles que su hija pereció en búsqueda de la vida? ¿Cómo saber si lo había logrado? La gente dice que una mariposa es la reencarnación de alguien amado, ¿cómo saberlo? Si yo no la quería, y si una mariposa se llegó a posar sobre mi mano antes de mi partida. Tal vez la amaba, de una forma tal que tan solo ella lo sabía.

**Autor: Belinda Roca Navarro**

## **DE ESTE LADO DEL PRECIPICIO**

Claro que deseo morirme. ¿Y quién no? Aquí no hay nada lo suficientemente atractivo para escoger la opción de quedarse.

He visto más de mil veces las carreras de estos dos niños que pasan cada tarde por delante del ventanal del comedor. Justo a la altura del naranjo, el más rubio se para, se agacha y saca una piedra de su deportiva izquierda. Siempre los mismos movimientos, los mismos gestos. Estoy segura que es la misma piedra que se le mete una y otra vez y le obliga a pararse en el naranjo. El otro, que tiene un diente torcido y el pelo alborotado, como sin peinar, aprovecha para secarse con la manga corta de la camiseta, los hilos de sudor que se abren camino por ambos lados de su frente. Creo que no van a ningún sitio, sólo corren, como queriendo coger algo que se les escapa una y otra vez. Se les nota encantados de hacerlo, como si no les interesara nada más que perseguir motas de inexistencia.

Contemplo lo que pasa en el otro lado de la ventana como si de un televisor de alta fidelidad se tratase. Involuntariamente, a veces, toco con un dedo un control remoto imaginario para bajar decibelios. Me molestan los machacones ruidos de los tubos de escape de las motos tuneadas por adolescentes inconscientes. Me rasgan mis momentos de calma interna. Son puntuales. Los ruidos más espantosos llegan a la hora de mi siesta. Y los odio. Odio las motocicletas del diablo, los adolescentes incomprendidos e incomprensibles, las tres de la tarde, mi sueño enfermizo y todo ser vivo que se atreve a mover un puto pelo de su masa corporal.

Muchas veces, por el contrario, quisiera alzar la voz a las confidencias que se prodigan parejas de enamorados sentados en el banco de la parte de atrás de los basureros. Yo, que no creo en el amor, tengo la teoría de que el ayuntamiento puso el banco de los enamorados expresamente detrás de los contenedores como me-

táfora de que el amor siempre se va a la mierda o al menos siempre huele a podrido. Una persona que trabaja en un ayuntamiento no debe creer en el amor y por eso el arquitecto lo dispuso así.

Si vivo en el comedor es porque quiero. Quiero decir que no tengo un virus terminal que me impida moverme ni nada por el estilo. Estoy perfectamente. Pero sólo a nivel corporal. Por dentro oigo una voz constante que me invita a irme. Y no solamente eso; dice que me vendrán a buscar pronto. Y estoy esperando este momento como una lluvia de agua bendita. Quiero estar bien presente y concentrada cuando oiga la llamada de la muerte. Me da envidia la gente que muere porque pienso que ahora les aguarda lo interesante. Se van a un súper viaje espacial mientras yo pierdo el tiempo sentada en el salón comedor viendo gente que vive.

Tengo veintitrés años y mi abuela ha muerto hace cosa de un mes y medio. Bronquitis dijeron. Le pedí por favor que nos cambiásemos el sitio, pero ella también quería irse y ganó ella porque jugaba con ventaja.

Antes de irse, mi abuela me comentó que como era su única nieta dejaba en mi poder todas sus pertenencias. A parte de las típicas joyas feas de abuela, me explicó que me correspondía una casa de campo en la ladera de un monte de la provincia de Cáceres.

Al parecer mis bisabuelos vivían allí y según me contó la abuela fueron tan felices que murieron con una sonrisa en el rostro los dos cogidos de la mano. En realidad esta historia me da ganas de vomitar, pero lo que quiero decir es que ahora tengo una casa de mi propiedad en un remoto lugar de la España profunda y no tengo ninguna intención de irme. Puedo estar sola allá o puedo estar sola aquí y prefiero esto porque no quisiera que con el trajín de la mudanza, me pillara por sorpresa la que me tiene que venir a buscar y no estuviese preparada.

Al lado de mi silla tengo puesto el orinal; el día que me senté a esperar preparé todos los trastos precisos para mis necesidades biológicas. Me hice traer un camping gas y lo tengo al otro lado de la silla. Ahí me cocino las patatas y los huevos fritos que desde hace cinco años constituyen mi única dieta. Me disgusta tener que

compartir el orinal con el huevo frito pero no tengo opción si quiero estar alerta y dispuesta. He puesto la silla en el medio para separar los dos espacios. Un lounge cutre y diminuto que solo es el prefacio, el camino empedrado hacia mi meta.

**Autor: Rusvelt Nivia Castellanos**

## **DE LA SOMBRA A LA ESPERANZA**

En el pasado, yo vi la guerra de los violentos. Fue una época más que aterradora. La muerte estuvo allá en cada rincón campestre. Niñas se descubrieron desangradas y cayeron niños decapitados. Eso amanecieron jóvenes hasta mutilados. Era en verdad constante lo execrable. Entre los valles, sólo aparecían cuerpos tirados en el prado, por las batallas. Y las bombas arrancaban el corazón de los parientes. Mientras, seguían las iracundas explosiones durante los días y las noches. Rebeldes contra militares combatían en las montañas. Sus ataques se lanzaban con venganza. Eso ningún bando daba tregua. Cada vez peor sucedieron los fusilazos entre estos enemigos. Ellos dispararon con sus armas, todas las balas. Propiciaron el caos hasta el extremismo tremendo. Desunidos, fueron causando la devastación. Y nosotros andábamos entre el fuego cruzado. Allá estuvimos mis abuelos y papá conmigo, vivenciado el pavor, juntos gritamos este dolor, que experimentamos con heridas. Los viejos, lamentablemente no pudieron salvarse de tanta rudeza, pronto se extenuaron y perecieron. En cuanto a nosotros, seguimos adelante con hombría.

Cuando claro, por lo tanto rebotado, vinieron los saboteadores. Esto por supuesto, nos lastimó a los oriundos de las villas. Con sus furias, hicieron abusos a nuestra comunidad rural. Ellos quemaron las fincas; los labriegos fueron desterrados, nos agobió una crisis territorial. Como efecto, sobrevinieron nuevas angustias por estas preocupaciones. Muchos de nuestros amigos con sus familias; tuvieron que emprender entonces la huida; unos alcanzaron a superar las travesías hacia los pueblos sabaneros, pero la mayoría por el camino fallecieron. Y otros tantos compadres, fueron desaparecidos, no se volvió a saber de ellos.

Entre tanto; yo con mi padre, que éramos los enfermeros del villorio, nos subimos en un campero y nos fuimos para la ciudad de Bogotá. Afortunadamente pudimos escapar sin dejar rastros. Durante el viaje, recorrimos el bosque con el atardecer púrpura. Nos alejamos a buena velocidad de los ranchos, respirando como despedida el frescor de las orquídeas. Más una última vez, contemplamos la tierra perdida, oreada por la bruma, yéndose con el murmullo de los grillos y el revolotear de las cacatúas. Luego, nosotros en compañía de otro pasajero y el conductor, continuamos avanzando por las curvas de la trocha, que atravesábamos en medio de cafetales y subíamos hacia la serranía.

Ya por la noche, cuando llegamos a la capital de Colombia, paseamos por los distritos del sur, buscando la casa de prima Carmen. Duramos horas dando vueltas por el barrio Tunal; nosotros, varias calles despavimentadas, cruzamos entre semáforos y rebasamos distintos suburbios bajo el cielo nublado. Más por ahí preguntamos a unos transeúntes la dirección solicitada y apenas nos medio ubicamos, volvimos a enrumbar por entre las casas y los edificios hasta cuando al fin encontramos el lugar residencial. Allá claro, nos bajamos del campero y despedimos al señor conductor. De seguido, pasamos por un sendero y apenas llegamos a la vivienda, tocamos a la puerta y la Carmen, tarde nos recibió de mala gana, ella con su cara rabiosa, pero sin hipocresía. Al menos, nos dio la prima una que otra limosna de posada y pudimos quedarnos en el sótano de los trebejos.

Al cabo de pocos amaneceres, obvio nos tocó irnos para las afueras. Cogimos pues nuestros corotos y salimos hacia lo citadino. Mi padre se puso triste al comprobar tanto desconuelo; ni siquiera Carmen a quien amábamos, nos socorría lo suficiente. De hecho, nos supimos obligados a transitar por los andenes como forajidos. Aquellos rededores estaban sucios, saturados de basura, olía incluso a caño. El panorama era decadente. Ambos nos sentimos desprotegidos. Hasta tuvimos que dormir una temporada en la intemperie, luego en algunos inquilinatos. Por allí y por allá, yo hallé además la miseria de los otros hombres. Unos lloraban como indigentes, ellos siendo moribundos, todos tumbados contra las aceras rotas. Otros,

se ganaban el diario vendiendo dulces y periódicos, sus rostros se reflejaban macilentos. De parejo rumbo, me tropecé con prostitutas hermosas, que echaban coqueteos, ofreciendo sus encantos, pero ellas en el fondo permanecían frías. Cada ser humano de Bogotá, iba yendo con su propio sufrimiento.

Nosotros para nuestra posición, andábamos sin empleo y así estuvimos durante casi tres meses. Entonces comenzamos a rebuscarla como pudimos con perseverancia. A lo humildes, dimos recetas por comida, limpiamos llagas a señores por centavos. Diferentes males curamos a los menesterosos. Así fuimos superando de a poco la adversidad. Cuando una tarde de mayo, nos llamaron a la pensión donde descansábamos y resultó ser la doctora Piedad, dándonos su aprobación para que prestáramos servicio como brigadistas. Enseguida, pues nosotros cogimos por este destino. Las hojas de vida presentadas a las entidades de salud, dieron resultado. Al poco tiempo estuvimos con los uniformes verdes puestos. Aunque claro, por cada campaña a realizarse, nosotros asumimos el compromiso de atender a centenares de convalecientes. Por tanto, trabajamos de sol a sombra como esclavos. Hubo que realizar distintas actividades con rescates. A mi padre; Jorge Pizarro, le tocó por cierto suturar y vendar a los hombres de la guerra social, quienes llegaban desde varias regiones del país, todos cortados y escalabrados. En cuanto a mí, tuve el deber de recuperarlos, dándole a cada uno de ellos sus pastillas y voces de aliento, más yo efectúo esta misión con responsabilidad. Esta amada enfermería, junto a otros compañeros, bien la emprendemos todos los días entre semana, siempre con fiel esperanza, ayudando a la gente, hasta hoy.

Y mañana, si lo soñamos, todos nosotros a vivir por la paz.

**Autor: Nadim Marmolejo Sevilla**

## **DE LOS EVENTOS ACAECIDOS A NESFRAN EN LA CARRETERA**

Nesfran había madrugado con la intención de alcanzar el amanecer en Sincelejo. Iba pensativo, pero el veloz paso sobre su cabeza de un ave que no reconoció debido a la penumbra le hizo tornar a la realidad. Levantó la luz del foco de mano hacia el aire con el propósito de ubicarla, mas no halló nada distinto a unos insectos de la noche. De todas maneras no paró de enfocar hacia todas partes, con el ansia de un necesitado, hasta que la descubrió revoloteando a corta distancia. Era un halcón. El ave rapaz, en un acto que rebasaba toda imaginación, se lanzó de repente contra su humanidad enseñándole las garras y Nesfran apenas si pudo ladear la cabeza para evitar el arañazo, tal como hace el boxeador para esquivar el puño de su contrincante. El sombrero se le cayó y lo buscó con el foco. Cuando volvió alzar la luz, el halcón ya merodeaba junto a él con la misma hostilidad de antes. Cogió una piedra, la empuñó con fuerza, y se la arrojó con tan buena puntería que le pegó en una de sus alas. Aquel cayó aparatosamente entre unos matorrales altos, al otro lado de la cerca de alambre de púas. Nesfran lo dio por muerto y no creyó necesario comprobarlo.

Luego miró las estrellas y supo que se le había hecho tarde. Razón por la cual apresuró el paso. No había recorrido cien metros cuando se encontró con un nuevo obstáculo. Era una semoviente formidable, blanca como el alabastro, que se le quedó mirando con suma atención y empezó a rasgar el suelo con sus pezuñas delanteras, igual que los toros de plaza. Trató de espantarla, como se hace con las gallinas. Pero la res lo embistió. Nesfran casi no tuvo tiempo de sacarle el cuerpo. Volvió a emplear el foco para alumbrar hacia donde había ido el animal, pero unas fuertes pisadas, cuya naturaleza no reconoció enseguida, le hicieron voltear con rapidez y casi no da crédito a lo que vio: la vaca venía en carrera hacia él



con los cuernos dispuestos para atacarle. Con excepcional agilidad, asió un corto madero grueso que se hallaba en el suelo muy cerca de sus pies y lo estrelló con fiereza contra las costillas de la bestia, tras hacerse a un lado de la misma forma que antes. Ésta dejó escapar un mugido escalofriante al sentir el garrotazo y se desvaneció en la oscuridad ya moribunda. Luego oyó un silbido.

En aquel momento Nesfran entendió que estaba siendo perseguido por una bruja de esas que han conquistado el poder sobrenatural de transformarse en lo que quieran y que según la superstición popular —a la que le otorgaba total credibilidad— son enamoradizas. Recordó entonces a Eduardo Capachero, vecino de cuadra, quien había renunciado a madruguar a su parcela desde la vez que una yegua embravecida nunca vista, primero, y un carnero de astas gigantes, el día después, lo obligaron a devolverse del cerro Montecristo al comprender que no lo dejarían pasar de allí.

La tenue luz del nuevo día, que empezaba a encaramarse sobre las últimas sombras de la noche, le obligó a imprimir más velocidad a su andar. Guardó el foco en la mochila que colgaba de su hombro derecho y determinó ir mirando hacia todos lados, como un paranoico, a medida que avanzaba. Gracias a ello fue que pudo advertir más adelante, a prudente distancia, la presencia de un cerdo del tamaño de un eral justo a la entrada del puente del arroyo Pechelín. Botaba espumas por el hocico y gruñía sin parar. Era blanco, igual que la res, macizo, nada parecido a los embarrados que suelen verse por las calles del pueblo. “Otra vez la bruja”, pensó. Extrajo la rula de su vaina, la elevó por encima de su cabeza, y corrió con el vigor de sus 35 años a darle un planazo. Pero el enorme porcino corrió también despavorido al ver sus intenciones y se perdió en la maleza. “Esa vieja está loca”, dijo para sí mismo Nesfran, refiriéndose a la mujer detrás de aquellos actos de brujería que le estaba causando tantos problemas. Como era de esperarse, debido aquellos acontecimientos extraordinarios, Nesfran llegó tarde a Sincelejo. De todos modos hizo lo que tenía que hacer en el tiempo que tenía previsto y regresó a casa antes del atardecer. Por la noche, luego de las siete, se sentó a la puerta de calle a reposar la cena, como de

costumbre. Lisímaco, su amigo de toda la vida, llegó a visitarlo al poco rato, como solía hacer casi todos los días. Y Nesfran le narró con lujo de detalles los sucesos acaecidos en la carretera. Lisímaco no dudó en juzgar de inmediato que eso había sido obra de Romina, la que vive junto al puente Siete amores.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nesfran.

Lisímaco enteró a su amigo acerca de la noticia que corría desde las ocho de la mañana por las calles del pueblo, la cual daba cuenta de que Romina había sufrido un accidente inexplicable en casa que le ocasionó la fractura de una de sus clavículas y costillas.

—Es justo donde golpeaste al ave y a la vaca —hizo caer en la cuenta Lisímaco a Nesfran.

Éste último confirmó entonces lo pensado en el camino y Lisímaco salió a regar el cuento de que Romina no había tenido ningún accidente casero, como le ha dicho a todo el mundo, sino que recibió una paliza de Nesfran en la carretera.

—Y se enamoró de ti —opinó antes de partir. Así que abre el ojo.

**Autor: Diego Niño**

## **DEBERÍAS LLAMARTE ESPERANZA**

Dos policías me interceptaron en la puerta del articulado y me obligaron a salir. Me requisaron, pidieron mi cédula y me retuvieron veinte minutos a pesar de que la señora juraba ante dios que yo no era el individuo que le había sacado la billetera del bolso. Cuarenta minutos después me entregaron los papeles y me dejaron ir. Subí al primer bus que se detuvo frente a la estación. En el articulado estaba Juana con la nostalgia aferrada a sus ojos.

—Me cuentan que el olvido no te sienta tan mal —citó a Sabina a dos pasos de su silencio.

Levantó la mirada con la certeza de que era yo quién había recitado el verso de la canción que ponía a todo volumen para que supiera Manuel, su esposo, que moría de despecho por ella. Quisiera decir, como afirmé durante años, que ella trajo dolor a mi vida, pero la verdad es que ni ella, ni yo, ni el amor, ni nadie trajo dolor a mi vida. Sólo llegó como llega la felicidad o la vejez: sin desfiles ni lecturas de bando.

—¿Cómo está Manuel? —le pregunté en un bar que quedaba a dos cuadras del Portal de la 80.

—Terminamos hace algunos años; me sorprende que no lo sepas. Obviamente debía saberlo porque soy hermano de Manuel.

—Bien sabes que perdí el rastro de mi familia —dije.

La primera vez que estuvimos juntos, fue al borde de una noche de tragos y boleros. Al siguiente día me emborraché nuevamente, salí corriendo de una tienda para no pagar, me robaron en la Avenida Caracas y llegué inconsciente a la Cruz Roja por cuenta de la paliza que me propinó el dueño de la tienda. En criterio de muchos, eso era suficiente para renunciar a ese amor. No obstante los consejos de amigos bien intencionados, intenté continuar hasta donde fuera posible, que no fue mucho: Manuel se enteró al poco tiempo.

Después nos dimos puños en su casa, en la calle y en todas las reuniones en las que convergía la familia y el alcohol. Al final no hubo familia ni vida. Sólo quedaba una botella de ginebra bajo de la cama y el recuerdo de Juana invadiendo cada milímetro de mi alma.

—¿Cómo estás? —indagó Juana.

—Todo por acá está como lo dejaste: Sabina continúa componiéndote canciones, algunos de mis versos imitan tu melancolía y la ilusión sigue esperándote en el Park Way. Con orgullo puedo decir que tu ausencia ya no es una trinchera y que no bebo para olvidarte, sino para celebrar que tu recuerdo dejó de ser una emboscada de soledades.

Descendieron dos lágrimas por sus mejillas.

Manuel le perdonó la infidelidad por el niño, por el qué dirán y porque quería vengarse lentamente, sin afanes que dieran pie a que una migaja de felicidad entrara en la vida de Juana. No hubo día que no la hostigara con frases hirientes, amantes ocasionales y reclamos que gritaba frente a quien tuviese la mala suerte de estar presente. Cinco años de esta situación fueron suficientes para que huyera con su hijo a España. Allá tuvieron una vida holgada gracias al auge de la construcción y después, cuando todo se desplomó a causa de la crisis económica, se vieron obligados a regresar a Colombia. Dos días después, viniendo de una entrevista de trabajo, nos encontramos en el articulado.

—¡Tienes la misma maldita costumbre de tu hermano! —gritó y luego le dio un puño a la mesa que hizo saltar el cenicero y las botellas.

—Perdona; aún no puedo abandonar el destino de mi familia. Empecemos de nuevo: al fin de cuentas tenemos el resto de la vida para equivocarnos mil veces y corregir mil veces más. Podemos ser amigos, amantes, esposos, ex esposos y de nuevo amigos en un ciclo que siempre convergerá a la ceniza de un bolero, a una cerveza y a un beso que borrarán las circunstancias que conspiran contra nosotros.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, dio un sorbo largo a su cerveza y calló por unos minutos. Después dijo:

—¿En qué ciclo estamos?

—En el que quieras.

Se acercó y me besó suavemente, como si quisiera borrar las palabras de mis labios.

**Autor: Santi Clement**

## **DESEOS DEL MAR**

Juan (antes caracol, antes pájaro, antes rey) salió preocupado esa mañana de su casa. Algo lo incomodaba; un presentimiento oscuro tal vez, oscuro y acuoso.

Al pasar frente a la casa de la vecina, vio los *hemerocallis* de su cantero, turgentes, rebosantes de savia (dulce, exquisita y nutritiva savia), y sintió el repentino impulso de darles un gran mordisco. Este tipo de deseos y otros más excéntricos aún asaltaban repentinamente a Juan, sin que supiera de dónde surgían, pero percibiendo en sus tripas que venían de algún lugar lejano, antiguo, anterior a él. Esta vez no mordió los *hemerocallis*; la vecina miraba, sus codos en la ventana.

Iba camino al trabajo, ya tomaba la autopista, pero un súbito deseo de libertad, de naturaleza, de horizontes amplios, le hizo cambiar de rumbo. Impredicable Juan, así como aquellas tormentas de verano. Mientras conducía miraba hacia el cielo y se perdía entre las nubes, forzando el volante hacia arriba, como queriendo remontar vuelo con auto y todo. Juan pájaro. Remontó altura en sus recuerdos, y viajó a los doce años, cuando conoció el mar; aquel día mágico entre los días; un día de olas, de ojos ardientes de sal y de sonrisas. Siguió hacia la ruta 2.

A los pocos kilómetros debió parar a cargar nafta. Rasgó en sus bolsillos sacando algunos billetes arrugados y desde las nubes en las que flotaba cayó hasta el suelo, enredado como una mosquita en la telaraña del nerviosismo urgente de las cuentas sin pagar; cuentas que nunca serían saldadas. Juan preocupado por el dinero, recriminándose la preocupación, percibiendo en un recoveco profundísimo y secreto del cerebro, el ridículo recuerdo de haber poseído riquezas, poder, una bravura indómita, y también una daga

en la espalda; en un tiempo que no era ese tiempo y en algún mundo que no era ese mundo. Juan rey.

Antes del mediodía llegó al mar, allí donde es un poco mar y un poco todavía río. Bajó del auto y caminó por la playa. Tuvo ganas de mojar su rostro. Se descalzó, se arremangó el pantalón y sació sus ganas sumergiendo la cabeza entera en la cresta de una pequeña ola que moría sobre la arena. Sintió entonces el anhelo de irse con el agua que regresaba a la profundidad de corrientes negras. Gustó la sal, saboreó golosamente el olor de las algas y chapoteó con sus manos en la espuma, arrastrado por un absurdo deseo acuático de sumergirse y partir hacia la profundidad en ese instante, inmediatamente.

Permaneció luego sentado un largo rato en la playa, mirando la eternidad de las olas ensayando su perpetuo vaivén. Miró el horizonte aún queriendo irse y tal vez lloró sintiendo que aquello era el fin de algo. Recién al caer la tarde sintió frío y decidió volver al auto. Pero se sentía cansado para hacer el viaje de regreso a su casa. Fue hasta el pueblo más cercano y pidió un cuarto en un hotel barato del que fue esa noche el único huésped. Se dio una ducha. En la cena rechazó con asco la oferta de pescado y comió pastas. La comida le sentó bien y le invadió un repentino buen humor, llegó a reír incluso, casi a carcajadas, al pensar que él estaba allí mientras su jefe estaría regresando entre bocinas y sirenas nocturnas a su aburrida casa.

Juan (antes caracol, antes pájaro, antes rey), se durmió contento, profundamente satisfecho de su fuga y con el extraño presentimiento de que ya no regresaría a la ciudad. A la mañana siguiente la dueña del hotel pegó un grito al encontrar un cuerpo rígido y frío en la cama del cuarto ocupado la noche anterior, pero Juan no lo escuchó, no estaba allí, había despertado en el mar, siendo ahora pez.

**Autor: Adalberto Agudelo Cardona**

## **EJERCICIO CREATIVO**

Sólo por pasar el tiempo mientras paseaba, me puse a imaginar los huesos de la cabeza de todas las personas a quienes miraba. No es difícil; basta fijarse en los detalles óseos: los arcos superciliares, la línea de la mandíbula, la forma del cráneo. Tras un rato no tuve que realizar ningún esfuerzo consciente; mirando una persona pasar fugazmente a mi lado, era capaz de eliminar de un parpadeo el cabello, el vello facial, la piel, el tejido muscular, los globos oculares, y contemplar una sonriente calavera de cuencas negras y vacías. Es fácil hacer el ejercicio; deberían probarlo ahora mismo con la persona que tienen al lado. En caso de dificultad, pídanle que sonría dejando ver los dientes y partan desde ahí. Es relajante realizar un ejercicio de visualización. Muy pronto me resultó bastante divertido, e incluso se me ocurrió haber descubierto el secreto de la felicidad: todas las calaveras sonríen. Tuve que esforzarme para no reír a carcajadas mientras caminaba por la calle, bajo la lluvia. Ironía: cuando más divertido me hubiera resultado, menos gente – ninguna, en realidad – se cruzaba en mi camino. La soledad del momento, el frío afilado como pensamientos envidiosos, la oscuridad creciente, la incomodidad de la ropa empapada desviaron mi pensamiento y olvidé el asunto de los huesos. Por eso me asusté cuando, un par de calles más allá, vi cruzar un grupo de personas que venían hacia mí, con sonrisas de una rara angustia, rostros blanco-amarillentos y ojos hundidos en pozos negros. Pero no pude dejar de verlos así. No fui capaz de verlos como se supone que debemos ver a todos los seres humanos cuando están vivos y sanos. Fue imposible “apagar” la macabra ilusión. Entonces pasé frente a un gran ventanal y me vi reflejado, goteante y tiritando y con esa amplia y desesperada sonrisa y con agujeros oscuros tras las gruesas gafas, y tampoco fui capaz de verme como siempre me he visto, de percibir el rostro conocido y a veces odiado.

Aún no puedo.



**Autor: Rafael Blasco López**

## **EL ÁRBOL**

Estaba cansado de ver y vivir media vida rodeado de personas que habían hecho de la envidia un valor y de la codicia un estilo de vida. El hombre pensaba en lo que fallaba en el mundo, sus errores, y si no estaría equivocado al no ser como el resto y pensar y sentirse fuera de la manada. Esa jauría que jaleaba y chillaba, riendo en grupo ante los fracasos ajenos.

La superación se transformó, resumiéndose en una palabra, ambición, algo de lo que carecía y por lo que era mirado como un bicho raro por los demás.

El hombre meditaba sin comprender el triunfo de lo superficial, mientras apuraba un melocotón hasta roer el hueso. El roce de sus dientes contra éste, lo devolvieron a la realidad. Se levantó de la mesa de la cocina para ir a tomar el aire al balcón, olvidando que todavía lo sujetaba en su mano.

Desconcertado, intentó volver sobre sus pasos, casi sin saber por qué, permaneció observando el hueso, pensando en el valor de lo natural y en la vida que puede existir en lo más nimio.

Por instinto, hincó el hueso en la tierra de una maceta sin plantas abandonada hacía ya tiempo en su balcón, con la certeza de que era imposible que naciera nada, pero con enormes dosis de esperanza que peleaban contra el irracionismo diario.

Pasaron los días con la misma crudeza habitual. El hombre salió otra vez al balcón en busca del oxígeno que la polución de la ciudad recortaba y contaminaba hasta lo perverso.

Entonces lo vio. Un pequeño tallo había brotado, gracioso, juvenil, casi insolente, se alzaba un par de centímetros con dos hojas que parecían el estandarte de la ilusión. El hombre sufrió un leve ataque de felicidad momentánea, había creado vida.

Los días habían cambiado, la rutina se evaporaba, la simple misión de regar la planta y verla crecer, cambiaron la indignación por una sonrisa y la incompreensión, al ansia de lo simple.

En poco tiempo, a la planta se le quedó pequeño su hogar, por lo que el hombre se la llevó a un pueblo y la plantó con su hija cerca de su casa, al lado de una carretera. Dos manos junto a un tronco, provocaron la llegada de un sentimiento llamado ilusión. Por un momento, casi podrían jurar que la planta sonreía al enterrar sus raíces en tierra.

Los meses volaron uno tras otro y la planta pasó a ser árbol, pero no creció más de medio metro, tal vez porque sus raíces chocaron con alguna roca o simplemente ese era su tamaño.

Nadie hacía caso al árbol, todos lo veían como un matojo carente de valor o utilidad. Padre e hija regaban el árbol cada vez que pasaban junto a él, aunque ni abonos ni agua, conseguían que creciera más.

El invierno se marchó para dar paso a la luz y el color. Al pasar junto al árbol, el padre vio dos hermosos frutos en una de sus ramas, se los mostró a su hija. La emoción, el asombro, la alegría, se dibujaron en el rostro de la niña, haciéndolo bello más allá de los sentimientos. La niña quiso coger los dos frutos, pero el padre le dijo que se llevara solo uno.

Cuando le preguntó por qué, el padre le respondió con la misma pasión que cuidaba el árbol.

—De casi la nada, nos dio una vida. De la ignorancia y el desprecio por lo que no resulta en apariencia bello, nos ofreció lo mejor de él. Si nos dio dos frutos es sin duda porque nos quiere enseñar una valiosa lección, a compartir. Sin duda, tiene un mensaje de futuro para todos.

—¿Cuál es? —preguntó la niña intrigada.

El padre sonrió con la bondad instalada en su cara.

—Puede que dé muchos frutos o ninguno más. Tal vez crezca o permanezca así para siempre. Pero limpiará nuestro bien más común y necesitado, el aire, además, nos regalará algo que tampoco tiene precio, su sombra cuando queme el sol.

—Pues yo cuando me lo coma, plantaré el hueso —dijo la niña, expresando una idea que brotó en su corazón.

Al padre se le llenó su orgullo hasta el cielo y le llegó un mensaje al alma de esperanza.

**Autor: Tere Hernández Gómez**

## **EL ÁRBOL DE LA VIDA**

Sofía aceptó ese trabajo porque amaba perderse entre libros viejos, entre tantas y tantas páginas que despedían olor a tiempo y tinta. Amaba que se tratara de una librería de segunda mano, y no de esas en la que había permanecido los dos últimos años, colmada de bestsellers, novelas y libros recién salidos del horno, llenos de letras, pero vacíos de pertenencia y alma. Aquél diminuto lugar había llegado a manos Georgiana, una mujer que pretendía darle nueva vida y que la había contratado, para reordenar y asignar el lugar físico, de aquél numeroso acervo de obras olvidadas y perdidas, que solo unos pocos valoran. Ella que lo que más buscaba siempre en cada libro eran las huellas del “otro”. Le resultaba difícil adivinar la edad de Georgiana, cuya vitalidad física contrastaba con aquél rostro, dibujado por grandes surcos, que asemejaban un tronco viejo. Al cabo de dos semanas, rodeada de decenas de libros, tuvo la sensación de poder percibir el origen de cada uno de ellos: los que procedían del Roble y los que de estirpe eran Arce. Aquello parecía una locura. Era como si su hobby de retratar árboles a lo largo de su vida, tuviera ahora un por qué. Desde niña sentía una especial predilección por visitar los bosques, amaba abrazar árboles. Le deleitaba observar sus formas, imaginar siluetas de familias, parejas, padres e hijos en la estructura de sus troncos, pero definitivamente no podría distinguir entre más de diez tipos de ellos. Sin embargo era como si le hablaran, en un lenguaje que percibía al tocarlos, y le hacía organizarlos entre esos dos grupos. En cuanto empezó a hacerlo, le pareció que las páginas de cada tomo cobraban vida, entereza y blancura y, obedeciendo a un instinto, que podría encerrarla, con toda seguridad en un manicomio de por vida, se dedicó a ordenarlos por categoría pero divididos en estas dos grandes familias. Cuando lo explicó a Georgiana, esta pareció deleitada y

complacida, y no dudó en crear al interior de la librería dos pequeños espacios divididos por especie: a la derecha el Roble, a la izquierda el Arce. Aquella pequeña librería pareció revivir en manos de su nueva dueña, la entrega de Sofía, y la empatía entre ambas. Decidieron cambiar la imagen del cartel de la entrada con el libro antiguo, por la de un árbol de la vida, en honor al origen y las raíces que nos definen. Pronto el espacio se llenó de vida, de personas que también gustan de buscar la huella de otros.

**Autor: Nidesca Suárez**

## **EL DESAYUNO PERFECTO**

Preparó el desayuno como cada mañana. Esa vez la migraña era más fuerte de lo habitual. Llevaba varios días con dolores de cabeza intermitentes e intensos, llegaban de madrugada como ráfagas furtivas y desaparecían con el alba, pero esa mañana la aparición del sol no había surtido el efecto deseado.

No dijo nada, no quería que él supiera, pensaba dejarlo, a decir verdad para ella se había acabado meses atrás. No estaba segura de si él lo sabía o no. Tenía que haber notado la disminución de sus gemidos en la entrega y lo poco que lo miraba a la cara.

Tres años no pasaban en vano, pensó mientras partía los huevos. Eran jóvenes, se habían ido a vivir juntos demasiado a prisa. Lo decidieron una noche de lluvia en donde los truenos opacaron los argumentos de la razón.

Le gustaba esmerarse en cada comida, tal vez por eso no lo había dejado antes, él era un comensal que valoraba el toque creativo en la cocina. Se habían conocido en una degustación de comida asiática cuando ella buscaba algo que aplacara los rastros de picante en sus papilas y halló la salvación en la copa de vino que tomó de su mano.

La migraña latía a un ritmo repetitivo en un punto fijo de su frente al servir las *omelettes* sobre los platos cuadrados que Sonia les había regalado a principios de año, “especiales para desayunar en pareja”, había dicho con su sonrisa perfecta mientras en su mirada oliva le pareció ver brillar aquel airecillo de suficiencia que le descubriera desde la escuela primaria.

Disfrutaba dorar las tostadas en mantequilla sin importar cuántos correos le llegaran sobre el colesterol. En aceite quedaban sosas, y ella no deseaba tostadas sosas.

Una puntada de dolor viajó a exceso de velocidad hasta la parte posterior de su cuello. Cerró los ojos e intentó aplicar alguna técni-

ca de respiración aprendida en uno de esos cursos donde cobraban mucho por repetir lo mismo. La prioridad era que las tostadas no se pasaran del punto justo. Tanteó en busca de la espátula con los ojos entrecerrados y les dio la vuelta.

No podía sentarse ahora, debía picar las naranjas para el jugo, era mejor un buen vaso en las mañanas que andar tragando vitaminas, además él ya se había acostumbrado y no podía dejarlo sin su jugo, una cosa era estar a punto de dejarlo y otra muy distinta era servir un desayuno incompleto.

Al comenzar a exprimir las naranjas sintió los calambres en los brazos y la espalda, se encorvó y continuó exprimiendo, el líquido amarillo que bajaba por el exprimidor le hizo recordar el tono del vestido que había usado en la cena de anoche. Había dormido con él puesto, cambiarse no había sido una prioridad al llegar a casa.

Todo listo para servir. Caminó hasta la mesa con las piernas agarradas. Una sensación de irrealidad parecía querer tragársela, pero las servilletas tenían que estar perfectamente dobladas y cada cubierto debía ocupar su sitio sin romper filas.

¿Estaban bien colocadas las flores? No lo sabía, solo lograba distinguir formas borrosas y colores demasiado intensos. ¿Y la mermelada? ¿Había sacado la de naranja, prepara por ella, o la comercial, la que él prefería? La acusaba reiteradamente de no decir lo que pensaba ¿y él? ¿acaso era capaz de reconocer que en materia de mermelada su gusto era vulgar?

Palpó a ciegas a su alrededor. “¡Ven a desayunar!”, quiso gritar, cosa que no solía hacer, detestaba levantar la voz. ¿Por qué siendo tan puntual hoy se tardaba tanto? Cayó al piso. ¿Era idea suya o todos sus músculos parecían estirarse y encogerse en una danza caótica? Le costaba trabajo respirar. ¿Qué se había hecho el aire? Con cada bocanada que conseguía absorber la golpeaba un recuerdo. No solo habían disminuido sus gemidos, sino la frecuencia con que él la buscaba y por más que se esforzaba él parecía haberse olvidado de mirarla, y anoche donde Sonia, cuando todos se habían ido, él le dijo que no volvería y ella la miró con burla desde sus pupilas verdes mientras le decía: “No me digas que no lo sabías” y

posaba su brazo de marfil sobre el hombro de él como si le perteneciera. Había regresado sola...

Lo que más deseaba en ese momento era tirar los platos cuadrados y verlos estrellarse por toda la cocina, pero solo pudo alzar el vuelo zumbando para posarse sobre la punta de uno de los tenedores. Todo olía tan bien, no sabía que la comida pudiera oler de esa manera. Lo más irresistible era la mermelada, la de naranja, la casera. Hacia ella dirigió su cuerpecillo negro. Sintió el placer de la sustancia viscosa entre sus patas y sorbió el néctar con deleite recién descubierto. Ya no había dolor, solo necesidad de hartarse y luego posarse en un rincón tranquilo.

Tal vez se encontrara con otras que, como ella, se hubieran convertido durante la preparación de la comida perfecta para alguien que ya no estaba. Tal vez pasado el tiempo lo fuese a buscar, seguramente lo hallaría convertido en un muñeco triste y olvidado por Sonia, como había sucedido con tantos otros, entonces se posaría sobre su ser inanimado y dejaría en él la marca indeleble de lo que en realidad pensaba.



**Autor: Juan De Jesús Hánsun de León**

## **EL ESPÍRITU LEGIONARIO**

La mayor nobleza de un soldado, un mísero hombre, es la de levantarse con orgullo en medio del abandono total, sosteniéndolo entre sus manos sin desfallecer, a mitad de camino entre la soledad y el amor. Entre la aflicción y la belleza. Entre el invierno y la primavera.

Yacía aquel español de la División Azul en Nóvgorod, en el frente oriental, y su lecho era una casa abandonada. De centinela le había tocado y eran las cinco de la mañana. Estaba esperando el sol con mucho deseo desde el balcón. Y cuando el sol comenzó a ocultarse, casualmente, divisó tropas soviéticas: cruzaron el puente que daba a la entrada de la ciudad. Un batallón apoyado por grandes tanques que se movían lentamente; los hombres con gruesos uniformes entraban a las casas y las inspeccionaban con paciencia y perspicacia. El día empezaba a tonarse gris y él sólo quería mantenerse oculto en un closet abandonado apretando el fusil al pecho: la bomba que tenía que activar para evitar el paso del ejército no sirvió y quedó encerrado en su propia muerte. Se miraba las venas; en su sangre yacía la gloria de muchos años de historia; de renombrado valor, coraje y esplendor: el elemento constituyente de mil años de superioridad. Era sangre derramada por la discordia y el cisma de occidente; en éste suele manifestarse la vida de forma inicial como una sublevación contra mil años de dédalos de gravedad. Esta vida es el elemento creador. Ya los claros cielos sabían quiénes podrían salir del hombre en su laberinto.

Mientras subían a la casa donde yacía, estaba muy nervioso y sus sentimientos palidecían con facilidad. Sus voces reinaban la inmensa habitación herméticas. Sus grandes botas hacían chillar el piso de madera que denotaba el abandono de la guerra. Se pasearon por todo el lugar, mirando por debajo de las camas, por las

grietas de las paredes, debajo de las alfombras, empero al llegar al closet que el soldado llenó de ropa y en ella se salvaguardaba, lo abrieron y miraron esquivamente y no movieron la ropa. Un soldado miraba detenidamente todo el recinto. Le contemplaba lejano. El rifle estaba abandonado en la cama. Miraba los retratos que estaban colgando, y muy desordenados, de la pared. Uno de los soldados le hizo a su compañero un chasquido con los dedos para que se advirtiera de lo inexplorado. El español, al darse cuenta, salió del closet. Lo impactaron con la culata del fusil en su cuello; en sí en su manzana que se hundió y le obstruyó las vías respiratorias, cayendo asfixiado al suelo. Uno de los soldados se retiró, mientras el otro le amarró las manos a la pata de la cama, y le despojó de su abrigo. Al momento recuperó la consciencia el español, y el ruso le pegó con su codo en la nariz. Se sentó el ruso a descansar. El español con cautela se desamarró y con agilidad alcanzó su fusil. Se apuntaron con las armas a los cuerpos y se miraron encolerizados. Se entendieron con las miradas: dejaron los fusiles en el suelo y se remangaron las mangas; se quitaron los cascos y los guantes. Tronaron sus cuellos y los dedos: se dispusieron a batirse a muerte, como caballeros.

El reconocimiento del enemigo es vital entre los hombres: los enemigos existen para constituir los elementos de dignidad. Esta dignidad sólo procede del espíritu del sujeto que vive. En la cumbre del honor, aún en el desfiladero de la desgracia, se debe ser digno. No ha de llamarse caballero al que no logre esa condición.

Se abrieron las cejas, los pómulos. Sus puños derramaban sangre y sus labios se inflamaban. Los forcejeos se hacían continuos hasta terminar cayendo por las escaleras; rodaron, golpeándose las costillas hasta quedar inertes en el suelo. El soviético le extendió la mano para levantarlo; su idioma era polaco. El español, que entendía ese idioma, comprendió lo que le dijo: “No le daré mi victoria a una escalera”. Se recompusieron y siguieron desfigurándose el rostro. Un golpe derribó al ruso; en el suelo éste trataba de cubrirse el rostro pero los puños del español le impactaron hasta quedar inconsciente. Rápidamente, el español bajó al sótano donde habían

túneles secretos que conectaban con cada sector de la ciudad y que tenían almacenados toneladas de dinamita y pólvora. “De aquí hasta que muera. Esto es sólo digno de hombres”, dijo.

Su propio infierno era ser hombre. Prefería morir joven con grandes hazañas, que viejo y oxidado. Creía que siendo hombre hay que constituirse entre una luz sin brillo que será su porvenir, andar con pies blandos y descalzos por caminos de incertidumbres y pedregosos. Su casa debe ser la intemperie. Su casco el crudo sol. Sus armas son los nudillos salientes de sus manos. Su escudo el propio pecho: su varonil aliento.

Aquel soldado, mientras abrazaba un barril de dinamita y activaba una granada de mano, que sostenía en su pecho, decía: “Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido... Eso es grandeza, eso es tener raza ¡Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre!”.

“Los más dignos prefieren una vida poco importante que se pueda sacrificar antes que el recibir, pero hacen de ella un sentido propio que la muerte no pueda arrebatárselos. Ese es el sentido de su vida: preferir una vida corta, heroica y de grandes hazañas, que una vida feliz, larga y decadente”.

En la ciudad de Nóvgorod, en átomos volando en un nubarrón y destellos infinitos “deber antes que vida”, aquel soldado en llamas pronunció.

**Autor: Betsy Balestrini**

## **EL FOLLETO**

Apenas terminé de leerlo doblé cuidadosamente sus partes para dejarlo en su lugar. Mi fortaleza mostraba claros signos de agotamiento y mi salud se resentía al ritmo de una inminente resignación. Comencé a planificar la salida del país desde que tenía veinte años y en los últimos diez lo intenté sin éxito varias veces debiendo abortar mi plan por diferentes razones. De pronto una repentina corazonada me hizo pensar que algo extraño me aferra a este lugar.

Desde que desistí del asunto mi ansiedad se desbordó. Lloré sin parar cada noche y pasé días enteros rediseñando mi plan hasta que decidí olvidarlo todo y buscar un trabajo. Gracias a la gestión de un viejo amigo hace cinco años me empleé como mesero en un pequeño bar del hotel “Gran Meliá”, donde cada día me esfuerzo en atender a los turistas que llegan, les entrego un folleto sobre la revolución y me divierto escuchando sus conversaciones mientras voy copiando sus modales y puliendo mis gustos, incluso he notado que mi actitud ordinaria se ha transformado en una melindrosa y recatada fineza.

Una tarde salí del trabajo poseído por un espíritu capitalista que me tentó a imaginar que podía comprar lo que se me antojara. Ya en la calle conté algunos dólares que me había levantado a punta de recitar poemas a los clientes de la misma manera que los había aprendido en la escuela, muy firme y con los brazos cruzados en la espalda. Sintiéndome fortalecido por el dinero en el bolsillo cambié mi rumbo acostumbrado y en lugar de hacer la larga cola para comprar los productos regulados por el número de cédula, me atreví a entrar en una de esas tiendas que venden todo importado. Dejé tirado en el pavimento aquel folleto sobre la revolución que siempre llevaba conmigo para mostrarlo si alguna vez me detenían

y con la boca seca, las manos sudorosas y el corazón acelerado pude constatar que mi dinero no valía nada y que los pocos dólares que tenía lo que me brindaban era la certeza de quedarme aquí. Llegué a casa muy molesto y mi madre me arrojó con su acostumbrada dulzura, para ella la estrategia era sobrevivir y en su afán por alegrarme la vida, preparaba la comida, mantenía la ropa impecable y en las noches se sentaba en silencio a mirar la vieja televisión con la certeza de que cada uno era el pilar que sostenía el espíritu del otro.

Todas mis acciones debían pasar por el tamiz revolucionario por lo que la libertad que me acechaba crecía detrás del muro de mi silencio. Me había recibido de Contador pero la paga era la misma que si me hubiera recibido de Arquitecto o de Profesor de Historia, como mesero también podía levantarme algunas propinas y el contacto diario con diferentes personas me afianzaba en la plataforma desde la que mis sueños se proyectaban. Después de mi incursión en la tienda de importados llegaba a la casa deprimido, entraba en el baño y me derrumbaba, lloraba un rato y visualizaba mil formas de marcharme. Había localizado de nuevo a algunos de mis contactos y acordamos una reunión para el viernes en la noche en el bar de la esquina. Ni siquiera mi madre que me conocía tanto podía imaginar que yo vivía tan lleno de ansiedad, ella pensaba que mis nervios se debían a la inquietud patológica que me producía la rutina y porque al abrir los ojos cada mañana, lo primero que leía era ese folleto que reposaba sobre mi mesita de noche. “Es un fetiche”, me decía, “suelta esa cosa, no sigas leyendo esa porquería”.

Un día de júbilo nacional en el que celebrábamos cualquier pendejada, alguien tocó a nuestra puerta para entregarnos varios ejemplares y desde entonces no hemos podido deshacernos de ellos, realmente lo detestaba pero su lectura diaria se había convertido en algo especial porque a través de sus páginas yo podía soñar con la libertad. Era tan pulido, tan comunista, tan bien diseñado y escrito, que no podía distinguirse donde terminaba la fantasía y comenzaba la realidad. Una tarde que llegué a casa más temprano, entré al baño y me senté en el retrete para leer con tranquilidad el

ejemplar que guardábamos en el mueblecito de las toallas, su contenido me inspiraba a huir cada vez más, así que lo leía, lo doblaba con mucho cuidado y lo volvía a colocar en su lugar.

Finalmente llegó el viernes. Salí del trabajo y me bajé por la calle que bordeaba el hotel hasta que llegué al bar que exhibía ese cartel oxidado y roñoso que anunciaba desde hacía quince años el mismo show. Allí me encontraría con los amigos de siempre para discutir otra vez un nuevo plan. Entré y me dirigí a la barra donde pedí que me sirvieran un ron, la música retumbaba en mis oídos pero el brillo del salón se había apagado para siempre, la misma historia que hoy se puede contar en muchos lugares. Pasaron las horas y mis amigos no llegaron, alguien me dijo que la policía había detenido a tres personas que venían hacia acá. Lloré y grité como un loco vociferando que el comunismo me lo había quitado todo, pero nadie se movió de su sitio. Tomé mi chaqueta y me fui a casa, mis vecinos se rieron al verme pasar, incluso mientras subía tambaleante a mi apartamento alcancé a escuchar “¡Pobrecito!” Entré y me dirigí de nuevo al baño, tomé aquel folleto entre mis manos y leí: *Bienvenido al nuevo Mar de la Felicidad.*

**Autor: Daniela Rocío Rodríguez Gonzáles**

## **EL FRÍO DE LAS CADENAS**

Sentía el metal frío y seco sobre mi piel húmeda. Mi respiración trataba de ser tranquila, pero debía admitir que las cadenas eran un poco más apretadas de lo que me hubiese gustado. Bah, ¿las cadenas entrecortaban mi respiración? Debo confesar que probablemente hubiese otra razón aparte de eso. El ruido de las máquinas frente a mí, a varios metros; el rostro enfurecido de aquel hombre con casco, seguro alguien de esa maldita empresa; los rostros cansados pero esperanzados de mis compañeros. El miedo... no sé bien a qué, si a La Muerte, si a perder la batalla, si a rendirme y arrepentirme por siempre...o quizás, simplemente, la impaciencia de no saber cuánto más duraría aquello. ¿Cuánto Tiempo más debería soportar el frío de las cadenas, hasta que aquellas personas insensibles y materialistas decidieran ayudarnos a proteger nuestro bosque en vez de querer asesinarlo?

No saber la exactitud... no saber cuánto más debería aguantar allí parado, cansado, mientras ellos se negaban a cooperar... ¿tan importante es un hotel cinco estrellas, con piscina, y quinientas cosas más que a nadie le interesan? ¿Es que no pueden entender que nuestros árboles es todo lo que tenemos? Destruir y construir, es lo único que sabe hacer el ser humano. ¿Cuidar? ¿Plantar? ¿Proteger? No, esas palabras no están en nuestro diccionario. Muchas veces se han perdido en la evolución, en el poder, en el materialismo, en el deseo de poseer más.

Ya han pasado varios días de esta situación. Estamos cansados, pero el brillo en nuestros ojos aún persiste. Nuestra espalda contra la corteza de cada árbol nos recuerda porqué luchamos. Ellos están aquí, con nosotros, apoyándonos en nuestra causa, en su propia defensa. Los árboles altos, los bajos, los que dan frutos, los que dan flores, todos ellos parecieran alentarnos para que aún sigamos en

pie, atados a ellos, mirando de frente y sin temor a las máquinas, a los otros hombres, que ahora nos parecen unos seres mucho más lejanos, no podemos creer que seamos todos iguales pero que no entiendan la importancia de las plantas. “Las vamos a reponer” dicen cada tanto. “Trataremos de talar lo menos posible”. Frases hechas, que se nota en su propia voz que lo dicen sólo para que nos quite-mos de allí y dejemos que hagan su trabajo.

Fue al cuarto día, con los pies algo hinchados, con la mente cansada, cuando reaccioné.

—¡Es que no lo entienden! —grité, ante las miradas sorprendidas de mis compañeros—. ¡No ven lo que están haciendo! ¡Esto es por nosotros mismos también! ¡Qué necesitamos más, un hotel lujoso y enorme, o cientos de árboles, naturaleza viva, producción natural de comida, de vida! ¡No son sólo los árboles, toda la vida de este lugar se verá afectada! ¡No ven que necesitamos de ellos!

El que parecía ser el capataz, el encargado de asegurar que se produzca la masacre, me miró fijamente. Quedó en silencio, y luego... Rio. R-i-o.

Unos pocos segundos después todos sus subordinados le siguieron el chiste. Nosotros, encadenados a nuestra causa; ellos, riéndose frente a nosotros.

Es cierto que el metal está frío y aprieta un poco. Es cierto que tengo miedo, que preferiría estar cómodamente en mi casa y ver esto por la televisión. Es cierto que a veces dudo y creo que no lo lograremos. Pero también es cierto que me siento libre. Así, atado a un árbol que me necesita, que me ayuda, rodeado de mis compañeros, de esta cadena que me sostiene y me protege, es cuando más libre me siento. Libre de ser quien soy, de proteger lo que creo correcto, de hacer lo que me parece lo mejor, no sólo para mí, sino para el mundo entero.



**Autor: Irvin Ríos Gracia**

## **EL HOMBRE INVENTADO O PARÁBOLA DE LOS ESPEJOS**

Después de muchos años, un día, o también pudo ser una noche, un hombre inventó a un hombre, y, cuando vio que éste era bueno, sonrió; así, al hombre inventado se le dibujó una sonrisa en sus labios por donde asomaba toda la ternura infantil del hombre que lo inventó.

Pero el hombre se dio cuenta de que había olvidado revestir el alma del hombre inventado, no recordaba dónde había dejado sus ropajes. Fue entonces cuando decidió subir hasta la cabeza del hombre inventado, entrar en su mente y ver si en algún rincón perdido encontraba la vestimenta de su alma. Y fue no más entrar, y en un oscuro paraje encontró todos los atavíos que le daban esencia e identidad al alma del hombre inventado: todos sus miedos y sus fantasmas, todos sus sueños, todas sus pasiones, todas sus melancolías, todas sus felicidades, todas sus músicas, todos sus silencios, todo su amor, todas sus miserias, toda su luz y toda su oscuridad; todos esos simples detalles que hacen de esta alma única y común: una vaga tendencia a los días grises, una colección de canciones para inaugurar la mañana, una inmensa gratitud por el arribo de las noches, el hábito de los libros, el encantamiento por la magia de las palabras perfectamente entrelazadas en la alquimia de la poesía, el recuerdo de un juguete que siempre deseó tener en su infancia y que nunca tuvo, cierta difuminación de la luz del que fue testigo frente al mar en una tarde de mil novecientos noventa y tantos y que jamás se repitió, unas ganas inmensas por descubrirse a sí mismo en su propia soledad como frente a un espejo. En fin, todas estas y muchas otras intimidades que por pudor no se mencionan hacían parte de toda la indumentaria con que se vestiría el alma, y resplandecían con tal belleza como el más preciado tesoro que Alí Babá (si tuvo alguno) recelaba en su misteriosa gruta, y

emanaban un perfume tan místico y encantador como los que, seguramente, usaban Zeus y su linaje.

Pero el tiempo es relativo, ya lo dicen los sabios, pues yo nada sé, aunque otro sabio también dijo esto último; el hecho es que cuando por fin el hombre salió de la mente del hombre inventado abrazando hasta más no poder las vestimentas del alma, encontró a su creación vencida por la vejez y su sonrisa convertida en un gesto indefinido. Ambos se miraron como dos espejos puestos uno frente a otro, nada se dijeron porque podían verse dentro del otro las palabras que no necesitaban decirse.

Sólo cuando el alma del hombre inventado fue finalmente re-vestida con su indumentaria de maravillas, la sonrisa volvió a aflorar con el niño asomándose en los labios, porque el alma del hombre inventado siempre fue un niño que nunca tuvo edad.

**Autor: Enrique Gabriel Figueredo**

## **EL MAGO Y EL CAMINO**

Un mago vaga solo por un monte de palabras que nacen una y otra vez sobre el mismo camino que no lleva a ningún lugar. Mira a su alrededor y solo ve palomas ciegas, plumas que viajan en el viento y caen presurosas en un mar de hojas secas.

Con sus manos abre el aire haciendo la señal del crepúsculo sobre su pecho. Siglos lleva andando y desandando el mismo sendero interminable y húmedo.

Pese al tiempo, nunca mira atrás, nunca pierde de vista la luz que lo guía desde la otra punta del camino.

Lleva una pequeña pero filosa espada.

Todos los días uno de sus tantos relojes de arena se acaba, entonces el mago con precisión corta el hilo que lo sujeta a su mano.

Besa sus manos y nace otro reloj completamente diferente al anterior.

Entonces sigue su marcha incesante. Hasta que la luz del otro lado se apaga y por fin descansa entre el polvo y las rocas.

Más tarde la luz se enciende, se pone de pie y sigue; recogiendo colores, miradas, juegos y miles, millones de cosas de los árboles.

El mago guarda en su morral todo lo que puede y sigue despacio. Mientras un pájaro desde lo alto lo llama por su nombre:

“... Memoria, memoria...”

**Autor: Abraham VanHelsing**

## **EL MES DE ZAVALA**

Zurdo y Militar se mantienen en guardia, con la rabia pura en la mirada, como dos grandes pugilistas.

El enfrentamiento lo había provocado Zurdo, un estudiante nuevo con la fuerza y el porte de Mike Tyson. El grandulón contaba con un golpe sorpresivo y certero que desestabilizaba al común de los adversarios. Había sometido a Muerto, a Negro, a Chiqui y a Zavala, razón suficiente como para considerarlo el pegón de la secundaria del Leoncio Prado. Pero Militar estaba hecho de otra masa: una mole con reacciones instintivas. Así lo demostró cuando Zurdo le dio un coscorrón, mientras copiaba la clase de Literatura. Sin reparar en el dolor, Militar se levantó de inmediato y le propinó un golpe con la frente, tan violento que le desestabilizó hasta la dentadura. No había remedio, el duelo había sido acordado. La pelea sería en el receso, y a puertas cerradas.

Todos animan a su favorito. Zurdo y Militar se mueven en círculo, sin quitarse la mirada, aguardando un descuido del contrario para embestirlo. Están en esa posición nada prometedora, cuando repentinamente Negro da el grito de asalto:

—¡Ya, mierdas, peleen!

Militar arremete contra Zurdo, sin darle oportunidad de reaccionar. Lo golpea con tal odio, que no le importa si su rival está en el suelo. Nada lo detiene, ni siquiera la sangre que brota de la nariz de Zurdo. Es como una máquina instintiva que solo busca satisfacer su deseo de venganza.

De pronto, todos nos volvemos fanáticos de Militar. ¡Bien que se merece esa golpiza, el abusivo! ¡Gritamos, silbamos, aullamos, mentamos a la madre...! Zurdo ya no es una amenaza, apenas parece una cucaracha que intenta sobreponerse. El griterío se hace cada

vez mayor. ¡Tenemos un campeón! Pero alguien interrumpe la celebración:

—¡Viene Murdok!, ¡viene Murdok! ¡Ahí viene el Pelón!

—¡Ya nos cagamos!

—¡Chist! ¡El que habla se jode!, ¡el que habla se jode!

Todos silenciamos de golpe y empezamos a salir.

Murdok, el auxiliar de secundaria, había subido a paso ligero. Para cuando llegó al segundo piso, todos lo esperábamos en las afueras de la sección, arreglando nuestros uniformes, como intentado maquillar lo que hasta hace poco había acontecido. Dentro, Militar y Zurdo procuraban desaparecer los rastros de la pelea.

—¡Qué pasa aquí! —dice Murdok, apenas se detiene frente a nosotros.

Está serio como siempre, con el ceño fruncido y su correa de cuero en la mano —un cinturón legendario, del cual nadie pudo escapar hasta ahora. Como si fuese el mismísimo destino reservado a todo estudiante leonciopradino.

—¡Qué pasa aquí! —insiste Murdok, sin hallar respuesta alguna.

Con un silencio sepulcral, apenas intercambiamos miradas, encojiéndonos de hombros, como quien dice: “De qué estará hablando este el pelón de mierda”.

—¡Van a hablar o van a estar mirándose como maricas! —insiste Murdok, correa en mano.

Nadie dice nada, el látigo es el menor de los problemas.

—¡Ya entren! —ordena, mientras golpea con el cinturón las piernas de los más desprevénidos.

Entre gritos y empujones, intentamos ingresar intactos, evitando la correa legendaria que de seguro había estigmatizado a muchas generaciones.

En el aula, Murdok inicia el interrogatorio, ante la mirada ausente de todos.

Mientras eso pasa, yo intento hallar respuestas a algunas curiosidades: Se llama Murdok, ¿por *Los magníficos*?; ¿de dónde sacó esa correa legendaria?; ¿cómo hace para ocultarse la calva con apenas unos pelitos?; ¿por qué está más flaco que un gato?

Todos tenemos claro cómo nos va a tratar Murdok ahora, sin importar si consigue o no lo que quiere.

Recorre las carpetas, sorprendiendo con el látigo a los más incautos, basureando a quien le quita la mirada, comparando con una larva a quien se mantiene observándolo, amenazando a los que murmuran en contra de lo que está haciendo.

Vencido por no haber podido sacar una sola palabra, Murdok se dispone a salir. Pero, a unos pasos de encontrarse fuera, baja la mirada y ve unas gotas de sangre en el piso. Estalla en cólera, con la correa en alto:

—¡De quién mierda es esta sangre!

Todos nos miramos, estamos perdidos. Ya nada queda por hacer. Intentamos hallar un argumento que nos libre no solo de Murdok, sino también de Leiva, el encargado de OBE. Si Murdok tiene el legendario cinturón, Leiva es el guardián del sagrado reglón de roble, al cual le temen hasta los mismísimos dioses. El dolor del reglón es, que su efecto llega hasta la misma médula.

—¡De quién mierda es esta sangre! —insiste Murdok.

¿Qué decirle?, ¿cómo?, decirle la verdad sería lo peor, ¿y si le inventamos un cuento?

Ante el silencio reinante, que no hace más que ponernos la soga al cuello, Negro se encarga de cerrar el espectáculo con una inocentada admirable:

—De Zavala, profe. Ya le llegó su mes.

Todo el ambiente estalla en risa, ante la mirada avergonzada de Zavala.

Murdok se contagia de la risa, y añade otra chanza:

—Ya pues, Zavala, la próxima no te olvides tu toalla.

Todos nos matamos de la risa, mientras Zavala enrojece aún más, como si lo dicho fuera cierto.

Complacido y carcajeando hasta no más, Murdok se retira.

Inmediatamente, todos permanecemos quietos, no sabemos si continuar con la risa o soltar un “¡Uf!” por salir bien librados. Solo atinamos a mirar a Negro, hábil en estos gajes, como dándole las gracias por una de sus muchas payasadas.

**Autor: Luis Adolfo Soto Hoyos**

## **EL OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO**

Eran las tres de la tarde, Montería humeaba con su típico calor mefistofélico, Laura se adornaba con su mejor atuendo y desataba su cabello, tan oscuro como el petróleo, hasta la cintura. En numerosas ocasiones había notado su figura esbelta y de simétricas proporciones en el gastado espejo de su casa. Jamás imaginó que dicho aspecto sería el idilio de placeres para muchos y la solución a su miseria. Una y otra vez se repetía lo mismo: «Coger es rico, pero coger por dinero te hace rica». «¿Quién dijo que uno solo debe darlo por amor?... A Juan se lo entregué todo por afecto y terminé sin el mamerto y con el corazón hecho una merluza».

El asunto se había convertido en una cuestión de dignidad con fuertes aires de desquite. Juan fue su primer amor, pero después de él, hubo unos cuantos que también supieron aprovecharse de su cuerpo voluptuoso acaramelado. Lo cierto es que desde el día en que habló con la puta fina del pueblo sobre el oficio cortesano su vida no era la misma. Questionaba los pormenores mínimos de su existencia; los principios inculcados desde cuna, los prejuicios culturales enseñados por hombres machistas, pero sobre todo, se preguntaba qué tan cierto era aquello que «ser pobre pero honrado» resultaba ser beneficioso en un mundo de predadores oportunistas. Después de 10 minutos, tras arreglarse, se dirigió al lugar del encuentro. Preocupada por llegar tarde, había tomado un taxi, pero a su llegada encontró una nota sobre la cama que decía: «Ponte cómoda, entraré a la hora convenida». Por un momento, a Laura la perturbó tanto la idea de entregarse a un hombre desconocido por dinero que, de seguir así, no tendría piernas,

culo, ni tetas para soportar el calor del amorío. Por suerte, pudo atrapar el juicio escurridizo e interrumpió el torrente de miedo que la embargaba hasta que se enfocó en los beneficios. «Así podré estudiar en la universidad y llevar una mejor vida».

La novata tenía todo planeado, había preparado todo su arsenal amoroso y buscado las técnicas más efectivas de seducción. Llegada la hora de la verdad, un hombre treintañero de contextura atlética y facciones mulatas atravesó la puerta. Se hablaron bonito, acordaron el precio y hasta bebieron una copa de vino tinto que ella absorbió de un solo movimiento. Después de haber reído un poco, se desnudaron a son de Vallerengue. Un beso aquí, una caricia acá, un apretoncito por allá... Al cabo de un cuarto de hora, cuando el arrebató se adueñó de sus cuerpos, se entallaron con el filoso aguijón de la lujuria. La inhibición alcanzó niveles de demencia, desde afuera todo parecía un episodio de castigo, como si un empalamiento se llevara a cabo y no un acto de placer. Ella se sacudía con violencia y él arreciaba sus movimientos... A un lado quedó lo planeado, Laura se entregó enteramente al tropel de sensaciones que estremecían toda su naturaleza montaraz mientras vociferaba gritos desesperados. El doloroso placer en su sexo bañó de frenesí sus muslos hasta deslizarse en el abdomen de su amante. Ambos sobre sus espaldas, descansaron de la tarea consumada con una sonrisa holgada. Todo había resultado mejor de lo esperado.

Mientras reposaba, recordó como el asunto había nacido con un pensamiento caprichoso y consistente que durante varias semanas interpretó como un planteamiento descabellado, quizá un impulso reprimido o tal vez un sueño ilusorio y sin mayor trascendencia. Recapituló los sucesos de hambre y trabajo forzoso, cuando sus manos sangraban al extraer el tallo y la hoja de la caña flecha que se usa para tejer el sombrero vueltiao. Desde que tiene memoria, ella siempre se había partido el lomo a diario y oscurecido el color de su piel bajo el extenuante sol, en la plaza del pueblo, donde vendía el fino trenzado. Reco-



gía lo necesario para darle algo de comer a su entrañable abuela ya estropeada por los años. La competencia proliferaba en cada rincón. De seguir así, el dinero que adeudaba jamás se pagaría y a ella le correspondería casarse con el hacendado del pueblo, un viejo feo y barrigón, a cambio del valor de la obligación. Fue entonces cuando agobiada por la pobreza y desencantada del amor entendió que ser puta no era un tema de reputación sino un motivo de supervivencia. En ese momento, «prefería ser zorra adinerada que pobre respetable».

Sin notarlo, adormitada por el cansancio, el sujeto se escabulló de la habitación dejando por escrito en un pedazo de papel acartonado: «Toda puta sabe que el primero es gratis». Al leerlo, sentada en sus robustas nalgas redondas, soltó una carcajada. Se imaginó al joven individuo mascullando improprios e insultos entre dientes y manoteando al aire. Su precaución fue tomar el dinero de la billetera en el momento menos pensado. Porque eso de ser «pobre pero honrada» no ayuda en el oficio más antiguo del mundo.

**Autor: Reynel Ramón Díaz Herazo**

## **EL OLOR DEL MIEDO**

La insistencia de una gota de agua, fugada en el grifo de la cocina, se confabula con mi insomnio. Lucho contra la sevicia de ese martilleo líquido y metálico que intenta perforar mi tímpano. Quiero maldecir la gota, pero me acuerdo de la abuela: “nunca maldigas el agua”, me decía.

Tengo ganas de orinar y defecar, pero un miedo puntiagudo me ha clavado las uñas en cada una de mis piernas. Percibo fantasmas desnudos en el baño. A propósito, nunca he visto fantasmas desnudos, y menos en el baño. Pero puedo sentirlos. Hay en el aire un olor a gente extraña. Una humedad temblorosa que exhala un tenue aroma cósmico. Siento esa extraña sensación de ser el blanco de unos ojos invisibles que estrellan su mirada ancha en el centro de mi nuca. El viento se ha fragmentado. Pedazos de aire cristalino, como si fueran trocitos de vidrio, vuelan en el interior de mi alcoba disminuyendo mi campo visual. Alguien desordena los colores de la noche. Y la noche altera el tiempo y el espacio.

Presiento un estallido dentro de mi cuarto y dentro de mi cuerpo. Las oraciones no son suficientes. Ellos interceptan las comunicaciones celestiales. Ellos dejan sin señal al cielo. Además, Dios está muy ocupado con tantos problemas mundiales, que le confiero toda la razón para no detenerse en un pequeño pueblo a solucionar el problema de un hombre de cincuenta y siete años que está a punto de hacer pipí y popó en la cama. Seguramente, si le pido algo, me va a contestar con una grosería: ¡mira, viejo prostático, dejate de esas pendejadas! En efecto, Dios está para empresas mayores; él no va a perder el tiempo con un terrícola, haciéndole un nudo en el pipí o poniéndole un tampón en el ano para detenerle la mierda. Ella lo sabía. Por eso, entró tranquilamente a través de las paredes. *No temas*, me dijo. Como si fuera fácil dominar el miedo después

de un estallido y teniendo frente a frente la hermosura de una mujer que atraviesa paredes y habla en forma extraña. ¡Imposible! Iba a desmayarme en medio de un grito, pero ella me cubrió con su mirada de hule, y me dio respiración boca a boca. Su mirada y su aliento olían a guayaba madura.

Un rayo de luna se comió los chirridos de los murciélagos. Las brujas huyeron perseguidas por sus escobas. Las sombras se fugaron por debajo de las puertas. Mientras Stalin, el dueño del patio, mordía pedazos de agujeros negros llenos de baba y pelo que llegaban de galaxias lejanas.

“No eran varios, ni estaban en el baño”, pensé. *Ser o estar es sólo un concepto*, me aclaró, como si leyera mis pensamientos. Su voz no salía de su boca. Era un resplandor de sonidos multicolores y partículas subatómicas que inundaban mi cerebro. “¡Es excesivamente hermosa!”, me dije.

*¿Hermosa?*, se preguntó. Y prosiguió diciendo: *Los humanos tienen muy en cuenta la forma, el peso, el tamaño... Desconocen el verdadero valor de la vida, porque le temen a la libertad, al color de la alegría, al lenguaje del amor y del sexo... En “KOKY”, mi planeta, la vida es esencia pura.*

*¿Por qué yo?*, le dije. *No eres tú. Es tu miedo* —me respondió.

Y me arrulló las manos con sus dedos etéreos. Y me besó los labios sin acercarse a mi boca. La quinta dimensión del tiempo se llenó de versos y las notas de una música cuántica iluminaron mi vida. Nunca antes me sentí mejor.

En seguida, se quitó la ropa. Lentamente, como acariciando su vestido, como esperando que su desnudez se mezclara con el perfume de su aliento. Al mismo tiempo, se saboreaba los labios con insistente insinuación, y sus manos flotaban en sus senos, en sus caderas, en sus glúteos, en la parte interna de sus muslos y en el triángulo carnoso de su vulva intergaláctica. *Ven* —me dijo—. *Hazme tuya.*

*¡Negativo!* Lo dije repetidas veces. Mi negación salía también por mis ojos y por el dedo índice de ambas manos, que abanicaban la brisa, como queriendo llenar los huecos de mis palabras con

todos los NO posibles existentes en el universo. En realidad, cada pene conoce sus limitaciones, y el mío acababa de cumplir cincuenta y siete años, y ya no estaba para esas faenas, menos aún, con una mujer que atraviesa paredes, lee pensamientos, habla sin abrir la boca y le huele el aliento a guayaba madura. Es una bruja, pensé. No obstante, era una excusa. Sabía muy bien que pene con miedo no levanta cabeza. Además, se me vinieron a la mente esos recuerdos de muchacho cuando mi hermano Enrique me decía que las marcianas, en vez de vagina, poseían un molino para triturar la carne.

Sin embargo, ella no era marciana. Procedía de un planeta que tenía nombre de perro chiquito. Posiblemente, es un invento de la C.I.A, pensé. En todo caso, mi decisión estaba tomada. Puse una sonrisa plástica en mi cara de tonto y dije: *Soy un hombre casado.* Ella sonrió. *Mentiroso —Me dijo—. Únicamente, eres un escritor. Un escritor que debe bañarse inmediatamente para no dañar el cuento. Ah..., se me olvidaba, en mi planeta, el papel higiénico viene en aerosol.*

No hablamos más. El reloj se detuvo a las veinticuatro horas, trece minutos y quince segundos. La gota de agua en el grifo de la cocina, aún sigue cayendo.

**Autor: Ariel Oscar Garriga**

## **EL PERRO ROBERTSON**

Hace apenas siete días que la pequeña Alfonsina falleció de un cáncer galopante y la casa se encuentra imbuida en una tristeza atroz. Sus habitantes deambulan callados, sin dirigirse la palabra, con la mirada ausente. Javier Martingala parece ser el único no afectado por la muerte de su hermana menor. Pero nadie se lo reprocha. Nadie tiene fuerzas ni ganas de enfrascarse en dicha tarea, sus corazones y sus mentes se rompieron, quizá, definitivamente, con la desaparición del alma más alegre de la antigua casona de Belgrano. Hasta Robertson, un chucho de seis meses, traído a la casa como regalo por el último cumpleaños de Alfonsina, no come desde la muerte de la misma. Nadie advirtió la intuición del animal, dado que el perro, aunque triste, comió las tres semanas anteriores, periodo en el cual la niña había sido internada en el hospital Argerich, dado que el director es el mejor amigo de su padre, y, por lo tanto, había estado ausente de su hogar. Pero el perro, de alguna manera secreta, avizoró el preciso instante del fallecimiento de su adorable dueña.

Javier sí, él advirtió el don adivinatorio del can y no lo aprobó. Sospecha que algún mecanismo misterioso se puso en funcionamiento dentro de animal, alguna especie de engranaje secreto y extraño que le da un cariz de maldad al cachorro de presa canario. Él que siempre había ignorado al perro, por genuino desinterés y falta de sensibilidad, ahora trocó dicha actitud por un acuciante miedo que le aguja en las entrañas. Trata de no cruzárselo en las escasas horas en las que se encuentra en la casa durante el día, le es esquivo, lo rechaza, pero durante las noches su temor se acrecienta y comenzó a cerrar la puerta de su habitación con llave.

El cuerpo de la niña, en un pequeño ataúd blanco con agarres de bronce, fue inhumado en el cementerio de La Recoleta. Siendo

una de las familias más viejas y adineradas de Buenos Aires, los Martingala poseen una bóveda en el centro del mismo. Tanto el velorio, llevado a cabo en la propia casa, como el funeral, fueron de un dolor descomunal.

Pasan los días, las semanas y los meses y la familia no se repone de semejante tragedia. La madre de Alfonsina pasa todo el tiempo en la cama, casi no come, perdió muchos kilos y tiene el aspecto de una enferma terminal. Rechaza los consejos médicos y reusa la visita de sus amigas. El padre, deja la empresa en manos de su hijo Javier y comienza a viajar con mayor frecuencia a su casa de campo en Pipinas. Finalmente, termina instalándose allí. Javier es el único que sigue con su vida. Es más, parece que todo le sale mejor desde la tragedia familiar. Heredó el control de la empresa, hace y deshace a su voluntad en la inmensa casona y se puso de novio con una joven modelo de antepasados rusos. La vida le sonríe y, si alguna vez tuvo una hermana, ya no se acuerda. Las únicas flores que honran la tumba de Alfonsina son las llevadas por su prima Alejandra.

El perro Robertson crece considerablemente de tamaño, su pelaje marrón oscuro alcanza un brillo admirable. Su cabeza es enorme y sus músculos, marcados. Se ausenta a diario de la casa, suele pasar las noches fuera del domicilio y sólo parece cada tanto en busca de comida. Parece ser un acuerdo tácito entre el dueño de casa y la mascota.

Pasan seis años desde que el cáncer devoró a la niña de nueve años y su madre fallece consumida por una depresión feroz. Con una marcada bronca a Dios pero, en contrapartida, con una fe insoslayable, se deja morir para reencontrarse con su retoño. El padre rehace su vida con una vecina del campo y se muda a una estancia del Chubut. Javier se recibe de abogado, se casa con Evangelina Petroff, que abandona su carrera de modelaje, y se establecen en la casona de la calle Dragones. Centra su vida en los negocios, llega a amasar una fortuna incalculable. No vuelve a saber nada más acerca de su padre. No se preocupa en averiguarlo.

Siguen pasando los días, las semanas, los años...

Una tarde de julio, fría y lluviosa, día en el cual Alfonsina cumpliría sus dieciocho años, Isidoro, hijo menor de Javier, grita, desconsoladamente, desde su habitación; donde había ido a buscar un juguete del indio Patoruzú. Javier va a su encuentro, enojado por la debilidad del niño, y se detiene de lleno bajo el umbral de la puerta de la habitación que una vez perteneció a su difunta hermana. Permanece estupefacto, con los ojos desorbitados y la boca abierta. Comienza a faltarle la respiración. Se lleva ambas manos al pecho. Cae de rodillas. Se toma la garganta. Su cuerpo, violáceo, cae inerte sobre el piso de madera, ante la mirada aterrada de su pequeño vástago.

En la cama, sobre el acolchado de color avellana, Robertson duerme, plácidamente, junto al cadáver putrefacto de la pequeña Alfonsina.

**Autor: Marta Cristina F. Padrós**

## **EL PREMIO**

La sala de espera era tan amplia y extensa que se perdía de vista. Sentado en ese mullido sofá tan confortable, se preguntaba una y otra vez porqué lo habían mandado a llamar. Estaba asustado y confuso.

Lo último que recordaba fue sentirse mareado... y ese dolor tan fuerte... ¿Le habría hecho mal el exceso de alcohol?

El médico le venía diciendo que se cuidara del corazón, pero esa era una ocasión tan esperada... tan deseada: ¡festejar cincuenta años de casados!

Entre cavilaciones y supuestos, miraba los detalles del lugar, cuando la puerta se abrió y un sujeto sonriente que parecía conocerlo, lo llamó por su nombre. Con un suave ademán lo hizo entrar a una sala tan suntuosa como acogedora. Varias pantallas holográficas en diferentes posiciones, emitían reflejos iridiscentes y en el medio, un escritorio de cristal emergía, dejando ver a una figura imponente que lo saludó y lo hizo sentar.

—Felicitaciones por su logro. Usted ha sido el ganador entre muchos concursantes y tiene derecho a elegir EL PREMIO.

Lo miró sin saber de qué hablaba, pero por alguna razón se sentía halagado.

No recordaba haber concursado por nada en el último tiempo. Su memoria no era buena, pero a pesar de la vergüenza, se animó a preguntarle sobre qué asunto estaban tratando.

—Bueno, estimado Cayetano. Usted ha ganado EL PREMIO a su valor por vencer varias veces a la muerte. En realidad muchos lo han hecho, pero con diferentes armas que la suya. Por eso lo hemos elegido —agregó enfáticamente—. Mientras otros han luchado con tratamientos, remedios, creencias religiosas, hasta hechizos y



brujería, usted usó un arma poco común para alargar su vida y burlar a la muerte.

El pobre hombre seguía más desorientado que antes, pero por alguna razón se sentía muy a gusto.

—Mire señor, yo no uso armas...tal vez mi esposa me haya enviado hasta acá con algún engaño para hacerme un chequeo diferente; algún test de avanzada para el cerebro porque me falla mucho la memoria...

—Vea Cayetano —aclaró con tono amigable— su fecha para morir hubiera sido unos años atrás, pero la intensidad del pedido para a festejar sus cincuenta años de matrimonio fue tan fuerte, que nuestra jerarquía angélica se reunió para posponerla, algo que desbarató la agenda de la jefatura de “*asuntos terminales*”.

El sujeto apretó uno botón de su escritorio y a través de las pantallas, Cayetano vio los diferentes eventos críticos de salud que atravesó en últimos años y su continua recuperación. Luego, todos los preparativos de la fiesta de aniversario, tantos invitados que lo saludaban, su malestar repentino, la ambulancia que lo llevó al sanatorio, a su esposa llorando a su lado. Y allí también pudo ver a esa bella y misteriosa mujer que cada tanto lo seducía en sueños. Ella lo envolvía con sus brazos infinitos y susurraba repetidamente en su oído:

—Me has dado mucho trabajo... pero ya es tiempo de venir conmigo.

Cayetano se vio entregándose dócilmente en cuerpo y alma a esa mujer, quien con un intenso beso póstumo, le sacó el último aliento. Fue su única infidelidad.

La pantalla quedó muda. Él miró todo a su alrededor y por fin se dio cuenta dónde estaba. Ya le habían dicho que era como una película...

—El arma que usó para vencer varias veces a la muerte fue el AMOR —enfaticó el sujeto que se había incorporado en una forma etérea y luminosa—. Y acá en el cielo como en la tierra, se reconoce eso cómo un gran mérito. La diferencia es que tiene la posibilidad de elegir EL PREMIO. Usted dirá...

No quería pensar mucho y tampoco preguntar nada. Pero por alguna razón eso le daba felicidad.

¿Qué premio podía elegir él, si acababan de decirle que se había ganado el cielo? Pensó un minuto que pareció eterno y finalmente, dijo sin vacilar:

—Me gustaría un mensajero que lleve todos los días un mensaje a mi esposa.

—Ese es un privilegio que pocos tienen —respondió mirándolo fijo—, pero le será asignado un ser de luz que enviará su mensaje por el portal de la oración.

Cayetano juntó sus manos, cerró los ojos y a medida que iba pensando, el mensaje quedaba gravado en la pantalla de su nuevo plano:

*“Amalia. Yo te amé toda mi vida. Y cuando nos volvamos a ver, te seguiré amando acá en el cielo como en la tierra”.*

**Autor: Daz Medrano**

## **EL SOL**

*Fue el minuto más altanero y falaz de la “Historia Universal”: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza, el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer.*

*Friedrich Nietzsche*

Jean Paul Florit tiene los pies mojados y llenos de sangre. Las ampollas se le han reventado de tanto caminar y le han dejado la piel en carne viva. Está exhausto pero demasiado ansioso para poder dormir. Tampoco hay tiempo para hacerlo. La pequeña habitación en la que ha sido alojado no tiene ventanas y debe asomarse a la puerta para poder respirar. Los días de insomnio acompañados por el denso olor del Néctar comienzan a enloquecerlo. Su cuerpo, artificialmente excitado, late con un hormigueo punzante que le hace arder la piel. El guía no lo ha acompañado, al concluir el traslado lo entregó frente a las puertas del área de hospedaje tal como le habían explicado. Se siente solo. Todas las habitaciones están desiertas, sólo el último grupo espera para ser llevado a “La Boca del Cielo”. Está aterrado, tiene miedo de morir. La fosa prehistórica está rodeada por árboles gigantes de unos treinta metros. Las enormes estructuras se sujetan a los más altos y antiguos. Cada plataforma de salto tiene un ascensor impulsado por un molino que los Hermanos controlan con poleas y cuerdas. Al dar inicio a los Rituales del Viento, los molinos giran y comienza el ascenso de los Caídos. Jean Paul espera en la última fila preparada para ascender. Desesperado, intenta controlarse pero ya es demasiado tarde. Olas de un fuego intenso recorren su cuerpo, se siente eufórico y desorientado. El espacio y el tiempo se superponen. La gente baila, canta y grita. Una energía extática se apodera de todos, piden al Sahib.

Siente que abandona su cuerpo y se disuelve en imágenes del pasado. Pero no es sólo el suyo. El momento se acerca. Puede sentir el dolor de todos los hombres y los ve cometer los mismos errores una y otra vez. Es el portador de todas las penas, el mártir de todas las miserias. El peso del mundo está sobre sus hombros, pero ya no está solo. El ascensor ha subido cinco metros. Convertido en profeta también desgarrar el velo del futuro. Respira el hedor de la guerra y el crimen. Ya están por venir. Es el verdugo de la inocencia. Suenan las poleas, quince metros. Desde la altura se divisan las grandes cúpulas que esperan en la cima. Lo atormentan el sudor y el roce de los cuerpos. Todo lo que ha sido y lo que nunca pudo ser. Veinte metros. Ya no hay resistencia, que se haga su destino de una vez y para siempre. En el centro, la figura imponente del Sahib observa el ascenso de las masas. En su presencia encuentran la calma y el consuelo. Treinta metros. Las plataformas de salto esperan repletas por su aliento.

—¡Aquí vuelan los caídos! ¡Aquí son liberados los castigados y oprimidos! —gritó desquiciado el Sahib—. ¡Éste es el nido de los débiles y derrotados! De quienes lo han perdido todo y no han tenido nada. De los que no aceptan lo que la vida les ofrece ¡y de los que nunca han encontrado justicia!

Aún antes de pronunciar las últimas palabras la masa explota enardecida, vociferando desgarrada.

—Ustedes saben que nos han desterrado, que vivimos en el exilio y que hemos sido execrados. ¡Porque somos los rebeldes, somos la negación del engranaje y de las malditas máquinas de maldad! Renunciamos al juego para que nadie pueda volver a jugar. ¡Porque si ESTO es la vida y ESTO es el mundo, entonces la vida es un error! Esta tierra, este sudor y esta sangre no son nuestras ¡No! No seremos nunca esclavos del hambre y de la sed.

Jean Paul apenas podía entender las palabras de aquel hombre transformado en semidiós, pero la excitación de la gente lo arrastraba y lo fundía en el éxtasis colectivo.

—Recuerden las enseñanzas. El Universo se ha desgarrado allí donde la vida ha aparecido. Nuestro mundo es todo dolor y sufri-

miento. La vida es un engaño, es el gran truco. ¡Es el juego de Dios y de Su ciega Voluntad! Que sólo quiere vivir eternamente. ¡Para siempre y a cualquier precio! Y yo les pregunto: ¿¡Qué somos nosotros!?! ¿¡Qué hemos sido sino títeres y muñecos!?! ¿¡Qué ha hecho Él más que engañarnos y manipularnos!?! El amor, el amor y el poder. El poder y el placer. ¡Por ellos TÚ quieres vivir! ¡También para siempre y también a cualquier precio! Pero hoy extinguimos la llama. Hoy se apaga el fuego que nos quema. ¡Porque este es el infierno y no otro! Rebeldes, eternos rebeldes, su sacrificio es el fin de los tiempos y nuestra hora final. ¡Para que no haya mal no puede haber vida! ¡Para que no haya dolor nada puede existir! ¡Somos los caídos! ¡Para siempre los hijos que no se sometieron a Su voluntad!

El tiempo se detuvo. En ese instante concluyó la historia del mundo, y cada segundo duró para siempre. Un pie descalzo se apoya en la cara de Jean Paul, pisoteado en la estampida de los fieles que se arrojan al vacío. No tiene fuerzas para levantarse, pero la inercia de los cuerpos frenéticos lo pone de pie nuevamente. Hombres y mujeres, más bien pájaros, lo entregan a los brazos impacientes de la gravedad. Cientos de siluetas danzan en espirales descendentes mientras una lágrima recorre el perfil de su rostro. El destino se ha consumado: él también quiere volar.

**Autor: Juan Rodríguez**

## **EL SUELDO DE PRESIDENTE**

Con temblores en la rodilla y temeroso, Hipólito Mena ingresa a la habitación presidencial, la cual, por el momento, se encuentra ahondada en humo de cigarrillo, y de trasfondo, Jim Croce desde un pequeño radio retumba las paredes con las notas de su guitarra, y la típica y conocida “time in a bottle”.

—No hay mejor combinación que un buen Lucky Strike y melodías que compactan el alma —afirma el señor presidente apenas ve la llegada del energúmeno tras la puerta desgastada, casi barnizada y deteriorada por doquier.

—Sus recibos señor presidente —le dice Hipólito mientras una gota de sudor baja lentamente por la sien.

—Esto qué es —pregunta alarmado el señor presidente que no quiere dejar gastar el humo que emana de su garganta.

—Malas noticias, como puede leer.

Mena señala el papel y el dedo tambalea al compás del do re mi exhalado de una guitarra. El señor presidente poco a poco abre el sobre con dificultad, puesto que tiene aún la mano ocupada con su cigarro. Otro Lucky mientras se lee el papel dejado sobre las manos del mandatario, manos que así como las piernas de Hipólito Mena, empiezan a temblar poco a poco.

—Debo llamar a Rosa, hoy me demoro trabajando por acá —dice el presidente que enseguida toma el teléfono y teclea bruscamente.

Hipólito, al ver esto, quiere ofrecer uno de sus Marlboro, pero se da cuenta que solo irrumpiría el afán del excelentísimo que se exaspera cuando su esposa no contesta.

—Ni modos Mena, será que ella prevea mi llegada tardía hoy.

Prosigue con el consumo de su cigarrillo y se deja llevar por la acústica guitarra que flota por los aires dentro de la habitación fría,

llorosa; esa habitación que llevaba casi cuatro años sin siquiera un retoque de pintura.

—¿Qué piensa hacer Doctor?

—Nada...

Y tras la sónica respuesta, el ruido del radio es reemplazado por el brusco movimiento de papeles que el señor presidente lleva a cabo sobre su escritorio chirriante por el tiempo.

Afuera, el sonido de los susurros toman por asalto el palacio presidencial, desde los guardaespaldas de su excelencia hasta las empleadas del aseo murmuran el mal manejo financiero que, se dice en todo el país, el presidente ha sabido sobreponer gracias a sus futbolistas y una que otra porrista con una cintura perfecta que se asoma en algún comercial. El señor presidente prende un tercer cigarrillo que se consume de una manera agitada, como evadiendo un tema; y claro, Mena no es capaz de sucintar palabra alguna, solo tiembla mientras ve como los ojos del mandatario se cierran, y sus manos frías como el antártico sudan irreductiblemente.

—Discúlpeme Doctor, ¿qué piensa de esa carta que le acabo de entregar?

Después del aterrizaje, Hipólito suda intensamente, el temblor de sus rodillas se vuelve una casualidad eterna, y la sien oculta tras unos gruesos lentes está cubierta de un líquido espeso que demuestra una metida de pata casi absoluta.

—¿Qué quiere usted que piense Congresista? —dice el presidente mientras se sienta nuevamente con postura recta en su reclinable sillón, casi tan viejo como el tiempo mismo.

—Señor, esto es un problema de proporciones terribles, usted no solo es un deudor moroso del estado, sino también prácticamente...

Hipólito siente como su lengua es roída por millones de ratones invisibles mientras hace lo posible por evadir el diálogo.

—¿Qué más soy? —dígame rápido Hipólito, antes de que venga el coro.

Allí mismo, frente al pequeño mueble de madera desde donde se asoma el primer mandatario, Mena no sabe en qué momento le saldrán las alas que tanto añora para volar de esa niebla espesa

generada por ese hombre con una barba mal cuidada, con ese traje de sastre gris que es tan usual dentro del clima presidencial; ese hombre que con el quinto cigarro en los labios tiene más sudor que los millones de obreros faltos de pago, que las millones de madres que se levantan ausentes del sol de madrugada para trabajar. Hipólito tiembla de tal magnitud que si se hundiera bajo la tierra, movería los meridianos y los pondría en el maletín de cuero que le regalaron cuando apenas iniciaba su carrera de derecho.

—Señor presidente... usted es prófugo de la justicia, y por no ser pesimista, le digo que no demoran en venir los soldados.

Esa afirmación soltada al orbe de la tarde presidencial, pone en jaque el pobre cigarrillo que lentamente se consume dentro del cenicero, pone en jaque los papeles que se caen y se llenan de ceniza alborotada en ese pequeño tarro amarillento tan fragmentado como las ojerás que el señor presidente alborotaba en estos momentos.

—Qué vengan, más no puedo hacer.

Afuera, el ruido de los disparos no se hace esperar, las amas de llaves y mayordomos dan el último grito de su vida con el último aliento de su último momento, las fuerzas especiales presidenciales caen una por una, y el pueblo afuera crea el alboroto cual Bogotazo en reminiscencia. Adentro, Hipólito se congela de pie sobre el tapete que dice “Buenos días Marcio” tejido por Rosa, que en este instante debía estar llorando, tal vez riendo, sintiéndose la viuda más afortunada del mundo. El presidente en su silla, susurra la canción de fondo mientras prende temblorosamente el sexto y último cigarrillo de su caja, mira con ojos lastimeros a Hipólito y procede a romper en mil pedazos el mensaje que traía el Congresista.

—Estoy asustado Hipólito, no se lo niego, estoy llegando al límite, pero a la vez reconozco que antes de que traspasen a la fuerza el humilde cerrojo, he llegado a reflexionar y estoy hasta orgulloso. ¿Sabe por qué? El pueblo hizo lo que tantos querían, se levantó y se volvió hacia sus dirigentes, y eso está bien; porque significa que yo no me he robado la conciencia de las multitudes.



Cuando el cigarrillo del presidente se acaba, aquél tiembla de una manera sensacional, y sus piernas hacen un desfile sobre el piso cerámico amarillo, sucio, vuelto porquería. La lágrima más gruesa de las pupilas del presidente se resbala hasta caer en un pequeño llavero donde está la foto de Rosa, expuesta, esperando con una sonrisa como él, la llegada del energúmeno pueblo. Hipólito acaba su cigarrillo, y cuando la madera de la puerta empieza a quebrarse, el temblor del Congresista cesa, y con el pequeño susurro que es característico en el pánico sideral, opta por decir...

—Un placer, señor presidente.

La puerta se rompe en los millones de pedazos que el tiempo y la mugre no pudieron lograr, Hipólito siente como su congelado cuerpo cae al suelo, ensuciando el tapete. Allá, en el suelo escuchando los lamentos del señor presidente, Hipólito quisiera un último soplido del humo del cigarrillo, y un último vistazo de los ojos que se cierran.

**Autor: Jonis Rincón de la Hoz**

## **EL ÚLTIMO VISITANTE**

Con la aparición del Comandante Barragán, un hombre al cual el gobierno le había dado el poder para dirigir los destinos de aquella población, toda esa ilusa prosperidad que el muerto trajo a Santander de la cruz, empezó a resquebrajarse. Ordenó confiscar los bienes adquiridos a través del supuesto dinero ilícito que José Joaquín había repartido a la gente del pueblo. Lo único que no pudo decomisar fue el dinero que se gastó en la celebración de la riqueza hallada en el río.

Esa vez, nadie paró de bailar en el gran festejo, no hubo un solo habitante de la región que no participara de aquella sobrehumana celebración. Fueron muchos días de parranda sin cesar. Rogelia Soler, la mujer de José Joaquín, logró contar a través de las matemáticas fortuitas: cuatro mil setecientos noventa y ocho sancochos de gallina criolla, ciento ochenta arrobas de carne al carbón, mil doscientos pavos, ocho mil quinientas botellas de ron blanco, doscientas cajas de piel roja, una tonelada de arroz “pilao en pilón”; ochocientas palanganas de chicharrón, mil quinientas bola de queso amasado por las manos de las costumbres de antes, acompañadas del ñame, la yuca y el plátano; algo que no podía faltar nunca en la presencia de la abundancia. Además de todo esto, no se detuvo un solo momento la música de la Banda 19 de Marzo de Laguneta, dirigida por el Maestro Miguel Emiro Naranjo, un músico que se había hecho famoso por haberse atrevido a llevar el porro a Francia.

José Joaquín jamás pudo olvidar la bonanza que vivieron los habitantes del pueblo después de la ruina que dejó la primera incursión violenta, luego de haber presenciado cómo Santander de la cruz había sido diezmado por el terror. En ese entonces los muertos habían dejado de arribar al puerto, ya no había a quien matar, el pueblo quedó devastado, todo terminó en la desolación, las pocas

casas que había, quedaron deshabitadas, y los perros deambulando por las calles en busca de sus dueños.

En aquella época la bonanza la había traído un muerto. José Joaquín, el hombre que pescaba día y noche en el río, había rescatado de las aguas, una riqueza que repartió entre todos los habitantes del pueblo. Ocurrió la vez en que un cadáver emergió de repente del fondo del río. Tenía una estatura excesivamente grande, se observaba en aquel muerto una corpulencia que exageraba la normal dimensión de un ser humano. El voluminoso cuerpo venía esa vez flotando sobre el caño de la muerte como le llegaron a llamar en esa época al único río que atravesaba la población, el muerto dio varias vueltas en un remolino de aguas turbulentas, y siguió la ruta que lo llevaría a su destino. Se trataba de un forastero de complexión descomunal, parecía un gigante comparado con el resto de los muertos que en otras ocasiones llegaban al desembarcadero. Cuando el muerto cruzó el último recodo del río, la corriente lo trasladó al puerto. Entre sus grandes manos sostenía un bulto lleno de contornos indefinibles, además del bulto, traía un enredo de cadenas que resistían el peso de 20 valijas fabricadas en acero inoxidable.

El peso que mantenía encima de la insumergible barriga no permitía que el cuerpo de aquel ahogado con cara de malhechor saliera del todo a la superficie. El cargamento había llamado la atención del pescador, José Joaquín se acercó un poco para observarlo mejor. En ese instante, un hervidero de gallinazos se arrojó hacia el desconocido que navegaba a media agua, fueron atraídos por el olor nauseabundo que despedía el muerto. Mientras el cadáver era devorado por el hambre vieja de los gallinazos, el pescador luchaba con fuerza en medio del revoloteo repugnante de aquellas aves carroñeras... al pescador no le importó el avanzado estado de descomposición en que se encontraba el cuerpo de la víctima.

En su afán por llegar hasta donde se hallaba el mortecino cuerpo, el pescador quedó expuesto a los picotazos de las aves de rapiña. José Joaquín permaneció durante un largo rato entre un cruce de

afilados picos que ponían en riesgo su vida. En la obstinada obsesión de acercarse cada vez más a su objetivo, cerró los ojos, y avanzó decidido hasta lograr su meta. En la proximidad de la muerte en cuerpo presente... se sujetó de una de las piernas del muerto a punto de separarse del tronco, cuando intentó agarrar el envoltorio para llevarlo a tierra, las manos del muerto que parecían tenazas se lo impidieron. Como pudo se puso de pie sobre la barriga del cadáver que se balanceaba de un lado a otro, luego se apoyó para aferrarse al envoltorio de donde colgaban las valijas atadas por las cadenas. Sacando fuerzas de donde no tenía, haló con desespero, lo hizo impulsado por el aire comprimido en la barriga flotante del cadáver; era una aventación que solo esperaba el picotazo de las aves para desocupar del todo la macabra flatulencia que contenía. El hombre sabía que si esto ocurría, la carga terminaría en el fondo del río, por esa razón apresuró el rescate.

Tanta fuerza hizo el pescador que al liberar la carga de los garfios que la sujetaban, la barriga del muerto explotó. Al instante, José Joaquín salió disparado por encima de los gallinazos aferrado a su trofeo, al caer a tierra indagó de inmediato el contenido de las valijas, cuando vio lo que adentro había, no podía creerlo, se trataba de una enorme cantidad de miles de millones de pesos que el delincuente se resistió a devolver a un capo. El Hallazgo millonario que sacó transitoriamente de la ruina a Santander de la cruz, necesitó de 11 burras alegres para trasladarlo a la plaza principal del pueblo... la incalculable fortuna hallada por aquel pescador, era impresionante...

La riqueza de los pobre había durado poco tiempo... Barragán los arruinó a todos.

**Autor: Guelmis Buelvas Brito**

## **EL VIAJE DE LAS FLORES**

Hace algunas semanas me desperté con la noticia de que volveríamos a mudarnos de ciudad por causa del trabajo de mi papá, él es una especie de súper héroe real, el padre que todos desean lo tengo yo; me alegra mucho cuando lo veo llegar con su uniforme de soldado, me alza en sus brazos e imita a un robot como los de la película “El exterminador”. Cuando llegamos a la nueva casa supe que esta vez iba a ser diferente a las otras, no había nieve, ni frío como en la ciudad anterior y tampoco era un desierto como un par de años atrás. Mis seis años no me permiten recordar la casa en la que vivimos antes de llegar al desierto, pero estoy seguro que no fue algo parecido a esto porque no podría olvidar este aroma, las plantas tan verdes y esas hojas de colores que nacen en las puntas de las ramas de los arboles a las que los adultos le llaman flores. Bajé del auto lo más rápido que pude, tropecé y caí en el pasto del antejardín, pero me levanté y sin sacudirme corrí por la sala —era el doble de grande al viejo salón en el que jugaba todas las tardes porque la lluvia y el frío no me dejaban jugar en el patio—, ¡el patio!, grité al recordar ese espacio prohibido para mí en la casa anterior y cuando llegué a él mis ojos no se cerraron como normalmente lo hacen cada rato y más cuando arden por la brisa, pero esta vez a pesar del viento no se cerraron, era inmenso, mucho pasto, muchas plantas y muchas flores; nunca había visto tantas flores juntas, solo veía flores cuando papá le llevaba a mamá. Y fue cuando la vi, roja como el fuego, era la más linda de las flores, me paré a su lado para contemplarla.

—¿Qué haces? —me pregunto papá.

—¿Cómo se llama esto papi?

—Esto es el patio.

—Eso yo lo sé papa, pero te pregunto por esto que hace nacer flores en los árboles y los mantiene verdes y tiene ese aroma que se siente por todos lados.

—Hijo eso es la primavera, después te explico todo sobre la primavera

—¿Cuál es el nombre de esta flor papá?

—No sé, hijo, llámala como tú quieras.

—La llamaré Aurora como la abuela, no creo que se enoje porque le puse su nombre a la flor más linda del mundo y como ella se fue al cielo su nombre quedó libre ¿cierto papi?

—Si hijo, tienes razón.

Nunca entendí por completo como mi abuela subió al cielo, pero eso decían los adultos y cada vez que preguntaba cómo había pasado eso todos me decían cosas diferentes, entonces no volvía a preguntar. Desde entonces no había día que no la visitara, limpiara sus hojitas o pétalos como dijo mi mamá y la alimentara con agua porque papá me dijo que así se alimentaban ellas, todo esto inmediatamente después de despertar y antes del desayuno. Un profe nuevo me ayudaba con mis tareas en casa —casi nunca voy a la escuela, mi papa dice que así es mejor—, al terminar mis clases aburridas iba con mi Aurora a charlar un rato y por la tarde la alimentaba nuevamente. No sé cuántos días pasaron —a veces olvido el orden de los días de la semana—, pero poco a poco las flores del jardín y del patio desaparecían, y un domingo —lo recuerdo claramente porque me despertaron para ir a la iglesia— fui al patio antes de ducharme y mi Aurora no estaba, solo estaba su planta y sus ramas, pero le faltaba la puntita roja en su rama más alta. La busqué en el suelo, pensé que de pronto se había caído, pero no la encontré y mis padres fueron atraídos al patio por el llanto inconsolable que brotó de mí; ellos al parecer ya sabían lo que había sucedido porque no me preguntaron por qué lloraba, solo intentaron calmarme. Ese domingo no fuimos a la iglesia, creí que Dios se enojaría conmigo por haber faltado a la misa y luego de la merienda de la tarde le pedí perdón en una oración y también le pedí que devolviera a mi Aurora al patio e nuestra casa, pero todo

fue en vano. Al día siguiente yo no quería comer, no quise recibir clases con el profe nuevo; mi papá entró a mi habitación con mi sándwich favorito y me contó algo que yo no sabía: dijo que las flores no mueren, ni desaparecen, ellas viajan para hacer feliz a otros niños en otros lugares, me explicó que la primavera va por todo el mundo llevando las flores a todas las personas. Yo no le creí y él para convencerme me llevó a otra ciudad donde encontramos muchas flores, brillantes, coloridas y hojas muy verdes como las de la primavera que había en mi casa, allí estuvimos hasta que las flores viajaron de nuevo y fuimos a otro lugar aún más retirado de casa y encontramos nuevamente flores por todos lados, no eran las mismas, mi papá me dijo que era imposible saber a dónde viajaba una flor en especial, y a pesar de no encontrar a mi Aurora me sentí muy contento al saber que la flor más linda del mundo estaba alegrando a otro niño así como lo hizo conmigo, y entendí lo que había pasado con mi abuela: ella viajó a otro lugar para hacer feliz a otra familia.

**Autor: La Nave De Papel**

## **EN EL RÍO DORMÍA LA CANCIÓN**

*“Y solo agua. Nada más, nada menos, entre tu cuerpo y el mío...”*. —Ah, perorata la suya, y además en pleno delirio... ¿Se necesita más para el morir?...

—Deje eso doña Merche, ya es bastante, yo necesito ropa, mujer, es que pensando esas vainas uste se cree que...

—No señor, eso se lo ganó uste, bonito no me lo encontré, además le dije que estaría conmigo mientras llegara la mejoría..., pero mire, se alivia y se amaña...

—Pero Merche, uste sabe lo que nos pasó, apenas si me acuerdo de nada.

—Bueno, déjeme yo le digo y le recuerdo enterito lo que pasó y lo que decía la mujer que estaba con uste..., bien mal se veía la pobre: *“Solo agua. Nada más, nada menos, entre tu cuerpo y el mío, la tarde hielo, la noche nube...”*...

—No sea cruel, no sea así, entienda que ella era artista, cantante de los grandes teatros y la perseguían por las ciudades...

—Sí, pero mire, ahí está, como decía mi madre, igualita a como vino al mundo... además, muerta.

— ¿Y qué pasó, celebraron responsos en el pueblo...?

—Sí señor, hasta el alcalde dijo un discurso en la iglesia, tocaron las campanas y se fijaron avisos para averiguar quiénes eran ustedes...

— ¿Y es que no quedó nada...?

—Miré, este río no lo visitan ni los peces, ni siquiera en épocas de elecciones se dignan parar aquí los que multiplican impuestos, pasan de largo en sus vapores, bajan las luces cuando están allá, y apenas escupen un zumbido alcohólico... mucho menos íbamos a imaginar que esa noche el río nos traería más de lo que necesitamos de él desde que estamos aquí.



—Merche...

—Ustedes ya venían muertos, ahogados, maltrechos... fue feo como los trató el río, pero eso solo se le perdona a la ignorancia... Ahí fueron llegando, sin ser convidados, iluminados por la luna con el cinismo de lo que ocurre a su antojo...

— ¿Cuántos días llevo aquí, Merche?

—Miré, el mismo Manuel le trajo ropa, es la que usa desde que llegamos aquí, póngasela que vamos al pueblo.

No hubo tiempo entre su cuerpo y el mío. Sólo agua, como dice la canción que le hizo célebre en tantos países y escenarios. Pero su muerte no se la esperaban ellos, sus queridos, que no la acompañaron en su viaje. No era un viaje importante, ni siquiera estaba en la agenda de su gira de conciertos. Era un atajo, un paisaje que conoció de niña. Solo yo lo sabía, debimos mentir, cambiar los papeles en el puerto y enredar unos buenos billetes. Por supuesto la conocían y no les importó atenderla bien. Su muerte, repito, no se la esperaba nadie, excepto ella, y yo. Conducía su auto hacía seis años. Hablábamos poco, casi nada. Pero en esa nada se embrolló el todo entre confesiones y secretos. Y volvían más largos los silencios. Yo requería de empleo, la discreción la tengo desde siempre. Cuando ella me dijo que se iba a morir la dejé hablar. Tengo sesenta años y ella ya iba por los cincuenta. Así que, cuando el río nos vio, la reconoció, nos sacudió y nos dejó en su orilla. Empecé a entender pero no comprender.

— ¡Diga su nombre...!

—Sergio Alberto...

— ¡Completo!

—Durán Cásidas.

— ¿Profesión?

—Conductor...

— ¿Qué hacía en un río?

—Naufragamos...

— ¿Por qué no avisó de la muerte de la artista?

—Lo supe cuando desperté, seis días después... me dijeron los lugareños.

*“Solo agua. Nada más, nada menos, entre tu cuerpo y el mío, la tarde hielo, la noche nube... Yo nací aquí, don Sergio, gracias por conducirme. Son uno usted y el río, gracias, uno..., el río...”*. Esto, dicho por ella en el navío, lo recordaría después.

**Autor: Mónica Druetta**

## **EN LA OSCURIDAD**

En esa noche sin luna, helada y silenciosa, Josefina solo oía el ruido de sus pasos sobre el pavimento... El enojo que le había hecho dar un portazo y salir de la casa, se iba diluyendo a medida que el temor, como un hongo venenoso, iba creciendo...

Todo había empezado de forma absurda, esas discusiones que comienzan con silencios malentendidos y frases a medio decir y se terminan a los gritos, diciendo cualquier cosa para herir al otro...

Josefina ya estaba arrepentida de lo dicho y de lo hecho. En esa parte de la ciudad, un barrio tranquilo, completamente alejado de la zona céntrica, el pavimento se terminaba a las pocas cuadras... Cuando la joven pisó la tierra, se dio cuenta que había avanzado mucho más de lo aconsejable...

Asustada, miró para todos lados, de un pequeño bosque se escuchaban ruidos de pájaros... "Murciélagos, seguro", pensó y un escalofrío la recorrió... De pronto le pareció oír un movimiento cercano y un ruido extraño... Se detuvo dudando, entre volver a la casa sin importar lo que su esposo pensara, o seguir adelante por orgullo, aunque ya a estas alturas, el miedo se iba acrecentando... caminó unos pasos más, pensando que quizás los ruidos se debían a que algún malviviente se escondiera por allí... Recordaba una vez que habían salido a correr y habían visto a gitanos acampar allí... no habían durado más que una noche y se habían ido...

Solo escuchaba su propia respiración, caminó un par de metros más agudizando el oído..., se dio vuelta de repente, segura de que alguien la seguía, pero la oscuridad absoluta en que se había metido, le impidió distinguir persona alguna... Empezó a transpirar y sus manos temblaban como si tuvieran vida propia...

Dio la vuelta... y miró el camino de regreso como Ulises debe haber mirado a su isla lejana... Debía volver a pasar por la arbole-

da... El alumbrado público, que era su punto de referencia, había quedado lejos... Al mismo tiempo que a su corazón, le pareció escuchar la voz de su vecina cuando la había visto salir a caminar... "Cuidado señora... del bosquecito para allá es peligroso..." Ella solo le había sonreído y levantado la mano, pensando que seguramente, estaba un poco loca...

Ahora debía volver... Percibió un sonido y se dio vuelta rápidamente, tratando de sorprender así, a quien lo hubiese generado... lo único que alcanzó a ver fue un movimiento en un arbusto y luego, la quietud absoluta. Su respiración era cada vez más agitada, le latían las sienes locamente... un espantoso olor dulzón había impregnado la noche... Aterrada, empezó a correr, pero no eran solamente sus pasos los que se escuchaban, sino también otros que la perseguían...

Corrió lo más velozmente que pudo, de repente apareció de entre los árboles una figura humana... su grito retumbó en la inmensidad desolada y se perdió en el campo... Su esposo, que había salido a buscarla, la encontró así y la abrazó fuerte, calmándole de a poco, los miedos...

La joven le refirió lo sucedido a su esposo, intentando convencerlo de que los pasos escuchados, no habían sido producto de su imaginación o de su miedo, pero él solo se había reído mientras sus manos le sacaban la bata de baño y acariciaban su desnudez...

Ya reconciliados, el esposo dormía profundamente, pero a Josefina le dolía terriblemente la cabeza. Bajó a buscar un vaso de agua y un analgésico... Se lo tomó pensando en que había sido una tonta, pero se había asustado... seguramente su imaginación, sumada a la oscuridad, le había jugado en contra...

En un rincón había quedado encendida una lámpara, fue y la apagó, cerró las cortinas... En la oscuridad de la noche solo se veían dos ojos encendidos que seguían a la muchacha escalón tras escalón, mientras un hedor nauseabundo se instalaba en los alrededores...

**Autor: Pedro Hesiquio**

## **EN LAS MANOS**

El niño se le quedó viendo y le dijo maravillado.

—Hazlo otra vez.

El hombre lo miró a los ojos y le dijo:

—Ahora no puedo, eso era fantasía.

El niño insistió en verlo. Era como si de las manos del hombre algo hubiera desaparecido, y sin embargo todo parecía estar en su lugar. Estaban en un parque, entre otra gente que por ahí andaba, el parque era grande y lleno de senderos recortando las jardineras, por cada uno de ellos la gente empujaba carritos, niños pedaleaban bicicletas, mientras ancianos seguían viejos perros.

Volvió a insistir.

—Estaba ahí, lo vi, tú sabes que estaba.

El hombre sonrió, hizo los ojos pequeños y dijo:

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro, estaba ahí, tú sabes que estaba, también lo viste. Enséñame a hacerlo.

—Mira al cielo —le dijo el hombre—. ¿Qué ves?

—Veo nubes, veo lejas, veo la mitad del mundo.

Al hombre le brillaron los ojos, ahora era él quien quería saber más.

—¿Cómo dices? ¿Cómo es la mitad del mundo?

—Azul, con rayas.

—¿Y qué queda del otro lado?

—Lo demás.

Y era así. El niño estaba maravillado por el hombre, pero el hombre lo estaba del niño, uno se tenía agarrado del otro, sólo que el niño volvió a exigir.

—Anda, hazlo de nuevo.

¿Sin embargo, cómo iba a lograrlo, de qué modo podía mantener ese puente por más tiempo, cuánto más? ¿Acaso no se rompería con el primer paso o cuando cualquier otro se cruzara en el camino de ambos llevándose todo de por medio? Así que el hombre tuvo miedo, y de su miedo descolgaron nubarrones que amenazaron con lluvia cayendo sobre el parque y toda su gente.

Mucho de lo visto estaba a punto de desdibujarse, pero el niño aun quería ver eso brotar entre las manos del hombre.

**Autor: Miriam Del Carmen Delgado García**

## **ESCLAVOS FELICES**

Leopoldo, un anciano solitario, era el portero de una unidad habitacional donde vivían muchas familias nuevas, toda la gente lo admiraba mucho y le solicitaba consejo debido a que era muy sabio, él decía: “Más sabe el diablo por viejo que por diablo”, soltando carcajada cuando alagaban su sabiduría.

Era amado por los niños de la unidad, llevaba muchos años y vio a crecer a muchos de ellos, ciertamente era como ver a sus propios nietos crecer a través de los niños de ese lugar, no lo visitaban muy seguido así que podía imaginar lo que hacían, a lo que jugaban etc.

Con tristeza notaba que los niños de los últimos años ya no eran iguales a los niños de antes... él podía recordar esas risas al corretear entre los jardines, las guerras de lodo, los juguetes que debían ser utilizados con imaginación, no que ahora veía que los juguetes hacían todo por sí mismos y la gran mayoría de los niños ya no corrían, se la pasaban sentados con la mirada fija en un aparato solo moviendo los dedos, de unos años para ahora los niños dejaron de jugar en los jardines, se amontonaban sentados en un rincón cerca de un enchufe o no salían de sus casas en todo el día a pesar de ser vacaciones.

Una vez preguntó a uno de sus nietos ¿qué tenían de especial esos juegos? El niño le explicó un sinfín de razones que Leopoldo no entendió, lo que si le quedó claro es que los niños dejaban de vivir su vida real para tener una vida virtual, algunos juegos eran tan tiranos que los convertían en esclavos, lo peor de todo: esclavos felices.

Cuando Leopoldo expresó a sus hijos esa preocupación notó que ellos también eran esclavos de su propio tirano... el celular.

Mirando a su alrededor fue descubriendo que personas de todas las edades eran esclavizados por su tirano particular, estos domi-

naban la atención de todos. Él no podía permitir que al menos su familia dejara de vivir lo bello que le había tocado en sus tiempos: mirar el cielo cada mañana o noche, sentir el aire fresco al correr, jugar con tierra, sembrar un árbol, disfrutar de largas conversaciones, oír a sus hijos reír tantas cosas que se han perdido hoy en día con el uso de esos aparatos infernales.

Leopoldo maquinó un plan para su cumpleaños, que es cuando toda su familia viene a visitarlo, ese día se las ingenió para que todos los usuarios de aparatos o videojuegos los dejaran en una cesta que él guardo bajo llave. Al principio toda su familia con rencor y molesta exigían de vuelta sus objetos, incluso algunos entraron en estado de histeria, o crisis de ansiedad, por no estar al pendiente a cada instante de sus notificaciones o alertas, pero con todo y lo que le dolía esas infames palabras que emitían en su contra resistió al final, estaba cansado de ver a su familia venirlo a visitar, sentarse todos a la mesa, y nadie prestara atención a lo que otros decía, no había conversaciones, los niños no jugaban, todos pasaban ese tiempo como mero compromiso lo cual hería en lo más profundo a su viejo corazón, no solo por él, también por estar consciente de lo que ellos perdían.

A cada uno le dio una lista de actividades que consideraba, por lo que podía saber de ellos, les agradecería conocer o recordar, les pidió fotos o evidencias de que lo estaban realizando, tenían todo el día antes de la cena para completar sus listas.

Todos de mala gana accedieron, así que pusieron manos a la obra. A los niños les tocaron juegos en el jardín que les encantaron y después de un rato olvidaron porque debían hacerlo y lo realizaban gustosos, aquel descubrimiento no necesitaba electricidad, ni internet, y era de lo más divertido. Los adolescentes jugaron ajedrez, dominó, palillos chinos, vieron las fotos viejas de sus padres y de ellos mismos de bebés, hicieron uso de aparatos que solo habían visto en fotos, descubrir lo diferente que era la vida y lo bello de recordar sus infancias llena de amor y juegos fue la mejor medicina para olvidarse de las redes sociales, al menos por un rato. Los adultos armaron un “mini campamento”, todos estaban bastante oxidados



y no tenían manera de buscar en internet como realizar las cosas, recordaron lo diestros que eran en su juventud para acampar, prender la fogata, pescar... cosas que sus hijos no sabían hacer, y se dieron cuenta de que su padre tenía razón: estaban olvidándose de vivir. Ese día todos fueron libres y aprendieron a disfrutar más de su vida y decidieron no ser tan obsesivos con sus aparatos tecnológicos. Al final Leopoldo entregó sus objetos junto con una pequeña nota que decía: "Se libre, no seas esclavo". Ese día durmió en paz, había logrado su cometido y en su familia ya no eran esclavos felices.

El viejo Leopoldo dejó un legado de sabiduría a su familia y todo aquel que conoció esta historia. Y tú ¿eres un esclavo feliz?

**Autor: Laura Coll Rigo**

## **ESPECTÁCULO DE FUEGO Y SANGRE**

—¡Corred! ¡A cubierto!

Las ráfagas de disparos resuenan por todos lados y las balas vuelan por encima de mi cabeza. Huyo, y me escondo en un edificio en ruinas. Con la mano derecha levanto mi metralleta y disparo a la nada. Un grito de agonía se escucha por encima de las maldiciones de los heridos. Alguien ha caído. Intento mirar entre el humo de los rifles, pero es inútil.

El paisaje no podría ser más desolador: los restos de lo que antes de nuestra llegada era una gran ciudad, serpentean a mi alrededor; mires donde mires, solo puedes entrever un mar de miembros y cuerpos en descomposición; el cielo se ha oscurecido tanto por el humo que ya no distingo si es de noche o de día; el poco aire que queda se encuentra contaminado por órdenes sin sentido, juramentos inútiles y gritos propios de un film de terror.

De golpe, una silueta empieza a dibujarse en la lejanía y se acerca corriendo hacia mí. Preparo el arma, listo para disparar tanto si es enemigo como si no. Mi dedo ya se encuentra en el gatillo cuando me percató de que debajo de la mugre, el hombre lleva un uniforme de un rojo apagado. Es un amigo.

Se agacha a mi lado, intentando recuperar el aliento. A pesar del humo, veo los agujeros de bala en su cuerpo, la sangre que desciende por su barbilla mal recortada; la ceniza que cubre su pelo, ahora ya de un color indefinido. No creo que resista mucho tiempo más.

Sin soltar palabra, se levanta y su nombre aparece en mi mente: Xan. Sonrío para mí. Es un novato en este juego, en esta guerra. Le queda demasiado por aprender, demasiados enemigos a los que enfrentarse, demasiados veteranos contra los que luchar. Imperté-

rrito, observo como una granada le explota encima. Ya es tarde para aprender.

Aburrido por la falta de acción, decido arriesgarme y salir de mi escondite. Al contrario de lo que muchos puedan pensar, me gusta lo que hago: la excitación de ver caer a mi objetivo; la adrenalina que corre por mis venas mientras escapo vivo de milagro de los disparos de una Sig-Sauer; la sonrisa que se me dibuja en el rostro cuando veo ese espectáculo de fuego y sangre; la sensación de despertar de golpe en mitad de una batalla campal donde nadie se preocupa ya de quién es realmente el enemigo. El miedo no existe, solo el deseo de matar.

Ni tan siquiera tengo remordimientos y no dudo en el momento de disparar. Sé que aunque sus cadáveres siembren el suelo, aunque arranque las pistolas de sus manos frías, aunque aplaste sus cuerpos, carcasas vacías que una vez contuvieron vida, ellos volverán. Al final, todos lo haremos. Por eso me enfrento siempre resuelto, con una sonrisa diabólica en mi rostro, contra todo lo que se me acerque. Porque sé que volveré a la vida y entonces se hará justicia.

Un uniforme azul aparece como una sombra a mis espaldas. Disparo a bocajarro y ella cae hacia atrás, precipitándose hacia el mar. A pesar de su inevitable caída, a pesar de sus graves heridas, aún vive, por lo que intenta desesperadamente acertarme: así, al menos, su deshonra no será tan grande. Y es que, para un soldado, eso es lo peor: caer al vacío o lesionarse uno mismo. Cualquier otra muerte es preferible a esa. Veo en sus ojos una súplica y cumplo con su último deseo: disparo y contemplo desaparecer su cuerpo, ya sin vida, por la niebla.

Me giro, y veo nuestro objetivo, abandonado y solitario, como una bandera ondeando al viento, nunca mejor dicho. Me acerco, como hipnotizado, casi saboreando la victoria, que se encuentra a no más de un palmo de distancia.

Y de golpe, me disparan por la espalda, sin compasión. Uno, dos, tres... Los proyectiles se clavan en mi cuerpo, perforando venas, carne y huesos. Mi vista se emborrona y todo se tiñe de rojo. Mi

último pensamiento es que la bandera y la victoria se han esfumado de entre mis dedos.

*Game Over*

—¡Nooo! ¡Maldición! ¡Estaba tan cerca! —grito y lanzo con rabia el ratón lo más lejos que puedo— ¡Ahora tendré que empezar de nuevo!

Odio que me disparen por la espalda, es de cobardes.

**Autor: Fabián Coniglio**

## **EVOLUCIÓN**

“El microscópico ser coleteaba de felicidad cuando contó lo vivido:

*Hoy fue un día sorprendente, sin dudas. En las charlas de sabiduría, en las que participamos los más jóvenes, el anciano nos habló de la evolución.*

*Empezó contándonos que la vida tuvo su origen en el agua, y que el primer embrión se fue desarrollando celularmente hasta obtener formas muy complejas.*

*Por las sequías, algunos seres adquirieron una constitución anfibia, a la par que se fueron formando nuevas especies acuáticas.*

*En la superficie la convivencia se complejizó y por eso la vida se fue diversificando aún más. Hasta hubo especies que podían dominar el cielo, ya que tenían alas que les permitían volar.*

*Quienes dominaron fueron los grupos más fuertes. Los primeros fueron los llamados “dinosaurios”, cuyo poder sólo cedió ante cataclismos, que los extinguieron.*

*Dentro de las especies terrestres más avanzadas, por su destreza para manipular los elementos, surgió otra llamada “humana”, a la que se le atribuye la cultura. Con ella, esclavizó a las otras especies. Este reinado no duró muchos milenios porque el hombre se auto-extinguió, con las llamadas “armas” y su desprecio por el medio ambiente. Durante esa etapa, al planeta se lo llamaba “tierra”, aún siendo el agua su mayor componente.*

*Al extinguirse los humanos, los seres vivos fueron haciendo el camino inverso: de la dispersión a la unificación.*

*Debido al mal uso de los recursos, vinieron grandes cambios climáticos, que hicieron que los seres vivos se fueran agrupando para sobrevivir. Habían aprendido la lección: para que la vida venza era necesario unirse.*

*De esta manera, en los siguientes milenios, los mamíferos fueron llegando a la etapa “unimorfa”, creando casi una sola gran especie con algunas diferencias de razas, propias de la adaptación a los climas regionales.*

*La cultura creció en gran medida, debido a que al no haber divisiones internas, los “unimorfos”, seres herbívoros, pudieron crecer en inteligencia, y aunque su constitución física era la mitad a la de la especie humana, sus capacidades sensoriales y afectivas, como las intelectuales, crecieron notablemente. Así pudieron hacer frente a las adversidades de la superficie y, dejado ya de lado cualquier intento de dominar otro planeta, optaron por mejorar el que tenían. De esa manera, volvieron a la vida anfibia. La mayor revolución de esos tiempos fue desprenderse de los productos materiales de la cultura. Una vez despojados, los seres vivos pudieron volver a la vida acuática.*

*¿No es maravilloso? Tantos millones de años para regresar a las fuentes primigenias de la vida.*

*Quedamos muy interesados en sus relatos. Mañana nos contará cómo llegamos a desterrar la oralidad y cómo de esa manera volvimos a la comunicación telepática.*

La complacencia que sus microscópicos engendrados demostraban ante su relato, de pronto se transformó en pánico. Anticiparon de esta manera la gran hecatombe que al instante les sobrevendría.

La inmensidad de los volúmenes de agua en donde vivían comenzó a despeñarse por un abismo hasta hacerlos colisionar contra una inmensa superficie de cerámicos blancos”.

Los manotazos y brazadas estrepitosos que comencé a dar dentro de la bañera, me quitaron del letargo, como cuando se nace. Al ver el charco de agua que provoqué a mi alrededor, pensé que no era la primera vez que me quedaba dormido al llegar cansado y darme un baño de inmersión.

Por alguna extraña razón, una vez repuesto del despertar abrupto, contuve la respiración y me sepulté un instante bajo el agua, pensando que esta noche darían “El Padrino II” en la televisión.

**Autor: Luis Elías Duarte Vásquez**

## **IN CRESCENDO**

Despabilado y gracioso corría el chorro de agua por entre los recovecos de las viejas casas, se filtraba con holgura por los más mínimos recodos que habían dejado el tiempo y el destiempo. Cualquiera que se sentase a contemplar pensaría que aquella invasión acuífera era organizada y metódica por lo prolijo de su actuar. No parecía la consecuencia azarosa de un pasado infortunado y un destino perentorio; era, más bien, la sinfonía lenta y envolvente de un torrente minúsculo que iba adquiriendo los tiempos y los movimientos necesarios para estallar en una sonata desbordada que arrasaba con todo lo que a su paso encontraba; no fueron un rival digno esas viejas estructuras carcomidas por la desidia de las efímeras generaciones humanas que la habitaron. El agua, minúscula en principio, se convirtió en un gigante voluminoso cuya furia dejó tendidas las viviendas sobre su improvisado cauce. Llevaba este monstruo en su tórrido recorrido árboles, enceres, vacas, patos, gallinas, cerdos, la espuma de la creciente y hasta gente muerta. Tesoros y reliquias de estas humildes gentes, cosas que ni el más osado de los mortales se atrevería a rescatar. El agua se había tornado de un color café intenso y nadie alcanzaba a imaginar de dónde seguía saliendo más y más. Parecía un milagro, tal vez un absurdo; no se parecía a las tardes de un pueblo en dónde nunca pasaba nada. Más allá, a escasos metros de distancia, subidos en una loma y hacinados en cambuchas los habitantes miraban languidecer su pueblo. Habían logrado sobrevivir a la peste del olvido, del destierro y de la sequía, pero el agua se había convertido en el enemigo implacable. Llenaba el vallejuelo y lo convertía en el espejo de sus desdichas, un lente cóncavo que reflejaba la palidez de sus rostros. ¿Qué esperar? ¿Acaso la ayuda del gobierno? Ese tipo de cosas no pasaban por ahí. Los niños se amontonaban y corrían en

los alrededores de la colina, sobrepuestos ya a la barbarie que a los adultos dejaba perplejos, en ocasiones se aproximaban peligrosamente al cauce del furioso río, hasta que alguien se percataba y los reprendía. Nada era ya lo mismo, el puente que otrora fuera motivo de orgullo y de augurios esperanzadores para los olvidados de ese lado del mundo, peleaba contra una corriente que zumbaba cantarina y furiosa por debajo de su estructura de concreto. Eran ya las tres de la tarde y el día se había ido en observar como el agua llegaba para convertir la pobreza en miseria y el dego de una vida aletargada en incertidumbre. De pronto, en un largo y quejumbroso estruendo como quien se queja herido de muerte, el puente cedió ante la presión del agua; una de sus cabeceras se vino abajo, y la estructura se hundió hasta la mitad. Ni puente, ni casas, ni la vida austera y tranquila, aunque a veces mal llevada, a la que estaban acostumbrados. Una vieja se acercó parsimoniosa hasta su nieta adolescente y empezó a acariciarle el cabello mientras veía como seguían fluyendo sus desgracias en la hondonada. Sus ojos color ceniza se estrellaban contra el caudal y se extasiaban sin tiempo ni distancia, la creciente producía un efecto pasmoso que no curaba ni el café ni el tabaco.

—Abuela ¿Qué haremos ahora? — preguntó la novel criatura.

—Esperar mijita ¿O es que acaso tienes algo mejor que hacer?



**Autor: Pedro Fonseca**

## **INFERTILIDAD LITERARIA**

Quiero ofender a esta maldita hoja de papel que se burla de mi incapacidad para llenarla de palabras trascendentales, pero es inútil, no me escucha. Deseo estrujarla, escupirla, abrirle agujeros, manchar su blancura, o mejor, quemarla de una vez por todas como castigo a su poca receptividad, pero siempre se me pasa la rabia y la dejo sobre el buró con la esperanza de vestirla con letras al siguiente día. Cada vez que intento volcar sobre ella mis ideas, se opone con su silencio inanimado. Voltea la cara, ignorándome a la menor brisa, o se esconde cuando las musas me visitan en la madrugada y, por si fuera poco... se ríe con chirriante chanza al menor roce de mis manos cuando la busco en la oscuridad. Me arrepiento de rescatarla del retrete, por culpa de su coquetería constante con mi esposa, pues días después la sorprendí incitando a sus iguales a huir revoloteando por la ventana. La castigué colgándola entre mordazas, la aplasté dentro de una enciclopedia una semana, la torturé con fuego, le enterré agujas de cocer y todo en vano. “¡Mala hoja!”, le grité desesperado al verla invulnerable a mis torturas y para qué, ahora todo el vecindario me llama loco fracasado, tarrú, insatisfecho, y por si fuera poco, mi mujer me pidió que pasara página y se marchó con un bibliotecario. No crean que no probé con todo. De la violencia pase al estudio de la psicología y el yoga recurriendo varias veces a la persuasión, a las meditaciones y al psicoanálisis. Le puse los tristes ejemplos de sus parientes. Le narré las deplorables vidas del humillado papel sanitario, del cartón de caja, del periódico aguantón y redundante, del billete devaluado y del papel cartucho, extinto desde principios de los noventa, junto al papel de colores y a las festivas serpentinas. La llevé a los mejores hoteles del país, a dorarse en la playa, a probar la langosta y el mojito, a bailar danzón, y tampoco suavicé su actitud, seguía inmutable,

ignorándome como el primer día que la sostuve entre mis manos. En otra ocasión la puse frente al espejo, la perfumé, la planché, alabé su cuerpo de marfil, su delicadeza al tacto, su importancia para la raza humana desde el papiro egipcio... ¿saben cuál fue su reacción?... se puso amarilla, bronca y con olor a cucaracha. ¡Basta ya! Desistí de mi afán por conquistarla. Al fin me convencí de mi ineptitud como escritor por culpa de esta envejecida hoja que llevo tratando de llenar de letras desde mi juventud y nunca ha aguantado ni una sílaba. El fin llegó para los dos: ella al calvario y yo al olvido. Le di la hoja a mi pequeña hija junto con mi traidora pluma para que ejerciera su rol de verdugo. Asombrosamente, la hoja, otrora rebelde ineludible, ahora dócil y resplandeciente, se dejó cubrir de garabatos y flores.

**Autor: Yecenia Ramírez Sosa**

## INTUICIÓN

Eran más de las cinco de la tarde, con el nuevo horario el sol había desaparecido y la oscuridad se iba apropiando de las calles.

—¡Cochero! —dijo enérgicamente al ver aproximarse los caballos aquel hombre de estatura grotesca.

Con sus manos ágiles agarró uno de los costados del coche y aún andando, se subió. Desde que Malena advirtió su presencia supo que una tragedia iba a suceder. Lo presintió en aquellos ojos que resplandecieron mientras buscaba donde acomodarse. Ella, aunque quiso, no pudo detallar el rostro, las opacas luces de la calle no dejaban ver con exactitud ninguna cosa.

Se sentó junto al señor de los espejuelos negros que discutía con el cochero sobre el juego de béisbol a escasos centímetros de él. La radio, cada vez aumentaba el volumen y los comentarios encontrados cambiaban de tono.

—Eso es una injusticia, compadre, ¿Cómo van expulsar al pitcher a estas alturas? —replicó el viejo, al tiempo que sostenía su bastón a punto de caer entre una de las aberturas que rodeaban sus botas.

Todos estaban entretenidos. Malena no. La idea de que iba a pasar algo no se le quitaba de la cabeza. Todavía faltaban trece cuadras, las contaba con el desespero de llegar a casa y escapar de aquella disputa ensordecedora y el peligro de estar cerca de un hombre tan sospechoso. Era evidente, no le gustaba la pelota, todos los hombres exponían sus puntos de vista a favor o en contra y él estaba inmóvil.

La muchacha rubia dormía a su pequeño, parecía tener unos dos años y por el aspecto preocupado de la madre al tomar el coche, se podía deducir que iban hacia el hospital.

En la esquina siguiente se desmontó la señora de las trenzas, sobre la cual el pequeño tenía sus menudas piernas. El muchacho

que estaba frente a ella, la ayudó a bajar. Seguían escuchando el juego. Él parecía impaciente, se rascaba la cabeza, agarraba la mochila con ambas manos y observaba con cautela cada movimiento.

Un bache en medio de la calle sorprendió a todos y el niño comenzó a llorar, aquel llanto parecía duplicado en medio de la ensordecedora discusión que cada vez se hacía más dinámica.

Era casi intolerante mantenerse impasible ante tanto alboroto. Minutos después el cochero protestaba por el out en tercera base. El viejo se jactaba, su equipo tomaba la delantera.

Alguien advirtió un tumulto donde los carros policiales y lamentaciones eran señal de un acontecimiento, pero nadie alcanzó a ver nada, las luces de la calle seguían siendo diminutas.

El llanto continuaba insistente e intolerable, cada vez más enérgico. Algunos empezaron a incomodarse. El viejo y el cochero hasta hicieron una pausa. Todos miraban con disimulo, tratando de descifrar el motivo para un lloriqueo tan ensordecedor.

—¡Es que está enfermo! —se disculpó la madre al ver todas las miradas sobre ellos.

A Malena empezó a dolerle la cabeza, estaba desesperada por un baño después de todo un día de trabajo. Él, empapado de sudor, se secaba la cara frecuentemente. El color azul de su mochila se hizo notable al pasar frente a un foco de luz blanca.

Malena perdió la cuenta por las cuadras que faltaban. Se reanudó la pelea de los aficionados al béisbol, el juego empataba a cuatro y los aplausos sorprendieron con otro bache que combinó euforia y gritos infantiles.

Ahora sí él estaba enfurecido. Cada pocos segundos secaba su cara y tocaba la mochila con movimientos desesperados. Malena presintió el suceso de una tragedia y se puso alerta. El llanto había cesado un poco cuando se bajó en la siguiente esquina. Desde la altura de la escalera dio una última ojeada. Él seguía empapado de sudor y aún, agitaba las manos.

—¡Cúidense! —alcanzó a decir al verse liberada de aquel escenario.

Se marchó preocupada, por la madre y su pequeño ¡tan inocente! El ciego, el muchacho y el cochero también le provocaron inquietud, pero ahora se sentía libre de la tortuosa situación de permanecer junto a aquel hombre que seguía con sus ojos de aspecto rojizo iluminados por la fosforera con el que prendió un cigarro. Le hubiese gustado saber el resultado del juego, apostaba a que el equipo del viejo ganaría.

Al día siguiente, en la parada del bus que la conducía diariamente al trabajo, escuchó unos comentarios que la dejaron consternada. Aunque muchas eran las versiones, todas giraban alrededor de un hecho: la tarde anterior un hombre había secuestrado un bebé de apenas unos meses. Los testigos declararon haber visto una mochila azul. Ella, unas manos con movimientos reiterados tratando de calmar un llanto que los había confundido.

**Autor: Mauricio Vargas Herrera**

## **LA BESTIA**

La criatura jadeaba entrecortadamente. Sus fosas nasales se hinchaban a ritmo dispar. El rostro, que se debatía entre una expresión de furia y satisfacción, estaba perlado de sudor, brillante y acalorado, con una tonalidad rojiza, típica de una larga exposición al sol. Estaba en la misma posición, apoyado en sus extremidades inferiores, recuperando el aliento por las ansias con las que había saciado sus impulsos primitivos hacía pocos segundos. Su cuerpo enorme, sólido, se movía al ritmo de su respiración. Su piel se deslizaba suave y rítmicamente dibujando los contornos de sus músculos con el brillo que le proporcionaba la sudoración. Era claro que estaba satisfecho, pues había demostrado su vigor dominando a su presa. La bestia sonrió y sus dientes amarillentos y dispares asomaron a través del pequeño resquicio entre los labios. Luego se incorporó, dio media vuelta y se alejó. Era increíble que después del horror que acababa de experimentar tuviese la facultad de notar todos esos detalles a través del ángulo que formaban sus piernas desnudas flexionadas, mientras se debatía entre reaccionar y ponerse de pie o seguir tumbada en esa cama sucia, única testigo de la violenta penetración.

**Autor: Rodolfo Camacho**

## **LA CALLE DE LOS CUENTEROS**

Todos estábamos acodados en las mesas sobre el borde de las veredas en la frecuente calle de los cuenteros. Ese lugar por donde pasa la más rica abundancia de ficciones sobre la criatura humana y a la que nosotros somos asiduos asistentes. En ella es donde todo aquello que camina erguido y piensa sus actos, es puesto a prueba por los inventores de historias. El hombre nos atrae a reversionar su existencia, y nunca nos conformamos *en* verlo tal cual es. Si su existencia transcurre sin sobresaltos o acontecimientos de importancia, ahí estamos nosotros inventando la piedra que desvíe su camino. Y así surge un lado oscuro de alguien que no lo es. Urgente necesitamos alterar su vida como un hecho inesperado que lo involucra, y si su historia es pacífica y sin relieve, más apurada es la reinvencción de su vida.

Que en esta calle las virtudes de la gente sean trocadas e invertidas rápidamente, es un asunto que los cuenteros entendieron desde el principio de los tiempos. Ellos comprenden muy bien que las virtudes que una vida arrastra en realidad no le interesan a nadie.

Por eso es que ese día, estando todos en el borde de la vereda con nuestros papeles de mentir y nuestros lápices de ensuciar vidas, llegó alguien que rápidamente fue elegido y nombrado por todos como el hombre de la mano azul. Surgió de la nada como si fuera común que alguien anduviera por entre la gente con una mano acompañando su caminar cadencioso y distraído. Así iba luciéndose azul, como encendida, iluminada en relieve sobre el pastel matiz común de las cosas sombrías.

Esta calle arrastraba su tránsito incauto por delante de los afiebrados escribientes, salvo esa mano segura y alerta de algo. Que la razón de los cuenteros ya la estaban ungiendo. Y una culpa lejana

comenzaba a pertenecerle por ese mandato de mentir sobre ellos y su verdad. Antes que sus pasos se pierdan en la oscuridad, el hombre elegido tendría una vida compleja y oculta que se manifestaría en una sola señal azul luminosa, sospechosa. Los ficcionadores celebrarían como siempre el prodigio que aquella calle les brindaba y hasta el próximo caminante parecía no haber ninguna vida a la que difamar.

Cuando terminó de pasar, el hombre de la mano azul se perdió en un laberinto de nocturnas avenidas y su andar ya estaba condenado por un relato confuso y turbio. Entonces desvió por una esquina y otro narrador sin pensarlo le puso sobre su humanidad el peso de varios dilemas. Otros le dejaron en su camino un poco de amor indefinido y poco sincero. Modificaron también la apariencia del tiempo en que vivía y las calles se tornaron violentas. Siguió caminando ahora como un viejo conocido de sus ficciones, ya acostumbrado a la irrespirable época que le habían armado, tuvo un par de sonrisas distraídas, un gesto reflejo dentro de una historia ya terminada y circular. Hasta que al fin se perdió en los suburbios de la palabra fin.

Cada tanto subimos a las azoteas a husmear el transcurrir de nuestros protagonistas y con la capacidad de los imaginadores los vemos cenitalmente desde una altura superior. Nuestro elegido nos mostró su hastío y la vergüenza de ser el hombre de la mano azul. Abajo están las calles ennegrecidas por la oscuridad, y sabemos claramente ser los autores de estos escenarios. Así lo pensamos, fríos y deshabitados. Pero en ocasiones vemos a nuestro hombre como un punto luminoso de color azul que lleva la cadencia particular del andar humano. De este modo reconocemos nuestro trabajo y recordamos quienes somos, y como ellos, nuestros protagonistas nos nombran despectivamente.

Cuenteros, rumorean con desprecio y en ocasiones logran comunicarse entre ellos, pero es inútil... porque el final siempre es nuestro.



**Autor: George Barahona**

## LA CÁMARA

David llegó tarde a su casa, pues se había quedado trabajando en la oficina. Cuando se disponía a abrir la puerta notó que había una caja delante de ella. A pocos centímetros se encontraba la siguiente nota:

*A quien pueda interesarle. He dejado en la puerta de su casa una vieja cámara Kodak, la cual compré a un comerciante alemán en Brunei. Me han ocurrido una serie de sucesos escalofriantes con ella... son difíciles de olvidar. Muchos amigos han muerto y otros quedaron dementes. Señor, confieso que soy un cobarde y debí destruir este artificio del demonio, pero no lo hice. Le ruego que la destruya al finalizar de leer esta nota. Si llega a usarla implóre a dios por su alma. Adiós.*

David entró a su casa con la caja y la abrió. La cámara era vieja pero estaba muy conservada. El lente era de una claridad única, el color era plateado y tenía una inscripción cerca del foco que decía 1910, posiblemente el año de fabricación. Tras pensarlo detenidamente decidió quedársela y la colocó en la mesa principal. Dos días después uno de sus socios, llamado Manuel Davila, quedó impresionado con la cámara, y a modo de préstamo la pidió. A la mañana siguiente Manuel no fue a trabajar. La policía llamó a David y le informó que su socio había sido encontrado muerto junto a otras ocho personas. Nadie sabía lo que había pasado, simplemente, se desplomaron en una discoteca. La cámara le fue devuelta por la policía. Una semana después de la muerte de su socio David manipuló la cámara. Tomó una foto a un jarrón y tras revelarla noto que una mancha oscura aparecía detrás del objeto. Asustado decidió colocar la cámara en una caja. Esa noche tuvo una discusión con un vecino la cual terminó en agresiones físicas. Nublado por su odio tomó la cámara y fotografió a su agresor. A las pocas horas éste

murió, al parecer se cayó por una alcantarilla. Los días siguientes tomó fotos a un grupo de indigentes, los cuales murieron a los dos días en un estrepitoso accidente de tránsito. Ahí entendió que era hora de destruir la cámara, sin embargo la llegada de su ex esposa frustró esos planes. Fernanda, la ex esposa, atosigaba a David con sus incontables quejas a partir de la separación de bienes y la reiterativa de heredar algunos activos fuera del país, las discusiones arreciaron toda la tarde, por lo que él decidió ponerle punto final a todo. Mediante un engaño fotografió a su ex esposa. Tres días después ella murió al caer de un sexto piso. Los siguientes días David estuvo retirado en su cuarto, se sentía mal por lo que había hecho pero al fin comprendido que era lo correcto, Fernanda siempre había sido una mujer egoísta y manipuladora y seguro había pensado en matarlo. Secó sus lágrimas y prometió cambiar el mundo. Pronto los noticieros del país comenzaron hablar de las inesperadas muertes de políticos, banqueros y ladrones. Surgieron teorías tan absurdas como que el asesino respondía a los designios de dios como otras que apuntaban la responsabilidad a una palabra llamada coincidencia. La policía no tenía idea de quien pudiera ser el asesino. Por su parte David se sentía muy cansado, los brazos le pesaban y tenía muchos dolores de cabeza. Su carácter era más iracundo. Ningún doctor podía decirle el mal que le aquejaba. Una noche fue a un restaurante y pidió un café con unas galletas. Luego de terminarlo pidió la cuenta. El mesonero se la entregó con una nota que una persona de la mesa aladaña enviaba para él. Intrigado David comenzó a leerla.

*Para quien pueda interesarle. Buenas tardes. Ante todo le deseo salud y éxito. Veo con pesar que usted ha sido víctima de la cámara y ha sucumbido a su poder. Este vil artefacto fue creado por un científico austriaco en 1910 con la finalidad de poder capturar las almas de las personas, sin embargo todos los prototipos fallaron. Una noche se presentó ante él un demonio conocido como Baltazar y le ofreció convertir esa máquina en un arma asesina. Durante los siguientes años todas las personas que fueron fotografiados por la cámara comenzaron a morir en forma extraña. Mis investigaciones*

*han demostrado que aquellos que la usan por largos periodos de tiempo comienzan a sentir una merma de sus capacidades físicas e intelectuales, que posteriormente degenera en locura. Le imploro que destruya la cámara ahora mismo, de lo contrario su vida podría correr peligro. Atentamente, El investigador.*

Finalizada la lectura de la carta David comenzó a tomar conciencia de su situación, la cámara lo había controlado y él no podía seguir siendo su esclavo. Súbitamente el sentimiento de culpa comenzó a invadirlo, por lo que se retiró a su casa. A la mañana siguiente David se tomó una foto con la cámara. Tras una hora de espera nada pasó. Revisando la cámara con sumo cuidado encontró un pequeño compartimiento donde estaban los negativos de la cámara. En el cuarto de revelado encontró las imágenes de todas las víctimas, pero no la imagen real sino los últimos momentos de ellos. El último trozo lo mostraba a él con una mirada investigativa, como si buscara algo. Se escuchó un balazo y el cuerpo de David se desplomó. Una bala había entrado por su cabeza. En la calle había comenzado una guerra de pandillas.

**Autor: Alejandro Schiappacasse**

## **LA CAPTURA**

—Acérquese joven —dijo el anciano desde la distancia, sin siquiera mirarme.

En la soledad de aquel pequeño pueblucho donde inesperadamente se detuvo el ómnibus para ser reparado, era difícil que alguien más que yo, único curioso que había descendido a merodear la calle, se diera por aludido.

—Venga, por favor —insistió seguro de que lo había escuchado.

Su aspecto era lamentable: sentado en el suelo, apoyando la espalda contra la pared de la estación, y rodeado por cuatro perros que se apreciaban mucho más saludables que él, bebía de una botella oculta dentro de sus harapos. Metí una mano en el bolsillo de mi pantalón por algún dinero y me aproximé.

—No, no hace falta; no lo llamo para mendigarle. ¿Por qué piensa eso? No contesté a su pregunta y guardé el dinero.

—Lo llamo para que me libere de esta prisión en la que me encuentro —dijo aún sin mirarme y con impostado dramatismo.

Rápidamente, sospeché cierta demencia en aquel hombre, posiblemente, alentada por la bebida. Su voz, también cuadraba fácilmente en esta hipótesis, más algunos abusos que carraspeaban la memoria de sus cuerdas vocales.

—Pensaba tomarme una fotografía —asevero ahora entre ofendido y resignado. Y era cierto; había estado un rato observándolo y pensando en la posibilidad de sacar la cámara y capturar la imagen que componía junto a sus perros; hasta había conjeturado una toma cenital con el mismo punto de vista que tenía ahora, parado junto a él. Me sentía descubierto como un niño. Uno de los perros se sobresaltó ladrando hacía algo que solo la clarividencia animal podía percibir en la absoluta calma de la tarde; el resto de la jauría se levantó en rápida colaboración. Un grito potente del hombre

detuvo la tentativa de rebelión perruna de inmediato, y el cuarteto volvió a recostarse entre agudos lamentos de protesta que, gradualmente, se fueron acallando.

—No se preocupe, está bien —dijo el hombre con notable suficiencia.

Hasta el más bruto de los seres humanos busca representarse de alguna manera. No nos alcanza con la simple experiencia inmediata o la memoria: necesitamos vernos reflejados en otra superficie, más allá del tiempo y el azar. Hizo una pausa y acarició a uno de los revoltosos. Me resultaba muy simpático el sentido escénico que quería darle a su oratoria. Aunque, su argumentación anterior y su lenguaje, impensados en ese primer vagabundo que llamó mi atención, habían logrado descolocarme de todo prejuicio sobre él.

—Ahora bien —continuó como si le hubiera cedido tiempo a mi comprensión—, lo que no veo para nada justo es que se tome a la imagen por la persona, cosa o animal; y, mucho menos, a la persona, animal o cosa, por la imagen.

No terminaba de captar su intención. De pronto parecía reprocharme algo y eso no me agradaba. Sin embargo, la elocuencia con la que hablaba no dejaba de sorprenderme risiblemente; por lo cual, lo deje continuar sin aludir a su pretendido reclamo.

—¿No había ya especulado usted una imagen de este viejo y sus perros antes de que le solicitara su presencia aquí, hace unos momentos atrás? —preguntó con lógica cordura y sin esperar respuesta—. Bien, fíjese que la imagen de ese viejo rodeado de sus cuadrúpedos compañeros, que usted ya había formulado, nunca le hubiese hecho justicia al viejo de la realidad pura ni a las pavadas que le está charlando ahora mismo, o ¿me equivoco?

Sonreí correspondiendo a su sentido del humor, aunque atento y expectante del rumbo que iba tomando su discurrir de ideas.

—Puede que tenga razón —le dije.

—Toda cosa, hombre o animal —continuó con renovado entusiasmo— esconde algo imposible de capturar bajo su apariencia, ¿sabe qué?

No tenía la menor idea de a qué se referiría, pero concordaba con su razonamiento. Por supuesto, nadie podría abarcar a una “persona, cosa o animal” en su totalidad con una imagen; y si lo hiciera, resultaría, a lo menos, aburridísimo. Mi interés empezaba a diluirse, y viendo que la posibilidad de tomar mi fotografía se alejaba, me puse en plan de terminar con el encuentro.

—Lo comprendo —le dije—. Fue un gusto charlar con la pura realidad de usted.

—¡Su destino! —gritó exultante mientras yo volvía a conjeturar la chifladura del buen hombre—. Su destino irrevocable, el mío, el suyo, el de estos animalitos...

—Seguramente —interrumpí ya perfilándome para irme.

—Ojo, yo no tengo ningún problema que usted me tome una fotografía —dijo amistosa e inesperadamente—. Por supuesto que eso no le hace mal a nadie.

Otra vez adivinaba mis intenciones. Y lo cierto era que, en ese momento, el sol generaba unos brillos fabulosos sobre el pelaje de los canes, que a su vez, contrastaban con los pies desnudos y sucios, que aquel hombre inmiscuía entre la fisiología animal.

—Así que, si a usted le gusta, saque tranquilo mijo.

Seguidamente le dio un buen trago a su botella. Saqué la cámara; mientras la preparaba, deseaba que el anciano se dignara a regalarme, al menos, una mirada, mostrara sus ojos de una buena vez.

—¿Y cuál es ese destino irrevocable con el que debo cumplir? —pregunté como para animarlo un poco, mientras ya disparaba algunas tomas.

—¡Usted está acá para salvarme! —afirmó exultante y soltó una carcajada que progresó en violenta tos incontrolable y concluyó en un trago de su bebida—. ¿Quiere? —dijo el anciano extendiéndome la botella envuelta en papeles de diario—. Tómese un trago, mi amigo. ¿No me va a despreciar?

Inesperadamente me clavó su mirada. Por fin veía sus ojos: opacos y blanquecinos, eran el poderoso elemento que completaba la imagen buscada. Tomé la foto. Luego, insistió con la bebida; dijo que me

iba a venir para el frío, que era una rica grapa que había comprado esa misma mañana y que si había algo que lo enfurecía a él y a sus perros —y su voz se tornó repentinamente amenazante; y los perros, inquietos—, era que le despreciaran su generosidad. Observé el ómnibus detenido a unos doscientos metros: dos hombres trabajaban en el motor dándonos las espaldas. Acepté. Primero, fingí beber; pero luego, el sabor al contacto apenas con la bebida, me capturó, y no sé exactamente por qué —¿una desacertada honestidad?—, tome un buen trago. Cuando desperté estaba solo, tirado en el suelo y rodeado por cuatro perros. Una joven me observaba con una cámara fotográfica en las manos a cierta distancia. Le pedí que se acercara. Dio unos pasos hacia mí, pero un auto se interpuso entre nosotros. Volvió a mirarme por encima del vehículo y me sonrió antes de subirse y desaparecer de mi vista. Aún espero a alguien que quiera escuchar mi historia y beber de mi botella.

**Autor: María Yolanda Restrepo**

## **LA DANZA DE LAS LUNAS**

Era el 3 de noviembre del año 2000. Sobre los cielos nublados de New Jersey eran las 7:00 de la noche, el tiempo transcurría lento, tranquilo, se observaba una carretera amplia y Paula conducía hacia la universidad, ella, extranjera trabajaba duramente para enviarle a su familia parte del sustento, vivía como lo hacían muchos, sobre todo dinero, sobre todo trabajo, amigos y familia eran escasos, su pasión era el poco esparcimiento que le proporcionaba a la hora de estudiar los viernes de 7:00 a 9:00 de la noche, precisamente ese viernes el tiempo se detuvo para llegar a la universidad sin tanta prisa, de repente... elevó su mirada hacia el firmamento y se encontró con 4 pequeñas lunas que jugueteaban como caritas felices, 4 preciosos círculos blancos nacarados que se unían desprendiendo destellos de energía como si celebraran con entusiasmo infinito, como una danza que va y viene en el vaivén del universo; aquella conjugación de colores y como si Dios permitiese que ella, fuese testigo de tan impresionante evento, ahora las 4 lunas se transformaban en una sola y se observaba majestuosamente una forma visible y una desaparición instantánea... y de nuevo las 4 lunas, y así siguió el cortejo de algo fantástico mientras que Paula sorprendida atravesaba la puerta de la universidad.



**Autor: Andrés Gonzalo Galante**

## **LA DESOLACIÓN NO TIENE NOMBRE**

La desolación no tiene nombre. Eso lo aprendí el día de mi cumpleaños. Lo recuerdo tan bien. Hay algunas cosas que se me escapan. En líneas generales, sin embargo, lo recuerdo.

Íbamos a ir a un bar, si no me equivoco. Era bastante tarde. La ciudad, sin embargo, estaba más despierta que nunca. Era sábado en la noche. Alguno de nosotros ya había vomitado. No recuerdo quién. En el mercado había cangrejos frescos. No entiendo cómo podían estar vendiendo cangrejos un sábado en la noche... ¿O era viernes? Eran unos cangrejos muy extraños. O tal vez yo era el extraño entre los cangrejos.

No había leído poesía en mucho tiempo. No recuerdo cuánto. Creo que nunca he sido un buen lector de poesías. Me cuesta saber si un poema, si quiera, es bueno o no. Tengo que ver quién lo escribió. Si es un buen poeta, el poema será bueno, ¿no? Es algo irresponsable pero, la verdad, no hay muchos poetas que logren decirme algo en la primera lectura. Digo esto porque recuerdo que, en el bar, empezamos a hablar de poesía. Que si Pablo Neruda, que si Gonzalo Arango, que si Eduardo Cote Lamus, que si León de Greiff, que si, que si, que si. No hablaron, quién sabe por qué, de Vallejo o Machado. En ese momento se me vino a la mente ese famoso haiku del maestro Basho:

*Furu ike ya  
Kawazu tobikumu  
Mizu no oto.*

Que, más o menos, traduce: Un viejo estanque / Una rana salta: / el sonido del agua. Me pregunté si el maestro escribió alguna vez algún haiku sobre los cangrejos. Sobre los cangrejos apilados en un mercado una noche de sábado. Me reí de mí mismo en ese mo-

mento por esas extrañas ocurrencias que se daban dentro de mi cabeza. Mis compañeros seguían recordando poemas que yo no había leído por lo que opté no escucharlos más. ¿Cómo será el Edén durante la noche? Un sitio frío y oscuro, probablemente.

Cuando salimos del bar, yo ya estaba muy cansado y quería irme a mi casa. Mis compañeros, sin embargo, quisieron alargar la noche. Hacía mucho frío. Los cangrejos ya no estaban: el mercado había desaparecido. Eso me entristeció un poco. ¿Dónde estará toda esa pila de cangrejos muertos? No lo quise pensar... De repente, no había nadie a mi alrededor. Los había perdido. Mis compañeros se habían adelantado y no se percataron que yo ya no estaba con ellos. No sabía dónde estaba. La calle estaba tan oscura que parecía una densa y profundísima boca negra. Avanzaba mientras me devolvía. Di varias vueltas. Un círculo perfecto. Corrí. Estaba desorientado. Recordé la discusión que mis compañeros tenían acerca de Gonzalo Arango. No les había entendido una sola palabra. Ellos se percataron de ello.

—¿Y Ud. qué piensa? El cumpleaños no ha dicho ni una sola palabra. ¿Le gusta Gonzalo Arango? —dijeron.

—Yo no he leído a Gonzalo Arango —dije—. —Claro que me gusta. Gonzalo Arango fue un grande. Como ustedes dijeron.

La conversación continuó. Un silencio extraño, sin embargo, se abrió entre ellos y yo. Un silencio tan insalvable que da miedo asomarse a él. Un silencio que se estaba tejiendo desde hacía mucho tiempo. Desde el comienzo de los tiempos. Desde la primera vez que la noche llegó al Edén. O tal vez desde antes. Tal vez desde mucho antes. Y yo era quién lo estaba terminando de tejer. Yo fui el maestro que da la última pincelada y que pone su firma con elegancia y rapidez. Un gran peso, sin duda, ser el arquitecto del vacío.

La obra, ahora finalizada, se me había salido de las manos. Ahora era realidad. Ahora era mi realidad. Ahora yo era esa gran oscuridad. Ese gran silencio. Y la ciudad, mi lienzo. Me sentí como los cangrejos en el mercado del sábado en la noche. Me sentí como la rana. Éramos la rana. La rana que salta al viejo estanque. El están-

que, sin embargo, estaba vacío. Ya no había ni una sola gota de sonido de agua. El estanque era el Mar de fertilidad. O puede que más muerto que él y que todos los que están dentro. Todo era un gran vacío. TODO. TODO ya no tenía ningún nombre. ¿Quién acaso lo tiene? Los No-nombre van por ahí. Chocando con otros No-nombre. Enamorándose. Teniendo pequeños No-nombre. Cumpliendo años y siendo felices. Siendo *auténticamente* felices. El problema es no darse cuenta de ser un No-nombre... y diluirse en su propio abismo. El abismo de la desolación. Regresé a mi casa y me tumbé en la cama. Dormí bastante tiempo. No sé cuánto. Sólo que sé que, cuando volví a abrir los ojos, el sol ya había espantado a la oscuridad. Eso me alivió un poco.

Recordé, sin embargo, la noche. *No pasó nada / Eso fue todo / las estrellas oscuras.*

**Autor: Cristina Armunia Berges**

## **LA ERA DEL ASFALTO**

De un día para otro cambió todo para mí. Todo lo que me rodeaba se transformó de un plumazo y me quedé solo y estéril. Perdido como un bote a la deriva en medio de un océano; inútil como un viejo teléfono que ya no sirve para llamar; ahogado como un diminuto pueblo bajo las aguas de un moderno pantano.

Todo fue muy rápido. En unas semanas trazaron los planos de una nueva calzada, poco después destrozaron todo con grandes máquinas que rugían ajenas a mi presencia y, apenas un mes después, ríos de asfalto lo cubrieron todo. Quedé inmóvil e inservible. Me convertí en un espacio yermo y nadie vino a despedirse de mí.

La nueva carretera era firme, mucho más que la anterior. Las máquinas conducidas por rudos hombres habían alisado a conciencia la superficie otorgando al espacio que yo había visto desde niño una nueva piel oscura. El cemento y el asfalto conjurados metamorfosearon el encuadre natural por el que habían circulado niños en bici, ovejas pastando y animales silvestres despreocupados.

Pero todo eso ya forma parte del recuerdo. Forzosamente, todo el mundo fue olvidando la morfología anterior a la era del asfalto. Las pequeñas sendas que unían pueblos con ciudades y con parajes de ensueño se habían desdibujado para siempre, y yo me había quedado en medio de la nada.

Cuando se secó el asfalto volvió el bullicio de las máquinas y las personas. Pintaron líneas blancas, colocaron señales verticales y separaron la larga serpiente oscura de la tierra y la vegetación. Mi mundo cambió como en un suspiro y no pude acertar a comprender cuál iba a ser mi futuro si ya no podía servir a las personas que tan agradecidas habían llegado a hacerse fotos conmigo. Tú, sinuosa calzada negra, con tus líneas, tus arceles y tus señales, me lo has arrebatado todo.

Sin que nadie viniera a despedirse de un viejo como yo, dediqué mis pensamientos durante días completos a esos niños en bicicleta con cañas de pescar que ya nunca surcarían estas vías. Pensé en los pastores elucubrando nuevos paseos para llevar a pastar a sus rebaños. Me despedí de las madres fotografiando a sus hijos y esposos junto a mí. Y saludé de forma escéptica a mis nuevos compañeros de aventura y de vida: cientos de coches de todos los colores y kilómetros interminables de vías negras.

Al principio la novedad me hizo pasar días enteros observando el nuevo paisaje. Desde mi posición privilegiada contabilicé los coches y camiones que podían pasar en un día completo. Comprendí el sentido de cada una de las señales situadas sobre el suelo ardiente. Y, sin mucho éxito, quise ser parte de ese nuevo presente. Pero todo mi esfuerzo no fue suficiente. Nadie contó conmigo para nada, los coches no se acercaban a mí, tampoco las personas y las señales inmóviles nunca repararon en mi presencia.

El tiempo hizo estragos en mi ánimo y me enfadé con mis nuevos compañeros que no respetaban absolutamente nada. Dejé de sumar coches para enumerar, cada día, los animales que morían al intentar cruzar la alfombra asfaltada. La vía era ahora una cicatriz sobre un valle hermoso que dividía en dos un lugar en el que antes los animales se movían libremente. La gente, desde el anonimato que les proporciona el interior de sus vehículos, tiraba por la ventanilla todo tipo de basuras, incluso colillas ardiendo. En poco tiempo los arcenes se convirtieron en vertederos y la calzada en una trampa mortal para la fauna del lugar. Aquellos hombres rudos que con tanta premura aparecieron para adecuar la vieja carretera nunca volvieron a reparar señales, a recoger la basura amontonada o a despegar del alisado asfalto las entrañas de zorros, culebrillas y ratones.

El tiempo pasó, como siempre sucede, y cuando yo ya estaba a punto de rendirme y reconocer que el asfalto me había ganado la partida, algo completamente inesperado sucedió. Llegó mi salvador montado en una camioneta monstruosa.

La camioneta del señor Virginio era grande, tosca y abollada, increíblemente parecida a su dueño. Su color original era el granate pero, a golpe de parches, el vehículo se había convertido en una bandera multicolor de hojalata. El señor Virginio aparcó a unos metros de mí, salió de su horripilante máquina a motor y me miró fijamente. Yo, como un estúpido, sonreí. Hacía mucho tiempo que nadie se acercaba a mí y sentía deseos infinitos de volver a escuchar las voces cercanas de la gente.

—Bien... ¿qué tenemos aquí? —dijo el señor Virginio observándome de lado, tan solitario y tan entero...

Y me hinché de orgullo como un adolescente al que su padre le dice que su zambullida en el agua ha sido espectacular.

El señor Virginio estuvo así durante casi una hora: comprobó mi resistencia, husmeó entre mis cosas, palpó mis cimientos y evaluó mis orificios. Pero yo aguanté firme, bravo y lleno de alegría. El señor Virginio se marchó y después llegó la noche y con ella llegó el aire fresco.

Dos semanas después, de la parte de atrás de la demacrada furgoneta descendieron tres hombres de piel morena y, de un salto, el señor Virginio abandonó el asiento de piloto para dirigir, como maestro de orquesta, a sus tres hombres.

Muy cerca de mis pies instalaron una hormigonera, descargaron arena, gravilla y ladrillos. De nuevo, las obras comenzaban y eso me asustó. Ya había llegado el asfalto y la negrura de sus líneas infinitas; y ahora llegaba el cemento, cenizo y triste como un día gélido de invierno. Y cerré los ojos y deseé que un agujero negro me absorbiera de una vez y me llevara lejos, cerca del infinito, justo al lado de la nada.

Seguía escuchando las voces toscas de los hombres. Cuando hablaban con el señor Virginio les entendía, pero cuando hablaban entre ellos no conseguía descifrar los sonidos que parecían salirles del estómago y que resonaban por todo el valle. Y sus risotadas me ponían tenso, quizá se estuvieran mofando de mí. Seguí con los ojos cerrados durante todo el día y la noche me liberó de mis captores. Pero cuando quise abrir los ojos, la oscuridad lo inundaba todo y

temí la llegada del día y el nuevo destrozo que me encontraría a la hora del amanecer.

Minutos después de que despuntasen los primeros rayos del sol, entreabrí los ojos y me encontré con una señora de pelo corto rojizo que me miraba sonriente detrás de un alambrado que me rodeaba como para no dejarme escapar. Me sentí aislado como un perro que espera la inyección letal, como un islote en medio de un océano de asfalto. La señora del pelo de fuego abrió una puerta cochambrosa, ideada con prisas y facturada con desorden. Tras esto, la vi entrar en un cubículo de ladrillo con una cristalera al frente. Se sentó en la estancia de pequeñas dimensiones y empezó a contar y a ordenar calderilla. En lo alto del puesto, y en letras temblorosas y apresuradas había un letrero en el que ponía: “Visita el puente a ninguna parte y hazte una foto por tres euros”.

Madrid, febrero 2014

**Autor: Pablo Andrés Castro H**

## **LA HISTORIA DE JUAN CLÍMACO**

A Juan Clímaco las palabras le danzaban en la lengua. Luego de guardar el ganado al final del día o de cortar la leña para cocinar durante la noche, se le podía encontrar fumando apaciblemente en una mecedora, con la mirada introducida bajo el sombrero, hurgando quién sabe cuántos o cuáles recuerdos. Lo único posible de determinar era que, para esa hora, las palabras le urgían por salir. Era como si al fragor del trabajo diario estas viniesen a importunarle, a ordenarle que las dejase salir por su boca. Y él les hacía caso, aunque no se dejaba gobernar por ellas: a su tiempo, a su debido tiempo, las expulsaba en el aire para el deleite de los jornaleros, las mujeres, los infantes y los espíritus del campo. Todo el mundo esperaba a que la comida fuese servida para escucharlo, pues ya era parte del ritual diario. Al culminar la jornada de trabajos, oficios y juegos, las historias de Juan Clímaco eran bien recibidas: por ser las más intrépidas e interesantes, las más llenas de detalles, las más plausibles de ocurrir en la realidad, eran el alimento perfecto para adelantar el trabajo, el oficio y el juego de soñar. Las situaciones, palabras, personajes y detalles con los cuales él entretecía sus relatos eran el insumo para noches apacibles o de pesadillas, según fuese la ocasión o la persona que escuchase. Y sin importar que a veces las palabras del cuentista trajesen envueltas la espectral figura de terribles criaturas, capaces de arrancar de un tajo la tranquilidad a cualquiera, a su alrededor se posaban los oídos y ojos expectantes de casi todos los habitantes de la hacienda. Salvo los patrones, nadie dudaba de la veracidad de sus relatos. Los dueños de la hacienda no creían en la historia de un jornalero imprudente que, al espiar a una bella mujer, descubrió que se trataba de una horripilante hechicera, ni en el relato de una niña valiente que pudo sobrevivir una noche en el monte encomendándose a los santos



espíritus del lugar. Para ellos, eran más interesantes y creíbles las historias que traían impresos los libros y que debían esperar ardentemente por semanas o meses, dependiendo de los tránsitos del comercio. Aunque, de vez en cuando, el más pequeño de la familia se quedaba escuchando las interminables narraciones del jornalero. Al ser reprendido por compartir su tiempo con los trabajadores, el niño se defendía aduciendo que las historias de Juan Clímaco eran diferentes cada noche y que nunca las habría de encontrar en un libro. Era prodigioso ver a ese hombre que iniciaba el declinar de su vida. Su rostro —curtido por el sol y curado por la sal del sudor— escondía un par de ojos oscuros que miraban al fuego cuando contaba las historias, unos ojos que pocas veces se levantaban del suelo y que nunca buscaban la mirada de otra persona. Su prolongada estatura lo hacía a veces tenebroso y sus oscuros silencios no dejaban de cautivar a las muchachas solteras, quienes se preguntaban por qué nunca había buscado un seguro querer. La mayor parte del día se la pasaba a solas en sus labores y sólo hablaba después de la cena. Tal era su pasión por contar historias que, aun enfermo, las relataba mientras todos se ubicaban junto a su lecho o mientras colaban los oídos por las ventanas de su habitación. Una noche, Juan Clímaco sorprendió a su público con el relato de un viejo que contaba historias de toda índole y con mucha pasión. Era un hombre que durante todo el día trabajaba mientras que le venían las ficciones a los oídos, como en el soplido del viento o en el mugir del ganado. En las noches las contaba a todos sus compañeros de trabajo, a las mujeres que atendían los oficios de la hacienda, a las niñas y los niños e, incluso, a un hijo del patrón. Pero un día a este hombre vinieron a buscarle los espíritus de las montañas, porque, cansados de aburrirse, deseaban llevarlo junto a ellos para Prodigarse entretención. De manera que le dieron la opción de contar una última historia a su público antes de partir para siempre al seno del monte, donde habría de contar sus relatos y donde sería escuchado con eterno deleite. La gente lo aplaudió como era costumbre y cada uno se fue a su cama con dibujos de sonrisas sobre los labios. La noche pasó rauda, pero tranquila. Pocos recordaron después lo

que soñaron durante las horas oscuras. En la mañana un rumor de tristeza se propagó por toda la hacienda y la gente se llenó de amargura al encontrar a Juan Clímaco inerte y frío entre las sábanas de la cama. Salvo el hijo del patrón, todo su público fue a llorarle a la tumba. Durante la noche, este pequeño había visto al difunto narrador levantarse de la cama y salir al encuentro de los espíritus de la montaña. De modo que su única tristeza se debía a que los encantamientos de las palabras de Juan Clímaco, en adelante, solo serían escuchados por los míticos habitantes de los montes, sobre los cuales sus padres y los libros nunca le hablaban.

**Autor: Maite Sasia Vergara**

## **LA LETRA OLVIDADA**

Mientras caminaba por un sendero angosto y reseco de Caleu —el cual yo detesto pero mi padre amaba— encontré dormida al lado de un litro una pequeña vida, al acercarme y tomarla entre mis dedos me di cuenta que se trataba de una letra. Una nimia y perfecta “Ñ”. La contemplé por un largo rato e incluso busqué por los alrededores otras letras extraviadas, pero no, estaba solo ella. Arrugada, asustada y olvidada. Mi desesperación creció a medida que notaba como iba despertando dentro del calor de mi mano esta pequeña letra que parecía haber estado mucho tiempo en reposo. La acurruqué y entregué calor entre mis asistencias hasta que despertó por completo. Me contó con una vocecilla que me costó escuchar, que la habían olvidado ahí hace mucho tiempo, que cada vez la gente la usaba menos, y eso incluyendo a la gente que escribe que ya es muy poca, me relató que antes aparecía como reina en fiesta en todas las cartas escritas a mano que cruzaban continentes, en los recados escritos en papeles y hasta en las notas que las personas se dejaban unas a otras en las casas. Las de amor eran sus favoritas, le fascinaba cuando ella aparecía escrita con una caligrafía perfecta “de esas de antes”, me aclaró, al final de una misiva apasionada en la frase; te extraño. Me refirió que su compañero amado era “X” y que también había sido abandonado poco a poco hasta que no lo soportó más. Su único deseo era reunirse con él, y que las letras volvieran a estar todas juntas bailando sobre el papel, sintiendo el olor a tinta y a perfume. Ser leída y utilizada a menudo, hacer rondas y que los humanos jugaran con ellas hasta que quedaran todas en el lugar perfecto. Ya no deseaba estar sola durmiendo bajo ese espinoso paraje. La traje conmigo a Santiago buscando una solución a su problema, y entonces recordé a mi familia de la otra orilla, la que vive entre verdes furiosos y tiene un lenguaje rico en

“eñes” y “X”. Sin pensarlo mucho la mandé en un sobre al País Vasco donde mi prima Begoña la recibió como se merecía y mi tío Xavier la utiliza tanto que la pobre ya debe estar exhausta, pero feliz mientras baila primorosa con las demás letras. Lo que es yo, dos veces al año le mando por correo —de papel, de lo contrario me mataría— solo dos palabras:

*Te extraño.*

**Autor: Sofía Silva**

## **LA MAGIA DEL CATATUMBO**

De un soplo se formó la tierra y dentro de esa gran burbuja quedo el cielo atrapado para siempre. Entonces, en su encierro decidió jugar con sus nubes, dándoles infinitas formas de figuras para poder distraer a niños y adultos que constantemente lo miraban. Sin que eso fuera suficiente, hizo un acuerdo con la luna para que ella con sus cráteres formara un conejo y luego con cada una de las estrellas del universo pactaron crear constelaciones que formen figuras imaginarias sobre el cielo nocturno. Así, fue como mirar hacia arriba se volvió un escenario de completa magia.

Y cuando ya los espectadores pensaron que era imposible percibir más divinidad, el cielo empezó a enviarles rayos en forma de flashes y centellas de mil colores llenos de oxígeno que alimentarían la tierra en un rincón de relámpagos mudos que solo titilan a lo lejos, día y noche, y para siempre, como el faro de Catatumbo.

**Autor: Jim Robinson Medina**

## **LA MÁQUINA DE ESCRIBIR**

Rosa, la vecina, era puntual; a las doce como siempre apareció con una sopa, a veces también le traía el seco y le decía: “Cómete todo eso que me quedó fue bueno”. Se quedaba allí un rato, no tanto como antes, ahora sólo lo acompañaba hasta que terminaba de comer, recogía los platos y se marchaba, se detenía un instante y le preguntaba si le había gustado la comida; él respondía tímido: “Sí, buena, muy buena”, y se sonreía con ternura, con el aura de los que ya no pertenecen al mundo.

Se había levantado a las cinco de la mañana, coló café, se sirvió en una taza grande y lo bebió, así, sin cepillarse los dientes, con la mirada malgastada en la nada. Antes pensaba, se dejaba invadir por los recuerdos; pero desde hace un tiempo, ya no venían, quizás una jugada cruel de la soledad para hacer sentir a los hombres aún más abandonados. Parecía que el presente no pasaba, se había vuelto un espacio infinito y fatídico. Después del café se duchó y se afeitó religiosamente los rastros de una barba siempre marcada. Luego caminó al kiosko de Martín, no eso era antes, cuando iba por el periódico y a comprar un numerito para la lotería del Táchira, antes mucho antes. Ahora sólo se sentaba en el porche a mirar el helecho que se había convertido en su compañero y a escuchar el silencio de la calle desolada.

Se le ocurrió tomar la máquina de escribir, y como si fuese temporada las palabras nacieron y hablaron, pensaban; parecían nombres, amigos, ciudades; eran ruidosas no tan calladas como el helecho o los objetos de la casa; tenían rostros, sonaban, preguntaban y contestaban; vivían, tenían destinos, algunos inexorables; lloraban, se emborrachaban y algunas veces hasta maldecían; se despertaban con el amanecer y se dormían bajo la luna; trabajaban, pasaban hambre y otras morían. Así conoció a una de mirada sublime, esta-

ba sentada en una plaza disfrutando de la sombra de un Araguaney. Él se quitó el sombrero poco a poco, como si era necesario hacer reverencia a semejante belleza y dando pasos casi silábicos en la página se acercó y se sentó a su lado. Le salieron unos versos arreglados a trancazos en un soneto y ella sonrió llena de luz. Se tomaron de la mano, caminaron entre las flores blancas y se perdieron en un jardín inmenso.

Rosa como siempre llegó puntual y lo vio metido entre las hojas de papel, colocó la sopa en la mesa, leyó la última línea en la página atrapada en la máquina de escribir y luego dijo: “Te has ido bonito viejo, que Dios te tenga en su gloria”.

**Autor: Francisco Bautista Gutiérrez**

## **LA MIRADA PERDIDA**

“Tienes que hacer algo, no puedes permanecer todo el día con los brazos cruzados”, me comentó aquél compañero un amanecer cualquiera en el que arrastrando la apatía y el aburrimiento, llevaba mis horas por la calle, con la esperanza puesta en que estas se acostumbrasen al paseo matinal y poder tener una obligación. “Sí, pero no es tan fácil”, recuerdo mi respuesta.

Pensaba que al jubilarse se comenzaba a vivir una etapa de lucidez solitaria, unas vivencias que no tendría que compartir con nadie y menos aún gastarlas en asuntos vacíos que no me interesaban para nada, una lucidez que me llevaría a compenetrarme conmigo mismo. Unirse a mí hasta formar un conjunto que alejase la soledad que en el fondo me ha acompañado, lejana a todas las fuentes de mis deseos, una soledad que a pesar del trabajo se estaba convirtiendo en una pesada losa.

“Ve a una ONG, ayuda a la gente, eres joven y puedes hacerlo”, me repiten incansables cuando ven como las horas pasan rápidas y veloces sentado frente a la pantalla del televisor, viendo cosas que no son verdad, llenando mi mente de ideas absurdas, jubilado infeliz viviendo en un mundo complicado que no puedo abarcar con mis manos, agarrotadas, al no recibir orden alguna del cerebro que ha perdido su razón, que quiere entender todo aquello que me sucede sin comprender que mi deseo sea el de dejarme llevar por la apatía y el aburrimiento.

Y se cruzó en mi camino, la puerta del Museo Arqueológico me invitaba a traspasarla para no tener que entretener mi tiempo con alguien que se acercaba a mí, un compañero que me hablaría de luchas, de trabajos, de momentos en sociedad, de esperanzas y de promesas. Sobre la pared, la mujer parecía que quería salirse del cuadro, hablarme, decirme que me comprendía, ante ella, sentado en un banco, daban ganas de tocar esa piel, el cuerpo dejado al azar,



o esperar a que saliera ella y acariciase mi cuerpo con las finas manos para acabar con mi soledad y con su soledad.

—Interesante, ¿Verdad?... —me comenta el guardia de seguridad que se detuvo a mi lado.

—Sí, es un hermoso cuadro... —le digo sin mirarle porque no quiero perder un instante, porque no quiero tener la sensación de que pueda leer en mi cara lo que siento, no por sus desnudos pechos que también, ni por la desnudez del resto de su cuerpo, no por sus manos ni tampoco por sus carnosos labios, sino por ella en su conjunto.

No quiero hablarle de mi estado de ánimos, de la sensación de plenitud que me acompaña, de la rabia al ser incapaz de encontrar algo que me entusiasme, de no poder mirar la vida con ansias, con deseos de comerme el mundo.

Se me hacen interminables las noches, comienzan a pasar lentas, con la esperanza de que la claridad entre por la ventana y acudir al museo de nuevo para encontrarme con la tranquilidad que me proporciona estar al lado de la mujer del cuadro, cuando sentado en el banco la observo un día tras otro.

—Malas noticias amigo, mañana se la llevan para una limpieza profunda.

—¿Por qué?

—Por mantenimiento.

—¿Y cuánto tiempo?

—No lo sé, días, meses, tal vez años.

No es lo mismo la pared vacía, los días que pasan lentos y tranquilos mientras espero a pesar de que llegue todas las mañanas con la esperanza y me marche con esa otra ilusión de que tal vez mañana...

—Ha tenido suerte, han tardado poco tiempo.

Y allí está el cuadro, con sus ojos, con su piel desnuda y sus manos llamándome, como tiene que hacer la policía a mi familia para decirles que no quiero abandonar el recinto, que me niego a dejarla sola, que tal vez si continuo con esta actitud tengan que tomar medidas o lo que es peor tengan que ingresarme en algún lugar apropiado para superar este problema, este deseo, esta ansia por vivir aunque sea de ilusión.

**Autor: Hugo Badel Pacheco**

## **LA NOCHE**

Antes de que el hombre alzara la mirada a los cielos, antes de que se hubiesen concebido la agricultura y el pastoreo, antes del descubrimiento del fuego y de la invención de la rueda, antes de empezar a trasegar por cada uno de los espacios de la tierra, estaban los pensamientos eróticos en la cabeza de las primigenias criaturas buscando una salida, en espera del atrevido que se arriesgara a exteriorizarlos, no como acción natural de procreación, sino en cuanto expresión de un aspecto de la esencia humana. A partir del primer valiente cada encuentro amoroso revive al ser, lo alimenta, le da aliento de vida, lo invita a una nueva participación de los actos del amor. El goce futuro empieza en la satisfacción plena consumada, invitación a una nueva experiencia, a una nueva entrega. En el fondo todos persisten en la necesidad de correspondencia, que en definitiva es la obligatoriedad de percibirse como parte del cosmos, como piezas de su engranaje, en el afianzamiento de la dualidad de su naturaleza, la mortal, llamada cuerpo, y la inmortal, correspondiente al alma y al espíritu. En la admiración y adoración de las cosas del mundo espiritual y en la morada y gobierno de las cosas del terrenal está el equilibrio, porque el hombre es espíritu, alma y cuerpo, todos en uno y uno en todos. La armonía consiste en el establecimiento de una comunión perfecta entre ellos; la omisión de uno podría ocasionar una grieta condenatoria, un gran vacío, un impedimento en la consecución de la trascendencia en el tiempo, que inexorablemente transcurre evolucionando lo existente. El escritor escribe hoy, mañana otro lo hará por él; un vigilante de la calle protege la tranquilidad del vecindario, dentro de un tiempo será reemplazado, tal vez, por otro; una pareja está en la habitación, después estará otra, y así sucesivamente el mundo seguirá su trayectoria, su recorrido hacia el infinito. Sólo los que juzgan a quienes expresan de mil maneras el amor, y que temen encontrarse con su propia frustración, disfrazada de mentiras que tarde o

temprano son asaltadas por los rayos solares, haciéndolas visibles, evidencian la mediocridad. Los que se abstienen de disfrutar de ese sentimiento divino en sus diversas manifestaciones, a quienes grita el escritor que amen, que permitan ser amados, y que entiendan que el amor pleno satisface la carne, estimula el alma y enriquece el espíritu. Teclea incansablemente, acompañado por una taza de café que nunca queda vacía, porque le llega la inspiración, aguzando sus sentidos, mientras la mujer que ausentó la soledad desde sus años juveniles lo observa con ternura en el ocaso de su existencia. Tantas ideas vienen a su mente, que lo obligan a mover los dedos con mayor rapidez para no dejar escapar ninguna. De lejos le llegan, gracias a la imaginación, las manifestaciones de cientos de parejas cuyos jadeos se incrementan y atenúan intercaladamente, reflejos del grado de intensidad de las sensaciones, cada una justificada en las razones y en los motivos personales. Así ocurre en la intimidad de alguna habitación, cuya descripción es inane. Él la sujeta por la cintura, desnuda, en una suerte de suave preámbulo. Los rayos solares reflejados en el único satélite natural de la tierra hieren el velo de la ventana, iluminando tenuemente los cuerpos. El recorrido de los ávidos labios es cada vez más intenso, los susurros van y vienen a veces acompasados a los movimientos, otras en una incoherencia difícil de ordenar. Desliza la lengua, activando las glándulas salivales, y disfruta del sabor a miel, del buen fruto, y ella, extasiada, acepta, imposibilitada a rechazar las caricias, en agitación que obliga a la expulsión de gotas de rocío que endulzan el paladar de él. La piel canela, ardida en fiebre, por fin se adhiere a la de la mujer temblorosa, quien permite el ingreso total de una de las partes varoniles. Los poros se unen fuertemente en un juego maravilloso de pensamientos cuyo eje es la fuerza vital de la pasión, juego de la alianza de la carne con lo anímico y espiritual. El aliento se vuelve más y más frenético a medida que cabalga sobre el sudoroso, excitante y fémico cuerpo, rasgando la epidermis, manoseando incansablemente y lanzando expresiones entrañables hacia el interminable espacio, primero con rítmica dignidad, luego con pasión creciente. Aceleran, convulsionando, hasta perder el control y, finalmente, exhaustos y bañados en sudoroso delirio, en el calor abrasador de la noche, unen de nuevo sus labios.

**Autor: Héctor Alejo Rodríguez**

## **LA PROMESA DE LORD COLLINGWOOD**

La primera vez que vimos salir a Lord Collingwood del mar, lo miramos como a un prodigio. Lo seguimos porque iba dejando huella sobre la arena y el mar se desprendía de su levita, que aún hondeaba batalla. De cada mano pendía una botella de negro licor y en su cara no había emoción. Cualquier sorpresa nos la había heredado su historia, a nosotros, hombres de redes, peces y botes. El rumor de sus inesperadas visitas se había quedado en las islas del Océano Distante; historias que nos infundían un cierto miedo de fascinación que no se podían creer. Como un cuento de otros, en otros sueños. Pero ahí estaba, ignorando nuestra contemplación dudosa. Subió a la única taberna, y todos los que ahí bebían, sintieron la presencia. Ocupó un lugar, donde todos sus ángulos eran visibles. Hizo saltar el corcho de una de las botellas y destapó el silencio. El espíritu del vino nos sobresaltó y la voz de Lord Collingwood se mezcló con él. Ráfagas de humo multicolor nos arrojó a las tormentas y a los remolinos. Sentimos el dolor en los brazos al izar las velas y batallar con los vientos hinchados de furia. Vivimos el sabor del mar, su sed, su nostalgia. Abrigamos los huracanes helados y el roce de las balas que nos abrían la piel. Lloramos de desesperación y reímos de ebriedad. Conocimos sus combates, nos destrozó su falta de salud y nos conmovimos con su muerte, sin descendencia. Lord Collingwood, atento a nuestra conmoción, dejó libre el espíritu de la segunda botella y pronunciamos otros idiomas. Pisamos arenas blancas y oscuras. El aire nos levantó y se nos quebró el aliento con la vastedad del mar, un valle azul gris, que golpeaba la tranquilidad del cielo. Surcamos sobre lomos de ballenas, los delfines nos dedicaron juegos y saltos. Nos atacó el hambre pero la profundidad supo ser generosa y nos dedicó su carne para banquetes exquisitos. Lord Collingwood hacía malabares con las historias, cruzando en ellas nuestras vidas. Habló de su tripulación, del minuto exacto de cobardía antes de la batalla y de

la bravura descubierta al sentir las primeras heridas. Sí, nos hizo morir sus muertes, sin prisa. El sueño del segundo espíritu del vino se paseó entre nosotros e hizo acodar la cabeza a muchos; los vimos desfallecer, uno a uno, carentes de resistencia, sin gritos, como mueren las criaturas en los arrecifes. Nosotros, los sobrevivientes, escuchábamos, tartamudeábamos en silencio, nos rompía el temor. Entonces, Lord Collingwood, con su alma naufragada, hablando para infundirnos valor, nos hizo morir por primera vez, de muchas otras muertes que nos esperaban, en la batalla de Trafalgar.

**Autor: Unicentral Colombia**

## **LA RUTINA O EL ENCUENTRO CON LA MUERTE**

Hay un hecho para destacar de manera singular en este relato: el surgimiento de una contradicción, puesto que en esta ocasión la cotidianidad, un elemento del cual hace gala Nona, la protagonista del cuento, para quien sus días han transcurrido de una manera monótona en un lapso de tiempo considerable al lado de su patrona, una acaudalada mujer.

En esta ocasión, la autora a través de sus personajes revela una visión de mundo muy particular para cada una de las mujeres que hacen parte del argumento del cuento. Así:

Nona: “Lentamente, frotó sus ojos negros con sus manos ásperas, víctimas de insoportables jornadas donde la escoba, el recogedor y el traperero, acompañados de un sin número de detergentes contaminantes habían corroído su piel por casi veinte años. Las manos que algún día consintieron, ahora lastimaban”.

Sra. Paz: “Era una mujer pensionada de la Empresa de Ferrocarriles, conoció medio mundo y había tenido tres matrimonios, el dinero no era uno de sus problemas. Nunca tuvo hijos debido a problemas de infertilidad. Era una mujer solitaria, amante de la literatura y el piano. A pesar de su avanzada edad aun podía interpretar composiciones de Chopin, Schubert e incluso boleros que le recordaban a uno de sus esposos, un argentino a quien conoció y de quien se enamoró en una de sus tantas travesías por Latinoamérica”.

Como se puede apreciar, son dos mundos totalmente opuestos que manejan dos imaginarios distintos: mientras una de las mujeres, Nona, fue agredida sexualmente y vivió todo tipo de circunstancias para lograr salir adelante, la Sra. Paz, haciendo honor a su nombre, disfrutó ampliamente de comodidad, lujos, tres matrimonios y una vida llena de excentricidades y gusto por la buena música

Como una interrupción en la línea del tiempo, así transcribe la autora la escena en la cual la empleada descubre que su patrona ha fallecido de manera inesperada, lo cual genera un traumatismo no sólo para ella, sino para el lector que no espera la resolución del relato en una forma trágica e impensada, toda vez que ha comenzado a decantarse una cotidianidad en el mismo cuento.

De otro lado, la muerte, esa figura que seduce a muchos cuentistas desde lo sobrenatural y llegando a lo casi real, es un elemento clave en la estructura del texto, puesto que es otro imaginario del cual el lector tiene su propia concepción, que puede estar en desacuerdo con la de la autora, pero que es evidente.

**Autor: Mariano Gallego**

## **LOS HIJOS DEL CARNAVAL**

*Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval.  
Es imposible escapar,  
porque éste no tiene ninguna frontera espacial.  
En el curso de la fiesta sólo puede vivirse  
de acuerdo con sus leyes...*

**Mijail Bajtin.**

En cuanto abrió la puerta y lo vimos pensamos que era un fantasma. Y no nos equivocamos porque cuando entró apenas lo podíamos reconocer. Se encontraba pálido, su cara estaba más blanca que el Chañi durante los meses de invierno cuando lo cubre la nieve. Las órbitas de sus ojos casi se habían desbocado y por sus gestos parecía que hubiera visto al mismo diablo.

—¡Ignacio, qué pasa! —exclamó doña Clelia, su mujer.

Pero Ignacio no respondía, como si el diablo también le hubiese robado el habla. Dio dos pasos y se quedó ahí parado, entre la mesa y la puerta con los brazos separados y las palmas abiertas hacia adelante. Era imposible sacarle una palabra. Entre la Gaby y yo lo sentamos y tratamos de tranquilizarlo un poco, le abanicábamos la frente a ver si el viento lo hacía razonar. Clelia nos miraba y se reía, era evidente que ya la tenía acostumbrada a estos sustos.

—Este así no les va a decir ni ah —dijo— mejor por qué no le dan un yerbeado que es lo único que lo va a hacer reaccionar.

Se pasó la mano por la cabeza, entretejiendo los mechones de cabello blanco que sobresalían por todos lados. No parecía muy preocupada, es más, no hacía más que reírse y decir para adentro “¡Ay, este Ignacio! siempre se las trae, ni que fuera un changuito... Busquen que en el patio quedó algo de la noche en el balde y que se lo trague diuna no más a ver si se despabila”.



Pero no esperó y se fue solita a buscar el balde. Con la Gaby nos mirábamos sin saber bien qué hacer, hacía sólo dos días que estábamos parando en la casa de los Riera pero ya parecíamos de la familia. Lo que menos preveíamos era que íbamos a terminar cuidando a un poseído. Si era realmente al diablo al que había visto era una incógnita, pero sus pupilas se encontraban dilatadas y casi giraban alrededor de su iris de un modo muy extraño.

Al instante que su mujer desapareció, Don Ignacio recuperó el habla y dio un salto del sillón adonde lo habíamos acomodado como si hubiese recibido una descarga.

—¡Me acabo de ver en la calle! —fue lo primero que dijo.

Sus ojos aún guardaban ese halo místico. Y lo repitió:

—¡Me acabo de ver en la calle!

“Se volvió loco”, pensé, a Don Ignacio el calor le afectó las neuronas. Hacía varios días que en Humahuaca estaba haciendo un calor inaguantable y ya lo había escuchado quejarse varias veces. Era eso o algún problema estomacal, porque de salud hasta unas horas antes de que se fuera se lo notaba muy bien. La Gaby, que también era porteña pero vivía en el norte ya hace muchos años, se sonrió. Contrariamente, a mí me tenían que explicar todo.

—Mira, Mariano —me dijo Don Ignacio, que ya se había recuperado, hablando muy pausado, y poniendo los labios hacia fuera —acá el carnaval nos lo tomamos muy seriamente y durante los días que dura, que depende mucho del estado de ánimo general, apenas sabemos quiénes somos, cómo nos llamamos y mucho menos las cosas que hacemos.

Hizo una pausa en la que aspiró hondo antes de continuar, se sonó los dedos, unos dedos gruesos y callosos.

—Para nosotros el diablo resucita porque resucita, y así es que después vienen las sorpresas como ésta y a uno le toca andar reconociéndose por ahí con treinta o cuarenta años menos y no sabe bien qué hacer.

Lo único que podía hacer era mirarlo, por alguna razón no me atrevía a hacerlo directo a sus ojos y me concentraba sobre una cicatriz que tenía sobre su pómulo izquierdo. No terminaba de comprender.

Estuve a punto de preguntar pero al ver que entraba Clelia no se dijo más nada. En una mano traía el balde y en la otra un recipiente de alcohol etílico cortado al medio que cumplía la misma función que un vaso. Sus cabellos blancos seguían todos revueltos.

—Tome Don y no se ande haciendo el chango que no le queda, le dijo, más como si fuese una madre que su mujer.

—Deje, deje que ya estoy bien.

—¿Se fue el diablo ya?.

—Se fue o andará por ahí jugando, pero ya estoy mejor...

**Autor: Andrea Tatiana Rojas Arevalo**

## **MAJESTUOSA CATHERINE**

—Pero señora, ¿está usted consiente de lo que va a hacer?

—Pregunto Camell, con la voz más que temblorosa, a duras penas se distinguía el tono grave habitual, pobre criado.

No osaba molestar a la señorita Katherine, pero tampoco a su verdadero jefe

—Espero, señor, que usted no refute mi manera de actuar y a menos que usted se considere un ser tan despreciable para no ser capaz de complacerme, límitese a cumplir mis órdenes —hablaba la joven impetuosamente y con tan grandes agallas.

—Entonces, lo que propone usted, es que...

Claramente, Camell no estaba seguro de lo que estaría dispuesto a hacer; pasar por encima de sus ideales, no era fácil.

—Debo confesar que usted me tiene harta con sus preámbulos, de no ser porque en mí impera un deseo incontrolable, estaría pagando sus condenas por no acatar mis instrucciones inmediatamente. Ya es tarde, mi padre llegará en poco tiempo, su puntualidad será necesaria mañana. Váyase de inmediato —dijo Katherine, casi gritando, sus últimas palabras.

Vacilante, Camell sale de la habitación lo más tranquilo posible, pero lo cierto es que no hubo ni un solo segundo en el que se retratará de lo que había hecho; de repente la señorita Katherine le había manifestado lo que por mucho tiempo imaginó, pero que era tan utópico que cuando lo escuchó de la majestuosa, lo creyó igual de inverosímil que las historias sobre personajes fantásticos que le contaba a más de un niño en el poblado. Lo que le hacía dudar de su aventura con aquella, era su fiel amigo y además jefe, Boston, dado que durante bastantes años había sido su confidente, los

secretos más remotos del poderoso hombre, solo los sabía Camell, ni siquiera su hija gozaba de tal confianza.

Después de meditarlo toda la noche y sin cerrar un solo ojo durante más de siete horas consecutivas, decidió que lo mejor sería hacer lo que la señorita le ordenaba, después de todo ella también estaba al mando de los criados, así que si en algún momento se llegase a presentar un problema el solo se defendería con el hecho de que se vio obligado a cumplir las órdenes de la bellísima joven.

—Llega dos minutos tarde, joven Camell —afirmo Katherine con su mirada posada en el reloj que yacía sobre su lámpara.

—Disculpe usted madame, estaba despachando a su padre y asegurándome de que se encontrara lo suficientemente lejos —aseguro Camell, esta vez un poco más decidido que la noche anterior.

—Ya tiene conocimiento del tiempo que disponemos. Comience de una vez por todas y ponga todo su fervor en lo que está a punto de hacer —dijo Katherine, con una risa maliciosa.

Un poco temeroso, avanzó hacia la pequeña mujer que yacía en su cama, poco a poco iniciaron un romance tan delicado y sutil, que pareciese que el respeto entre estas personas fuera más que el de una pareja que lleva bastante tiempo junta. En medio de esto, Katherine explico a Camell que existía algo en el que le atraía indudablemente y más allá de ser el criado más joven, y aunque así la diferencia de edad fuese notoria, le atraía fuertemente desde hace bastante tiempo.

Martin Curse, era la persona que indirectamente se interponía entre ese romance, pues aunque no muchos lo conociesen, el sí conocía muy bien a Katherine y era uno de sus más cercanos amigos, no obstante como muchos de sus amigos, sentía una gran atracción por ella, pero lo había logrado ocultar en todo momento. Lo que permitió que por fin pensara en una forma de expresarle su amor, fue ese instante en el que por medio de una pequeña circunstancia, se dio cuenta de que por primera vez el encuentro que tanto temía, estaba sucediendo. Las caricias cada vez se hacían más

notorias y el lleno de benevolencia, solo entendió que no era su oportunidad.

Poco después, el acto noche tras noche se repetía y Martin espiando cada uno de los movimientos que se ejecutasen, solo alimentaba su odio; era un hombre masoquista. Cuando su desespero no halló más salida, no tuvo más remedio que contar todo a su poderoso y muy temperamental vecino, con la finalidad de acabar con el romance que le había robado su más grande ilusión.

—Tranquilo señor Martin, le aseguro que me encuentro al tanto de todo lo que sucede en mi casa y mi hija, con solo 16 años de edad, conoce más cosas de las que usted puede imaginar, estos encuentros están sícnicamente planeados y en lo único que se ha equivocado mi pequeña jovencita, es en que ...

Dudó durante un momento.

—Jamás me opondría a su voluntad, si lo que desea es estar con un hombre cinco años mayor que ella, se lo permitiría siempre y cuando tuviese mucho cuidado, y ya me he asesorado de que esto suceda. En cambio usted, señor Curse, siendo solo tres años mayor que ella, tiene una mayor probabilidad de que yo me oponga a una relación si se llegase a dar. Así que le recomiendo deje de espiar a mi hija o le acusare por acoso.

Martin Curse, con la dignidad por el piso, se retiró de la habitación con una asquerosa sonrisa victoriosa. Acostumbraba este tipo de situaciones.

**Autor: Irene Selvaggi**

## **MARGA ESTÁ DE CUMPLEAÑOS**

No sonrías, bastante falsa es la peluca. Acabó de ver la película a las 2:00. Era su cumpleaños. Yo estaba despierta, dos puertas a la derecha. Lloró hasta las 2:20. Mis pastillas me hacen efecto a las 2:30. Marga tiene buena memoria. Muy buena. Me dormí sintiéndome culpable. Marga se durmió después, contenta. Le pueden demasiado mis remordimientos. Y yo se los entregué por la mañana: café, tostadas, dulces. Pudo hacer una mueca, ligera, por las flores. Rosas. A Marga le gustan los girasoles. Lo sabemos. Todos. Pensé que las rosas te gustarían. Sí, son preciosas, gracias. Marga está de cumpleaños. Nuestro nuevo compañero, El americano, despertó a la hora de comer. Le invité a vino. Tinto. Ayer. Resaca. No se acordó de lavar los platos, ni de bajar el volumen, ni de follarse otro día a su chica. Marga está de cumpleaños. Por la tarde me escapé. Y ella se quedó sola mientras subían los impuestos y la Renfe iba con retraso y se hacía una cola enorme en el Mercadona y su móvil seguía apagado. Le quité la batería la noche anterior, para que puedas dormir tranquila hasta tarde. Todas las voces, apagadas. Marga está de cumpleaños. Volví tarde: un 27, un mechero, un pastel. De chocolate blanco. El americano estaba hambriento. Folla, fuma, come. Adora el chocolate blanco, tanto como Marga devora el negro. Ella no lo probó. Bailamos. Los tres. Y acabamos en el suelo, sucio y pegajoso. Dos semanas sin fregar. Son las 23:50. Marga aún está de cumpleaños. Pero se retira a su habitación. A descansar. Repite la sesión de la noche anterior y llora hasta las 2:20. En punto. Porque tiene motivos: drama, tragedia, mierda. Yo me duermo a las 2:30. Por la mañana el libro sigue abierto: a fin de cuentas, pocas cosas resultan más gratificantes para los depresivos que un mal día. Feliz cumpleaños, amor.

**Autor: Graciela Burrueco Mansilla**

## **MEMORIA DE LA ÚLTIMA ESCENA**

25/11/1990

Querido diario:

¡Vuelvo a vos después de tanto tiempo!... Veinte, treinta años, no sé, ya perdí la cuenta —antes la tenía siempre presente—. ¿Te acordás de Manuel? Sí, eso es seguro.

Aproximadamente a las cinco de la tarde de ayer sonó el teléfono. Yo estaba leyendo un cuento de *Poe*, “El gato negro”. Como te imaginarás no tenía muchas ganas de atender, pero lo hice.

—¿Estelita?

Y, sin dudarlo ni un momento, supe que era él.

—Sí, con ella habla, ¿quién es usted?

—Manuel —me dijo.

Y ésa palabra sonó como las campanadas de la iglesia o como algo que todavía no existe.

—Ah, ¿cómo estás Manuel?

Yo quería cantar, asomarme a mi ventana y gritarle al mundo que era él y que había vuelto a buscarme, pero, por supuesto, no lo hice. Vos sabes cómo soy yo.

—Muy bien, con ganas de verte, ¿tenés algo que hacer hoy a la noche? —me preguntó.

Por supuesto que no tenía nada que hacer, pero esperé unos segundos y le dije:

—No tengo nada programado para hoy, así que podemos vernos. ¿A qué hora te parece?

—A las ocho te paso a buscar.

—Perfecto, a las ocho.

Me vestí con discreción, como de costumbre, pero con un toque de sensualidad. Sandalias color piel con tacos altos, pantalón negro algo ajustado, una blusa con volados haciendo juego con las sanda-

lias —un poco escotada a decir verdad— que dejaba asomar mi camafeo de la Virgencita de Lourdes y, como había ido a la peluquería, el pelo recogido con algunos bucles que me tapaban la cara cada vez que me reía. Maquillaje liviano, un poco de sombra color caramelo y rubor clarito.

Pasó a buscarme a las ocho en punto.

—Hola Estelita, ¡cuánto tiempo sin vernos!

—Sí, es verdad —asentí.

Y me dio un abrazo suave y sin apuro.

—No traje el auto, así caminamos como a vos te gusta.

A mí me pareció una idea estupenda.

Caminamos un poco por Formosa, despacito, con el ritmo justo como para ser disfrutado, y al llegar a José María Moreno me preguntó:

—¿Tenés ganas de comer algo?

—Sí, si vos querés....

Fuimos a un barcito muy lindo que parecía antiguo —por eso me gustaba—. Pedimos un café cortado para él y una lágrima para mí. Un tostado y una porción de torta de chocolate para compartir.

—¿Seguís trabajando en el bufete de abogados? —pregunté.

—Sí, ya hace treinta años, parece mucho y se supone que debería estar cansado, pero no, mi trabajo es el motor de mi vida y me hace muy feliz. ¿Vos seguís en la biblioteca?

—Sí, también, pero ahora estoy en otra más cerca de mi casa. Yo también disfruto mucho de mi trabajo —mentí.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó.

—Mi madre perdió la razón hace mucho tiempo, está internada en un psiquiátrico.

—Cuanto lo siento...

Y estoy segura de que fue así, Manuel no era de mentir sentimientos.

—Mi padre falleció en enero —me contó muy bajito, como si así doliese menos.

—¿Qué edad tenía? —pregunté sin saber qué debía preguntar.

—Ochenta y seis, pero me queda el aliciente de que vivió una



vida plena, fue feliz con sus nietos y murió de un paro cardíaco, o sea que no sintió la muerte desde cerca.

Manuel es hijo único, o sea que los nietos de los que habla son sus hijos...

—¿Tenés hijos? —le pregunté.

—Mara de veinte y Javier de quince, el consentido de mi mujer. Sí, efectivamente, tenía mujer e hijos.

En ése momento, en ése exacto momento, vi una columna detrás de él, de hierro forjado, verde pálido con filetes brillantes, hermosa, muy bien cuidada, que se desvaneció al instante. No entendí muy bien que había pasado.

—Estelita, el aire acondicionado me está matando, ¿nos vamos?

—Sí, a mí también.

Caminamos mucho, no sé cuánto, pero mucho y muy intenso.

—¿Vos sos feliz, Estela? —me preguntó sospechando la respuesta.

—A veces sí —contesté mirando para otro lado, porque comenzaba a sentir los pinchazos en los ojos que ya sabemos que es lo que anuncian.

La luna estaba en cuarto menguante —sabés que conozco de ésas cuestiones—, y de repente, de tanto mirarla, se me vino encima. Sentí como si me tocara, como si me rozara con suavidad y algo de compasión. Pero también fue un segundo, una milésima de segundo. Me pregunté qué estaba ocurriendo pero no pude responderme. Luego las chapas con los nombres de las calles pasaron a ser las antiguas, de ésas que estaban pegadas a la pared. "Directorio" en blanco y azul marino. Seguí sin entender.

—¿Querés ir al cine? —me preguntó.

—Sí, me encantaría.

Y ahí nomás me tomó de la mano con la misma razón que lo hace una madre al cruzar la calle con su hijo pequeño.

Vimos *Casablanca*, y no te voy a contar de qué se trata por qué de tanto que lo hice la conoces de memoria. Durante la proyección no sentí ni vi aquellas cosas extrañas que te conté anteriormente, pero al salir del cine, y cuando cruzábamos la calle, vi que un auto antiguo, blanco y reluciente como una nube limpia, se nos venía

encima.

—¿Te sentís bien Estelita?

Claro, cómo no me iba a preguntar eso si yo grité tan fuerte que parecía que me estaban desgarrando el alma. Y ése auto no existía.

—Sí, sólo tuve una puntada en el pecho —mentí nuevamente.

Por supuesto volvimos caminando, con el mismo paso que llevábamos al principio, el necesario para hablar y pensar lo que estás diciendo y lo que dice el otro. Y así llegamos a casa y nos despedimos.

—Pasé una noche hermosa, Estela.

—Yo también, como siempre cuando estoy con vos Manuel.

Y ahí mismo me dio un beso indescriptible y se fue sin decir nada.

Hoy me levanté temprano, a eso de las siete. Tenía mucho trabajo en la biblioteca. Fui a buscar algo a mi cartera —ya no me acuerdo qué—, y me encontré con las entradas del cine. Estaban amarillas, bastante arrugadas y con los bordes rotos. Butacas veinte y veintidós, hora diez p.m., *Casablanca*, veinticuatro de noviembre de mil novecientos sesenta, decían. Y ahí me di cuenta de todo, *Casablanca* ya no la dan en Buenos Aires, la luna, anoche, estuvo en cuarto creciente y Manuel se había ido para siempre, hacía muchos años, en aquel auto blanco que se nos vino encima.

**Autor: Bastian Jhosep**

## **MI ÚLTIMA FOTOGRAFÍA**

*¡Anagnórisis,  
Anagnórisis!*

Donde antes habitaba el temeroso silencio de la hoja en blanco, donde antes las líneas se atesoraban entre mi mano enjuta, tambaleante e insegura, habitan hoy un cúmulo de palabras. Sé muy bien, en este preciso instante, que las presentes líneas se posan sobre el reflejo de tus ojos; espero que así sea hasta que te muestre el punto que indica el final de esta historia. Había demorado largo tiempo en tejer lo que me dispongo a contar. Ahora estoy seguro que he llegado a un buen destino, y si me escuchas, te pido de la forma más comedida posible que comprendas los motivos en los cuales me basé para dar comienzo al agónico final de mi problema. Por fin rompo mi aprensión y decido compartir el conflicto de mis gritos silenciosos, donde el avistamiento de lo incierto está presente y donde vivo expectante ante la inexistencia de la nada.

En mi niñez, buscaba ideas desvanecidas sobre mi existencia, no podía entender el motivo por el cual había sido asignado a la categoría "Humano". Adoptando la teoría atómica de Demócrito vivía con la ilusión de desintegrar de este cuerpo algún día para volar entre los aires y unirme a los minúsculos átomos de una planta —o quizá de un animal—; pero me resigno, y sólo me queda pensar en el efecto intranquilo que me causa escuchar a las demás personas lanzando ignorancia, cuestionando mi buen mundo, en donde vivo alejado de la enfermiza corriente de la vida. Vivo atrapado en un cuarto sombrío pero tan perteneciente a este planeta; le ofrezco posada a un alma que me demanda letras, en donde se establece dos líneas sin ninguna simetría, ya que vivo más cerca de una locura sempiterna, una locura tan dulce y tierna que alimenta mi esencia

juvenil, pues pienso seguir creciendo en la larga lucha contra los apocalípticos sucesos sociales, cuestionando y resolviendo mediante la palabra escrita los grandes hechos que se convierten en combustible para construir humildes prosas.

Me he dado a la tarea de pensar por mí mismo; he desvinculado cualquier relación con los temerosos dioses; pude darme cuenta que mientras lanzamos plegarias hacia los cielos para obtener algún beneficio, mejor me hago el beneficio de pensar por mí mismo y de llevar a la acción todo lo que antes pedía a una figura intangible tan admirado por la sociedad (Dios). Mi religión no piensa, sólo actúa; mi filosofía consta de saber hablar, saber sentir y saber hacer; voy en búsqueda de la verdadera eudaimonía de mí ser. Pero no busco establecer crédito alguno confesándote sobre mi situación religiosa, sólo quiero ofrecerte un poco de compañía para contarte de una manera distinta lo que me ha estado ocurriendo últimamente, no sé desde que tiempo, quizá una semana, o un día... ¡O una hora! ¡O un segundo! ¡No sé! ¡No sé! A veces pienso que he perdido la noción del tiempo; muchos piensan que estoy loco, pero juzgue usted amigo mío: ¿Qué loco es capaz de darle tanta coherencia a la vida? ¿Qué loco piensa tan sutilmente? ¿Qué loco es tan organizado en palabra y en acción? La palabra *loco* es el producto de millones de señales nerviosas viajando en el cerebro que busca construir miles de respuestas a una simple pregunta.

No sabes qué siento en este momento; un torbellino se apodera de mi mente, mi audición es cada vez más aguda, puedo sentir hasta el más mínimo bisbiseo. Busco la forma de comunicarme con mi madre y de convencerla de que no estoy loco; busco la forma de decirle que lo único que quiero en la vida es vivir; busco que se dé cuenta que vivo sumergido en mi mundo, en donde mientras la noche se alcoholiza, yo siento el veneno de mis letras recorriendo los rincones de mi cuerpo; donde vivo noctámbulo de las noches; donde recorro mi viejo poemario ¡Lo recuerdo! ¡Sí! ¡Lo recuerdo! Bella melodía de la noche; donde se resguardan mis ardientes lágrimas, donde escribo sin pudor y en donde mi estilo es similar al

agua, la cual sólo le encuentra el buen sabor aquel que la sepa beber.

En el momento todo es muy extraño, siento que una fuerte tormenta se apodera de mi cuerpo; mis ánimos se elevan, creo que estás ahí, una vez más, como la última noche, puedo sentir ese aroma *Pizarnkiano*, ¡Puedo sentirte Alejandra!, puedo sentirte querida amiga. Y tú, querido Lorca “*¡Yo no quiero más que una mano para los diarios aceites y la sábana blanca de mi agonía! ¡Yo no quiero más que esa mano para tener un ala de mi muerte!*”! Puedo escuchar tus voces ebrias viejo Poe; calma el latido del corazón de aquel viejo que también me tiene desesperado. Quijote, déjame participar de los dulces delirios de tus jóvenes aventuras, yo sabré comprenderte más que tu escudero, sé muy bien la clase de torbellinos que se pueden formar en nuestra conciencia; regocijémonos amigos míos, embriaguémonos de letras, juntémonos sin timidez alguna; sabemos que vivimos mordidos por la literatura como dice *Plinio* y *Gabito* en aquellas conversaciones en “*El olor de la guayaba*”. Ayúdenme amigos míos a explicar de una vez por todas a mi madre que no estoy loco... ¡Me siento mal! Ella dice que abandone mis libros que descontrolan mi mente... ¿Pero cómo lo hago? ¡Cómo lo hago!, si entre mis caminos puedo ver aquellos libros aleteando sus páginas, excitándome a su encuentro.

Quizás pienses que estoy delirando; me siento macilento, mi corazón late muy rápido; quiero llegar hasta el final de esta página respetado lector... como te lo he prometido. Entre unos débiles suspiros avanzo construyendo mis últimas líneas, encarcelado en mi oscuro cuarto de escritura. Puedo notar mi pluma maldita, carente de tinta veneno ¡Sí! ¡Mi tintero es veneno! ¡Poderoso veneno! Entonces decido tragarme cada una de mis palabras, decido introducir en el interior de mi cuerpo el veneno de mis letras, y la última fotografía que puedo captar de mi existencia, es la de mi madre entrando en mi cuarto, sacando de mi boca los trozos de esta historia —que es más bien una carta disimulada para ella— y llorando ante mi fallecido cuerpo.

**Autor: Eduardo Toro Gutiérrez**

## **MIRANDO AL SUR**

Erase un alejado pueblo de construcciones pequeñas, coloridas y armoniosas, tenía la magia de todos los pueblos del nordeste antioqueño y una temperatura fresca. Sus pobladores eran mineros que dedicaban el tiempo al barequeo mientras las mujeres se ocupaban en tejer con agujas.

Los fines de semana eran alegres, el licor calentaba las copas. se bebía y se bailaba al son de pasillos y bambucos. Todos fraternizaban al amparo de la luz de los faroles. Los turistas que llegaban atraídos por el clima, el paisaje, los tejidos y las filigranas de oro, no ocultaban una sonrisa placentera al ocupar un puesto en el convite de paisanos.

Los amigos departían y cantaban alegres en las esquinas y practicaban su deporte favorito que era el de piropear a las damas. Todos los piropos que decían habían perdido la gracia, estaban gastados de tanto repetirlos, para las damas siempre eran novedosos, insinuantes y alegres, sabían que antes que un cortejo era un homenaje de admiración.

Un día las manecillas del reloj de la torre principal de la iglesia giraron enloquecidas ante la mirada incrédula de los pobladores. Giraban y giraban veloces, hasta finalmente detenerse fatigadas a las cuatro en punto de la tarde del día siguiente. Nadie hablaba, el viento dejó de murmurar entre las ramas, las aves silenciaron su canto, todos expresaban tristeza, la algarabía se volvió callada. Yaburí era el pueblo del silencio. El tiempo se había perdido en la confusión de los giros alocados del reloj y la huida de los pájaros era un negro presagio. ¡Qué callada tristeza!

Una lluviosa madrugada los insurgentes en una operación sorpresa tomaron la villa por asalto cuando sus pobladores dormían. Saquearon, incendiaron y mataron. El pueblo quedó sumido en la

congoja y el abandono, por sus calles deambulaba la impotencia. Los turistas no volvieron a pisar sus calles en donde solo crecía la hierba entre las juntas de las piedras.

Días después, en medio del silencio y la congoja, acordaron realizar el *desfile de la no alegría*. Se programó una participación masiva y que todos vistieran de blanco y llevaran pancartas alusivas a la angustia en su más amplia expresión. En la capital se enteraron de que en el pueblo se organizaba el gran desfile, entonces enviaron un escuadrón de militares para impedir la realización de la marcha que calificaron de subversiva. Hombres, mujeres y niños vestidos de blanco desfilaron en silencio por las calles del poblado, llevaban carteles con letreros y fotografías, que más que reclamos, eran voces que se alzaban mudas clamando se les devolviera el regocijo.

Los soldados con las piernas separadas amurallaron el recorrido del desfile. La muchedumbre permaneció inmóvil, muda y en completo orden bajo la mirada impenetrable de los responsables de mantener el orden. Nadie avanzaba y nadie retrocedía. Los manifestantes tenían una mirada decidida y los militares intimidaban con una sonrisa burlona. Había mucha tensión y de pronto apareció una viejecita que abrió paso hasta ponerse al frente de la multitud. El peso de los años la había encorvado y la trágica muerte de sus seres más queridos aquel apocalíptico día de la toma guerrillera, le había arrugado el alma.

La mujer avanzó decidida con una pancarta en alto en la cual se apreciaba la imagen sonriente de un hombre joven con un niño en sus brazos y debajo de la imagen un letrero que helaba la sangre. Se desprendió de los manifestantes y avanzó en solitario diez pasos, levantó la pancarta como estandarte en actitud retadora. Los soldados sonrieron ante los gestos desafiantes pero inofensivos de la viejecita, quien derramó lágrimas de rabia, siempre con su mirada puesta al sur.

La anciana quiso sacar un pañuelo del bolsillo de su delantal para secar las lágrimas y, los soldados, ante el peligro de ser atacados, dispararon sus armas y la acribillaron sin piedad. El cuerpo

cayó de bruces sobre la polvorienta calle y con el último aliento levantó la cabeza y mientras miraba fijamente hacia el sur, hacia el horizonte, hacia esa línea rojiza que divide el cielo de la tierra, exclamó: “¡Me los mataron, hijueputas!”.

“Me los mataron” era el letrero escrito bajo la imagen del cartel que quedó aplastado bajo su pecho, como queriendo proteger a sus hijos de una segunda muerte. La corajuda mujer murió como siempre soñó con sus seres amados asidos al corazón y mirando hacia el tranquilo horizonte del ensueño, *mirando al sur*.



**Autor: Milton Viquendi**

## **NUESTRO DINOSAURIO**

*“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”.*

Augusto Monterroso

Y continúa inmenso, amenazante, con la inquietante calma de los vencedores. Diez años atrás, la situación era radicalmente opuesta.

\* \* \*

Festejábamos los seis meses, cuando decidimos pernoctar para impedir que tu viejo volviera a interrumpirnos con su chancleteo constante retumbando por la casa. Recuerdo que te encogías para evitar que el colchón de mil amantes rozara tu piel y te transportara del idilio a la repugnancia. El alcohol o el sueño habían triunfado sobre la manía y el primer suspiro se anticipó al reacomodamiento de sábanas.

Entonces fue la primera vez que te descubrí desnuda. Vos vas a decir que es mentira, pero lo de antes era un tanteo de ciegos, en cambio aquella noche, recién aquella noche, memoricé la huella de tu columna asomando bajo tu espalda y besé tu cuello, suavemente, para que el cosquilleo no te despertara. Quizá ni lo notaste, o tal vez sí, ya que tus caderas se acoplaron a las mías. Yo atiné a abrazarte y vos recogiste mi mano y la llevaste a tu boca. En ese tiempo nuestros sentimientos se hamacaban en un vaivén impaciente entre el cariño y la pasión.

Más o menos en la misma época en que vos rendías tus últimos exámenes empezamos a pensar en ir a vivir juntos. Aún recuerdo la cara de tus viejos cuando se lo contamos. Que es muy pronto, que la convivencia mata al amor, que apenas nos conocíamos... qué hinchapelotas. Igualmente nosotros, monotemáticos, seguíamos insistiéndoles por la garantía inmobiliaria.

Los primeros días en el departamento fueron alegremente terribles, el frío de agosto nos obligaba a arrinconarnos en la cama, hasta que decidiste comprar ese acolchado verde que no combinaba con nada, pero nos mantenía calentitos por unas horas. Quizá la estufa hubiera resultado una mejor inversión, pero debió esperar, ya que la guita nos alcanzaba para un gasto por mes.

Por las mañanas te gustaba preparar el desayuno y dejar que el café se enfriara mientras frotabas tus manos sobre el vapor. Yo te decía que te copiabas de las moscas y vos simulabas enojarte y chillabas un oink, oink, mientras me alcanzabas el trapo para que recogiera las miguitas alrededor de mi taza.

De a poco, la casa se fue poblando de objetos, algunos inútiles, como la máquina para pastas, que prometiste estrenar cuando estuvieras inspirada. Pero igual valió la pena, tu falta de compromiso con el arte culinario fue una fuente inagotable de fáciles humoradas. Vos me retrucabas, siempre, y los dos terminábamos riendo o haciendo el amor o ambas cosas. Éramos felices, lo sé con seguridad, por el contraste de lo que sentí la semana anterior al nacimiento del dinosaurio.

Esa mañana limpié los pelitos que la afeitadora desparramaba sobre el lavatorio. Sabía que, cuando no lo hacía, vos rezongabas en silencio. Aunque, para compensar tanta pulcritud, con tu pintalabios dibujé un corazón en el espejo. ¿Te habrá gustado? ¿Habrás advertido cómo se reflejaba tu desconcierto, tu gruñido y tu sonrisa en un mismo gesto? Imagino tus pensamientos chocando torpemente: “¡Qué cursilería!”, “gracias, me encantó”, “¿se borrará sólo con agua?”, “siempre tan pendejo”, “quiero abrazarte”, “si supieras cuánto pagamos por ese rouge, hubieras elegido un marcador”, “te amo, bobo”.

Al regresar del trabajo, lo primero que hice fue correr al baño para contemplar si mi obra había sobrevivido a la franela. Parece que no, pero me sorprendiste con ese beso que tímidamente se escondía detrás del vaso con los cepillos de dientes.

Enseguida sonó el teléfono y ya sabés lo que pasó: tu mamá y ese balbuceo indescifrable, la seriedad de los médicos, el papeleo

interminable en la comisaría y un largo murmullo que intentaba explicarme lo que aún no logro comprender.

De vuelta en casa, miré otra vez el beso que me dejaste, el último, que continúa nuestro jugueteo constante y se divierte chapoteando en mis ojos. Me provoca ternura, porque sé que quiere animarme, vanamente, porque yo ya no puedo reír.

Nuestros amigos me aconsejaron que guardara tus cosas y que me mudara. Pero les hice caso a medias, las cajas se acumulan en la habitación y se erigen como un gigante dinosaurio que, lejos de extinguirse, habita dentro y fuera de mí.

**Autor: Nicolás Bianchi**

## **PÁJAROS DE LA NOCHE**

La primera vez que pensé en mi propio suicidio fue en aquella noche eterna de Bangkok. Aquella, las sombras de la ciudad parecían llamarme. Todo era penumbra. Todo parecía más oscuro que nunca. La que llamo “aquella noche” duró unos tres o cuatro días, no tengo más precisión que algunos *flashes* de levantarme en el medio del día sin ningún tipo de fuerza para arrastrarme fuera de la cama.

Recuerdo haber logrado bajar del sexto piso —o infierno— a la planta baja del hotel para ordenar un plato de arroz salteado con vegetales y un poco de agua. No había comido nada en los últimos días, ni había salido de la habitación de un metro y medio por dos en la que me había confinado voluntariamente. Hacía semanas —y decenas de huéspedes— que no se cambiaban las sábanas, que exudaban un fuerte olor a suciedad. Ropa sucia en el piso, botellas, envoltorios de comida, preservativos, todos síntomas de que en algún momento estuve un poco mejor y también de que esos tiempos habían quedado atrás.

Dormitaba continuamente en un sueño repetido hasta el hartazgo, como cuando la fiebre se apodera de uno. Las sombras se habían adueñado también de mi subconsciente. Su recuerdo iba y venía. Hasta ese día nunca había pensado en mi propio suicidio, pero hasta hace meses tampoco había pensado en el suicidio de una persona querida. Mi mente se ahogaba en ella.

En algún punto de la noche, movido como por un raptó de rebeldía, me escapé del cuarto y logré darme una ducha fría en el baño compartido. Mis ideas parecieron aclararse por un segundo, mientras respiraba con dificultad por la diferencia de temperatura. Fue como si un rayo de vida atravesara mi cuerpo.

Envuelto en una toalla caminé por el oscuro pasillo, pasé por enfrente de mi puerta sin detenerme y seguí hasta el fondo, donde

había un pequeño balcón. La frenética Bangkok se movía a mis pies. Pensé, mientras asomaba mi cuerpo por encima de la baranda, en la ironía de estar viviendo la noche eterna en ese agujero del mundo.

El aire caliente se pegó a mí como fundiéndome con la transpiración de los millones que vibraban a toda hora allá abajo. Serían las dos de la mañana, o las cuatro, o quizá eran las diez de la noche. Ni el ruido ni el movimiento se apaga en la ciudad que no duerme. En el callejón de abajo desfilaban turistas, maleantes, conductores de tuk-tuk, los triciclos asiáticos y algunas putas. Lo mismo de todos los días del año, aunque esta vez era distinto. Todo parecía teñido de un halo siniestro, como si el sinsentido de la existencia humana estuviese materializado en esa postal. Eran un montón de gente intentando sobrevivir de la mejor manera posible.

Miro a la pibita que no llega a los quince años y disfruta de su cigarrillo como si fuese el último, mientras ruega que aparezca un cliente ricachón que pague sin regateos y que no tenga gustos demasiado desagradables a la hora violarla como tantos hacen cada noche. Tampoco la pasa bien el extranjero que ahora se acerca a conversar —¿el precio?— mientras mira paranoico por encima de su hombro, imaginando que su mujer lo siguió desde el hotel para descubrir que subsiste en él esa sed de lujuria prohibida. A metros nomás, sentados en una mesa, tres cafishos no despegan los ojos de sus chicas mientras toman cerveza y ríen a los gritos.

Todo me parece irreal. Me subo a una silla y me asomo aún más por el balcón. Hace días que no me siento tan fuerte, tan capaz de torcer la realidad. Abajo veo un charco de agua que refleja las sombras de los edificios. Las sombras me llaman.

La decisión es mía y que eso no puede robármelo nadie. Ella había tomado su decisión y ahora yo podía saltar a su reencuentro. El recuerdo de aquella noche de hace una vida atrás, o tres meses-calendario, brotó en ese momento en forma de flashes que me atormentaron y me hicieron tropezar. Me sostengo con toda la fuerza de mis brazos para no caer a las sombras.

¿Por qué se había abandonado? ¿Por qué nos había dejado? Me doblé a la mitad y un sonido gutural surgió de mis entrañas y se ex-

tendió por todo el pasillo. Luego sobrevino el llanto, desconsolado, a los gritos, como nunca en mi vida, como no lo había hecho desde aquel momento, noche también, en que al abrazarla en la cama la sentí más fría que nunca.

**Autor: Ana Lucia Reyna Vera**

## **PARECE QUE VA A LLOVER**

Parece que va a llover. Las nubes compiten para ver quien abarca el cielo primero y baña la ciudad con sus lágrimas.

—Christie...

Nat sale corriendo al balcón, donde me encuentro y me abraza muy fuerte.

—¿Aún sigues molesta conmigo?

—No —respondí.

No porque estuviera molesta sino porque a veces era mejor apreciar la belleza en silencio. Los humanos tenemos la mala suerte de no poder preciar las cosas porque la vida es muy corta para dejar de usar algunos sentidos para poder apreciar las cosas con uno en específico. Dejé de utilizar el habla, el oído, la vista y solo inhalé profundamente. El agarre de mi hermano se intensifica y con sus pequeñas manitos intenta jalarme para atrás.

—No Christie, no otra vez —me dijo llorando—. Me dijiste que no volverías a intentar tirarte, y mucho menos acercarte a esa ventana.

Su rostro parecía un mar de lágrimas, que me empezaron a manchar la ropa y por un segundo creí que ya había empezado a llover. Aun recordaba perfectamente esa situación en navidades, en ese mismo lugar. Nat, apenas tenía cinco años y ver a su hermana a punto de tirarse del edificio donde vivía a unos once pisos de altura debe resultar chocante.

—Prometo no volver a acusarte jamás, pero por favor no me dejes.

—Tranquilo Nat —dije mientras le devolvía el abrazo— No sucederá, solo quería ver la lluvia.

—La otra vez te dejé sola, te solté y casi te pierdo

—Entonces no me sueltes nunca.

Su agarre se hizo más fuerte como queriendo hacer caso a mis palabras y me reí. De pronto, de un momento a otro, empezaron a llover las nubes, me empaparon por completo y nos cubrieron a Nat y a mí de su tristeza mientras nosotros reíamos. Le tomé la mano y empecé a bailar. Punto N°13 y el último (De la lista de las cosas que se deben hacer antes de morir): bailar bajo la lluvia. “Lo siento, Nat” pensé. Lo quería. Pero no podía enterarse de la verdad. Lloré y las lágrimas se confundieron con la lluvia. Nat no lo notó porque aún mantenía una sonrisa pegada.

—Quiero ver tu sonrisa siempre —me dijo en tono infantil.

Yo le acaricie su cabeza sin pelo, pero siempre oculta con una gorra. Siempre odió el pelo largo, sin embargo no fue hasta el año pasado cuando lo dejaron hacer lo que quisiese con su pelo.

—Lo harás siempre —le mentí.

Cuando la lluvia por fin cesó, eran como las diez de la noche. Nat bostezó sonoramente y me pidió un vaso con leche. Cuando se lo di y por fin lo arrojé en la cama, se colgó de mi cuello y me pidió que jamás lo dejase.

—Gracias por todo.

Se separó de mi cuello y me dio un beso en la mejilla. Cuando lo terminé de arrojar y darle las buenas noches, di media vuelta y me dispuse a retirarme. Ya estaba cerca de la puerta cuando Nat se levantó de la cama y me tomó del brazo.

—Mañana me llevaras tú al doctor, ¿no? Y luego haremos las compras, y luego a la peluquería y luego a cenar, ¿verdad? —dijo rápido casi sin respirar— ¿Mañana te veré verdad?

—Sí, Nat, si lo haré —le afirmé.

Y como desearía cumplir mi promesa. Más tranquilo se apartó de mí y volvió a echarse a la cama. Salí de la habitación y cerré la puerta. Me abracé sola y me eché a llorar. Porque sabía que tal vez no, o vería al día siguiente. La vida era un asco, te da una cosa buena y luego te manda de regalo miles de cosas más pero malas y cada vez peor. Con paso lento me acerqué al balcón y cerré los ojos antes de lanzarme hacia atrás.



... Desperté, con el ruido de los mismísimos gritos del infierno y no me equivocaba. Me levante de la alfombra donde me había tirado anoche, la cual poníamos Nat y yo para ver el atardecer y no acercarnos hasta el balcón de pie. Salí del balcón, lo más rápido que pude y vi a mis padres llorando a mares. Ambos salían del cuarto de Nat. Me acerqué a la habitación de mi hermano con las piernas temblando. No. Él no podía soltarme. No debía. Se lo prometí. Me asomé mi cara por la puerta y rompí a llorar. La vida no era justa. Se lo había llevado, la vida le regaló el cáncer y él sin poder devolverle se lo quedé y ahora se lo había llevado. La vida había matado a mi hermano. Él era la razón de mi intento de suicidio, no podía vivir en un mundo donde algún día lo vería morir. No quería verlo morir. Me quería matar, sí. Pero solo quería morir, por la razón más simple de todas. Nadie puede vivir sin la persona que más ama en este mundo.

**Autor: Rodolfo Villa V.**

## **PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN**

Es una escena de amor.

Una mujer se despoja de su vestidura esperando que su hombre salga del lavabo. Se tiende en el lecho, que él ha adornado previamente con pétalos de rosas, y se arropa con una sábana pequeña y casi transparente. Están allí porque ella quiso celebrar su primer aniversario de noviazgo de esa manera. Se acuesta de lado, deja sus senos descubiertos, sostiene su cabeza con uno de sus brazos y mira coquetamente hacia la puerta por la cual él ha de salir.

El hombre sale del baño, en ropa interior, y se dirige a una pequeña mesa de madera. Toma una botella de vino chileno, la abre y sirve dos copas. Brindan y beben el licor. Él se sienta frente a la cama y comienza a amarla con la mirada. Ella dice algo. Él se acerca. La acaricia. Aún no quiere besarla. No puede consumir el acto —ella no sabe por qué.

Ella se desespera. Están bien las caricias y todo ese protocolo, pero está ansiosa, quiere que su hombre la posea rápido esa primera vez, ya ha esperado mucho tiempo. Él continúa recorriéndola, ahora con su lengua que se amolda fácilmente a cada uno de los rincones de ese cuerpo. Ella gime. Él todavía no se decide a penetrarla: no puede.

Ella está llegando al límite. Su cuerpo se estremece y se mueve incontrolable. Él ha decidido que esa primera —y última— vez, todo el placer sea para ella. Toma un poco de vino, lo deja caer sobre el pubis de la mujer y lo lame lenta, cuidadosamente. Ella se revuelve extasiada, llega por fin a ese pequeño instante de pasión, muerte y resurrección. Él decidió no entrar en ella y se tiende a su lado. La mira. Se siente satisfecho porque cree que ella lo está. Ella quiere hacer una pregunta. La detiene estampándole un beso en los labios: tiene miedo de decirle que es impotente.

**Autor: Teresa González**

## **POR EL ADIÓS DE UNA MADRE**

Casa pobre, una madre y un hijo. Se lo llevaron preso, ella queda sola y llora.

Sale diariamente a pedir para completar la fianza de su hijo.

Por esas calles de Dios se resbalaba la anciana de corazón limpio y bondadoso pidiendo limosna, más luego de luchar incesantemente alcanza la cantidad, y tal fue su felicidad que cayó enferma. Sin tener quién por ella se postró en la cama.

El hijo por su parte, había tenido un sueño revelador en donde su anciana madre le decía que fuera a la casa para darle el último adiós porque se marchaba hacia la presencia del Señor.

Al despertar, experimentó un dolor inmenso mientras se acercaba a la ventanilla de la altísima prisión en donde sintió el impulso de arrancar los barrotes para descender a tierra firme y poder acudir al llamado de su madre, quien, además, le tenía el dinero para comprar su libertad.

Pero en ese momento uno de los guardias detectó sus intenciones y le cayó a golpes, entonces, entre lágrimas y gritos, el muchacho explicó su angustia al carcelero pero de nada sirvió, por el contrario, con voz seca, le dijo:

—¡Estás loco y eso te hace delirar!

Instintivamente el desesperado hombre se le abalanza llorando y suplicando que por lo menos lo deje hablar con su superior para solicitarle un brevísimo permiso que le permita ver a su madre un momento nada más, sin embargo, el guardia no dio importancia a sus palabras retirándose enfurecido.

Decidido, fue al balcón y con un pedazo de hierro golpeó desesperado, una y otra vez, aquellas paredes antiguas, aquellos barrotes enmohecidos, hasta que logró su propósito. Cuando estaba al borde del abismo, vio que una anciana de cabellos blancos le extendía sus

brazos para ayudarlo a descender, y él, sin dudarlo, se lanzó al vacío...

Juntas se fueron las almas... y en completa libertad.

**Autor: María Cristina Martínez**

## **PREMONICIÓN**

Aldana comenzó a cantar en voz alta, cada vez más fuerte, para acallar esas voces interiores que le gritaban que algo malo sucedería.

Hasta que ya no pudo soportarlo...

Abandonó la pila de platos sucios en la pileta, se enjuagó rápidamente el detergente de las manos y se secó apenas con el repasador.

Casi corrió a buscar papel y lápiz, obedeciendo a aquella otra voz que le ordenaba escribir el presentimiento. "Si lo conviertes en ficción no sucederá en la vida real", repetía en su mente.

Se apresuró a plasmar las ideas en su libreta. Las palabras se agolpaban en su cabeza y pugnaban por salir. Pensaba más rápidamente de lo que escribía y eso la ponía nerviosa, pero no tenía tiempo para enojarse consigo misma por ello.

Su pulso se aceleraba. Le latían con fuerza las sienes. Su corazón bombeaba con mayor fuerza a cada idea.

Ella se apresuraba cada vez más en escribir para evitar el trágico desenlace.

Tuctuc-tuctuc... la sangre golpeaba contra sus venas con ímpetu irrefrenable. Le dolía terriblemente la cabeza, pero no quería dejar de escribir.

Tuctuc-tuctuc-tuctuc... su pulso había pasado de ciento treinta a ciento cuarenta, y luego había trepado a ciento ochenta latidos por minuto.

El final estaba aún lejos de ser escrito. Aldana sabía que debía apurarse aún más en escribir. Las imágenes se mezclaban con las palabras, tachaba y volvía a escribir.

Su letra se tornaba ilegible, pero eso no importaba: lo único importante era plasmar la idea, crear el cuento que alejaría su premonición de la realidad.

Tuctuc-tuctuc-tuctuc, su corazón latía cada segundo a mayor velocidad. La migraña era ya insoportable. No quería parar para tomar un analgésico, aunque el dolor la confundía hasta el punto de equivocarse las palabras. “Parezco disléxica”, se permitió pensar por un solo segundo, en tono de regaño. Ya llega el final...

Tuctuc-tuctuc-tuc-tuctuc... ciento noventa, doscientas, doscientas diez pulsaciones por minuto... Los latidos se tornaron irregulares. Ya casi...

Un dolor punzante la sacudió, como un estallido.

Tuctuc-tuctuc-tuc... tuc... La lapicera cayó de su mano.

Nadie conocerá el final.

**Autor: José Ignacio Montes Berrocal**

## **REBELIÓN**

A finales del décimo sexto verano de mi vida, sentado al pie de mi enorme ventana, después de un soleado día. Admiraba la monotonía de tan grande ciudad, perdida en una sumisión e indiferencia total, después de un fuerte apretón de dientes, decidí cambiar la realidad de nuestro existir.

Me levanté del piso, coloqué el libro que leía en el estante y salí en búsqueda de una nueva realidad.

Iba por el parque de La Libertad, pero me sentía más preso que nunca, los señalamientos, la iniquidad, las terribles persecuciones; el Capitalismo prevalecerá ¡que estúpidos! Iba pensando una y otra vez lo que tenía que hacer, pero ¿por dónde comenzar? Me detuve por un momento y observé todo a mí alrededor, hombres y mujeres esclavos de sus teléfonos, la autoridad violando los derechos de los menos favorecidos y una particular situación, que ilustró aquella célebre frase “El que tienes más, quiere más”.

Volví corriendo a casa, subí deprisa a mi cuarto, entré a mi perfil social y coloqué en marcha mi proyecto que lo titulé “Rebelión”. Por medio del internet llegaré a más personas, elaboraré una página donde la población tenga la palabra, donde se conozcan nuestros derechos como ciudadanos, donde podamos dar frente a la terrible represión que vivimos a manos del capitalismo, donde la corrupción tema.

Al cabo de una semana, tenía más de quinientas visitas a mi página, día a día iba colocando temas a interés de todos, como el alza del transporte, los bajos subsidios de vivienda, los absurdos sueldos de congresistas y parlamentarios que a decir mucho, sus puestos de trabajo, siempre tenían una excusa para estar vacíos.

Mi abuelo entra a mi cuarto y me dice:

—¡David, debes ver eso!

Bajé lo más rápido posible y tomé el periódico, en una amplia página y con letra a tinta negra y muy grande decía: “Revolucionario al anonimato”. Allí redactaba de manera muy acusadora sobre los distintos temas que había tratado últimamente en mi página, se me acusaba de revolucionario y de abrir discordia entre los ciudadanos y el gobierno. Más abajo y de forma amenazadora decían que organismos de inteligencia estaban tras la pista del autor de la página y que fuertes problemas se le avecinaban.

Mi abuelo hablaba por teléfono muy preocupado, seguro que hablaba con mi madre y no dudaba ni un instante de que me plantearía desistir de todo esto. Pero estaba seguro de lo que estaba haciendo.

Subí el artículo del periódico a mi página y comentarios de respaldo no se hacían esperar, no estaba solo. Convoqué una reunión en el parque La Libertad, para organizar una manifestación y de una vez conocer aquellos que querían lo mismo que yo.

Fue muy difícil conciliar el sueño esa noche, pero la mañana llegó como un rayo de luz que se adentra en una cueva fría y oscura. Con una buena canción de mi cantante favorita en mis oídos, un buen libro bajo mi brazo, las esperanzadoras y fuertes palabras de mi abuelo y una advertencia de mi madre por teléfono, salí de casa.

Estaba a pocos metros del parque, el corazón latía más rápido cada segundo, las piernas me temblaban y la desilusión que contemplaron mis ojos fue un vaso de agua fría para mis sentimientos, estaba solitario todo, como si la felicidad del mundo se hubiese evaporado. No obstante, varios grupos de uniformados se me acercaban, ya sabía cuál era mi destino.

Al día siguiente mi rostro estaba en todos los periódicos de la ciudad y en la televisión, me acusaron de criminal y revolucionario, con objetivos de un golpe a la autoridad. Mientras tanto yo, en una celda fría y con un hedor repugnante me preguntaba ¿qué había pasado?, ¿por qué no llegaron? Mi madre hablaba con un oficial y sentía su desespero, mi caso era muy delicado.

Pasaron cinco días, hasta que me colocaron en un amplio salón, frente a muchos ridículos hombres, con su bigote bien cortado, su



saco muy bien planchado y su billetera llenándose cada día más, a costa de la pobreza de muchos.

El juez hablo:

—David Reyes de 19 años acusado de armar una red de revolución contra el gobierno, señalado de criminal y violación a las leyes de la constitución. ¿Qué tienes para decir?

—¡Nada! Solo que me siento ofendido de ser parte de este circo, de ser parte de una sociedad sumisa y enfrascada en los ideales políticos y económicos de unos blancos que engordan sus cuentas en el extranjero, mientras sus representados viven una vida miserable, llena de tristeza y desmotivaciones, temerosos de hablar, por ser juzgados como criminales; eme aquí.

Empezaron con su típico discurso y horas después me condenaron a tres años de prisión. Mi madre estaba desecha, mi abuelo me abrazaba y yo estaba tranquilo porque no di mi brazo a torcer.

Fue un largo recorrido hasta la prisión, me aislaron de todo, leía una y otra vez el mismo libro “Mi propia Libertad”. En el almuerzo me informaba un poco de lo que pasaba, la sociedad estaba cansada de la opresión, niños muriendo de hambre, los conflictos internos de mi país que se basaban en una paz de juguete, con los victimarios en una mesa, con aire acondicionado, y las victimas ardiendo en el fuego de la problemática.

La impotencia estremecía mi cuerpo, llegué a pensar que ya todo está consumido y dejé que todo tomara su acuse. Así fue.

Los tres años se pasaron volando, mi fisonomía había cambiado un poco, pero mi idea de una libertad para los míos permanecía intacta.

Llegué a casa y mi madre con felicidad me abrazé, aunque una lágrima brotaba por sus ojos, mi abuelo había muerto, dejó varias cartas para mí, aunque que igual que a él, los años le estaban pasando factura.

Reactivé mi proyecto, ya no eran quinientos, mi voz había pasado fronteras, ya no solo estaba mi página, habían muchas organizaciones, muchos panfletos de distribuyeron fueran y dentro

de la ciudad, toda la sociedad era participe y para la autoridad era imposible retener a todos.

El gobierno impuso toques de queda, distintos mecanismos de seguridad se manejaban, a voz baja el proyecto tenía una fecha para tumbar todas la ideologías absurdas y capitalistas, el día de la independencia, todos nos revelaríamos contra el estado opresivo, ya no era mi ciudad, era un país.

Una noche antes, mi madre preocupada cerró sus ojos a un sueño profundo, la tristeza se impregnó en mí, pero las cartas del abuelo me dieron aliento.

El día esperado llegó, cayendo la noche todos salieron de sus casas, todos aquellos en busca de una libertad, a un solo canto lanzaban consignas proclamando la libertad del pueblo y repugnando al gobierno.

La fuerza pública, temerosa del poder de la masa social, dio pie atrás. El gobierno aseguró su retiro y gritos de júbilo se escucharon aquella noche.

Subiendo a lo más alto de la montaña, contemplé la victoria de los míos, mis ojos lloraban, la brisa desgarraba bruscamente mi ropa, caía colina abajo, esperanzado de celebrar con mi madre y mi abuelo la “REBELION”.

**Autor: Daniel Álvaro Paz Vélez**

## **RETRATO**

En una noche donde las nubes habían despojado a la ciudad de la luz de la luna y las estrellas, el pintor se encontraba en una galería oscura, desesperado por crear un cuadro que demostrara su capacidad de plasmar un sentimiento en una pintura. Intento fallido tras intento fallido, el pintor caía en una profunda depresión. Empezó a dudar de sus habilidades, “tal vez no soy un artista”, pensó. Pero en su aflicción atisbó una luz de esperanza. Un cuadro se le había pasado por alto, en la oscuridad del cuarto no pudo verlo antes, mas ahí estaba. No recordaba haberlo pintado; sin embargo, había creado la máxima cantidad de cuadros que pudo, es posible que lo hubiera pintado pero se hubiera olvidado de él. La verdad eso ya no importaba, lo que importaba es que ahí estaba. Era un retrato, en él se podía observar la cara de un hombre demacrado. Sus ojos estaban llenos de vida pero el rostro caía en lo opuesto. Era la ironía viva, era una pintura que tenía voz, era una poesía hecha imagen. El pintor quiso tocarlo sabiendo que corría el riesgo de arruinar la pintura, pero eso no le importaba. Él solo quería admirar de cerca su obra, mas el destino tiene un sentido de humor cruel y perturbador. El pintor toco muy fuerte la obra y ésta se rompió en pedazos. “Es solo un espejo”, afirmó el pintor entre lágrimas, “he destrozado mi mejor trabajo.”

**Autor: Jesús Urango Viloría**

## **SALA DE ESPERA**

El vidrio de la ventana parecía recién limpiado, como nuevo. Era la única ventana que había en ese costado de la pared, que daba a la calle. Tenía las persianas recogidas, todas del lado derecho, que por mucho que se intentara, no se alcanzaba a ver lo que estaba próximo al mueble de manchas rojas, en el interior de la sala. Nadie había llegado todavía.

Lo hace Susana, la secretaria, primero, normalmente. Termina de limpiar el vidrio por dentro, recoge algunos papeles del piso de alfombra, que también tiene algunas manchas como el mueble, y limpia su escritorio. Se sienta a ojear algunas hojas que están apiladas en un extremo de la mesa, cerca de un calendario en forma de triángulo, que hace alusión a una empresa cosmetológica. Toma una hoja en particular y busca alguna información en el computador. Suena el teléfono y habla por algunos segundos con alguien que le pregunta algo que no sabe responder con exactitud. Cuelga. Suena de nuevo y lo toma cuando le da la gana. Habla con palabras que se resisten entrar por el auricular, demasiado cargadas, y cuelga de nuevo. Está irritada, pero al mismo tiempo preocupada.

La auxiliar llega. Rosa la ve con esa actitud y le pregunta qué le pasa; ella le dice que nada, que son cosas que no tienen importancia. Rosa entra por una puerta que está a un costado del escritorio, y luego por otra que no se ve. Vuelve, y limpia los títulos de la doctora que están en una de las paredes laterales. Mientras hace eso habla con Susana de su negocio particular, del que se ocupa en su casa por las noches, cuando llega del trabajo.

Susana recibe una llamada, esta vez en su celular. Habla con el teléfono entre la mejilla y el hombro. Lo hace con alguien a quien no le reconoce la voz. Dura algunos momentos inadvertiendo a esa persona, pero algo le dice a Susana que le hace tomar el teléfono

con la mano e intentar seguir conversando, pero ya ha colgado. Se levanta y le comenta a Rosa quien le calma la preocupación diciéndole que no tenga en cuenta eso que le dijeron, que es pura mentira barata, que atienda mejor al paciente que que acaba de entrar.

Es una señora de baja estatura, un poco despeinada, con un niño de escasos años. Habla con Susana, que sale del pasillo de los diplomas con una sonrisa obligada. La señora nota la actitud de ella, le pregunta por esto. Ella le dice que la doctora no tarda en llegar, y le recibe los papeles que trae. La señora se sienta, ve la calle por la ventana. Luego observa la fotografía que está en la pared, encima de la secretaria. Rosa habla con ésta de algo muy interesante y las dos se ríen. La señora observa la foto, luego a las dos mujeres y después otra vez la fotografía. El niño se rasca el brazo con intensidad y la señora le dice que no haga eso, que aguante las ganas.

Llega otro paciente. Un joven que se sienta sin saludar. Mira a la señora y le pregunta por la doctora, ella le dice que aún no ha llegado, que según su secretaria no demora. La señora le pregunta si viene a consulta por primera vez o si ha venido antes. Él dice que tiene días que no duerme porque tiene problemas en su casa. Susana por fin advierte la presencia del joven y le dice lo que la señora le había dicho antes. El hace como si no escuchara y empieza a cantar para sí mismo, mirando la fotografía de la pared. Deja de cantar y le habla a la señora de los atributos físicos de la doctora. El niño duerme en el espacio dejado por ellos en el mueble.

Rosa desaparece. Desde donde está, habla de algo que le sucedió antes de llegar. Susana se ríe con el bolígrafo en la mano. Deja de hacerlo cuando llega un hombre. Él pregunta por la doctora con aparente afán. El joven le dice que aún no ha llegado. El hombre se sienta donde estaba dormido el niño, pregunta sobre el inicio de las consultas, se acerca a Susana y conversan por algunos momentos. Se retira a hablar por celular cerca a las escaleras.

Dos mujeres de similar edad entran hablando pero al llegar a la sala de espera bajan la voz. Observan todo el lugar. Una se acerca y habla con la secretaria. La otra mira al joven que le ofrece el lugar en el mueble. Ella sonríe y permanece parada. Susana llama a la

doctora por la demora y al terminar dice a todos que llega en minutos, alega inconvenientes a última hora.

Las dos mujeres hablan entre sí, el hombre observa el reloj que trae puesto, la señora habla con el niño que se queja por el ardor en el brazo, el joven recibe una llamada en su celular. Uno de los pacientes sale de la sala de espera y se pierde en la calle.

La doctora llegó por fin.

Por la ventana de vidrio ingresaron los disparos.

Ella se recupera de las heridas. Susana quedó parapléjica, Rosa no sale aun de la crisis nerviosa. Las investigaciones no han podido determinar el autor o autores del atentado. El vidrio lo cambiaron y las persianas están recogidas a un costado, sin dejar ver lo que está al lado del mueble manchado de sangre. La fotografía de la doctora celebrando su cumpleaños sigue en la pared.

**Autor: Federico Pera**

## ¿SERÁ CAPAZ?

—Te amo —le dice ella—. Bajá el arma.

Los ojos de él transmiten esa expresión de ausencia, de vacío.

—No, Diana, no me amás —dice—. Al menos no como te amo yo a vos.

Ella sonríe, resignada: sabe que eso es imposible. Sabe que, para *amar* como él, habría que estar enfermo como él.

—Tenés razón, Héctor —dice al fin, y procura que su tono sea neutro, lejano a todo viso de ironía—. No te amo como vos me amás a mí.

Ve una lágrima nacer en los ojos de su marido y después la ve bajar, despacio. Él se seca con el revés de la manga.

—¡Putá! —grita, de pronto, reafirmando el brazo con que le apunta—. ¡Llorá vos también! ¡Llorá por mí, puta de mierda!

—No puedo —dice ella—. Ya lloré demasiado por vos.

El parece vacilar.

—También —dice— te voy a matar a los chicos.

—No. Los chicos no. Héctor, mirame: son tus hijos también ¿Serías capaz?

—No quiero que quede nada tuyo en este mundo.

Ella se acerca un paso.

—Héctor —dice, extendiendo los brazos hacia él—. Vení. No nos hagas esto.

Los ojos de él parecen recuperar algo de conciencia.

—Gordo, dale —ella se acerca un paso más—. Dejame... dejame ayudarte.

De pronto, él mira su propio brazo. Mira el arma. Y la baja.

—Gracias, amor —dice ella, y recorre, despacio, la distancia que los separa—. Volviste.

Él comienza a llorar, y ella lo abraza, lo atrae hacia sí.

—¿Por qué me pasa esto, gorda?

—Ya está... ya pasó —ella le acaricia la cabeza—. Vamos a pedir ayuda. Vas a ver que todo va a ir bien.

Le busca la mano y, suavemente, le quita el arma.

—Ya está... —repite.

Lo besa en el cuello y después retrocede uno, dos pasos.

Y le apunta.

Él la mira.

—¿Qué hacés, Diana?

Pero ella sigue apuntándole, y espera: no podrá hacerlo hasta que él no se haya ido, hasta que no se transforme.

—Escuchame, Héctor: es por los chicos. Esto no puede seguir así.

—Pero... ¿no íbamos a pedir ayuda? —él avanza un paso hacia ella.

—¡QUEDATE QUIETO!

Y permanecen enfrentados, estáticos.

—Dame el arma —dice él, seco.

*Se está yendo.*

—Dame el arma, Diana.

*Sí.*

—Pero puta de mierda —grita él—, te dije que me des el... —y, apenas se mueve, ella aprieta el gatillo.

Pero antes del golpe en la cabeza, de que todo se le vuelva negro, Diana alcanza a descubrir que el arma no estaba cargada. Y, en ese instante, sólo hay tiempo para una última pregunta.



**Autor: Gisse Jiménez Alfaro**

## **SIGA DERECHO, POR FAVOR**

No, la calle no está mojada.

Los árboles se mueven con este viento fastidioso y perturbador de jóvencitas en vestidos holgados, había una humedad olorosa a gasolina y a comida callejera.

Así eran las tardes, yo sentía un hueco en el estómago por almorzar sólo una ensalada, me decidí a estirar la mano y detener uno de esos carritos amarillos que suelen llevar historias y problemas, después de todo, caminar no era la idea ese día.

Quería llegar rápido a la casa, el de pelo castaño y sonrisa amplia me esperaba para quitarme la ropa de un tirón, pero mis intentos por conseguir un taxi eran inútiles en hora pico. Un carro viejo se detuvo, se le estaba cayendo la defensa, pensé en mi seguridad, pero me subí a aquella invención humana sin pensarlo más.

El taxista sintonizó la radio, escucha una emisora local con pequeños espacios de humor andino y poco agraciado, llevaba los vidrios abajo —Y aún así, no quiso negociar el precio— con semejante calor. Luego de un rato, sentí que nos subimos al borde de un andén, el conductor se disculpó y percibí un leve olor a alcohol, seguro deliraba por el clima.

Íbamos rápido, el semáforo cambió y el conductor no esperó un segundo para adelantar al resto, y a esa velocidad se observan las cosas en la calle de una manera particular: la gente, los escalones, los carros, los avisos, los tonos del pavimento, el panorama multicolor por las luces de cada lugar. Todo parece como suspendido en el aire, como si cada paso que diéramos fuera un escalón al olvido, como si las cosas fueran huellas y las personas sombras.

—¿Es por aquí, señorita?

Siga derecho, por favor.

Yo sólo pensaba en desabrochar mi blusa de chifón al compás de los besos de aquel peronaje que conocía las coordenadas de mis lunares como si fueran objetivos militares. Me transporté a las noches en un cuarto de Barrio Abajo, donde los mosquitos no nos dejaban cumplir los deseos de Eros y doña Paula tocaba la puerta para cobrar la renta sólo por molestar a los amantes, no la culpa, tener 60 años y ser solterona la habría incentivado a no admitir varones en aquella pensión.

Desperté y seguía el camino, por momentos nos deteníamos, la fila de autos es interminable a las 6:00 pm en la calle 76, Barranquilla no me estaba tratando bien.

—Todos quieren ir rápido, pero no saben conducir.

—¿Puede tomar una vía alterna?

No sabía a qué velocidad iba, aquel taxista canoso y con cara de mantener tres familias con lo que le quedaba del sueldo —y unas noches de parrandas— se desesperaba por llegar al destino, mientras que yo divagaba, estaba en el lecho de aforismos, respiraba, sentí el viento rozando la cara, se siente bien vivir la vida y sus múltiples consecuencias.

El cúmulo de ideas danzan para hacernos despertar, los días eran muy buenos cuando estaba viva, en ese momento iba a despertar muy mal. Salir del carro sin saber cómo y verme a lo lejos en una ambulancia con múltiples tubos no es cosa de todos los días, al menos hay una boca menos quejándose en este mundo de infantiles voluntarios de la rutina, al menos era un día diferente y rompía la monotonía. Recojo mi bolso, sigo mi camino, ojalá no sea corto para seguir charlando contigo.

**Autor: Damaris Zamora Escanell**

## **SIRAMÁ**

Ella observaba atenta las zanjias que dejaba el agua tras una tormenta que la llevó a respirar aire puro. Una corriente fuerte la hizo mirar de un tirón a quien pasaba en ese momento por debajo de la ventana. Cuando abrió los ojos estaba enredada en un fuerte abrazo con Waldo Molina, quien la hizo recordar el amor de hace veinte años. Comenzó andar con él. Perdieron la casita enclavada en pleno campo y se ajustó las alas sin pensar en lo que dejaba atrás... un marido egoísta, la adolescente rebelde, un niño pequeño y la madre mimada, no fueron por un buen rato el centro de su bruma. Waldo vino a salvar una mujer estresada, convertida en excelente ama de casa, llena de reservas y recuerdos. Caminaron mucho cogidos de la mano. Una página inesperada parecía vislumbrarse. No salían del asombro, ni sabían cómo resolver tanto imprevisto. Siramá no cesaba de elogiar su talento cuando pasaron por las oficinas de la empresa pública de electricidad, recordándole que era el mejor arquitecto del mundo, porque había sido el proyectista de ese sitio. Él solo replicaba con caricias y miradas intencionales que recorrían su cuerpo. Pronto se dieron cuenta que la media noche los sorprendía recorriendo el centro de la ciudad. Una relojería, la parroquia imponente que no dejaba ver claro las paredes húmedas, confusas por la penumbra. Más adelante, unas patas de rana y un traje de buzo, eran las únicas piezas que exhibía la vidriera de la tienda más antigua del pueblo... A todo le encontraban una nueva lectura, lo ataban a un nexo ineludible con el pretérito. A sus espaldas, una fiesta juvenil excluía a un joven ridículo y con cara de buena gente... ¡Ah, es el muchacho que se mudó hace poco cerca de mi casa...! Pobrecito, qué tendrá que hacer para sentirse a gusto allí... Balbuceó ella mientras le estrechaba fuerte la mano al arquitecto. A la mente de Siramá llegaba una mezcla de planos y compases de Wal-

do, espejos, manuscritos de poemas regados en cualquier parte de la cama, enredos de palabras filosóficas, aventuras noctámbulas cuando los días de veinteañeros los sorprendía hablando hasta el amanecer en cualquier sitio de la casa o de la ciudad... Waldo no hacía nada más que asombrarse y decir pocas palabras. Ella por ratos, saturaba elogiando a quien entendía era el mejor proyectista... Mientras, caminaban como locos. Pasaron los umbrales del parqueo de la terminal de ómnibus y él suplicó con gestos abriera su portañuelas. Siramá disimuló estar sorprendida. Un enjambre de sensaciones, los envolvió. Transcurrieron instantes, horas, siglos... ellos seguían ahí, en una parte del tiempo que no les pertenecía y un vendedor de flores se encargó de hacérsela ver. Gentil y marcialmente le compró las primeras rosas al comerciante y las puso en las tímidas manos de Siramá. No había escape. Amanecía y ella había pasado la noche fuera de casa. ¡Ay Waldo, el niño... ¿qué le habrán dado de tomar?!... ¡mi marido me mata...! ¿Cómo es que me sorprendió esta hora...? Waldo no tenía respuesta. Solo la tomó nuevamente de la mano para llevarla a casa de vuelta, pero ella se resistió. El nuevo vecino pasaba por la acera del frente y aprovechó su regreso con él. Nunca más se volvieron a ver. No se supo lo que Siramá le dijo al marido egoísta y violento para justificar su ausencia en la noche. Lo que sí sé que escribió, al día siguiente, en un concurso de internet, relacionado con una posible experiencia en el Titanic fue: "Yo sé que no estuvo bien, pero la noche de anoche es la página que escribiría si hubiera tenido la oportunidad de viajar en el Titanic".

**Autor: Carlos Arango**

## **SOLEDADES COMPLETAS**

Tras ocho horas de viaje y ajeno a lo que ocurría a su alrededor, el hombre esperaba la salida del vuelo que lo llevaría a su ciudad mirando un televisor sin sonido. A su espalda, una voz femenina lo sacó de su letargo: “Dame un whisky por favor. Que sea doble pues solo tengo dólares y no traigo el cambio exacto”.

“Un trago es una buena idea”, pensó el hombre y se dirigió a la venta móvil observando a la chica hacer divertidos movimientos para encontrar su billetera intentando no derramar el licor. El hombre sonrió y ella, sin decir nada, extendió su brazo para que le sostuviera su copa mientras terminaba su tarea.

“Soy Chiara, voy para Medellín y vengo de Barcelona donde he vivido los últimos seis años” dijo ella, mientras el hombre pedía un vodka y comprendía la razón de su especial acento. “Vengo de pasar tres semanas en México” dijo él, apurando un trago y mirando a través del cristal el dulce rostro de la chica distorsionado por la presencia del líquido y el hielo dentro del vaso.

La conversación fluyó con facilidad. El ininteligible sonido de los altavoces anunció que todos los vuelos tendrían un retraso. El hombre, fumador compulsivo, comenzaba a enfrentarse a la disyuntiva de elegir entre la chica y su ansiedad, cuando la observó llevar su mano al bolso y extraer una caja de cigarrros. Intrascendente y simple. Cómplices involuntarios haciendo algo prohibido, aceptaron con naturalidad la sugerencia escrita de fumar afuera.

Algunas palabras más tarde, el hombre le propuso abrir una botella de tequila que traía como único equipaje de mano junto a su computadora. Sin titubear, ella aceptó. Más comodidad y complicidad. Seis años después ella le diría “*química, compatibilidad sensible, soledades completas*”, palabras perfectas para describir lo que él comenzaba a sentir.

La gélida niebla bogotana los envolvía pero ellos la ignoraban, no se movían, preferían la intimidad pública, el encanto de sus voces, la cercanía de sus cuerpos. La cubrió con su abrigo y disfrutó la sensación de intimidad y erotismo que le producía ver a una mujer usando su ropa. Una parte de él, la envolvía sin pudor.

Su imaginación, aliada permisiva, le dio licencia para soñar. Con sus ojos la recorrió. Abrió lenta y suavemente los botones de su blusa disfrutando la visión de su pecho descubierto y sus pezones endurecidos por el deseo y el viento helado. Ella, temblando, pedía en silencio ser abrazada. La tomó de la cintura, la acercó y la estrechó en sus brazos. Las palabras se volvieron murmullos, sus labios se unieron...

“Vuelo 9231 con destino a Medellín, pasajeros favor pasar a la sala de embarque número uno”, anunció el altavoz del aeropuerto.

La noche mágica llegó a su fin con un amistoso beso en la mejilla. En un esfuerzo por extender esas horas, mientras la veía alejarse, tomó el abrigo, lo estrechó contra su rostro tratando de capturar su olor, su esencia personal... y lo encontró. Ella seguía allí.

**Autor: Yuri Marisol Ortéz**

## **TALITHA Y KUMI**

Estaba durmiendo plácidamente cuando de repente vi un mapache que olfateaba mi cabello, éste salió corriendo al darse cuenta de que yo había despertado. Me levanté del suelo y noté que me encontraba en un extraordinario bosque. Había riachuelos con agua cristalina donde muchos animales saciaban su sed; los árboles eran frondosos, algunos tenían frutos —muy sabrosos, por cierto—; y las aves hacían sus nidos con esmero y cantaban sin cesar. Decidí conocer el lugar.

Mientras caminaba tuve el presentimiento de que alguien o algo me observaba, y fue entonces cuando un gran león apareció frente a mí, me veía fijamente y sus colmillos eran enormes. Me asusté y empecé a correr. El león me alcanzó y me tumbó al suelo. Tenía tanto miedo. El animal me lamió varias veces, al parecer, lo único que quería era jugar conmigo. Comencé a acariciarlo y abrazarlo fuertemente, él colocaba sus peludas patas sobre mis hombros y de vez en cuando mordía levemente los dedos de mi mano. Nos hicimos buenos amigos, me acompañaba a todas partes. Se me ocurrió llamarlo Kumi.

Llegamos a una pequeña aldea en la cual había mucha gente. Sonreían casi todo el tiempo y eran muy amables unos con otros. A uno de ellos le pregunté:

—Disculpe, ¿dónde estoy?

Él me respondió:

—¿No sabes dónde estás? Niña, este es el Paraíso. ¡Bienvenida al Cielo!

Me dije: *¿El Cielo? ¿Qué hago yo aquí?*

Tuve curiosidad y quise saber más sobre aquel lugar. Estando ahí experimenté una gran calma, y también, una extraña sensación de estar “en casa”. Me senté encima de una roca y me dediqué a ob-

servar todo lo que me rodeaba. Vi a Kumi jugando con unos niños que trataban de agarrar su cola o tocar su cabeza.

Divisé pequeñas casas hechas de un material parecido a la arena, caminos hechos con piedras de colores, y ningún medio de transporte más que tus propias piernas. Todo lo que veía me parecía increíblemente hermoso, sencillo, mágico.

Las personas mayores se dedicaban a hacer pequeñas piezas de barro y confeccionar cómodas prendas de vestir. Y los más jóvenes tenían como única tarea mimar a los bebés **no deseados**.

Una mezcla de bellos sentimientos iba surgiendo en mi interior al contemplar tantas maravillas juntas.

Un señor de mediana estatura me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Respondí:

—Talitha.

—Es un nombre muy bonito.

—Gracias. ¿Y usted cómo se llama?

—Santiago.

—Así se llamaba mi abuelo.

Él sonrió y dijo:

—Lo sé.

Kumi y yo nos fuimos de aquella peculiar aldea. No podía creer que estaba en el Cielo... *¿Y Dios? ¿Y los ángeles y santos? ¿Y por qué no he visto a San Pedro?*

Al caer la tarde, estaba muy cansada y me acosté sobre una pila de hojas —Kumi me sirvió de almohada—. Pensaba: *¿Cuándo morí? ¿Dónde está Dios? ¿Realmente estoy en el Cielo?*

Finalmente, el sueño surtió efecto y en cuestión de segundos me quedé dormida.

Al despertar, el bosque había desaparecido y Kumi ya no estaba. Me encontraba frente a una puerta de oro, a la par de ésta, había una caja llena de llaves.

Un anciano me preguntó:

—¿Quieres entrar?

Le respondí:



—¡Sí!

—¿Tienes la llave?

—No, no la tengo.

—Elige una de las llaves que están en la caja.

Tomé una de las llaves y la introduje en la cerradura, pero la puerta no se abrió.

El anciano me dijo:

—Ninguna de esas llaves puede abrir esta puerta. La llave eres tú.

—¿Yo?

—Sí, ningún elemento es más fuerte y poderoso que el amor.

—¿Amor? ¿Qué es el amor?

—Bueno, si quieres entrar... debes ser la llave.

**Autor: Roberth Fabris**

## **TEZUKA SOUSA: SUSPIROS DE IMAGINACIÓN CREATIVA**

Entró volando por la ventana. Mauricio se levantó de la cama con un infierno de susto, encendió las luces y vio delante de él a uno de los personajes más queridos de Japón; estaba llorando, y lloró también.

—Astro Boy, ¿qué pasó?, ¿por qué estás aquí en Brasil, en mi casa?, ¿sabes qué hora es?

El niño robot le dio un abrazo a su amigo, y le dijo con lágrimas:

—Mi padre viene viene enfermo desde el invierno pasado, está demasiado débil y le gustaría verte... antes de que caiga la última hoja del árbol.

Mauricio miró el reloj, eran las dos de la mañana, y se vistió rápidamente. “El niño debe tener hambre porque vino viajando desde Japón”. El dibujante preparó una buena Sanduba con mortadela y guaraná, y esperó a que el niño se calmara.

Mauricio fue a donde Mónica, que dormía en otra habitación.

—Querida hija, tengo que ir a Japón, por desgracia el padre de nuestro amigo Astro Boy está muy enfermo, necesito ver al gran artista, pero, sobre todo, a mi amigo de todos los tiempos.

Mónica abrazó a su padre, y le dio un beso en la mejilla a Astro Boy, que se puso rojo.

—Puedes ir tranquilo querido padre, yo me ocupo de todo aquí, dale un abrazo, por favor, a mi amiga la princesa guerrera, siempre recuerdo lo bien que la pasamos jugando en Tokio.

Mauricio, con las manos mágicas de caricaturista, dibujó un avión rápido, express, amarillo, verde y azul, y le dio vida. Se montaron. Franklin conducía. Astro Boy dijo:

—Wow, qué divertido.

Mauricio cerró los ojos. Al abrirlos ya estaba en el hermoso campo japonés. La nieve cubría todo de un blanco tranquilidad. El

monte Fuji se veía hermoso, más que todas las fantasías, samuráis, amigos.

Tezuka miró por la ventana. Un avión con los colores de Brasil estaba parqueado en su jardín.

—¡Ah, mi amigo Mauricio de Souza! Me alegra verte.

—¡Osamu Tezuka!

Y se dieron un gran abrazo.

Recordaron momentos de alegría y aventura, dignos de samuráis y ninjas demoníacos.

De pronto Tezuka se dejó ver triste. Mauricio notó lo delgado que estaba.

—Estoy cansado de caminar.

Astro Boy hacía hasta lo imposible por contener las lágrimas, para no preocupar a su padre.

—Querido papá, todo va a estar bien, vas a vencer la enfermedad; la alegría volverá a reinar en nuestro hermoso Japón.

Osamu Tezuka entregó un paquete a su amigo Maurice, y le dijo: —Que sea un legado para unir aún más nuestra amistad, para hacer un mundo mejor...

Luego de un silencio, y con brillante sonrisa, Tezuka le dijo a Mauricio:

—Estoy seguro que Mónica será más que feliz de llegar a ser una joven.

Con un esfuerzo inmenso, Tezuka se acercó a su escritorio, tomó unos papeles y se los mostró a su amigo. Maurice se llenó de susto al ver unos garabatos hechos a mano —la mano y la tinta de Tezuka.

—Mis ideas para ti, amigo.

El tono era el de sus mismas ideas.

—Que la banda más dulce de Brasil crezca junto con todo el mundo.

—Querido amigo, me has iluminado. Gracias. Lo que tanto había trabajado se hará realidad.

Astro Boy, la Princesa Guerrera, Pájaro de Fuego, Kimba el León Blanco y Franklin, estaban sentados junto a Tezuka.

—El legado de amistad de Brasil y Japón siempre existirá, como la creatividad, la originalidad y la caridad prevalecen en nuestro ser. Su voz se iba apagando.  
La última hoja del árbol cayó sobre el 9 febrero de 1989.  
Y el comic y el arte, fueron comunión.

**Autor: Andrea Amosson**

## **TIPOGRAFÍA DE BARRIO**

Josué huele a eucaliptus porque es alérgico a la tinta china y pasa su jornada de trabajo masticando caramelos medicinales. Josué se mueve lento entre los folios que cuelgan de cordeles, atravesando el taller como trapos recién lavados, listos para ser impresos.

Piensa en su madre y en el afán que la anciana tiene por limpiar a mano la camisa blanca de mangas abombadas, esa que siempre viste los días jueves. Pone aún más cuidado para avanzar entre las hileras de rodillos, tipos y planchas, que gotean sangre negra.

A esa hora la trastienda es un concierto de sonidos metálicos, cuando Josué, en penumbras, tantea las cajas en busca de los moldes necesarios. Cual ciego leyendo suerte en runas, Josué reconoce cada letra. Sabe que la “A” es puntuda y que la “Y” tiene un filo que corta, 20 gramos.

Poco después del amanecer, el cilindro pegajoso de aceites va entintando las láminas. Josué tiene calor y a esa hora el sol antes esquivo, se cuela en pleno por los ventanales. El bochorno le arde en las orejas, rojas y sudorosas.

En el pequeño infierno de su taller, una sonrisa le corta el rostro, sabe que viene su parte favorita. Los hombros suben al compás de la placa que transfiere párrafos al pliego. “Se hace la palabra”, murmura mientras revisa los primeros ejemplares.

Afuera, las risas de los niños que van a la escuela le recuerdan que debe apurarse si quiere ofrecer el nuevo boletín en la verdulería de la esquina.

Todavía necesita esperar a que los folletos sequen. Toma el jarro de café matutino, la loza está fría, pero lo bebe de todas maneras y sabe amargo, como la tinta china. Considera que en diez minutos su periódico estará listo. Avanzará entre las lianas descolgando las hojas, las estirará sobre el mesón una sobre la otra como quien se

alista para enrollar cigarros y compaginará, escuchando de pronto el taconeo de Mercedes rompiendo el pavimento, minutos antes de las ocho y media. Entonces cogerá los racimos de noticias locales, con los frutos frescos de la imaginación barrial: las poesías enviadas por el loco Lalo, la opinión de la verdulera, el dibujo de Jaimito y la foto del último bebé que ha nacido. Por último, sin tener que apagar la luz porque nunca estuvo encendida, tomará su bastón que siempre cuelga de junto a la puerta y saldrá a ofrecer sus novedades, un poco a tropezones primero, pero ya luego con el caminar de un experto, guiado por la memoria de sus pies.

**Autor: Joel Ayala Alicea**

## UMBRAL

—No sé —me contestó Louie cuando le pregunté sobre la campana—. El tipo que me vendió el yate solo me dijo que siempre la sonara antes de abrir la puerta.

Se refería a la puerta del *Torana*, un hermoso *Hatteras* del '99, conseguido a un precio ridículo en la feria de botes usados del *Náutico*. Justo al lado de la puerta, abajo del dintel, relucía la hermosa campana de fino metal bruñido. Una delgada trenza negra pendía del badajo y sobre la copa resaltaba la estampa en relieve de una serpiente marina devorando su propia cola. Debajo, siete letras: *Caronte*.

—¿Y eso?

—Ni idea. Hay muchos orates en este ambiente. Supersticiones, creo. Y por si acaso —decía, mientras sorbía la cerveza helada y el sol le arrancaba destellos a su calva reluciente—, y por no pecar de blasfemo, toco la campana de cinco a seis veces al día. Depende de si estoy toda la tarde en el yate. Cada vez que voy a entrar sueño la campanita. No vaya a ser que un buen día naufrague yo, solo por no tocar la condenada campana.

A mí me resultaba peculiar la historia de la campana y la petición tan extraña del dueño anterior. En parte creo que por tener yo una disposición romántica, no dejaba de parecerseme a la campana de *El mandarín* de Queiroz. Juro que me fascinaba la idea de que algún hombre, al otro lado del mundo, pudiese morir solo por un tañido de aquella campana. Alucinante...

Louie se levantó de la butaca, subió al puerto de mando, detuvo los motores y anclamos a unas cuarenta y cinco millas del muelle. Era este el primer día de pesca en mi vida y no podía haber sido en mejor compañía: la del mejor amigo de mi infancia y nada menos que en *su* propio yate. ¡De puta madre!

El día era perfecto. El sol muy alto a esa hora del día; la brisa, apacible. El silencio, avasallador. Pocas experiencias se comparan con la dulce sensación de estar varado en completa soledad, lejos del mundanal ruido. Sentirse minúsculo dentro de la grandeza inimaginable del mar; sentir lo vano de la ilusión y pasiones humanas, ante la inmutabilidad suprema del océano, de los abismos desconocidos por el hombre; ese mundo insondable, donde la humanidad no es más necesaria ni especial que un simple grano de arena en un caudal cósmico que bulle con ellos.

—Lo importante —decía Louie asiendo la trenza negra de la campana y dando breves tirones: tres tañidos quebraron el silencio del universo— es ser paciente y halar en el momento preciso. Claro, también está eso de no ser demasiado impulsivo con el pez; de darle hilo y ventaja cuando lo pide; pero no es mi estilo.

Penetró al salón y salió enseguida con dos robustas cañas de pescar y un pequeño balde con toda suerte de anzuelos y chucherías. Me soltó a mí la más liviana, se sentó a mi lado y con paciencia de picapedrero —cosa extraña en Louie— se esforzó en hacerme entender, si acaso lo más básico en el deporte de la pesca. Era buen maestro, no lo pongo en duda; más bien era yo un mal aprendiz. De más está decir que me aburrí a rabiar, y no era para menos. Después de cinco horas y media, una docena de cervezas y el culo adormecido por la dura butaca, las pocas ganas de pesca que me quedaron se fueron directo al carajo.

Ya empezaba a oscurecer y yo a punto de claudicar, cuando de la nada, sentí un breve movimiento en la línea. Luego, quietud. Dos largos minutos pasaron, y luego otro tirón. Reconozco que me entusiasmé por lo que parecía ser; aun así me quedé quieto, como si no lo creyera o por si corriese el riesgo de reaccionar bruscamente y se me escapase lo que había allí. Porque había algo.

—Bien, bien —murmuraba Louie, casi dormido ya y arrastrando las palabras, después de haber ingerido el resto de las cervezas que yo no alcancé, además de medio litro de *Jack Daniels* con soda y una pizza recalentada—. Ahora, calma hermano. Déjalo que luche un rato. Ya se cansará.



Yo estaba por responder, que el único que *ya* se había cansado era yo; y que desde que mordió el anzuelo era una lucha desigual: me llevaba mucha ventaja el condenado pez, no solo en experiencia, sino que en lucidez y energía también.

Entonces el silencio y la calma de la atmósfera se transformó: la línea enloqueció y empezó a correr haciendo girar el carrete a una velocidad vertiginosa. Me quedé paralizado, sin ninguna excusa: no sabía qué hacer.

—¡Agárralo, agárralo, coño! —se desperezó de súbito Louie gritando como un poseso—. ¡Qué pescador! ¿Lo vas a dejar ir ahora, pendejo? ¡Carajo, hombre!

Se levantó de un salto y se acomodó a mi lado, ayudándome a maniobrar la caña. Por la fuerza y vehemencia con que arrastraba la línea estaba casi seguro que sería un tiburón al menos.

—¡Hala, hala carajo! ¡Ahí, ahí! ¡Se va a partir la maldita línea!

Estábamos perdiendo la batalla con el pez. La línea vibraba con la tensión y solo era cuestión de tiempo antes de que se rompiera. Yo por mi gusto lo hubiese dejado ir con todo y caña si así lo quería.

—¡Aguanta! —me dijo antes de saltar al otro lado de la butaca y desaparecer en la penumbra a mis espaldas.

Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo de nada. Sentí que se iba a romper la línea, al mismo tiempo que sentí crujir la caña.

—¡Louie! —grité desesperado.

Giré un poco en la butaca y allí estaba Louie, con la puerta abierta en las manos, los ojos como platos, mientras miraba al vacío, paralizado. Parecía una figura detenida en el tiempo. Casi podría jurar que incluso paró de respirar. De lo que sí estoy seguro, es de que nunca escuché sonar la campana.

—Louie...

En ese instante se partió el hilo con un chasquido y aquello que había mordido el anzuelo se perdió en la oscuridad de las aguas. Tiré la caña, salté por encima de la butaca y aparejos de pesca y corrí al lado de Louie.

Entonces lo vi.

Nunca podré describir lo que era aquello. La penumbra del salón y la poca luz en cubierta no me permitieron verlo en detalle; pero puedo jurar por los huesos de mi padre, que allí donde terminaba el salón y comenzaba la escalera hacia los camarotes, vi escabullirse furtivamente una figura anormal. Tenía un cuerpo fino, de tono amarillento, con brazos delgados y ojos relucientes.

Una oleada glacial recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Un ligero olor a animal salvaje se colgaba de la atmósfera cerrada. Emanaba una energía trepidante, como un cable que vibra con alto voltaje. Una presencia poderosa. Allí se apoderó el silencio opresivo que siempre precede a los cataclismos

Sin pensarlo, entré y encendí la lámpara. Pensé que la luz disiparía al menos la certeza de haber presenciado algo sobrenatural. El salón estaba vacío. Pensé en un efecto de la penumbra o en algo fruto de mi cultivada imaginación.

—¿Qué carajos era *eso*, Louie?

Louie pareció despertar poco a poco de su letargo. Cuando reaccionó, por fin, parecía haber llegado de un viaje lejano y transformador. Lo que vio lo marcó para siempre. Me consta.

—No sé..., no estoy seguro. Yo..., es mejor que regresemos.

Y así, sin intercambiar una palabra más, dio vuelta a la embarcación y enfiló hacia el muelle.

De eso hace ya tres años. Hace dos, vi por última vez a Louie. Había vendido el yate, la casa, los cinco camiones y tenía en trato la *bulldozer*. No pude menos que hacerle la pregunta que me ardía por dentro. En parte creo que porque yo también quería tener la certeza de lo que vi.

—Solo diré esto y es lo último que hablaré sobre el tema —me dijo, esquivo—. Aquello que vi, y de lo que tu acaso viste un destello, es algo primitivo. Es incomprensible y creo que no ha nacido el hombre que pueda entender su magnitud.

Y culminó sentencioso.

—Es algo que ha estado aquí desde que el tiempo es tiempo; de nada vale devanarse los sesos tratando de descifrar algo cuya naturaleza es de por sí indescifrable. Está fuera de nuestro entendí-

miento. No estamos supuestos a comprenderlo y a mí me basta con eso.

No puedo evitar pensar en esto y lo que ocurrió aquella tarde, precisamente por lo que he visto hoy. Esta mañana reportaron el hallazgo del *Torana*. Había abandonado el puerto la noche anterior, con un pasajero y dos tripulantes. Al día siguiente fue encontrado navegando a la deriva, cerca del *Mar de los sargazos*. Estaba deshabitado, con el motor prendido en una marcha suave y con media docena de peces frescos en la hielera. Adentro, el acondicionador de aire estaba encendido; el estéreo tocaba una y otra vez un *cd* de éxitos de Sinatra. No se encontraron huellas de violencia ni algún rastro esclarecedor. Y mucho me temo que la respuesta a este misterio no cabe dentro de los límites de la mente humana.

De lo que sí estoy seguro, es de que alguno de ellos, para su desgracia, olvidó por un momento crucial, la inusual advertencia de sonar la campana.

**Autor: Georgina Cuartas**

## **UN CIGARRILLO**

El sol se había escondido, amenazaba llover, los relámpagos lo confirmaban; era un domingo sombrío. Fanny se levantó temprano con el propósito de ir a misa, el repicar de las campanas anunciaba su próximo comienzo, luego se dedicaría a arreglar la casa y el jardín.

En las horas de la tarde, debía acompañar a Elena, su hermana mayor, quien estaba en el hospital operada de apéndice —hacía quince días—, y se había complicado: le atacó peritonitis. Su mamá estaba en el hospital esperando que Fanny viniera y le recibiera su trabajo de enfermera provisional, así que Fanny llegó puntual a cuidar a Elena, quien contaba con 23 años de edad, Fanny tenía once.

Se efectuó el cambio; doña Aura —como era el nombre de su mamá— salió para su casa a bañarse, cambiarse de ropa y descansar. Fanny se quedó en la habitación del antiguo hospital, sentada a un lado de la cama de hierro y sábanas blancas, donde reposaba Elena.

Entonces, llegó a la habitación de la enferma un médico serio con una enfermera, examinaron a Elena. El médico hizo un gesto de incertidumbre y sin decir palabra, dejó el recinto.

De nuevo, quedaron Fanny y Elena solas, ésta miró a su hermana y con voz débil, le dijo:

—¿Fanny, por qué el médico no me recetó?, ¿por qué no me dijo nada?

Luego, Elena miró hacia la ventana y expresó:

—Tengo frío.

Efectivamente, por la habitación cruzaba un viento que impregnaba los huesos; Elena, prorrumpió:

—Hermana, tengo los pies muy fríos.

Luego... la enferma dijo a Fanny:

—Pásame un espejo, quiero ver si tengo los ojos empañados.

Pasaron unos minutos que a Fanny le parecieron lentos, miró escudriñando a Elena y advirtió que sudaba excesivamente, Fanny enjugó el sudor frío de la enferma, que hacía esfuerzos tratando de sentarse, y con voz insistente le suplicó:

—Negrita, consígueme un cigarrillo por favor.

Ésta, la indagó asombrada:

—¿Cómo, un cigarrillo? imposible, si el médico fue lo primero que te quitó y mamá me castigaría por eso.

—No, no protestes —le ordenó Elena con mirada grave— ve y tráeme lo que te pido”.

Fanny quedó atónita, pensativa, le horrorizaba lo que acababa de oír, mas, tenía que hacerlo; resuelta y a pesar de su corta edad, se dijo:

—Claro que lo haré, pero ¿y cómo conseguirlo sin plata, si no conozco a nadie por aquí?

Salió del hospital confundida, haciéndose preguntas; ya en la puerta, se dirigió a una pequeña tienda, la más cercana. Llovía; mojada, helada y con visible preocupación, se atrevió a decirle a don Simón, el tendero —así le oyó nombrar a un cliente que entró al local—, con voz insegura:

—Don Simón, necesito un cigarrillo.

El tendero, abrió sus ojos rasgados e irascible gritó:

—Pero, niña, ¿qué dices por amor a Dios?

—Sí, lo que oye, que necesito un cigarrillo.

—Pero... ¿qué desfachatez estoy oyendo?, ¿cuántos años tienes? —preguntó muy ofuscado.

—Tengo once años.

Don Simón, muy alterado, dijo:

—Vete, vete de aquí, averiguaré por tu familia y le pondré la queja.

Fanny, quedó atónita. Don Simón seguía preguntando:

—¿Dónde vives?, ¿cómo se llama tu padre?

—Señor, yo no fumo cigarrillo, es para mi hermana, que está en el hospital que usted ve al frente... no, tengo plata, pero después alguien de mi familia le pagará, por favor.

Don Simón, se cerró:

—No niña, no te fiaré el cigarrillo.

—Señor, soy hija de doña Aura Cifuentes.

—¿De quién dices?, ¡oh, perdóname niña!, toma, corre, llévale la cajetilla, ¿cómo la prefieres, Caribe o Dominó?

—No, no sé nada de eso, señor, lo único que quiero es un cigarrillo.

Después de la pesada velada Fanny salió corriendo, su ropa mojada pero su gestión cumplida; después de haber caminado un buen trecho, se devolvió por los fósforos, pensaba, le prendo el cigarrillo a mi hermana y termina mi tarea; no dejaré que Elena se muera sin fumarse el cigarrillo.

Llegó al hospital, atravesó los pasillos casi corriendo con un susto y una pena inmensa, se sentía cómplice de un pecado, mas, tenía que hacerlo; iba conmovida. Entró a la habitación donde Elena la esperaba ansiosa. Solo las paredes eran testigo de ese pecado que se quedaría oculto tras los cristales de aquel pabellón, estaba cerca de cruzar el umbral. Elena, con mirada suplicante recibió a Fanny, que traía los cigarrillos en un bolsillo disimulado entre los pliegues de su falda azul; era el momento de actuar, mas no fue así, a Fanny la asaltaron las recomendaciones de doña Aura, su mamá, y en un instante, su conciencia volteó la página, asaltándola el pensamiento acusador. Su corazón dio un vuelco y se dijo: “No, no le daré el cigarrillo... ¿y si con esta actitud ella se muere?, ¿y si el humo la asfixia?; el médico lo prohibió y mi mamá me lo advirtió, ¿cómo voy a cometer el error de prendérselo?”.

Mientras Fanny dudaba, Elena se quedó dormida para siempre.

**Autor: Naiver Urango**

## **UN DÍA DE ESTOS**

El hombre la observa a través del humo de su quinto cigarrillo. No le quita ni un segundo los ojos de encima, ni siquiera cuando en aquella espesa neblina de deseo, se siente vagamente aburrido por los eternos desplantes de ella. El hombre ladea la cabeza y le mira las piernas..., espléndidas, piensa y luego aguza la vista en unos providenciales senos. Ella parece guardar la compostura, pero cree que pronto vendrá la embestida. Se escucha repetir admoniciones que ha aprendido de memoria; en este caso opta por las más lacónicas. “No se deje subyugar por sus ojos, Mirna”, le suele advertir en ocasiones Rodrigo, el encargado de la mensajería. En todo caso ni lo mire. El hijueputa por ahí es que empieza. El hombre está atento, vigilante. A Mirna le parece que el sujeto curva imperceptiblemente los labios, en un gesto total de pedantería.

— Señor Alcalde, estoy aquí de nuevo para que...

— ¡Pero por Dios Mirna! —le ha interrumpido instintivamente el Alcalde—, haga el favor de sentarse. No se va a quedar ahí parada todo el día.

El cuerpo del Alcalde de repente se desparrama sobre la silla reclinable. Ha cruzado los brazos. Entre los dedos reposa otro cigarrillo, pero apagado.

Mirna ha tomado asiento y suda poco menos. Busca relajarse y habituarse a esos ojos vulgares que pugnan por desvestirla. Maldice para sus adentros. Maldice ser lo que es: una líder comunal que defiende los derechos e intereses de su barrio, alguien que ya ha sacado de las casillas al Secretario de Gobierno por su deleznable carácter hacia los asuntos administrativos y que a su vez la sitúa en el foco crítico de unos cuantos enemigos públicos.

—Con todo el respeto que se merece señor Alcalde —dice al fin Mirna—, pero llevamos meses en este asunto, y nada que ha podido resolverse. O usted no ha querido enfrentarlo o es un embustero.

El Alcalde la fulmina con sus dos chispas verdes. Una sonrisilla irónica se dibuja en sus labios. Al rato dice:

—Pensé que ya lo había entendido —el Alcalde enciende hábilmente el cigarro—. Verá, yo puedo hacer que se pongan esos postes de luz en su barrio, pero bien sabe qué le cuesta.

Mirna siente que la fuerza de voluntad la abandona. En medio de aquella espuma farragosa imagina lo indeseable: segundo a segundo esa figura tórrida, que es el Alcalde, la vacía como un cántaro roto. Mirna piensa en el deshielo de un iceberg. No obstante, frunce el entrecejo para disimular la caída rampante hacia sí misma.

—Es usted un hijueputa —le escupe.

2

—¡Te pusiste el brasier del color que a mí me gusta, ah!

El aliento ocre y acezante del Alcalde inunda las fosas nasales de Mirna, enseguida todo el pequeño cuarto. Mirna siente cómo unos goterones de sudor le bajan por la espalda haciendo pequeños charcos en la almohada. Entre sus piernas —cerca al borde de la cama— aquella masa magra, tambaleante y repulsiva le mira.

3

Tira el cigarrillo al suelo y lo pisa. Se pone el jean, la camisa y los zapatos con una gracia y unos ademanes solemnes. Lo oye conversar bajo por celular con su esposa. Lo ve tomar unas pastillas azules y toser. Mirna lo contempla todo desde el espejo que tiene enfrente. Antes de cerrar la puerta lo escucha decir displicente:

—Ah, no se preocupe Mirna. Un día de éstos pásese por mi finca a eso de las cinco de la tarde y arreglamos lo de esos postes.



**Autor: Nicolás Saldivia**

## **UN FINAL INEVITABLE**

La gran ciudad, tapada por edificios, cubierta hasta el más remoto lugar en donde no corre un alma, trabaja todo el día y toda la noche sin descanso. Lo que una vez fue un hermoso paraíso natural, ahora es una gigante fábrica de contaminación.

El paraíso no respira, pues se tornó en un infierno tras la llegada de aquellos diablos, expertos del arte del engaño, que utilizaron sus habilidades para aprovecharse de los inofensivos seres locales. Estos diablos sentenciaron a una eternidad de esclavitud a todo lo que les servía y se deshicieron de lo que no. Los locatarios sin oportunidad de defenderse, cedieron. Con el tiempo, los seres infernales se multiplicaron y a medida que aumentaban, los locales disminuían.

Pasaron los años y ya parecía que todo el planeta había sido cubierto por las fieras, y sólo para empeorar las cosas, éstas se las ingeniaron para construir un edificio que garantizaría aumentar su comodidad. Una chimenea gigante que usa como leña a los ángeles que una vez reinaron el paraíso y echa humo asesinando lentamente a los que quedan.

Finalmente, como última bala de cañón para hundir el barco, los diablos encontraron una maravilla natural viscosa y negra, la apodaron "el oro negro" y aseguraban que les iba a resolver muchos problemas. Nada los podía parar.

Los incautos diablos sólo se acercan a su inevitable y trágico destino que ellos mismos dibujaron. Hoy, la ciudad es un infierno, pero bien saben que no falta mucho para que vuelva a ser el paraíso de antes.

**Autor: María Olivia Ruiz Valencia**

## **UN FUTURO NO LEJANO... MENSAJE ENTRE SUEÑOS**

El mundo se cae a pedazos ante sus ojos, esos ojos que hoy en día no reflejan nada, aquellos que en su niñez transmitían alegría, hoy solo sueltan una y más lágrimas. Su hogar destruido por aquellas horrorosas criaturas. Todo comenzado por la guerra, la llamada tercera guerra mundial. Deformidades horrorosas cayeron sobre la gente. El canibalismo florecía como las gotas de lluvia acida que caían en ese momento sobre su cabello negro como la noche. Un hermoso mundo destruido por las mafias de todo el mundo. Su pequeño mundo desmontado por las alimañas creadas por los temores del mundo. Su padre le había dicho que algún día él sería el elegido, él podría destruirlo pero no tenía idea cuándo ni cómo lo haría.

Detuvo su paso al escuchar a una de ellas, su respiración se cortó, sus venas dejaron de hacer llegar sangre a su cerebro, la sangre quedaba por los suelos. Quiso gritar, pero antes de hacerlo supo que algo lo observaba, giró su pálido cuerpo unos cuantos grados, pero su corazón empezó a acelerarse a una velocidad que era casi sobrenatural para un niño como él. Esos ojos rojos le observaban, su respiración se aceleró y sus pies temblaron, frente a él estaba una de las criaturas que habían hecho infeliz su vida. La sangre escurría por su horrible boca, la saliva se combinaba dejándola roja y pegajosa. Cerró los ojos y esperó lo peor, pero el sonido de una pistola lo espantó más. El grito fue algo espantoso, sus pequeños oídos podían haber muerto en ese instante, supo que la criatura había muerto puesto que sentía la sangre y mucosidad escurrirle por su pequeño rostro. Su vista empezó a abrirse paso entre esa oscuridad que la noche ofrecía. Divisó el cuerpo moribundo del animal y sintió en sus piernas como un líquido se esparcía por ellas. La sensación fría le hizo ver el pelo rasposo y seco del animal. Sintió una mano cálida en su pequeña cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le dijo esa figura que le sostenía la cabeza mientras él solo callaba.

Cuando el aire volvió a sus pulmones pudo articular palabra.

—Me llamo André.

Su voz sonaba débil y pesada a la vez. Era la primera oportunidad que tenía para poder hablar. La figura parecía humana.

—¿Qué eres tú? —le preguntó al ver una larga cola de animal en la parte trasera, y su cerebro le mando a caminar hacia atrás esperando escapar.

—Tranquilo, mi nombre es E234.

El niño frunció el ceño y rio por su voz chistosa.

—Pero llámame Key —le dijo dándole una sonrisa cálida que a André le tranquilizo.

—¿Estás solo?

El pequeño asintió temeroso que esa sonrisa solo fuese una trampa.

—Estas ardiendo —le dijo ese ser tocando su cabecita y sintiendo sus manos muy frías— será mejor que te lleve a un refugio.

Lo cargó, y con él en brazos se encaminaron. Su peso no era mucho y Key supo que el niño no había comido en muchos días. Con sumo cuidado de no ser descubiertos, trepó rápidamente el edificio. Las criaturas merodeaban cerca. El niño seguía dormido en su pecho, pero ardiendo como si las llamas estuvieran en su interior.

—Demonios E2... Está ardiendo.

Su amiga le arrebató al pequeño y lo tendió en esa estorbosa cama. Contempló como el intento maternal de ella salía a flote.

—Sabes, detesto no poder protegerlo —dijo y ella.

Sonrió poniéndole los paños al niño.

—Es el elegido pero no tengo idea cómo soportará tanta presión. —dijo, y su amiga le abrazó mientras su cola de felina le acariciaba el rostro.

—Key, tú eres la llave para que este niño descubra su poder y pueda destruir al jefe mayor.

—Supongo —suspiró cansado.

Se tranquilizaron cuando la temperatura del niño bajo.

Año 2141. Las potencias poderosas de hace 20 años cayeron, todo gracias al pequeño niño que luchó junto a su maestro E234, quien fuese el experimento para sacarlo de la oscuridad de su infancia y enseñarle las técnicas. Pero ahora E234 o Key, para su dulce esposa, estaba en su último suspiro, la ninfa que había mandado el jefe había logrado traspasar el muro de la seducción y logró envenenarlo. Se arrepentía mil veces de haber caído en las redes de esa arpía, pero le alegraba que su estudiante ya tuviese el poder suficiente para poder luchar. El alto y fuerte muchacho se encaminó hacia su maestro y le prometió luchar por la paz del mundo y las criaturas pacíficas que aún habitaban en éste.

Se despertó exaltado, todo había sido un sueño, el sudor escurría por su pecho, caminó hacia el baño. La noche seguía en su esplendor.

—A eso llegaremos —le dijo a su propio reflejo.

—No, no quiero llegar a eso, en el mundo real no existirá ningún “André”... la violencia nos está hiriendo junto a la contaminación.

Se lavó el rostro y cayó en cuenta de que ese sueño había sido un posible mensaje de que podremos llegar a eso. La violencia nos está destruyendo, la contaminación la acompaña. El futuro puede reducirse a muy poco, las criaturas monstruosas somos nosotros mismos, y solo los jóvenes podrán salvarlo, si tienen quien los instruya.

**Autor: Carlos Javier Martínez Moncaleano**

## **UN HOMBRE DE ÉXITO**

Dos cosas caracterizaban a Francisco Gutiérrez, la primera, que era un hombre supremamente exitoso; dueño de una exitosa y prestigiosa cadena de supermercados, respetado conferencista del tema de innovación y emprendimiento empresarial, poseedor de una enorme mansión ubicada en zona más fina de la ciudad, casado con Martha Lucia, una también exitosa abogada especializada en el tema de derecho comercial, con la que tenía dos niños.

La segunda característica de Francisco era su extrema inseguridad. Francisco era inseguro en todo, en las decisiones sobre sus negocios, en lo que decía en sus conferencias —pese a que todos lo admiraban por sus capacidades orales—, en la relación con su esposa e hijos. Su inseguridad era tanta que no había día en que no experimentara su más grande temor: el de perderlo todo.

Pues bien, resulta que cierta vez, a bordo de su BMW, se dispuso a visitar a un amigo que residía a las afueras de la ciudad, era ya de noche y no había tránsito en las calles pese a que era un lunes. Incomodo por la quietud y el silencio, encendió el reproductor de su auto y quebró el imperante silencio con blues y jazz.

Curva tras curva, calle tras calle, semáforo tras semáforo, Francisco seguía y seguía.

La noche era cada vez más oscura, el silencio penetraba cada vez más, en las calles no había ni un carro, las casas parecían inhabitadas, no había rastro humano, y Francisco sintiéndose perdido, llamó a su amigo para pedirle indicaciones; tomó el teléfono y trató de comunicarse, pero fue en vano, sus llamadas no eran contestadas.

Francisco estacionó en una esquina, apagó el reproductor de su automóvil y bajó del carro para pedir ayuda, se sentía extraño, perdido, inseguro.

Caminó un par de cuadras golpeando las puertas de las casas, buscando alguien que lo pudiese ayudar, pero nadie atendía sus llamados, todo era negrura y silencio, nadie mostraba su rostro al ya preocupado hombre.

Regresó a su carro sin saber qué hacer, lentamente abrió la puerta del automóvil y de repente un fuerte sonido lo estremeció. La habitación estaba desordenada, el sol penetraba por las destartadas ventanas y al otro lado de la pared se escuchaba un equipo de sonido a todo volumen. Francisco se tomó la cabeza y maldijo, se levantó de su viejo colchón desprovisto de cama y se vistió para asistir a su trabajo.

De una u otra forma sus inseguridades eran justificadas, el hombre lo había perdido todo.

**Autor: José Luis Rivas Morales**

## **UN HOMBRE DE PERFIL**

El hombre que acababa de sentarse en la mesa del bar tenía un aspecto descuidado, como si le importara muy poco lo que los demás pensarán de él. Aunque el día era soleado, llevaba puesto un impermeable que había conocido tiempos mejores y zapatos marrones sin lustrar. Lo imaginé como alguien con un fracaso importante en su vida, que se caminaba la ciudad trabajando de comercial o algo así, a juzgar por el viejo maletín de cuero que depositó en el suelo.

Sentí curiosidad por conocer su rostro pero su mesa estaba en un rincón de sombra y sólo podía verlo de perfil. El perfil de una persona siempre me ha parecido interesante, revelador. Dice cosas que no podemos ver mirando de frente, donde los rasgos se aplanan. De perfil, la gente se muestra como un mapa en relieve con sus accidentes geográficos.

Además, y éste era mi caso, podemos mirar sin que nos descubran y detenernos en los detalles. El supuesto comercial, o la mitad que ofrecía a la vista, tenía una frente amplia, una calvicie avanzada y un rostro largo y delgado. Su media nariz era grande y desproporcionada pero no desagradable. Me llamó la atención el tamaño de su oreja. Y sobre todo la parte visible del mentón, pronunciado hacia adelante. Este detalle y la espalda recta, sin agobio, contrastaban con su apariencia de una persona venida a menos.

Hizo una seña y pidió algo sin mirar al mesero, así que no pude satisfacer mi deseo de ver su otro perfil. Sentía una enorme curiosidad por conocer el rostro completo del personaje, o al menos un *semiperfil*. Pensé que tendría mi oportunidad cuando le trajeran su pedido, pero recibió una taza de café y dio las gracias al mesero, sin hacer ningún movimiento.

Es curioso, hay personas que afirman tener un perfil mejor que otro; es el que ofrecen algunos políticos y artistas para ser fotogra-

fiados. ¿Será una metáfora para indicar que todos tenemos dos caras, o tal vez una doble personalidad? Como una misma moneda, en una de cuyas caras se exhibe un rostro de perfil. ¿Por qué muchas monedas y sellos, desde la antigüedad, muestran efigies de perfil y no de frente? Sospecho que hay en esto un propósito estético que el tiempo ha conservado.

El hombre dejó el dinero sobre la mesa y se levantó. Pagué mi consumición y salí tras él; tenía que ver su rostro, su otra mitad, su otra cara. Quería confirmar mis apreciaciones hechas sobre la observación de un solo perfil.

Casi nos cruzamos al salir. Yo adelanté mi cuerpo en la puerta con la intención de darme la vuelta y mirarlo de frente, aunque me interesaba más descubrir qué podía decirme su otro lado que no me hubiera revelado el primero. Pero por más que quería no conseguía verlo. Su andar era resuelto y a la vez ausente. Parecía saber a dónde ir, pero no tener prisa en llegar, como si no le esperara nada bueno.

Sorpresivamente cambió de acera, con lo cual echó por tierra mi posibilidad de verlo desde otro ángulo. Seguía observando a mi hombre desde el mismo sitio. Hasta que se perdió en la multitud, engullido por la boca del metro, con su impermeable viejo, su malestín gastado y su único perfil. Tal vez sea mejor así. Quién sabe qué otra realidad me hubiera revelado su lado oculto.

Desde entonces no puedo abandonar el hábito de mirar a la gente de perfil. Es una tontería, ya lo sé, pero qué le voy a hacer. A lo mejor es que me da miedo mirar de frente a las personas, y a la vida.



**Autor: Nedy Cristina Varela Cetani**

## **UN VIAJE INESPERADO**

Hacía días que lo encontraba inquieto, distinto. No sabía exactamente qué era pero algo le pasaba.

De noche daba mil vueltas en la cama, prendía y apagaba la luz hasta que yo resoplaba con rabia porque no me dejaba dormir. Entonces se quedaba quieto pero yo sabía que no dormía.

—Las polillas están terribles —le dije esa mañana—. ¿Viste cómo me dejaron el tapado? Lo único que me queda es hacer tiras con lo que se salvó, a ver si puedo hacerme un saco con algunas partes de piel y el resto de lana.

No sé qué le pasó pero me miró raro. Luego miró largamente los pedazos de piel que iban quedando arriba de la cama, mientras otros pedazos carcomidos quedaban en el piso esperando su fin.

Esa tarde lo sentí que silbaba y de reojo me pareció que se reía, pero no le hice caso.

Seguramente, estaba entrando en la edad difícil. Los hombres dicen que no la tienen, pero está demostrado que sí, y es más severa que la de las mujeres...

Esa noche se acostó más temprano. Cuando llegué a la cama roncaba plácidamente. Me dieron granas de despertarlo como tantas veces él había hecho conmigo pero no lo hice y me metí en la cama sin hacer ruido.

Realmente estaba cansada, así que me quedé profundamente dormida.

De pronto sentí una voz que me llamaba. Medio dormida, intenté prender la lámpara de la mesita de luz. La misma voz me dijo que era suficiente la luz de la luna que entraba por la ventana, que no era necesario encender la lámpara... Me costó reconocer la voz de mi marido porque tenía un tono más bien ronco, casi salvaje.

Me restregué los ojos con los dedos e intenté ver lo que sucedía. Había una figura parada contra la ventana que sostenía la cortina, mientras la luz de la luna se colaba por la persiana semi abierta. La verdad es que pensé que estaba soñando, pero no, no lo estaba, porque al correr la mano, que ya estaba próxima a la lámpara, se cayó el portarretratos con la foto de los nenes que me hacían adiós desde Manhattan, donde se habían radicado hacía diez años y también la foto de nuestros nietos entrando a la escuela metidos en la nieve.

Así que confirmé que estaba despierta.

—Soy yo... —dijo la voz del hombre en la penumbra. —Soy Tazán que te vengo a buscar para que hagamos un viaje por la selva.

Creo que mi boca asombrada se transformó en un hueco enorme y negro.

—Pero ¿qué querés? —le dije mientras trataba de incorporarme para sentarme en la cama.

—Eso... que viajemos juntos por la selva. Mirá, acá tengo la liana. Si te agarrás a mí muy fuerte te puedo llevar a conocer lugares increíbles.

—Pero ¿te volviste loco? Prendé la luz y dejate de pavadas que el único viaje seguro que vamos a hacer es al cementerio...

—Por eso... Antes, quiero que vengas conmigo. Sos mi compañera, como lo fue Jane de Tazán y así recorreremos...

—Pará un poquito. Creo que tanta serial del Discovery te dejó trastornado. Tazán ya murió y su amor era ficticio. Me parece que te estás haciendo la película...

—Lo sé, pero me gusta revivirlo a mi manera... Mirá acá tengo la liana —dijo tomando la cortina y enrollándola alrededor de su brazo—. Ya siento los pájaros en la selva que nos llaman para iniciar nuestro viaje ¿No sentís el perfume de los árboles y las flores?

Cuando iba a contestarle con unas cuantas palabras que no deseo dejar registradas aquí, mis narinas se agrandaron. Sintieron inexplicablemente un olor fresco, vegetal, como a pasto recién cortado.

El hombre, o sea mi marido, flacucho, desgarbado y alto, en ese momento parecía más esbelto a contraluz. Hasta me pareció verle una musculatura muy sugestiva en brazos y tórax.

Si estaba loco, no me costaba nada seguirle la corriente. Total, ¿qué podía perder?

A lo sumo lograría que se acostara y se tranquilizara. Mi madre siempre me dijo que a los locos hay que seguirles la corriente.

Traté de mover lentamente mi cadera, que dolió por la artrosis, estiré mis piernas hasta llegar al borde de la cama y luego traté de ir arrimando el resto del cuerpo para ver si lograba incorporarme.

Ahora ya estaba casi completamente sentada al borde de la cama.

Tarzán mostraba sus brazos firmes y me estiraba sus grandes manos para que lo acompañara.

De pronto noté algo raro en mi camisón. También vi el taparrabo de piel de Tarzán. Se juntaron las dos sensaciones y me pareció reconocer, entre tanto cambio inesperado, una piel parecida a la de mi saco de nutria cubriendo sus partes más íntimas.

Miré de nuevo la piel que se movía insinuante sobre unas piernas masculinas y fuertes.

Luego traté de reconocer en la semi penumbra qué le había ocurrido a mi camisón de franela con botones... Sólo quedaban pedazos, casi mínimos recortes de lo que había antes. Me costó adaptarme a esa nueva creación de piel que me cubría apenas.

Entonces reaccioné.

¡Era demasiado! ¡No aguantaba más!

Quizás me había drogado sin darme cuenta con las últimas píldoras que me había dado el médico, no sé... Es que tomo tantas... Unas para la depresión, otras para la presión, otras para el colesterol malo, otras para no sentirme mal, etcétera, etcétera... A lo mejor todo ese cóctel me hizo efecto.

—No va más... —dije en voz alta— ¡No puedo!

Entonces, mi marido, o sea Tarzán, tomó mi breve cintura; que recién me di cuenta en ese instante, luego de mis embarazos y de los años, que la tenía tan breve; y me atrajo suavemente hacia él.

—Es solo por un rato —dijo— No te pongas nerviosa. Dejate llevar...

No les contaré el viaje por la selva.

No sea cosa que nuestras pieles se conviertan de nuevo en un tapado de nutria.

**Autor: Iván Camilo Herrera**

## **UNA ESPECIE DE TIENDA DE BOCAS**

Ese día había algo inusual en ella, sabía que en el carácter de su expresión había una sonrisa peculiar, pero tardé no poco en descubrir que tenía una boca nueva. Pasé toda la conversación mirando la misteriosa boca sin escuchar una sola de sus palabras, fue preciso un silencio incomodo, una ceja levantada y un sonido de disgusto para que mi atención pasara de la boca a la conversación en la que ella tanto ímpetu ponía. Aunque no me disperse más seguía sin importarme la historia de su amiga, o de su hermana, o tal vez la amiga de su hermana, no recuerdo.

Luego de dejarla en su casa me fui todo el camino pensando en dónde habría conseguido esa boca, encajaba con cierta armonía, luego primero pensé que tal vez la había mandado a hacer ó tal vez la hubiera hecho ella misma, no obstante, después de horas de buscar en internet encontré que no necesariamente era como había pensado.

Para mi sorpresa en internet se había vuelto bastante popular eso de vender la boca, duré horas leyendo casos, la mayoría la vendía porque ya no la usaba más, habían renunciado a su voz, a la risa, a los gritos y a los sollozos. Los precios oscilaban entre 50.000 pesos hasta gente que lograba cambiarla por carros o fincas. ‘

“¿Cuánto habrá pagado por aquella, qué habrá hecho con la otra?, ¿Cuánto valdrá la mía?”, me preguntaba

Estuve otro largo rato buscando y encontré una especie de tienda donde las vendían, tenía buena reputación y aunque dudé en hacer una cita, lo hice por curiosidad, realmente no tenía ganas de comprarme una boca nueva.

La tienda estaba en un edificio antiguo recientemente remodelado, muros de piedra pintados de blanco, dos largas puertas de vidrio con marcos de madera, altas ventanas cubiertas por cortinas

apenas transparentes y cornisas hechas a la medida, desde afuera se podía ver las lámparas que cambiaban radicalmente el aire de la *belle époque* que tenía el edificio. Por dentro el edificio era más pequeño de lo que había supuesto al ver la fachada, tenía un estilo ligero sin excesos ni lujos, indudablemente todas las cosas cumplían una función, parecía el trabajo de un solo hombre, seguramente era ilegal —no dejaba de pensar—, entré y el encargado se me acercó.

—Buenas tardes, he visto que vende bocas por internet, tengo curiosidad por el negocio —dije.

—Sí, es un negocio que heredé de mi padre, pero la idea del negocio es más vieja que mi apellido.

—Sin embargo —dije— no entiendo por qué alguien quisiera comprar una boca nueva.

—Es simple, a veces la gente tiene cosas que decir y no puede, hay veces que las palabras simplemente no salen de la boca, las de fábrica a veces vienen con ese defecto.

—¿y no hay manera de arreglarlas?

—Desde luego, pero toma mucho tiempo, algo bien escaso hoy en día, es más rápido comprarse una nueva. Mire hay dos clases, éstas —dijo, enseñándome una bolsa transparente de plástico a medio cerrar—, éstas son desechables, duran entre un par de horas y una noche, sólo se la pone y ya está, todo lo que piense se traducirá en palabras, suena bastante duro, también viene con un kit de palabras de más, como es desechable no necesita alimentarla, pero se recomienda una cerveza para que no se seque tan rápido.

—¿Y éstas?

—Bueno éstas son diferentes —señalando una caja pequeña de color negro mate— duran entre 20 y 30 años, pero conozco muchos casos donde han durado toda una vida, para que funcionen se deben conectar antes a los oídos, y aunque funcionan un poco más lento que las desechables, son mejores para expresar ideas; mantener estas necesitan de mucho cuidado, se recomienda entre 1 y 2 libros al mes y al menos un beso a la semana para que no se sequen y se le agrieten los labios.

Él continuaba hablando, pero ahora me encontraba pensando qué había hecho con mi boca, también quería saber si la mía era parecida a una de esas desechables o a esas que duran años, de alguna manera ambas eran oportunas dependiendo de la ocasión...

Al cabo de una semana, me decidí a comprar una.

—Quiero llevarme ésta.

—Muy bien.

—Recuerde que dos bocas hablando al mismo tiempo no dicen más cosas, sólo producen más ruido, es preciso desconectar una para que hable la otra.

—Lo tendré en cuenta.

Pagué y me fui ansioso por estrenarla.

**Autor: Viviana Talavera**

## **VIDAS VIOLENTAS**

El sonido se expandía, reverberaba y perdía en la soledad de la ruta. Del otro lado de la ventanilla pacía una hermosa tarde de otoño recién comenzado, recostado sobre un campo que aún vestía de verano. Sentía la calidez del sol en su mejilla y veía el resplandor rojizo detrás de sus párpados cerrados. No dormía, se conectaba con el mundo en esa especie de media vida que llevan los gatos. De haber tenido algo más de felino sin dudas habría ronroneado de placer inconsciente.

Percibía el leve aroma del campo, el olor a cigarrillo, más cercano y más áspero, que salía del cenicero, y por supuesto los movimientos esporádicos que hacía él mientras conducía en silencio. No podía asegurar qué era lo que estaba pensando, pero sabía, porque lo sentía igual que podía oler todo lo demás, que estaba triste, molesto, confuso, pero también exaltado. Tanto como para ser incapaz de decir algo.

Recreó el rostro conocido sobre la cortina de sus párpados entornados. Hacía más de una década que entraban y salían de la vida del otro. Más de diez años signados por tormentas pasajeras pero terribles, que destrozaban cualquier atisbo de escapatoria posible. Luego venía el enojo, los juramentos y las separaciones que se prolongaban hasta que alguna señal invariable los hacía olvidar lo que nuestra especie sabe para sobrevivir: que el tiempo es breve y la eternidad sólo un momento.

El disco que se estaba reproduciendo terminó y los invadió el silencio. El aire en el habitáculo pareció cobrar una cierta intensidad, pareció electrizarse. Fue un instante que se desvaneció en cuanto ella abrió los ojos.



Lo miró. Él no devolvió el gesto. Estaba concentrado en el camino que por kilómetros cortaba, interminable, la planicie. A lo lejos se levantaban espejismos acuosos.

Se acurrucó de costado, desprendiendo la traba del cinturón de seguridad. Estiró la mano hasta tenderla a unos centímetros de la de él. Las venas y los tendones de su antebrazo se crisparon y se detuvo, repasando las cicatrices de sus dedos, el tono bronceado de su piel. Entonces él abandonó la palanca de cambios y acercó a su vez la mano, con la palma vuelta hacia arriba. Sus dedos se entrelazaron, se estrecharon con la fuerza de dos ángeles caídos.

Sus corazones se acompasaron en el hueco de las palmas húmedas. Los espejismos acuosos se iban convirtiendo en patrullas de camino con las luces azules destellando al sol.

El auto aceleró ahogando el rugido. Los dedos de él se endurecieron alrededor de los de ella cuando oyó las primeras detonaciones que no alcanzaron el objetivo. La ventanilla del acompañante descendió con un zumbido. Ella se sentó, rígida, abrió la guantera y de un solo movimiento su infalible brazo derecho empuñó la .45 que respondió con preciosa ferocidad abatiendo como muñecos de paja a dos oficiales.

El parabrisas se volvió una lluvia de cristales que cayó sobre su regazo y su cabeza que se ocultó por reflejo. Escuchó el impacto en el sólido cuerpo de su compañero, vio la sangre corriendo por el antebrazo, su mano aún extendida. Se miraron. Las claras pupilas de él sonreían con un brillo travieso. “Vivir rápido y morir joven”.

Volvió a acelerar y ella a levantar la cabeza. A través del parabrisas distinguió el rostro aterrado de un joven oficial, un miembro de su generación que cumplía con su deber. Todos buscaban algo ¿él lo habría hallado en el uniforme y el deber ser de la fuerza?

Como en cámara lenta vio que recargaba la escopeta, el cartucho que rebotaba contra el asfalto, la bocanada de calor mientras el plomo abandonaba su escondite en el cañón caliente. La .45 respondió obediente. El chico cayó, el auto embistió el flanco de una patrulla y su mirada se volvió turbia.

La fuerza de los dedos de él todavía estaba ahí. Olió el acre aroma de la nube de pólvora, el sudor de sus cuerpos agitados, el campo hollado por los neumáticos, la sangre. Y luego el dolor como un extraño se apoderó de su ser.

El auto dio algunos tumbos en la cuneta y se detuvo, el motor ronroneaba, pero él estaba recostado sobre el asiento, quieto, sus dedos ya no eran firmes. Sus ojos seguían brillando para alguien más.

Las manos de ella temblaron dejando caer el arma, una puerta se abrió al mismo tiempo que un rostro radiante se asomaba antes de que sonara una última detonación y los flashes los convirtieran en inmortales.

**Autor: Miguel Ángel Lara**

## **ZEKION, EL BARDO**

Tal vez has ya escuchado muchas historias, sobre los grandes héroes que derrotan a las bestias, o de aquellos aventureros que encuentran un gran tesoro, pero venid y escuchar una historia más, sobre aquel grande que logro caminar sobre la tierra derrotando a sus adversarios con solo su canto. Y como es típico de estas historias, comenzaremos con....

Hace mucho tiempo, en un pueblo llamado Dinar, nació un pequeño que cambiaría el pensar de muchos, Zekion fue nombrado. Sus padres nunca fueron conocidos pues desaparecieron poco después de su nacimiento, pero fue recibido por el pueblo que grato se encontraba de tenerle. Zekion tuvo la gran suerte de ser tomado bajo el socaire de Khan, quien era el más grande héroe de todos. Junto con otro afortunado, Zekion fue instruido en el arte del combate, a enfrentarse y no temer, a nunca temblar y blandir su espada con la suavidad del agua y la contundencia de una roca, pero aún más valioso, le enseñó la razón de la verdad y el sentido de la vida. Muchos sabios buscaron esta verdad, pero Khan sabía que no se debía buscar, aunque para el joven Zekion era difícil comprender, Khan le decía que a su tiempo su verdad encontraría. Al crecer Zekion era un gran guerrero y un formidable observador, le ha llamado la atención las grandes historias que relata el mundo y la música que acompaña a estas hazañas, pues en ellas sentía que podría encontrar la tranquilidad que tanto buscaba, la verdad de la cual Khan le hablaba. Así fue como Zekion agradecido con su mentor, partió de su cuido y se enrumbo a su destino, en un Bardo se convertiría.

Tras años de caminar y relatos escuchar, se apropió de una flauta y comenzó a cantar, tanto las victorias de los héroes, como lugares mágicos que encontrar, Zekion al ser un observador, relataba lo que

muchos no veían, entendía de las grandezas ocultas y de sus anónimos creadores. Pueblo tras pueblo fue relatando historias y escuchando muchas más, bien recibido por personas era y buena suerte le deseaban. Pero Zekion feliz no se hallaba, pues al caminar también escuchaba los horrores de la guerra y los pesares de los muertos, fue por esto que unas bóreas invadían su corazón, vientos fríos que le impedían sonreír, aunque sus liras nunca perdieron gracia, su mirada fría se volvió. “Oh bello mundo, ¿porque tu grandeza parece ser opacada por el caos?” Era lo que su mente atravesaba, mas Zekion no se rendiría, seguiría alegrando el corazón de aquellos que escuchaban sus relatos y brindando esperanza a los pueblos agobiados.

En uno de sus destinos, grandes bárbaros invadían una plaza y sembraban el pánico en los lugareños, para Zekion sería hora de demostrar lo que había aprendido, lo que Khan le había entregado, no de ser un guerrero, sino de ser un sabio. Con su flauta como espada y su canto como escudo, se acercó a los feroces y relató una bella lira, tan bella que hasta los dioses le escucharon, al principio de burlas fue cubierto, mas con sus notas llegó al corazón de los bárbaros, cambiando su rencor por el calor de la virtud, haciendo que un nuevo destino en su alma hallaran. Al retirarse calmados los guerreros, el pueblo salió a regocijarse y aclamando el nombre del héroe comenzaría una leyenda, pues Zekion en sus viajes repetiría esta hazaña; ante grandes ejércitos se enfrentaría, ante bestias que corazón no tenían, con su canto despertó el amor de muchos, pero era el corazón de Zekion quien seguía frío, invadido por las bóreas del desesperar y las lágrimas de los caídos

Durante 20 años Zekion detuvo guerras, amansó bestias y llevó sus historias a los grandes reyes, sus bardos eran legendarios, aclamado como aquel que derrota con la música, Zekion se convirtió en leyenda, más seguía buscando la calidez en su pecho.

Un día en un bello prado escucho el canto de una damisela que una historia relataba, sobre un corazón frío que su amor no encontraba, Zekion pasmado por la historia que a su semblanza se

asemejaba, se acercó a la dama y sin nada que decirle, fue ella quien le habló, una mano en su rostro y al oído le susurró.

—Haz olvidado lo que tu mentor te enseñó, la verdad no la buscas en los reinos, pues se encuentra en tu corazón.

Encantado por estas palabras, Zekion halló la razón, las bóreas de su cuerpo no le invadían más y en su lugar cálidas brisas sentía en su alma. De la bella dama se enamoró y el resto de sus días con ella pasaría, hasta que las estrellas iluminaran sus cuerpos y en uno solo los fundirían.

Esa fue la historia de Zekion, quien encontró el amor en su corazón. Hay quienes dicen que sus cantos aún resuenan en los prados de las batallas, donde los espíritus de los guerreros son aplacados por su canción y las notas de su flauta protegen a los pueblos de los invasores. En cuanto a mí, solo soy el susurro de la sombra, de los ecos del pasado la voz, de vuestro corazón la canción y de esta historia el final.